

SALVATION'S REACH

Fantasmas de Gaunt

LA VICTORIA VOLUMEN 2

DAN ABNETT



Los Primeros de Tanith han estado alejados del frente de batalla demasiado tiempo. Apáticos y sedientos de acción, reciben la oferta de una misión perfecta. El objetivo: la misteriosa Salvation's Reach, una fortaleza distante e impenetrable que esconde secretos que podrían cambiar el curso de la campaña de los Mundos de Sabbat.



Dan Abnett

Salvation's Reach

Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt. La victoria 2

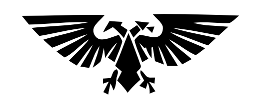
ePub r2.0
Titivillus 19.06.15


FOR TANITH - FOR THE

Título original: *Salvation’s Reach*
Dan Abnett, 2011
Traducción: Traducciones Imposibles, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el Señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Este es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

Y así llegó él, un prisionero, a la Casa del Demonio, y fue atado y ungido para que su vida fuera tomada en sacrificio, como exigía la tradición.

Pero se liberó de sus ataduras, y encendió un fuego dentro de la Casa del Demonio, y la quemó desde el interior hasta el exterior, y fue entonces el Demonio quien ardió y fue muerto.

Del *Mito de la Ratha y el Héroe de los Kinebrach*

Durante el año 781.M41, los principales grupos de batalla del Señor de la Guerra Macaroth permanecieron estancados en las fronteras del Grupo Erinyes, a pesar de sus tremendos esfuerzos por abrirse paso. La principal fuerza de la cruzada de Macaroth estaba siendo retenida por una formidable línea de defensa compuesta por las fuerzas del Arconte Gaur, el gobernador del Archienemigo.

Mientras tanto, el segundo grupo de batalla del Señor de la Guerra había fracasado repetidas veces en su intento de desplazar a las legiones del Magistrado Anakwanar Sek, el teniente más capaz de Gaur, de los Sistemas Cabal. Los Consejeros Superiores instaron a Macaroth a que cesara en su testarudo empeño en la Frontera de Erinyes y a que se concentrase en aplastar a Sek en los Mundos de Cabal. Según sus recomendaciones, una vez libres de la amenaza de Sek, la Cruzada podría llevar a cabo un ataque seguro a la posición del Arconte. Pero Macaroth rechazó esta idea argumentando que aquello le proporcionaría al Arconte el tiempo suficiente (quizá dos o tres años) para organizarse y atrincherarse hasta el punto de que la Frontera Erinyes fuese inexpugnable.

Dividida entre estas dos concentraciones de resistencia, la Cruzada de Macaroth estaba perdiendo impulso y pertrechos. La Cruzada se había convertido en dos, y ni siquiera los inmensos diezmos bélicos de Macaroth, y el inmenso apoyo de los señores del sector podían mantener sus ambiciones. Además, existía el temor general y creciente de que, si se coordinaran adecuadamente, las fuerzas de Sek y de Gaur podrían combinarse con tal efecto que la fuerza de la Cruzada de los Mundos de Sabbat podría ser aniquilada.

Durante este crítico período, se planearon y ejecutaron una serie de operaciones encubiertas en emplazamientos clave por los Mundos de Sabbat. La más importante, y de la que dependían todas las demás, se llevó a cabo en Salvation's Reach en los remotos bordes de un mundo marginal. Considerada como un inmenso riesgo y con escasas probabilidades de éxito, Macaroth autorizó la misión sobre la base de que, si por algún milagro lograban llevarla a cabo, podría cambiar la balanza de la guerra por completo.

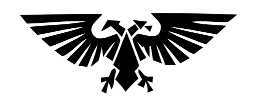
Era el vigésimo sexto año de la Cruzada de los Mundos de Sabbat, y Macaroth parecía cada vez más un hombre dispuesto a intentar cualquier cosa, a arriesgarlo todo, con tal de garantizar la victoria.

De *Historia de las posteriores Cruzadas Imperiales*



UNO

Reyes Suicidas



Algo, tal vez el año subsistiendo a duras penas en el ocupado Gereon, o el mero hecho de ser un ladino y despiadado hijo de perra desde su nacimiento, había dotado al mayor Rawne de los Primeros de Tanith de cierta determinación.

Generalmente era capaz de intuir cuándo se avecinaban problemas. Y sin duda aquella mañana los sentía próximos. En lo que a determinaciones respecta, la suya era precisa y afilada como la hoja de su cuchillo de guerra de plata pura.

Al amanecer, cuando los soles gemelos empezaban a quemar a través de la niebla petroquímica en la bahía de la ciudad, abandonó el barracón del regimiento y caminó hasta el descampado de rococemento del revestimiento del área de la bahía. Allí, deambuló hasta el puente y cruzó sobre los pontones que había frente a la prisión de la isla.

La pasarela del pontón resonaba bajo sus pies. Mirando hacia abajo a través de la malla, podía ver el agua, espumosa y de color marrón tóxico. Las inmensas plantas galvánicas a lo largo de la bahía, construcciones del Adeptus Mechanicus que abastecían e iluminaban los sistemas principales de la ciudad colmena, acababan de verter los desechos de sus disipadores y habían llenado la costa con su dosis matutina de residuos radiactivos. Había vapor en el aire, vapor que hedía a sulfuro y que se arremolinaba como un banco de niebla, blanco bajo la luz del sol. Las aguas de la bahía y el estuario llevaban mil años siendo corrosivamente ácidas. Lo lógico sería pensar que no albergaban ningún tipo de vida.

Pero la había. Justo por debajo de la superficie, unos seres se retorcían y se movían, con boca de sanguijuela, viscosos como babosas, con una dentadura que parecía un alfiletero repleto de alfileres y unos ojos como flemas. Rawne veía cómo lo seguían por debajo de la superficie, una oscura y serpenteante masa. ¿Qué las impulsaba? ¿Sería el sonido de sus pisadas? ¿El rastro de calor que dejaba su cuerpo? ¿Las feromonas? ¿Su sombra en el agua?

Eran supervivientes. Se habían adaptado a su medio en lugar de permitir que éste acabase con ellas. Y mataban todo lo que las amenazaba. Como él.

Tres soldados urdeshi estaban vigilando la entrada. No lo conocían, ni él a ellos. Pero ellos no le preocupaban. Había escogido aquella mañana en concreto porque era prácticamente la última oportunidad que tendría antes de que el regimiento se marchase. Había llegado el punto en el que no había marcha atrás.

Y sin embargo, persistía el insistente incordio de su determinación. Algo no encajaba. Algo no iba bien. Había elegido el día equivocado para intentarlo. Tal vez los soldados sospechaban de él, quizá estaban alerta por algún motivo. Igual algo había revelado su auténtico propósito.

Bajo circunstancias normales, la duda habría bastado para hacerle abortar, dar

media vuelta y volverse a casa. La incertidumbre habría sido suficiente para desechar la idea e intentarlo de nuevo otro día en el que las probabilidades fuesen más favorables.

Sólo que no habría más días. Era ahora o nunca. No habría más oportunidades. El monstruo, ese monstruo, debería haber muerto hacía tiempo. La justicia y la decencia lo exigían, y sólo los dedicados esfuerzos de hombres buenos que no sabían lo que hacían estaban asegurando la salvación del monstruo.

Dedicación. Rawne siempre había poseído una medida de dedicación. Sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sabía cuando una orden era mala y debía ser desoída. Sabía que, en ocasiones, un hombre tenía que ser contraintuitivo. Un hombre tenía que hacer algo que parecía malo para que todo fuese bien al final.

El monstruo estaba destinado a morir. Su muerte era necesaria, exigida. Ya se habían llevado a cabo esfuerzos, por parte de más de un grupo interesado. Rawne no podía quedarse quieto y dejar que las cosas siguieran así. Al fin y al cabo, era un hombre de graves condenas. Afortunadamente, todas habían sido eliminadas de sus archivos el día que se unió a la Guardia Imperial.

Los urdeshi lo observaban según se aproximaba. ¿Qué sospecharían? ¿Sabían a lo que había ido en realidad?

Se detuvo ante la barrera de entrada exterior. Los soldados urdeshi lucían unas insignias negras de metal que indicaban que habían sido secundados para servir a la Compañía S del Comisariado, el destacamento de protección y seguridad. Le preguntaron su nombre y su función, y estudiaron los papeles que les había pasado a través del buzón de metal. Uno de ellos estuvo mucho tiempo observando el documento de Permio de Contacto firmado por el oficial al mando de Rawne, como si tuviese problemas de alfabetismo.

Le dejaron pasar. Comprobaron sus placas de identificación. Ojearon sus tatuajes con desdén. Era una especie de campesino pagano procedente de un mundo agrícola, un bárbaro contratado, no un auténtico luchador de un lugar civilizado como Urdesh. Sólo su rango evitaba los insultos.

Le confiscaron el arma; la guardaron en la consigna de la cárcel y le hicieron firmar por ella. Después lo cachearon.

Los urdeshi habían sido bastante meticulosos hasta ese punto, pero ahora, la larga jornada nocturna y los dolores de cabeza causados por el exceso de cafeína empezaban a mostrar sus efectos. Rawne había sido cacheado por los mejores en su día. Sabía exactamente cómo moverse y girarse, movimientos inocentes que parecían ayudarle simplemente a mantener el equilibrio, de manera que cualquiera que estuviera llevando a cabo un cacheo concienzudo podía pasarlos por alto. Rawne mantuvo las manos levantadas. Al terminar, pensarían que lo habían comprobado todo de manera metódica, cuando en realidad él había evitado que le cachearan en una o dos zonas.

Encontraron el cuchillo. El cuchillo de guerra de plata pura de Tanith, que estaba

amarrado a su espinilla derecha.

—¿Qué es esto? —preguntó uno.

—De refuerzo —respondió Rawne.

Lo confiscaron y le hicieron firmar por él.

Había querido que lo encontraran. Era un señuelo. La gente siempre penaba que habían realizado un trabajo concienzudo si encontraban algo y solían dejar de buscar en ese punto.

—Tienes treinta minutos —dijo uno de los guardias—. Es la duración, permitida a la que te autorizan tus papeles. Debes estar de vuelta aquí en veintinueve minutos. Si no lo haces, iremos a buscarte y se te considerará un objetivo justificado.

Rawne asintió.

Abrieron la barrera interior. El cabrestante de la cadena traqueteó. Atravesó la garita y se dirigió al paso elevado interior de los pontones. No cabía duda de que la marea quedaba atrapada allí entre los vastos embarcaderos de piedra de la isla. Había un intenso hedor a azufre, y una espesa masa de basura en descomposición yacía contra las viscosas paredes de la entrada.

Abandonó la pasarela del pontón y subió por los escalones de piedra que lo llevaron bajo la entrada abovedada. La isla era un atolón artificial de piedra y rococemento construida para soportar una achaparrada torre de faro. El puente que originalmente la había conectado a la orilla se había podrido hacía mucho tiempo y había sido sustituido por el pontón de metal y la pasarela.

El faro no se había iluminado desde hacía mucho tiempo. Oscuros y abandonados, los gruesos muros de la torre y su inaccesibilidad se habían destinado a otros fines.

Una vez perdida de vista la garita, Rawne se ocultó en las sombras. Se echó mano a la espinilla izquierda y extrajo el otro cuchillo de Tanith que llevaba. Se lo había atado con cordones de bota. El que le habían confiscado era el de Meryn. Rawne lo había cogido sin permiso, y probablemente Meryn estuviese revolviendo su barracón buscándolo en aquellos momentos. Le añadía diversión a la empresa pensar que, pasase lo que pasase al final, Meryn sería amonestado por haber perdido su puñal reglamentario.

Rawne pensó que con el cuchillo bastaría. Tenía que bastar para un nacido de Tanith que se preciase. Pero quería cubrir todas las variables.

A un lado de la descendiente entrada abovedada había una oscura cisterna de piedra. En su día había sido la taza de un retrete, o un desagüe construido para soportar el fuerte oleaje de las tormentas. El filo de su cuchillo de guerra, utilizado con destreza, liberó el borde de la tapa de hierro. Rawne agarró con los dedos las barras de la tapa y la levantó. Debajo había un pozo de piedra húmedo y el agua acechaba al fondo en la oscuridad. Pero no era lo único que acechaba allí; también estaba plagado de seres con mandíbulas como alfileteros y ojos como claras de huevo. Los oía chapotear y retorcerse con regocijo, como entretenidos por su astucia.

La cuerda estaba atada a la parte inferior de la tapa de manera que colgaba por el interior del pozo por el peso de la bolsa de arpillera que pendía al final. Tiró de ella hasta sacar la bolsa, abrió el cordel superior y extrajo el pesado objeto que había envuelto en un trapo.

De hecho era un conjunto de objetos, todos ellos densos y pesados. Piezas metálicas manufacturadas. Rawne extendió el trapo en el suelo de piedra junto al desagüe y dispuso las piezas sobre él. Después las encajó con rapidez y destreza. Lo había hecho miles de veces antes. Podría haberlo hecho con los ojos cerrados. Cada una de las partes se acoplaba o se enroscaba con otra. El olor a lubricante de armas le resultaba dulce e intenso.

Una pistola láser estándar del Munitorum, modelo Khulan V. Era una de las remesas originales en blanco enviadas desde Khulan para ser terminadas en las armerías de Tanith antes de ser distribuidas por la Fundación de Tanith. En la parte de la palma le habían colocado una empuñadura de madera de nal hecha a mano, y la edad y el uso habían dotado al artefacto de una belleza que ningún barniz ni ninguna laca podrían haber logrado.

La pistola se había ido escondiendo en el faro durante el transcurso de varias semanas, pieza por pieza. Le faltaba la célula de energía, la manga térmica y las cubiertas laterales. Rawne se llevó la mano a la bolsa que llevaba en el cinturón. Dentro había dos puros enrollados en un papel negro de regaliz. Los centinelas de la Compañía S los habían extraído, los habían olido y se los habían devuelto. Cada uno de los puros estaba guardado en un pequeño estuche de hojalata. Sólo que no eran estuches. Uno de ellos era en realidad una manga térmica. Rawne sopló los restos de fibra de tabaco y enroscó la manga al final del cañón.

Los urdeshi tampoco se habían dado cuenta de que llevaba cuatro placas de identificación y no dos. Rawne deslizó dos de ellas por la delgada cadena, dejó caer las otras dos sobre su cuello e insertó las que había extraído en su sitio.

Después se clavó la punta del cuchillo en el talón de la bota y tiró del tacón, separándolo de la parte superior. La célula de energía estaba escondida en una cavidad que había hecho en la parte inferior. Rawne volvió a colocar el tacón en su sitio e insertó la célula en el arma. Pulsó el interruptor y el arma se activó; una pequeña luz verde se encendió en la empuñadura, justo encima de su pulgar. Rawne sintió el zumbido ambiental de un arma láser cargada.

Volvió a colocar la tapa del desagüe en su sitio, se guardó el cuchillo en el cinturón y subió los escalones desde la entrada arqueada con la pistola bajada a un lado en su mano derecha.

Al otro lado había una cámara de piedra semicircular grande y llena de ecos. Unas ventanas blindadas del Munitorum se habían atornillado o fundido en los huecos abiertos de piedra. Rawne continuó avanzando hasta una cámara de piedra más grande, completamente circular y de tres o cuatro pisos de altura. Era el centro del faro. En la base central había una vieja lámpara, un gran artefacto de metal con una

mecha, manivelas y una reserva de alimentación del cárter de prometio inferior. Un inmenso armazón de engranajes y cadenas lo rodeaban para elevar la lámpara hasta la sala de la linterna, en la parte superior de la torre, una vez encendida.

La lámpara de metal estaba ennegrecida por la edad y las cadenas se habían oxidado. Los engranajes y los cabrestantes estaban corroídos y se habían atascado, repletos de manchas verdes y blancas, y jamás volverían a girar. Décadas de polvo se habían acumulado sobre la negra grasa de la parte superior de la lámpara y del montaje de la mecha, en tal cantidad que parecía una especie de animal exótico de denso pelaje que hubiera sido expuesto para ser admirado.

Rawne subió la escalera que ascendía por la curva de la pared de la cámara. No había barandilla y no hizo ruido alguno, aunque esto último ni siquiera era deliberado. Como muchos de los de Tanith, había aprendido, de esa gran educadora que es la vida, a no delatarse.

Olía a cafeína y al inconfundible aroma de la fibra nutricional frita, alimentos básicos en la dieta del típico fusilero láser, y piedra angular de las raciones de la Guardia.

Rawne llegó a un descansillo. Delante había una entrada. Un guardia, otro urdeshi, estaba sentado junto a ella sobre una silla que pertenecía a otro edificio. Rawne mantuvo la pistola láser pegada a la cadera para que el hombre no pudiera verla inmediatamente. Siguió caminando. Era una cuestión de confianza. La confianza era la clave para todo. Sí tenías suficiente podías llevar a cabo cualquier estafa, ganar cualquier pelea o acostarte con cualquier mujer. Cuanto más actuara uno como si lo que hiciera fuese lo que sin ninguna duda debía estar haciendo, menos probabilidades había de que nadie le preguntase qué demonios estaba tramando antes de estar, según las circunstancias, arruinado, muerto o sin ropa sin haberse dado cuenta.

El guardia ni siquiera lo miró. Rawne pasó por su lado y atravesó la entrada.

Originalmente, la sala había sido la cámara principal de la torre. Estaba compuesta de tablones de madera descubiertos y ventanas protegidas con rejillas. La escalera de caracol ascendía por la pared hasta los niveles de plataformas, que estaban más elevados en la torre. La sala contenía actualmente un pesado catre de madera, una pequeña mesita auxiliar con ruedas y una vieja silla de madera.

El catre estaba bien ordenado. La manta y el saco de dormir estaban dispuestos como para pasar una inspección. En la mesa había una pequeña lámpara, algunos libros y una bandeja. Sobre ella había un vaso de hojalata y un termo de cafeína, un salero, un plato sucio con los restos de una ración de pastel de fibra, galletas duras y una pasta de judía refrita y una cuchara de metal gastada. A Rawne le sorprendió que le hubiesen permitido usarla. Un hombre con determinación podía convertir una cuchara en un arma. Podría afilarla contra la piedra y usarla como puñal. Y si no tenía tiempo de trabajar en el filo podía improvisar algo. Incluso estando roma podía sacarle un ojo a alguien o clavársela en la garganta si lo hacía con la fuerza necesaria.

«Tal vez sea cosa mía —pensó Rawne—. Tal vez vea armas en todas partes. Igual para los demás es sólo una cuchara».

Los libros eran todos folletos imperiales y panfletos trancemisionanos, impresos en papel marrón de baja calidad. Parecía ser lo único que leía el monstruo. Decía que le ayudaban a relajarse y a reforzar su determinación. El monstruo estaba sentado en la silla junto a la mesa, leyendo uno de los folletos mientras digería el desayuno. Vestía unas ropas negras, botas y una chaqueta de cuero marrón. Su cabeza afeitada y su rostro estaban cubiertos de deliberadas cicatrices rituales, viejas y arrugadas, pero las manos que sujetaban el tratado trancemisionario eran suaves y sin marcas.

El monstruo se había percatado de la presencia de Rawne. Dejó de leer y levantó la vista.

—Mayor Rawne —dijo—. No esperaba verte esta mañana.

Siempre tan asquerosamente correcto. Como una persona real.

—Pheguth —respondió Rawne.

El monstruo pareció sorprendido por un momento. No sólo por el hecho de haber sido llamado traidor en su propia lengua pseudohumana, sino también por la fluidez del tono. El tiempo que Rawne había pasado en el ocupado Gereon le había permitido adquirir nociones conversacionales del idioma del Archienemigo. No sólo conocía la palabra «traidor», sino que podía pronunciarla con una autenticidad coloquial. Era como si una parte de la antigua vida del monstruo hubiese vuelto para amenazarle.

El monstruo vio el arma. Vio cómo Rawne levantaba la pistola láser desde su escondite junto a su cadera.

—Mayor… —empezó.

Rawne no dijo nada más. Apuntó y disparó.

El estallido de la descarga resonó por toda la sala. Rawne oyó cómo las aves marinas que descansaban en las partes superiores del faro alzaban el vuelo con el estruendo del disparo. Nada más.

Pasos. Habría pasos. ¿De qué lado provendrían? ¿Qué ángulo tenía que cubrir?

Rawne miró al monstruo. El monstruo, Mabbon Etogaur, le devolvía la mirada.

—Vamos, o eres hombre muerto —dijo Rawne.

Mabbon se levantó de la silla. El disparo de Rawne había partido la pesada cadena que conectaba los grilletes del etogaur con un fuerte perno en el suelo. Este se enroscó la parte sobrante de la cadena cortada alrededor de la mano derecha.

—No lo entiendo —dijo Mabbon.

—No hay tiempo para explicaciones —respondió Rawne. Iba a ser por la derecha.

La ventana que daba al mar estalló en una infinidad de fragmentos de cristal blindado. En la pasarela exterior del faro había un hombre.

Rawne agarró a Mabbon y le obligó a agacharse tras la mesita auxiliar y el catre. Otros tres disparos láser más silbaron a través del espacio de la ventana y abrieron agujeros en la pared de enfrente. Boca abajo, Mabbon miró a Rawne.

Rawne le hizo gestos para que permaneciese agachado.

Quien disparaba desde fuera cambió su rifle láser a modo automático y descargó una tormenta de disparos hacia la habitación. Varios de ellos impactaron contra el lateral del pesado catre, astillando la madera y golpeando el armazón. Algunos alcanzaron la mesita y la derribaron. Otros agujerearon el respaldo de la vieja silla e inundaron el aire de polvo y de fibras flotantes de pelaje animal.

Silencio. El polvo y el humo vagaban bajo la luz del sol. Mabbon parecía estar preparado para moverse. Rawne, todavía pegado al suelo boca abajo, estiró la mano y alcanzó el salero que se había caído de la bandeja. Como si de un bolígrafo se tratase, lo utilizó para dibujar con sal en el suelo de piedra. Las curvas líneas blancas formaban el símbolo de «hacerse el muerto». El símbolo del Pacto de Sangre. Algunos decían que Rawne había aprendido más de lo recomendable en Gereon.

Mabbon miró el símbolo y asintió.

El tirador era cauto. Había matado al guardia de la puerta antes de que Rawne llegase. Le había cortado la garganta y lo había dejado sentado en la silla. Después había salido a la pasarela y había dado vueltas, probablemente con la intención de llegar hasta arriba y disparar a Mabbon desde lo alto. El ruido del disparo de Rawne le había obligado a actuar antes de lo previsto.

Había pasado un minuto, un minuto entero. Pero para los hombres pegados al suelo tras el catre parecía un año mientras intentaban no moverse ni respirar. Casi había pasado un segundo minuto cuando algo se movió a contraluz y una figura entró por la ventana volada.

Un soldado urdeshi, a juzgar por sus ropas y su rifle láser; aunque el uniforme y las armas de la Guardia podían ser robados. Las botas crujieron sobre los cristales rotos.

Rawne le dejó avanzar un metro por la habitación y después disparó por debajo del catre. El tiro alcanzó la espinilla izquierda del hombre y éste cayó al suelo profiriendo un grito. Rawne se levantó de inmediato y saltó por encima del catre destrozado para terminar el trabajo. Esperaba poder llevarse al hombre vivo para interrogarlo, pero también estaba preparado para acabar con él de un disparo a matar si fuera necesario.

Estuvo a punto de caer a medio salto a causa de unos disparos procedentes de arriba. Un segundo tirador estaba disparando desde lo alto de la torre, sentado en la escalera giratoria sin barandilla.

Rawne aterrizó encima del primer tirador. Fue un accidente, pero le sacó ventaja. El hombre se defendía. Rawne le vio la cara de cerca y lo reconoció. Lucharon. Los disparos desde lo alto impactaban contra el suelo junto a ellos. El hombre agarró a Rawne de la muñeca. El mayor no podía apuntar con su pistola. El rifle láser del hombre, que llevaba cruzado sobre el torso sujeto con una correa, estaba atrapado entre ambos.

Rawne le lanzó un puñetazo. No podía apuntar con la pistola, de modo que golpeó con ella. La culata golpeó la mejilla del hombre y le torció el cuello, pero el

impacto hizo que el arma se le escapara de las manos al mayor y se alejara deslizándose por el suelo.

Nuevos disparos impactaron contra el suelo a su alrededor desde arriba. Rawne rodó con todas sus fuerzas arrastrando al aturdido agresor con él, como dos amantes revolcándose. No podía arrebatarle el rifle láser al tirador a causa de la correa, pero colocó la mano derecha alrededor del cañón para dirigirla y la izquierda abajo para apretar el gatillo.

El arma seguía en modo automático. Los tiros ascendieron por la garganta del faro, rebotando en las curvas paredes y levantando trozos de ladrillo y de mampostería. No eran los disparos más limpios que Rawne hubiese ejecutado en su vida, pero consiguió dirigirlos por la escalera hacia donde se encontraba agachado el segundo tirador.

Herido, aunque tal vez no de muerte, el segundo tirador aulló y cayó rodando a lo largo de una docena de escalones fracturando los bordes de piedra, pasó rozando la curva de la pared y se salió de la escalera. Cayó ocho metros y aterrizó sobre la silla de madera del prisionero, que se redujo a polvo y astillas bajo el impacto.

Rawne se levantó. No había tiempo para descansar. Un tercer asesino había aparecido corriendo por la entrada principal. Al igual que los otros dos, iba vestido como un soldado urdeshi. Portaba un rifle láser con una bayoneta acoplada. Rawne también conocía el rostro de este.

La pistola láser del mayor estaba fuera de su alcance. El rifle láser estaba enredado alrededor del cuerpo del primer tirador en el suelo. Rawne optó por dirigirse hacia el tercer atacante, reduciendo la distancia entre ellos lo más rápido que podía al tiempo que extraía su cuchillo de guerra.

El tercer asesino disparó, pero la plata pura de Rawne ya había parado su bayoneta y desviado la boca del arma. El tiro salió directamente por la ventana volada. El asesino intentó volver a apuntar, pero Rawne volvió a hacer uso de la hoja y desvió la bayoneta para que los siguientes tiros ascendiesen directos hacia el espacio de la torre.

El asesino intentó golpear a Rawne con un golpe bajo de su rifle ladeado. Rawne le dio la vuelta a su cuchillo de manera que el mango quedó detrás de su pulgar y clavó el cuchillo de lado, con los nudillos hacia arriba. El golpe rajó la garganta del asesino de izquierda a derecha. La sangre salió despedida como si alguien hubiese lanzado un vaso de tinta roja. En el mismo movimiento le abrió un segundo corte en el torso, esta vez de derecha a izquierda. El asesino cayó de rodillas con un sonido de peso muerto mientras la sangre abandonaba su cuerpo a presión a través de las dos inmensas sajaduras. Finalmente cayó de bruces.

Rawne retrocedió, empuñó de nuevo el cuchillo con la hoja hacia arriba y se dio la vuelta, alertado por un sonido detrás de él.

El primer tirador se había levantado sobre su pierna coja y alzaba el rifle hacia su mejilla rota para disparar a Rawne por la espalda. Pero Mabbon lo había alcanzado por detrás. Los grilletes rotos del etogaur envolvían la garganta del hombre y le

arrebataban la vida. El rostro de Mabbon carecía completamente de expresión.

El hombre peleaba y emitía sonidos entrecortados de asfixia. Mabbon golpeó su rostro contra la piedra que rodeaba la ventana rota. Después aflojó la cadena y lo dejó caer muerto sobre el suelo.

—Tu visita no podía haber sido más oportuna —señaló.

Rawne asintió mientras recogía el rifle del tercer asesino por si se encontraban con más sorpresas.

Los tres asesinos muertos tenían el mismo rostro.

—Rime te quiere muerto —dijo.

—Medio sector me quiere muerto —respondió Mabbon. Rawne se encogió de hombros.

—¿Te dio alguien el soplo de que Rime iba a enviar hoy a sus Sirkle a por mí?

—No —contestó Rawne—. Esto ha sido una coincidencia. Esta mañana venía para demostrar algo.

—¿El qué?

—Que los Primeros de Tanith pueden protegerte mejor que los destacamentos de la Compañía S que te asigna el Comisariado. Todos hemos usado nuestras visitas de las últimas semanas para comprobar la seguridad, para buscar puntos débiles y para introducir objetos. Hoy iba a demostrar que si nosotros podemos introducir una arma, cualquiera podría, para así convencer al Comisariado de que le asigne a mi sección tareas propias de la Compañía S para que podamos relevar a los bufones que han estado utilizando para vigilarte.

—¿Por qué a Gaunt le gustaría más de ese modo? ¿Porque confía en que los suyos harán bien su trabajo?

—Algo así —respondió Rawne—. Y para ti es el Coronel Comisario Gaunt.

—Mis disculpas —dijo Mabbon.

Rawne observó los cadáveres. Fuera se oía acercarse a unos hombres y una alarma empezó a sonar.

—De todos modos, esto servirá como demostración.

—Me alegra que mi seguridad dependa de ti durante el resto de mi estancia aquí, mayor —dijo Mabbon.

—Los Reyes Suicidas velarán por ti —dijo Rawne.

—¿Los Reyes Suicidas? ¿Como el juego de cartas?

—Da igual. Era una broma privada —respondió Rawne—. De todos modos no queda mucho tiempo. Por eso quería demostrar esto hoy. Y también es por eso por lo que Rime tenía que actuar. Esto da a entender que posee un gran servicio de información.

—¿Vais a trasladarme? ¿Vamos a empezar, por fin?

—Se ha concedido el permiso —explicó Rawne—. Se ha autorizado la misión. Partiremos mañana al anochecer.

—Y deduzco que cuando partamos nos dirigiremos a Salvation's Reach —dijo

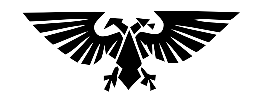
Mabbon Etogaur.

—Esa información es confidencial —respondió Rawne.



DOS

Elodie en la orilla



A un solo día para partir, los Deleites Improvisados estaban en pleno transcurso.

Por supuesto, todo aquello era nuevo para Elodie. Todo era nuevo, incluso su apellido. Dutana. Elodie Dutana. Era el apellido de su familia materna, un nombre que le pertenecía pero que jamás había usado. Había dejado un número de apellidos profesionales provisionales a sus espaldas en Balhaut y había adoptado el nombre de su madre para ayudarse a deshacerse de viejos recuerdos y de asociaciones indeseadas.

Ahora era Elodie Dutana, formaba parte del séquito del regimiento y era la compañera de un valiente y atractivo oficial de la Guardia Imperial. Era una nueva vida que le gustaba, y pretendía sacarle el máximo partido.

Ya había pasado por todo el proceso de embarque anteriormente, en Balhaut, pero todo había sido muy confuso y no se había enterado muy bien de lo que estaba pasando. Además, entonces embarcaban hacia lo que Ban Daur había descrito como un «punto de dispersión», no una zona de guerra. No había tenido ninguna sensación de temor.

Ahora sí. El punto de dispersión era una ciudad llamada Anzimar, en un planeta llamado Menazoid Sigma. Habían tardado dieciséis semanas en llegar desde Balhaut en una apestosa nave de soldados y bultos, y habían permanecido allí once meses.

Balhaut, donde Elodie había pasado toda su vida, había sido un lugar de ciudades majestuosas, de edificios altos e impresionantes. Había sido el lugar de la Famosa Victoria, y aunque sus heridas de guerra aún estaban sanando y todavía era posible pasar por áreas vacías o por estructuras de edificios en ruinas durante un día normal, Balhaut parecía conservar un aire de dignidad y de relevancia.

Lo poco que había visto de Menazoid Sigma poco tenía de esas dos cosas. Anzimar era sucia e industrial y estaba situada en una bahía contaminada en la que las plantas de reactores galvánicos inundaban el aire de niebla tóxica. Había dos soles, lo cual resultaba inquietante. Había ruido y suciedad por todas partes. Todo apestaba a sustancias químicas. En ocasiones, Elodie habría preferido pasar más tiempo en la nave que allí.

Todo el mundo decía lo mismo. Era un lugar horrible y un mal destino. Sólo estarían allí un tiempo, mientras esperaban la asignación de otra ruta. Menazoid Sigma no era más que un lugar de parada y reabastecimiento, un lugar en el que prepararse. Algunos de los de Tanith, los que llevaban más tiempo sirviendo al regimiento, hablaban sobre Menazoid Epsilon, que aparentemente era un sistema colindante en el que habían luchado muchos años atrás. No parecía que se alegrasen en absoluto de volver a esta parte de los Mundos de Sabbat.

Ella ya formaba parte de la comunidad ligada al regimiento de los Primeros de Tanith. Había al menos tantos adláteres que acompañaban al regimiento, con uno u

otro papel, como soldados. Elodie todavía se estaba acostumbrando a su estatus, a su papel, a sus responsabilidades. Todavía estaba aprendiendo quién era quién. Once meses, incluso once meses en un agujero como Menazoid Sigma, eran suficientes como para servir como aprendiz.

Era, de hecho, la mujer de un oficial. Su esposo era el capitán Ban Daur, comandante de la Compañía G. Como muchos del regimiento, provenía del mundo industrial de Verghast. Era un buen hombre. Elodie no tardó en descubrir que su impresión de él era compartida por la mayoría: Daur era un hombre bueno de verdad. Era atractivo, inteligente y de principios. Los hombres no lo tenían en demasiada estima, pero era admirado por su equidad y determinación. Era honrado y se podía confiar en él. Tenía posibilidades de ascenso, y a los demás no les dolía el hecho de que, a diferencia de la mayoría de los verghastitas que servían al regimiento, él procedía de una buena familia de clase media. Era de buena cuna, no el hijo de algún humilde minero u obrero. Juniper decía que era un buen partido.

Pero Elodie no estaba con él por eso. Estaba con él porque era su alma gemela, y lo había sabido desde que lo vio por primera vez aquel día en el Club Zolunder de la calle Selwire.

No se habían casado formalmente. En realidad no habían hablado de ello. El matrimonio estaba permitido, y sólo requería la firma de ciertos documentos y certificados por parte del oficial al mando. No había motivos para pensar que el comandante de Daur fuese a denegar la petición.

Pero no habían hablado del tema. Con tan sólo unas semanas en el séquito del regimiento, Elodie había visto que los vínculos formales eran innecesarios. Los soldados sabían lo que era la lealtad, y la lealtad era el pegamento que lo mantenía todo unido. Era la mujer de Ban, y todo el mundo respetaba ese hecho. No necesitaban ningún papel para demostrarlo.

Como mujer de un oficial, Elodie pasó a formar parte de un séquito social de nivel relativamente alto. Poseía ciertos privilegios automáticos. Su estatus la hizo ganarse el respeto de las otras mujeres. Decoraba el brazo de Daur en ciertas cenas del regimiento. Los oficiales eran corteses con ella. El rango de Daur a menudo le proporcionaba el beneficio de disfrutar de una vivienda para él solo en lugar de tener que compartir barracón, y ella la compartía con él. Era consciente de que algunas la envidiaban, pero no podía hacer nada al respecto. Juniper la llamaba «trofeo», aunque no estaba segura de qué quería decir con eso.

La del séquito era una comunidad curiosa. En los niveles superiores estaban las esposas y las mujeres, las nodrizas y los niños. Un regimiento siempre tenía descendencia. Después estaban las chicas de placer y las prostitutas, mujeres que no estaban unidas al regimiento por ningún vínculo de sangre como una esposa o una madre, sino por una especie de dependencia. Su sustento procedía del regimiento, de modo que tenían que seguirlo adonde fuese. Y del mismo modo que su sustento procedía del regimiento, también lo hacían los sustentos de los sastres, los fabricantes

de botones, los dentistas, los moledores de pociones, los lavanderos, los artistas, los músicos, los retratistas, los cocineros, los camareros, los bodegueros, los chicos de los recados, los afiladores, los manitas, los pulidores, los zapateros y todos los demás, y la mayoría llevaban a sus familias consigo. Era una desgarbada entidad parasitaria que vivía para que su organismo huésped pudiera vivir, e iba con él adonde fuera, los dos dependiendo el uno del otro para sobrevivir.

Ella pasaba la mayoría de los días en el campamento del séquito, hablando con las demás mujeres. Unas cuantas, como Juniper, se habían convertido en sus amigas y confidentes. Ellas la habían ayudado a aclimatarse. Juniper la había enseñado a asumir ciertas tareas del ayudante de Daur. Trabajar con los uniformes no estaba mal. Los lavaba y los zurcía, y preparaba el que era apropiado para cada ocasión. Sabía dónde tenía que ir a comprar el botón adecuado o un trozo de tela, a quién preguntarle por la mejor pasta de metal y adónde llevar un par de botas para arreglarle las suelas. Daur había objetado al principio, alegando que su lugar no estaba lavándole la ropa. Que no la había llevado con él para que le sacara brillo a sus botas. Pero ella insistió en que quería hacerlo. Necesitaba tener otra función que la de lucir de su brazo sin más bajo la luz de las lámparas de araña. La mujer de un oficial y su ayudante solían desarrollar una elegante asociación. El auxiliar de Daur era un hombre llamado Mohr. Él la aconsejaba, discretamente, sobre los códigos de vestimenta esperados, o le enviaba una nota si hacía falta algo de la vivienda de Daur. A cambio, Elodie le dejaba los asuntos del servicio a Mohr y se aseguraba de no estar o, lo que sería peor, de no estar desnuda en las dependencias de Daur cuando el ayudante recibía sus instrucciones diarias. En ocasiones, incluso advertía a Mohr del estado de ánimo de Daur al principio del día, una cortesía a la que Mohr solía corresponderle al terminar el día.

Aquella mañana no había duda de qué clase de día iba a ser. Antes del alba se habían encendido las hogueras y los músicos habían empezado a aparecer. Los Deleites Improvisados eran un festival, una feria que marcaba la partida de un regimiento de su estación. En cuanto corría la voz de que un regimiento estaba a punto de marcharse, los deleites comenzaban. Toda clase de comerciantes y vendedores ambulantes acudían a la orilla y montaban su tenderete, trayendo consigo artistas callejeros, mendigos, putas e, inevitablemente, ladrones. Era la última oportunidad que tenían los soldados de relajarse antes de partir, la última oportunidad para que el séquito adquiriese los artículos necesarios antes de la siguiente parada y la última oportunidad de la ciudad anfitriona de hacer dinero con los soldados visitantes.

A Elodie le recordaba a las embriagadoras ferias que precedían a una festividad importante en Balhaut. Había ruido y jolgorio y alegría, y había muchas delicias y tentaciones para degustar. Pero también había un aire chillón y apocalíptico. El regimiento se marchaba a la guerra. Nadie sabía todavía adónde ni a qué clase de guerra, y nadie sabía siquiera la hora exacta a la que partirían. Esa información era

confidencial. De lo que no había duda era de que no iban a abandonar Menazoid Sigma del mismo modo en que se habían marchado de Balhaut. No se dirigían hacia un punto de dispersión ni a una estación temporal. Esto era algo real, y algunos de aquellos que ahora vivían jamás regresarían, ni a éste ni a ningún otro lugar.

Se había levantado temprano. Tenía cosas que hacer. Daur no se lo había concretado, pero era probable que aquél fuese el último día en tierra. Ella le había besado mientras él seguía afeitándose frente al espejo y se había marchado. Él iba a necesitar su chaqueta más elegante a la hora de comer. Había una especie de recepción. Ella la había llevado a un sastre de la quinta fila la noche anterior y tenía que ir a recogerla.

Todavía era temprano. Los soles apenas estaban asomando entre la niebla tóxica, pero ya había mucho bullicio. La orilla era puro ajetreo a su alrededor. Puesto que el campamento de la Guardia en Anzimar estaba literalmente en la orilla, Elodie había asumido que eso era lo que «la orilla» significaba. El campamento era una gran torre de barracones y de salones prefabricados de rococemento que albergaban, en aquel momento, a seis regimientos diferentes, incluido el de Tanith. A un lado tenía la expansión de la ciudad, y al otro las enormes pistas de rococemento, las colosales plataformas cubiertas de hollín en las que aguardaban las lanzaderas, con las puertas abiertas para engullir al regimiento y transportarlo a las naves ancladas en órbita.

Las lanzaderas eran naves monolíticas y gigantes. Las plataformas de aterrizaje llegaban hasta la costa y, con las mandíbulas abiertas y las aguas de la bahía tras ellas, parecían monstruos marinos que hubiesen llegado a la orilla para relajarse y alimentarse. Elodie había aprendido que «la orilla» era simplemente la palabra que utilizaba la Guardia para referirse a cualquier campamento que ocupaban antes de partir. La orilla era la conexión temporal de un soldado con un mundo antes de marchar al siguiente. En ocasiones, una orilla era una orilla real, como en el caso de Menazoid Sigma. En otras era la cima de una colmena o una plataforma en el desierto, una ciudad en la selva o una base en una isla. Unas veces era una estación orbital, y otras una mareante metrópolis.

Otra cosa que aprender. Siempre había algo más que aprender.

Llevaba un vestido sencillo, un chal y un par de botas militares viejas. Hacía fresco, pero la temperatura aumentaría conforme los soles ascendieran, y el frío hedor a sustancias químicas se volvería ardiente y penetrante. Columnas de suciedad marrón emanaban de los picos de los reactores galvánicos por toda la bahía. El agua estaba cubierta por una bruma.

El campamento del deleite era una feria provisional de puestos y de comerciantes que se había levantado entre los edificios de los barracones y las plataformas de aterrizaje. Unos signos llamativos y pintados a mano numeraban las hileras y las calles para guiar a la gente. La multitud ya estaba creciendo. Había acróbatas y volatineros, hombres entonando canciones e himnos, carros en los que se vendía buñuelos y galletas fritas, un fuerte olor a cafeína, a sacra y al humo de los pitillos de Iho y se oía

el golpeteo de hojalateros y zapateros en plena faena.

Las baratijas eran las compras más comunes entre la muchedumbre: regalos de despedida, recuerdos y nomeolvides. En pequeños puestos, los grabadores marcaban nombres en medallones y joyas baratas. Los eclesiarcas y los trancemisionarios vendían amuletos de protección y rosarios; profilaxis contra el mal, la eterna protección del Dios Emperador. También repartían panfletos y folletos para dar consuelo durante el viaje. Otorgaban bendiciones y pronunciaban sermones desde púlpitos portátiles. Las guirnaldas y los ramilletes se vendían en abundancia, y los bodegueros y comerciantes ilegales hacían su agosto vendiendo alimentos, bebidas y tabaco, caprichos para la última noche en tierra o para las largas noches de viaje.

La multitud se apartó y apareció un juglar con máscara de payaso caminando sobre unos zancos. Tras él iba un grupo de niños riendo, la mayoría descendientes del regimiento. Elodie reconoció a muchos de ellos. De algunos sabía también el nombre. Aquella pequeña era Yoncy. Ella era una de las que cuidaba Juniper, de modo que Elodie conocía su historia. Durante un tiempo, Yoncy y su hermano habían estado al cuidado de una mujer llamada Aleksa, pero ésta había fallecido y Juniper pasó a encargarse de ellos. Los niños eran huérfanos de Verghast, y habían sido adoptados por Tona Criid, una mujer oficial que los había encontrado en el campo de batalla. Después resultó que su padre no había muerto. Era el mayor Gol Kolea, de la Compañía C, quien no quiso trastornar más sus pequeñas vidas apartándolos de su madre adoptiva, de modo que se había mantenido al margen y los seguía por medio de Aleksa. Ahora el chico, Dalin, era un soldado, un ayudante de la Compañía E, y la chica estaba creciendo mucho. El regimiento se había convertido en su familia y se había encargado de su bienestar.

Aún así, habían sufrido y perdido mucho. La tragedia había marcado sus vidas. Y eso se reflejaba en ellos, especialmente en la pequeña. Desde el primer momento en que la vio, Elodie había detectado una terrible tristeza en los ojos de Yoncy.

Era una niña preciosa. Pasó corriendo tras el payaso con zancos y saludó a Elodie con la mano. Tras ella, dejando que corriera libremente, iba su hermano, Dalin, vestido de uniforme. Era un joven apuesto, y observaba a su hermana disfrutar con una sonrisa en la cara en su última hora de permiso antes de empezar el servicio. Había comprado una medallita de la Santa con un lazo, sin duda para su hermana.

Él también vio a Elodie.

—Señora —dijo.

—Dalin —respondió ella.

—Hoy es un buen día —continuó él.

—Creo que cualquier día es un buen día para abandonar Anzimar —contestó ella.

El rio.

Elodie continuó caminando y pasó un puesto de bebidas. Vio a dos hombres de Tanith comprando botellas de amasec. Uno de ellos la vio y de repente parecía sentirse culpable. Inmediatamente dejó la botella que había estado mirando en su

sitio.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora? —preguntó.

—Bien, soldado —contestó.

Su nombre era Costin. Elodie le conocía porque Ban lo había señalado como un hombre que había tenido serios problemas con la bebida durante años. Se sentía avergonzado de que la mujer de un oficial le hubiese visto comprando alcohol.

—Estaba buscando un regalo —se excusó—. Para mi buen capitán Domor, para celebrar esta partida. Jamás me acercaría al alcohol por otros motivos.

—No tienes que darme explicaciones, soldado —respondió ella.

Pero tal vez sí tuviera que hacerlo. Trabajando en los clubs de Balhaut, Elodie había visto mucho sobre la relación entre los hombres y sus venenos. Costin era claramente un borrachín. La rojez de su rostro lo delataba. Bebía cantidad, no calidad, o su paga de la Guardia no le daría para permitirse el hábito. Era la clase de hombre que se haría su propia sacra con tal de asegurarse un lingotazo barato.

De modo que, ¿por qué iba él a comprar una botella de buen amasec que acabaría guardada en la licorera de un coronel? ¿Sería para regalarla, como había dicho? ¿Y de dónde sacaría un hombre como Costin el dinero para adquirirla?

Llegó hasta el puesto del sastre en la quinta fila y se colocó al final de una cola corta a la que animaba un tragafuegos. Dieciséis cargueros de asalto Valkiria aullaron en el aire en formación. Elodie observó cómo el artista, aceitado y ágil, saltaba mientras lanzaba llamas desde sus varas ardientes.

—Menudo truco —dijo una voz a su lado—. Hace tiempo intenté aprenderlo con la esperanza de impresionar a las damas.

Ella se volvió y se encontró con el comisario Blenner haciendo cola tras ella. Él le sonrió y se levantó la gorra.

—Buenos días, señora Daur —la saludó.

—Aún no soy la señora Daur, señor.

—Debería arreglar eso —respondió él.

—¿Usted cree?

—Sí, antes…

Blenner se detuvo, como si se arrepintiese de haber entrado en ese terreno.

—Siempre es mejor —dijo cambiando de táctica—. La previsión sensata es la mejor defensa contra los caprichos de la guerra.

—Lo tendré en cuenta, señor.

—Por favor —dijo—, hasta un ciego vería que no es usted un soldado, de modo que no necesita dirigirse a mí como tal. Vaynom. Insisto.

Al igual que ella, el comisario Blenner se había unido al regimiento en Balhaut. Según le había contado Ban, era un viejo amigo del comandante y estaba allí para complementar la fuerza del comisario de los Primeros de Tanith ahora que el trabajo del comisario Hark se había vuelto tan especializado.

Elodie había coincidido con Blenner en varias cenas formales. No tenía aspecto de

soldado. Parecía rechoncho y en baja forma, algo abotargado tras una vida fácil de inactividad. Parecía un empleado del Administratum vestido de soldado. Puede que en su día hubiese sido atractivo, pero ya no era tan bien parecido como él se creía, y sus descarados modales resultaban algo detestables. Elodie había conocido a muchos hombres como él en los clubs de Balhaut. Privilegiados con piquito de oro lo bastante encantadores como para que acabasen embaucándote. Pero una siempre tenía que preguntarse dónde iba a poner las manos.

—¿Ha venido a ver al sastre? —preguntó ella.

—Así es —respondió el comisario—. Me están cosiendo el abrigo. Tengo una recepción importante. El deber nos llama a todos.

Era su turno. Recogió la chaqueta de Daur, examinó el trabajo y pagó.

—Que tenga un buen día, señor —le dijo a Blenner—. Y que todos partamos sanos y salvos.

—El Emperador nos protege, estimada señora —respondió él observando cómo se marchaba. La visión merecía el esfuerzo.

—Bueno, ¿y mi maldito abrigo? —le dijo al sastre.

Blenner se puso el abrigo mientras caminaba entre la multitud. Nadie, ni siquiera los agentes del orden de refuerzo que controlaban la feria, se interpuso en el camino del comisario. Atravesó un pequeño patio en el que los hombres estaban jugando con un balón y entró en el hospital.

Dentro, un fornido matón de Tanith estaba desnudo hasta la cintura y sentado de espaldas sobre una silla de madera mientras uno de los camilleros, un tipo delgado que todavía llevaba puesta su bata médica, le hacía un tatuaje en el omóplato con una aguja enorme. Blenner permaneció allí parado por un momento, observando con fascinación. El hombre era grande y velludo y olía a prometio líquido. Aquella no era su primera sesión de tinta. El nuevo tatuaje, que estaba a medias, era un naipe, el Rey de Cuchillos. El color se añadiría más adelante.

—¿Le parece éste un uso apropiado de las instalaciones médicas? —preguntó Blenner.

El camillero dio un respingo al ver que Blenner estaba allí. Su bata estaba limpia, pero sus dedos estaban permanentemente manchados de tinta azul. Tenía un vaso lleno de agujas. El hombre que estaba recibiendo el tatuaje volvió su inmenso y barbudo rostro y miró por encima del hombro a Blenner. No hizo ningún ademán de levantarse o de mostrar sus respetos.

—Lo siento, señor, tenía un momento y… —respondió el camillero.

—¿Te dedicas a esto? —preguntó Blenner ojeando el tatuaje.

—Siempre lo he hecho, señor.

—Se le dan bien las agujas —dijo el hombre grande.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Blenner.

—Lesp, señor —contestó el camillero.

Lesp. Lesp. Había tantos nombres y rostros nuevos que recordar.

—¿Qué es eso? —preguntó Blenner señalando el tatuaje.

—El Rey de Cuchillos, señor —respondió Lesp.

—El Rey Suicida —gruñó el hombre grande.

—¿Y cuál es tu nombre? —preguntó Blenner.

—Brostin —respondió el fornido.

—¿Sabes qué, soldado Brostin? —dijo Blenner—. Creo que deberías levantar el culo y mostrarme algo de educación.

Brostin se levantó e inclinó la cabeza para mirar a Blenner. Apestaba a combustible.

—¿No le gusta mi tatuaje? —preguntó.

—No me gusta tu actitud —respondió Blenner.

—La vida está llena de decepciones —dijo Brostin—. Señor —añadió.

—¿Qué significa el Rey? —preguntó Blenner.

—Es lo que voy a ser, ¿no? —dijo Brostin—. Primera sección de la Compañía B. Vamos a ser Reyes Suicidas.

«La Compañía B», pensó Blenner.

—¿Eres uno de los hombres de Rawne?

—Pertenezco a Rawne y pertenezco al fuego —respondió Brostin—. Y así ha sido desde antes de pertenecer a la Guardia.

Blenner miró a Lesp.

—Este no es lugar para realizar este tipo de trabajos —dijo.

—Señor.

—Debería denunciaros a ambos.

—¿Hay algún problema? —preguntó una voz tranquila.

Blenner se volvió y se encontró frente a frente con el nuevo médico del regimiento. El hombre se había unido a la compañía en Balhaut, al igual que el comisario. Blenner no tenía mucho tiempo para él. Su nombre era Kolding, un civil reclutado por Gaunt. Era albino, y Blenner tenía un pequeño problema con eso. Le resultaba desagradable. La piel de Kolding era pálida, y sus ojos siempre estaban escondidos tras unas gafas oscuras. Además, hablaba con una voz baja y monótona.

El principal problema con Kolding era que el hombre era un médico de la muerte, un forense, un examinador de cadáveres. Según la opinión de Blenner, Kolding no tendría que estar tratando a los vivos. No entendía qué era lo que Gaunt había visto en aquel hombre.

—He llegado aquí —dijo Blenner—, y he visto que se estaba llevando a cabo esta actividad. No me parece bien.

—¿Por qué? —preguntó Kolding tranquilamente.

—Porque… —empezó Blenner—. Porque no.

La doctora Curth entró en la habitación tras el albino.

—Lesp es uno de los tatuadores más solicitados del regimiento, comisario —dijo.

La doctora había entrado con una bandeja de acero inoxidable llena de

instrumentos limpios. Lo miraba con intensidad. A Blenner le gustaba. Era una mujer atractiva y esbelta. A menudo la había imaginado mirándolo con esa especie de intensidad, sólo que ahora que había sucedido se sentía incómodo, como si ella estuviera decidiendo dónde hacerle una incisión.

—Esto es asqueroso y no está autorizado, doctora —dijo Blenner.

—Yo me encargaré de esto, doctor —dijo Curth a Kolding, quien asintió y salió de la habitación—. Hablemos de esto aquí —dijo dirigiéndose a Blenner. Después miró a Lesp y a Brostin y dijo—: Vosotros dos, marchaos. Ya acabaréis después.

La doctora dirigió a Blenner a su pequeña consulta.

—Lesp es un artista. La tinta es importante, especialmente para los de Tanith, aunque los hombres de Verghast y Belladon le están cogiendo el gusto.

—Es una cuestión de códigos de vestimenta…

—Ciertas normas siempre se han pasado por alto en lo referente a los de Tanith y a sus tatuajes —dijo—. Existe un largo precedente. Intentar establecer ahora esa disciplina sería desaconsejable.

—Es un riesgo para la salud —respondió—. Con la tinta y las agujas… Se supone que ésta debe ser un área higiénica.

—No se me ocurre un lugar mejor para mantener las herramientas estériles, ¿y a usted? —preguntó—. Prefiero que lo hagan aquí, donde las agujas pueden hervirse y los tatuajes tratarse a tener que tratar a hombres de infecciones producidas en cualquier cuartucho sucio.

Blenner abrió la boca, y después volvió a cerrarla.

—Veo… que tengo mucho que aprender todavía sobre el funcionamiento de este regimiento, doctora. ¿Puedo llamarla Ana?

—No, comisario. Eso no sería apropiado. Pero dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sólo pasaba por aquí un momento.

—Ya veo —dijo—. Parece estresado. Preocupado.

—¿Es una opinión médica?

—Son las únicas opiniones que doy.

—Esperaba ver al médico.

Curth vaciló y apretó los labios.

—Yo soy médico, comisario.

—Y la más fragante que he visto en mi vida —dijo—. Pero quería consultar con un médico varón. En privado.

Curth asintió. Aquello no la sorprendía, y menos viniendo de una serpiente como Blenner. No entendía por qué Gaunt lo toleraba. Seguramente necesitaría antibióticos para alguna sífilis que habría cogido y tenía demasiada vergüenza como para dejar que le examinara sus patéticos genitales.

—El doctor Kolding está…

—El doctor Dorden —dijo Blenner firmemente.

—No quisiera molestar al doctor Dorden —dijo ella.

—Yo sí —respondió él.

Curth suspiró y se levantó. Fue hasta la puerta de la consulta de Dorden y llamó.

—El comisario Blenner desea verle —gritó.

—Un momento. Estaba a punto de salir.

—Dice que no tardará —informó Curth mirando a Blenner, quien asintió.

• • • • •

—Que pase.

Dorden, el jefe médico del regimiento, estaba sentado tras su mesa tragándose, con la ayuda de un vaso de agua, la última de las seis pastillas que tomaba cada dos horas. Ya no había manera de ocultar su pérdida de peso y de cabello. Su enfermedad no era ningún secreto, pero no se comentaba nada al respecto. Lo único que Blenner sabía era que el hombre ya había vivido más allá de todo pronóstico.

Blenner cerró la puerta tras él.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Dorden.

—Me gustaría que me diera algo —dijo Blenner.

—¿Qué exactamente?

—Un tónico, señor. Un remedio.

—¿Para qué, comisario?

—Para el mal que me aqueja, doctor.

Blenner forzó una alegre sonrisa.

Dorden no sonrió.

—No tengo todo el día —dijo el médico—. Bueno, espero que sí, pero no sé cuántos más después del día de hoy. De modo que vaya al grano.

Blenner se aclaró la garganta.

—Tengo miedo —dijo.

—Todos lo tenemos. Por el Trono, yo tengo miedo.

—Discúlpeme, pero hablo en serio. Me está superando.

—Échele huevos.

—Doctor, tengo que dirigir a estos hombres.

—Ya ha dirigido a hombres antes —repuso Dorden—. Posee una larga carrera. ¿Con quién estaba antes de estar con nosotros? ¿Con los greygorianos? Ya ha vivido la acción.

—Mire, entre usted y yo —dijo Blenner sentándose frente a Dorden e inclinándose hacia adelante—, la vida con los greygorianos era bastante tranquila. ¡Por el Trono! Era un destacamento ceremonial. Hacíamos marchas y pompa y desfiles. ¡Era una vida de lujo!

—Le he oído hablar largo y tendido sobre sus hazañas bajo el fuego —dijo

Dorden.

—Sí, bueno. Se me da bien contar cuentos.

—¿Está Gaunt al tanto de esto? Fue él quien le trajo a nuestra compañía.

—Debe de saberlo. Por el Trono, no lo sé. Él sabía cómo era yo cuando íbamos a la scholam. No he cambiado. Debe de saberlo.

Dorden levantó sus dedos blancos y delgados.

—Vaynom —dijo—, estamos en vísperas de partir a una misión tan importante que ni siquiera nos han dado los parámetros todavía. Todo el mundo está inquieto. Es completamente normal.

—Pero…

—Vaynom, ¿de qué tiene miedo? ¿De morir?

—¡Por el Trono! ¡No estoy preparado para morir! —Estalló Blenner—. ¡Todavía no he hallado la paz de espíritu! Tal vez usted esté preparado para ello, pero yo…

Entonces se detuvo y miró al médico.

—Lo que he dicho es espantoso. Lo siento.

—No lo sienta. Tiene razón, estoy preparado. Lo que nos espera no me asusta en absoluto.

—Bien, me gustaría tomar un poco de lo que usted está tomando —dijo Blenner.

—Eso podemos resolverlo —respondió Dorden—. Escuche, Vaynom, no estoy seguro de que el problema sea la muerte. Me pregunto si lo que teme es que lo descubran. Si lo que le asusta es que le pongan en la línea de fuego y decepcionarle.

Blenner suspiró.

—Maldita sea —dijo—. Ni siquiera me había planteado eso. Hasta ahora sólo pensaba en lo de la muerte.

Dorden sonrió. Se levantó, cogió un pequeño frasco marrón de una estantería atestada y se lo entregó a Blenner. Estaba lleno de píldoras ovaladas.

—Tómese una de éstas todos los días, o cuando se sienta nervioso. Aumentarán su fortaleza y le ayudarán a pensar con claridad. Venga a verme cuando necesite más.

—Gracias, doctor —dijo Blenner—. Oiga, no quiero que nada de esto…

—Puedo garantizarle que lo que acaba de suceder aquí será confidencial.

—Gracias.

—Una cosa más, comisario. Si realmente quiere fortalecerse, debería hacer lo que yo estoy a punto de hacer.

—¿El qué? —preguntó Blenner.

—Rezar y rendir culto, comisario. Me he convertido en un asiduo practicante. Creo que me ha mantenido con vida más tiempo que las pastillas. Cuidar del alma beneficia al hombre que la alberga.

• • • • •

Los oficios en la orilla solían celebrarse en la capilla del campamento pero durante los Deleites Improvisados los eclesiarcas predicaban y bendecían al aire libre, en la feria.

Ayatani Zweil acababa de empezar su discurso matinal cuando Dorden llegó. Zweil estaba de pie sobre una caja de munición, códice en mano, con dos jóvenes del séquito, uno a cada lado, balanceando incensarios. Parecían aburridos, pero él les pagaba para que lo hicieran. Había escogido un lugar al final de una de las filas de tenderetes y una multitud se había reunido a su alrededor. Dorden se unió al final.

—La Santa, Santa Sabbat, creó estos mundos —dijo Zweil—. Ella creó estos mundos con su gracia para que nosotros viviéramos en ellos, y por eso estamos luchando para liberarlos. Ella nos observa. Cuando trabajamos, luchamos, dormimos y comemos. Incluso nos observa cuando estamos en el baño, lo cual es bastante desconcertante, lo sé, pero tranquilizador. ¿Por dónde iba?

Los sermones del viejo sacerdote eran sin duda poco convencionales. Cuando hubo terminado, se mezcló entre la multitud que se dispersaba para buscar a Dorden.

—Me alegra verte todas las mañanas en mi congregación —dijo tomando las manos de Dorden.

—¿Porque soy la prueba de otra alma que vuelve al redil?

—No, sólo me alegra que no murieras mientras dormías. He tenido un sueño.

—Siempre los tienes…

—Anoche. Había muchas señoritas encantadoras. Fue bastante entretenido. Y después tuve otro sueño. La Santa vino a mí.

—¿De verdad? —preguntó Dorden.

—No, estaba ocupada con otra cosa, de modo que envió a un perro. El perro dijo: «Ayatani». Dijo: «Tienes que rezar y hacer buenas obras. Tienes que asegurarte de que Dorden vive más que tú».

—Entiendo.

—¿Ya te he contado esto?

—Sí, la semana pasada.

—Ah, tengo que buscar material nuevo. Tal vez una parábola. Las parábolas son buenas. Una vez tuve una, era azul y muy bonita, pero demasiado estrecha.

—No sabes lo que es una parábola, ¿verdad?

—¿Tan obvio resulta?

—Padre, acudir a ti todos los días a rezar me está haciendo bien. Lo sé. Se me ha concedido más vida de la que podía esperar.

Zweil le cogió del brazo y ambos empezaron a caminar por la bulliciosa calle, los dos ancianos juntos. Los chicos de los incensarios los seguían.

—Voy a cuidar de ti —dijo Zweil—. Voy a hacerlo. Es lo más justo. Yo te metí en este terrible berenjenal. De no haber intercambiado las muestras de sangre contigo, ahora sería yo el que padecería el cáncer.

—Padre, la medicina no es precisamente tu campo de especialidad tampoco, ¿verdad?

—Bobadas. Sé lo que me digo. Voy a cuidar de ti. Aunque por supuesto, es probable que llevarte a la guerra no sea el mejor de los planes en ese caso.

—Siempre me han gustado los Deleites Improvisados —dijo Dorden—. Se respira un aire de gran espíritu. De gran expectación.

—Peste y mal.

—¿Qué?

—Peste y mal. Es otro nombre que tienen estas fiestas. Una desviación de «festival». Estoy pensando en hacerme un tatuaje. El rostro de la Beata. Tu chico, Lesp, se maneja bien con la tinta, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. La Beata. Con nubes iluminadas.

—¿Dónde vas a hacértelo?

—Aquí, en Menazoid Sigma —dijo Zweil—. ¡Mira! ¡Va tan elegante que hasta me preocupa!

Se habían cruzado con el soldado Wes Maggs. Maggs vestía el uniforme de gala completo y parecía muy incómodo.

—No se burle, padre —dijo—. Odio emperifollarme.

El uniforme era de un azul tan oscuro que parecía casi negro, con galones de plata e insignias, incluido el emblema de la 81.ª Compañía. Llevaba un fajín rojo, cordones de plata y, en el pecho izquierdo, la medalla formal de Belladon: la flor de la belladona, con sus estilizados pétalos escarlata derramando una única gota de sangre a modo de lágrima.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Dorden.

—Formo parte de la guardia de honor —respondió Maggs—. Para la recepción. No sé por qué me escogieron a mí. Yo no hago cosas ceremoniales.

—¿Qué recepción? —inquirió Dorden.

—La de Belladon —contestó Maggs.

—No les hagas esperar —dijo Zweil.

—¿Es eso cierto? —preguntó Dorden.

—¿El qué, Doctor? —preguntó Maggs jugueteando con la banda de su gorra.

—Lo de Wilder.

—Eso tengo entendido —gritó Maggs mientras se alejaba a toda prisa.

• • • • •

—Llegas tarde —dijo el mayor Baskevyl conforme Maggs llegaba corriendo.

—Lo siento, señor.

—Ocupa tu sitio.

Dos compañías completas se habían reunido en las plataformas de aterrizaje

vestidas de uniforme. Los estandartes ondeaban al viento. Estaba la flor de los de Belladon y el escudo de armas de los de Tanith. La nave de desembarco acababa de llegar.

—Preparaos —dijo Baskevyl mientras avanzaba para unirse a los demás oficiales. La Compañía D era la suya, y la F pertenecía a Ferdy Kolosim. Ambas compañías se pusieron firmes. Kolosim asintió mientras Baskevyl se acercaba.

—Hoy es un gran día para nosotros —dijo Kolosim—. Una nueva compañía. Una compañía de Belladon. Sí, señor. Justo la clase de refuerzos que necesita este regimiento.

—Al regimiento le va bien así —dijo Baskevyl—. Pero el mensaje está bien enviado.

—¿Es cierto? ¿Es el hermano de Wilder? —preguntó el capitán Sloman.

—Eso es lo que tengo entendido —respondió Baskevyl—. Es su hermano. Él personalmente solicitó el traslado para unirse a nosotros. Han estado intentando alcanzarnos tres años.

—Justo a tiempo para esta función —dijo Kolosim—. ¿Sabemos qué clase de fuerza trae? ¿Es una compañía completa? ¿Cuál es su especialidad?

—No sabemos nada —respondió Baskevyl.

—Nos vendría bien una infantería pesada —comentó Sloman—. Una con un buen equipo de armas.

—Para empezar a demostrarles a esos malditos exploradores Tanith cómo se libra una guerra al estilo de Belladon —añadió Kolosim. Todos oyeron algo. Un fuerte estrépito y una explosión.

—Pero ¿qué…? —murmuró Baskevyl.

Tambores. Tambores marchando, repiqueteando y silbando, marcando un paso perfecto. Platillos. El golpe seco de los bombos. Y por encima de todo aquello, de manera repentina como unas sirenas, el bramido de los instrumentos de viento y metal.

La compañía de refuerzo descendió por la rampa de la nave de desembarco hacia la luz de los soles para reunirse con ellos.

—¿Es una broma? —dijo Ferdy Kolosim.

Era una banda marcial de música al completo. Salieron marchando, golpeando sus tambores colgados. El metal de sus instrumentos resplandecía. Sus estandartes relucían y estaban totalmente nuevos. Al menos la mitad de los músicos eran mujeres.

—¡Por la Furia de Belladon …! —exclamó Sioman.

—¡Silencio! —le cortó Kolosim.

La banda giró y marchó hasta que estuvo formada frente a la guardia de la recepción. Su desfile y su formación eran impecables. Se detuvieron, y el director condujo la música a un preciso final.

Después avanzó al lado de su comandante hacia el grupo de Baskevyl.

—Mayor Baskevyl, de los Primeros de Tanith —se presentó Baskevyl—. Y me

acompañan el capitán Kolosim, el capitán Sloman y el comisario Blenner. El comisario Blenner acaba de ser instruido para centrarse en la disciplina del contingente de Belladon.

—Es un honor —dijo Blenner.

Baskevyl se sintió aliviado al ver a Blenner. El comisario había llegado tarde, y había ocupado su puesto durante el desfile de la banda.

—Capitán Jakub Wilder —dijo el mayor—. Y éste es el director de la banda, el sargento mayor Yerolemew.

Baskevyl no tenía duda. Wilder tenía la misma mirada que su difunto hermano, el hombre que había dirigido la 81 a Compañía y que había sido su comandante y amigo. Lucien Wilder, héroe de guerra, había dado su última orden en Ancreon Sextus hacía más de cinco años. Jakub parecía una versión de él más joven y más delgado.

—Estamos preparados para unirnos a los Primeros de Tanith —anunció Wilder. Después le entregó un documento enrollado y atado con una cinta roja a Baskevyl—. Nuestros documentos de adhesión están en regla y han sido aprobados por el Munitorum.

—Sois una banda ceremonial —dijo Kolosim.

—Tres secciones, con una cuarta de reserva —expuso Wilder.

—El caso es que… no necesitamos ninguna banda —dijo Kolosim.

—Lo que el capitán Kolosim quiere decir —intervino Baskevyl rápidamente—, es que no esperábamos aumentar el aspecto ceremonial de nuestro regimiento de esta manera.

—No sólo tocamos instrumentos. Tenemos armas —dijo Wilder con la boca apretada—. También sabemos luchar.

—No pretendíamos insultarle —dijo Baskevyl.

—Si me lo permite —solicitó el director de la banda, y dio un paso hacia adelante. Era un hombre alto y mayor, con una cara arrugada y un vago rastro de pelo blanco. Llevaba una abundante barba cuadrada y un monóculo. En la mano izquierda llevaba su batuta dorada. No tenía mano derecha. La manga derecha de su larga túnica estaba recogida, vacía.

—Hace casi siete años se nos ordenó unirnos a la 81.ª Compañía —dijo—. El capitán Wilder, el hermano de mi comandante, solicitó nuestra presencia con fines morales.

«Lo recuerdo —pensó Baskevyl—. Recuerdo que dijo: “Les he escrito para que nos envíen una banda, Bask. Creo que nos dará energía”. Por el Trono, creí que estaba de broma».

—Ya sabe cómo son las conexiones de tránsito —prosiguió Yerolemew—. Nos retrasamos. Llegamos a Ancreon Sextus mucho tiempo después de que hubieseis partido. Supuse que nos enviarían a unirnos a otro regimiento de Belladon. Pero el capitán Wilder aquí presente tenía… tenía muchas ganas de unirse al mando de su

difunto hermano. Hizo que le designasen nuestro capitán e hizo presión para que se ratificara el destino.

—Es difícil —explicó Wilder—. Hubo otros retrasos. Una escuadra de músicos con sus instrumentos nunca tiene preferencia frente a un equipo de combate si el transporte es limitado. Siempre éramos la última prioridad. Pero quería estar aquí. Queríamos estar aquí.

El hombre tragó saliva. Baskevyl veía a un chico que intentaba dar lo mejor de sí, desesperado por no decepcionar a su hermano mayor. Hizo el signo del águila y levantó la mano.

—Conocí a su hermano —dijo Baskevyl—. Era un honor tenerlo entre mis amigos. Y es un honor tenerle aquí. Bienvenido a los Primeros de Tanith, capitán Wilder.

Junto a él, el comisario Blenner sacó otra píldora del frasco que llevaba en el bolsillo de su abrigo, se la tragó fingiendo toser y después sonrió.

Ya se sentía mejor. Lo que fuera que le había dado el médico era algo fantástico.

Una banda marcial. Eso sí podía dirigirlo. Era precisamente lo suyo. Soldados, pero sin la molesta parte de la lucha.

• • • • •

—Pero ¿qué feth …? —murmuró Larkin—. ¿Eso no es una banda?

—No, has estado tomando tus drogas duras otra vez, viejo loco —respondió Jessi Banda—. Son alucinaciones tuyas.

—En realidad —dijo Raess—, Larks tiene razón. Es una banda marcial de música de feth.

Con Larkin a la cabeza, diez tiradores de la compañía, los diez mejores, habían estado abriéndose paso a través de la multitud de la feria. El avance era lento porque el viejo francotirador ya no era tan rápido como antes. Cojeaba sobre su pie artificial. Estuviese loco o no, todos eran respetuosos con él, incluso la engreída verghastita Banda y la insensible belladonita Questa. Todos llevaban cordones, pero Larkin podía disparar mejor que cualquiera de ellos.

La multitud se había dividido, lo que les permitió tener una breve vista de las plataformas de aterrizaje donde los transportes iban y venían. Divisaban los estandartes de Belladon y el reflejo de la luz de los soles en el metal de los instrumentos.

—¡Por el Trono! —murmuró Lyndon Questa—. Los míos han traído una maldita banda con ellos.

—Me alegra ver lo mucho que aportan los de Belladon a la fuerza de combate del regimiento —dijo Banda.

—Que te den —dijo Questa.

—En tus sueños —sonrió ella.

Nessa hizo una pregunta y Larkin respondió, señalándole la escena inferior. No había oído el tamborileo.

Jna sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Suenan bien? —preguntó.

—Sí, eso es lo más importante de todo, Nessa —dijo Banda.

Abandonaron la multitud y entraron en una dársena de carga en la que los equipos y los servidores del Munitorum descargaban cajas de abastecimiento de los largos camiones.

—¿Qué estamos ha… ha… haciendo aquí, Larkin? —preguntó Merrt con su rudimentaria mandíbula augmética forzando su característico tartamudeo.

—Es una sorpresa —dijo Larkin—. Reuníos.

Un grupo de fusileros de Tanith estaba ya presente, dirigido por el capitán Domor.

—Buenos días, Shoggy —dijo Larkin.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Domor.

—Bueno —dijo Larkin—. El mayor dijo que íbamos a hacer un entrenamiento especializado, ¿verdad? ¿Mis tiradores y sus chicos?

—Sí, pero no dijo el qué ni por qué —respondió Domor.

—Sí, pero uno ha de ser listo —dijo Larkin—. Uno ha de conseguir burlar al ayudante de Gaunt, tal vez distrayéndole. Banda lo hace muy bien.

—Beltayn es como plastilina en mis manos —ronroneó Banda.

—Entonces, mientras Bel tiene las manos ocupadas… —prosiguió Larkin.

—Metafóricamente hablando —señaló Banda.

—… uno ha de ir a echar un vistazo a los inventarios de abastecimiento del regimiento. Para ver qué clase de material han traído y a quién va a ser asignado. De ese modo podremos hacernos una idea.

—Y uno va a compartir esa idea —preguntó Raglon— ¿o uno va a llevarse un puñetazo en la boca?

—Paciencia, Rags —dijo Larkin. Después cojeó hasta un grupo de cajas apiladas —. Estas son tuyas, Shoggy. Están llenas de material para tus chicos. Estas son mías. Pásame esa palanca, Raess.

Raess le dio a Larkin la barra. El viejo tirador empezó a levantar la tapa de una de las cajas.

—¡No podéis hacer eso! —exclamó un técnico del Munitorum.

—¡Vete al feth! —le gruñó Banda, y el hombre se fue corriendo.

—Mirad eso —dijo Larkin levantando el primer artículo de la caja con una sonrisa.

—Por el Dios Emperador, ¿qué es esto? —preguntó Raess.

—Rifles de munición sólida —dijo Banda mientras cogía uno—. Rifles con

pasador, de munición sólida, viejos y de mala calidad. Pero ¿qué gak …?

—¿Qué es esta munición? —preguntó Questa mientras levantaba una bala de gran calibre. Tenía un casquillo de latón y una punta que parecía hecha de cristal.

—Yo quiero mi rifle láser largo —dijo Banda—. No quiero esto.

—¿Qué se supone que vamos a cazar? —preguntó Nessa.

Larkin se llevó el rifle que estaba sosteniendo a la mejilla, accionó el viejo pero bien conservado pasador y apuntó a un objetivo cualquiera.

—Larisel —dijo—. Como en los viejos tiempos.

—El viejo por fin ha perdido la chaveta —repuso Banda.

Larkin movió el arma y de repente se encontró con un objetivo justo delante de la mira de hierro.

—¡Disculpe! —Exclamó bajando el rifle—. No la había visto, señora.

—Estoy buscando al capitán Daur —dijo Elodie.

—Está en la sala dos, señora —indicó Domor—. Para la recepción.

—Ah —dijo Elodie, que sostenía la chaqueta de gala—. Pensaba que había dicho en la cuatro. Gracias.

Y se marchó a toda prisa hacia la luz de los soles.

—¿Vas a explicarnos esto? —preguntó Raess a Larkin.

—Claro —dijo Larkin saboreando todavía la sensación del arma.

—¿Y por qué estoy aquí exactamente? —Preguntó Merrt—. Sabes que ya no puedo dis… dis… disparar.

—Merrt, amigo mío —dijo Larkin—. Tenías la mejor puntería que he visto en mi vida. He decidido que voy a enseñarte a hacerlo de nuevo.

• • • • •

—Siento llegar tarde —se disculpó Elodie—. Me he perdido.

—No importa —dijo Daur. El capitán tomó la chaqueta y la besó en la mejilla—. Todavía tengo tiempo.

—¿Me necesitas para algo?

—No —contestó—. Me las apañaré.

—Entonces te veo después —dijo Elodie.

—Me gustaría hablar contigo de una cosa —dijo él.

—Estoy deseando que termines con esto —respondió ella, y se marchó. De regreso en sus dependencias se puso a ordenar unas cuantas cosas.

Esperaba no haberle causado ningún problema llegando tarde con la chaqueta.

Elodie empezó a hacer el equipaje. Bajo una pequeña pila de libros en un archivador encontró unos documentos.

Solicitud de permiso para contraer matrimonio, decían los papeles.

• • • • •

Ban Daur se puso la chaqueta de gala y se la abotonó. Después se colocó la gorra y se abrochó el cinturón y la pistolera de oficial.

El mayor Kolea apareció en la entrada, acompañado del comisario Ludd. Ambos vestían sus trajes de gala también.

—¿Estás listo? —preguntó Kolea.

—Sí.

Salieron atravesando la sala del depósito que estaba sobre la grasienta pista de aterrizaje que había delante. El transporte ligero Arvus acababa de aterrizar. El vapor emergía de los sistemas de ventilación.

Acompañados por una reducida guardia de honor de soldados de Tanith y de Verghast, Daur, Kolea y Ludd se acercaron al pequeño vehículo. Su escotilla se estaba abriendo.

Seis figuras salieron de ella. Los cuatro que iban delante vestían un uniforme que hizo que el corazón de Daur se hinchiera con un orgullo inesperado. Era azul con un yelmo de pinchos. Era la Guardia de la Colmena verghastita, muy similar al uniforme de las FDP que había llevado en su día en la Colmena Vervun.

Dos eran escoltas de la Guardia. Uno de ellos llevaba un águila bicéfala sobre un guantelete de cuero. El águila, modificada cibernéticamente, estaba encapuchada. El ave se movía y erizaba las plumas.

La figura más alta era una mujer que llevaba insignias de mayor. Era mayor, fuerte y ligeramente demacrada. La otra, más baja, era una capitana.

—Mayor Pasha Petrushkevskaya —dijo la mujer mayor, y después hizo la señal del águila— se presenta para servir a los Primeros de Tanith.

—Bienvenida —dijo Kolea.

—Tengo seis compañías completas —anunció Petrushkevskaya—. Todas nacidas y fundadas en Verghast. Esperan en órbita para trasladar vuestras naves. Se sienten muy orgullosas de seguir la gran tradición y de unirse, por fin, al regimiento del Héroe del Pueblo.

—Soy el mayor Gol Kolea.

Petrushkevskaya saludó.

—Su nombre también es célebre —dijo—. El gran héroe de la compañía de irregulares. Es un honor.

—Gracias —respondió Kolea—. Aunque tengo entendido que usted también sirvió en las compañías de irregulares durante la Guerra de Zoica.

—Nunca coincidimos —dijo Petrushkevskaya.

—Fue una gran guerra —señaló Kolea.

Ella asintió.

—Esta es mi segunda al mando —dijo la mayor señalando a la mujer más menuda

y joven que tenía al lado—. Capitana Ornella Zhukova.

—Que sirvió en el mando de las FDP de Hass Occidental —dijo Daur con una amplia sonrisa.

—No estaba segura de que fuese a recordarme —dijo Zhukova. Era muy bonita, con la piel aceitunada y el pelo corto y negro recogido en una coleta. Sus rasgos eran elegantemente simétricos—. Entonces yo era sólo una subalterna y usted capitán.

—¿Os conocéis? —sonrió Kolea.

—Me alegro de volver a verle —dijo Zhukova.

Petrushkevskaya retrocedió para presentar a las otras dos figuras de su grupo. Una era una mujer delgada de extraordinaria belleza. Tenía la cabeza rapada al uno, lo que destacaba el arco escultural de su cráneo. Vestía una prenda acorazada ajustada y tenía una rosa de acero increíblemente trabajada en la solapa. El arma que llevaba en la cadera estaba envuelta en una tela roja, como era costumbre en Verghast. Daur vio que se trataba de una civil, una guardaespaldas de la clase alta de la colmena, una empleada muy capaz y costosa.

La otra figura era claramente su superior. Vestía una prenda ajustada simple y negra y unas botas. Era un joven de no más de quince o dieciséis años que todavía no había perdido la flaqueza de la adolescencia. Su delgado rostro era bello y estrecho, casi femenino en su belleza, y tenía el cabello rubio.

—Este es Emérito Felyx Chass, de la Casa Chass —lo presentó Pctrushkevskaya.

—Señor —dijeron Kolea y Daur al unísono.

El chico los observaba con arrogancia.

—¿Dónde está Gaunt? —preguntó.

—Nos enviaron para recibirle —prosiguió Kolea— y expresarle la calurosa…

—No es suficiente —dijo la guardaespaldas. Su acento era de la parte más dura de Verghast. Sus labios eran tan rojos como el velo que cubría su arma.

—Tranquila, Maddalena —dijo el chico.

—Desde luego que no —replicó la guardaespaldas, y dio un paso hasta colocarse cara a cara frente a Kolea.

»Verghast envía seis compañías para reforzar vuestro regimiento —continuó— en honor a la deuda que nuestra colmena tenía con vuestro comandante, ¿y el Héroe del Pueblo ni siquiera se molesta en recibirnos en persona?

—Lamentablemente, así es —respondió Kolea.

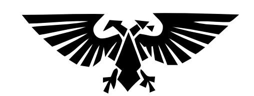
—Este joven —dijo la guardaespaldas señalando al chico delgado— es Emérito Felyx Chass, de la Casa Chass, nieto del mismísimo Lord Chass. Su madre es la heredera de toda la Casa. Ha venido para honrar a vuestro regimiento uniéndose a él como comandante subalterno. ¿Y me está diciendo que Ibram Gaunt tiene algo más importante que hacer que venir a recibirle?

—Dos cosas —dijo Kolea con toda tranquilidad—. En primer lugar, para ti es el Coronel-comisario Gaunt, perra arrogante de colmena pija. Y en segundo lugar, sí; en esta ocasión, tiene algo más importante que hacer.



TRES

Plata, Serpiente Y Cicatriz



Unas altas puertas dobles se abrieron de golpe como si hubiesen sido golpeadas por una escuadra de liberación de asedio, y el grupo de oficiales continuaron su camino por la larga columnata. Caminaban de prisa, con las botas golpeando el suelo de mármol y las colas de sus abrigos ondeando; no al paso, sino a la velocidad de una marcha forzada. De haber ido algo más de prisa habrían empezado a correr. A los lados, a lo largo de la imponente ruta, los centinelas adoptaron una rígida posición de firmes mientras las decididas figuras pasaban de largo.

Eran oficiales, con un grupo de guardias ceremoniales trotando para seguirles. Los ceremoniales apenas podían avanzar con los sables envainados, las lanzas, los banderines, los estandartes y los bastones que no habían sido diseñados para ser portados a toda prisa.

El grupo principal estaba dirigido por un humano aumentado formidable cuya inmensa figura estaba alargada y reforzada por los armazones de articulación biónica que sostenían su forma, en su día viril. Lucía emblemas de aves negras carroñeras. El militante supremo Cybon era uno de los grandes arquitectos de la Cruzada, y su historial bélico no necesitaba interpretación ni notas explicativas. Era un conquistador de mundos, un comandante de la Guardia de la más alta distinción, y había servido en el gran teatro de operaciones de los Mundos de Sabbat desde la misma instigación, en el bando del Señor de la Guerra Slaydo. Era conocido por su carácter despiadado y había caído en desgracia ahora que el Señor de la Guerra era Macaroth, quien buscaba sangre más joven.

Casi al lado de Cybon se encontraba Isaiah Mercure, una figura superior del Comisariado del sector, jefe de la División de Inteligencia. Mucho más bajo que Cybon y de color cetrino, Mercure era un hombre de cabello cano con piel cubierta de marcas. De algún modo irradiaba la misma presencia y autoridad que el majestuoso militante supremo.

Tras ellos dos llegaban cuatro figuras vestidas con impolutos uniformes del Comisariado, tres varones y una mujer: Viktor Hark, el robusto y poderoso comisario superior de los Primeros de Tanith; Nahum Ludd, su oficial más joven y más serio; Usain Edur, el regio comisario de piel oscura que servía a Mercure como asesor; y Luna Fazekiel, una comisaria superior de la división de Mercure.

Tras ellos, y delante de la apurada guardia ceremonial, andaba a zancadas un hombre cuya vestimenta sobria y negra combinaba el uniforme de un comisario imperial y la autoridad de un coronel de la Guardia. Era alto y enjuto, y su estrecho rostro, hundido con cuidado, poseía el aire frío y amenazador de un arma desenfundada a causa de la peculiar característica de sus ojos.

Ese hombre era Ibram Gaunt.

Sin romper el paso, Cybon alzó la mano izquierda y golpeó con ella como si fuera la viga de un ariete. El impacto abrió otras puertas dobles que golpearon contra las columnatas. Otra línea de centinelas adoptó la posición de firmes mirando al frente. El grupo continuó avanzando.

—¿Deberíamos esperar a los enviados del Administratum? —preguntó Edur.

—Que les den —gruñó Cybon.

—Pero hay formalidades, protocolos —replicó Edur.

—A la mierda los protocolos —respondió Cybon.

A su izquierda había una fila de altos ventanales que daba a las plataformas de aterrizaje de Anzimar. Los cazas y los transportes descendían a través de la niebla tóxica matutina hacia las principales pistas de rococemento. Las cañoneras Vendetta se posaban como halcones sobre las plataformas de escudo aéreas que sobresalían alrededor de la defensa del perímetro de la pista como una corona. Gaunt vio la nave, la nave blindada, sola en una esquina, con el calor del reingreso todavía emergiendo de su casco en el aire húmedo. Los equipos técnicos guardaban una respetuosa distancia. Era una máquina imperial, pero no era un patrón utilizado por la Guardia o la Armada.

Otro par de puertas se abrió de un golpe. Delante de ellas se encontraba la entrada al auditorio. Eran unas puertas doradas, cuatro veces más altas que un hombre, forjadas con bajorrelieves de leones y carnodones, águilas y ángeles. Ángeles de muerte.

«Qué apropiado», pensó Ibram Gaunt.

Eran las primeras puertas que se habían encontrado que Cybon no había abierto de un golpe como si estuviese llevando a cabo una redada de inserción. Él y Mercure se detuvieron. Tras medio segundo, Hark y Edur se adelantaron y abrieron las puertas.

La sala al otro lado de las puertas era inmensa, de mampostería, y decorada con altos ventanales de vidrieras que teñían la luz de colores otoñales. Unos altos triforios robaban más luz desde lo alto de la niebla tóxica matinal y la enviaban hacia abajo en rayos plateados entre los oscuros arcos abovedados. En el centro del suelo se había incrustado un águila de metal gigante.

Tres figuras les esperaban bajo la ventana más grande de la cámara, un inmenso rosetón que representaba el Trono Dorado en cristales multicolor.

Una estaba sentada sobre un banco de madera, meditando. La segunda estaba de espaldas a la puerta, mirando hacia la imagen del rosetón. La tercera pasaba el tiempo examinando unos alimentos y bebidas que se habían preparado sobre una mesa pequeña. No estaba claro si la tercera figura se planteaba tomar un refrigerio o si simplemente se preguntaba para qué era la comida.

Los tres eran varones, pero ninguno de ellos era humano. Ni en lo más mínimo.

—¡Por la Sagrada Terra! —susurró Ludd.

—Esa es la idea —masculló Hark.

El militante supremo dio un paso al frente.

—Soy Cybon —anunció cambiando el volumen de su altavoz augmético a modo declamatorio—. ¿A quién me dirijo?

Las tres figuras levantaron la vista. Sus ojos se fijaron en él como sistemas de determinación de objetivos. No era una impresión descabellada. Sus ojos eran literalmente sistemas de determinación de objetivos autónomos y biológicos, y su escrutinio analizaba instantáneamente la distancia, el movimiento, la identidad y el blindaje. Que lo miraran a uno era estar en el punto de mira.

—Soy Cybon —repitió con firmeza el militante supremo.

—Tú no —respondió la figura del banco sin levantarse. Su acento era denso, como si los vientos secos de algún punto muy distante del espacio imperial hubiesen desgastado su idioma y su acento.

—Creo que no eres consciente de con quién estás hablando —dijo Cybon.

—Tú sí que no lo eres —respondió la figura del banco.

Su inmensa armadura era de un blanco sucio con bordes escarlata. Unas cuerdas de cuentas y pequeños trofeos, junto con lo que parecían unas cabelleras, pendían de las placas de metal. Su yelmo de guerra descansaba a su lado sobre el banco, y tenía los codos apoyados en las rodillas. Llevaba la cabeza inmaculadamente afeitada, excepto por una perilla bifurcada y un copete de cabello negro azabache.

La figura que había estado examinando los refrigerios vestía una armadura gris con un ornamento dorado en el peto y el símbolo de su Capítulo, de color azul sobre un fondo blanco y con bordes rojos, sobre sus inmensas hombreras. Partes de su armadura estaban decoradas con formas de lágrimas azules. Sostenía su yelmo de guerra bajo el brazo. Estaba perfectamente afeitado, y unos mechones de pelo negro formaban pequeños rizos en su amplía frente.

—Él —dijo señalando directamente más allá de Cybon, hacia Gaunt. Su puño cubierto por un guantelete era inmenso, y el dedo que señalaba parecía la boca de un rifle con un silenciador instalado.

—Él es el motivo por el que estamos aquí —continuó, y bajá la mano. Su voz era más suave que la del gigante sentado y su acento más refinado.

—Existe un protocolo… —comenzó Cybon.

—Nos trae sin cuidado vuestro protocolo —dijo la tercera figura. Su armadura era de plata lustrosa con tracerías de esmalte blanco. Su voz era sólo una escofina augmética—. Él es la razón por la que hemos venido, y es con él con quien vamos a tratar.

Cybon vaciló, pero decidió no responder. Mercure frunció el ceño y se rascó el cuello. Fazekiel tragó saliva. Edur, Hark y Ludd se volvieron hacia Gaunt. La guardia ceremonial había decidido que tal vez fuera mejor quedarse en la entrada que pasar al interior de la cámara.

Gaunt pasó por delante de los miembros de su grupo y atravesó la cámara hacía las tres figuras. Pasó directamente el águila de metal incrustada en las baldosas y se

detuvo frente a frente con la tercera figura delante de la ventana. Se quitó la gorra, se la colocó bajo el brazo izquierdo e hizo la señal del águila sobre su pecho.

—Coronel Comisario Ibram Gaunt —se presentó.

La tercera figura inclinó la cabeza para mirarle.

—Veegum comentó que me parecerías pequeño —dijo con voz atronadora—. A veces olvido lo pequeño que es aquello a lo que los humanos llaman «pequeño».

—No estaba seguro de si el Señor del Capítulo consideraría mi petición —dijo Gaunt—. El hecho de que tres de vosotros…

—Tres es todo lo que vas a tener —murmuró la figura de gris.

—No queremos estar aquí —dijo la del banco al tiempo que se levantaba. El asiento crujió lastimeramente.

—Hay acciones más importantes en las que deberíamos participar —dijo la figura vestida de plata—. Esto supone un desperdicio de nuestra fuerza, incluso enviando sólo a tres de nosotros. Pero mi Señor del Capítulo lo solicitó personalmente. ¿Habéis calculado seis semanas de tiempo operativo?

—Sí —respondió Gaunt—. Con el tránsito incluido. Y si éste dura lo previsto.

—¿Y partiremos esta noche? —preguntó la figura de blanco.

—Así es —contestó Gaunt. Después extrajo una placa de memoria cifrada del abrigo de su bolsillo, y se la entregó al gigante de plata—. Evaluación estratégica. Es todo lo que tenemos hasta ahora, además de las propuestas tácticas.

El gigante de plata cogió la minúscula oblea y se la pasó al gigante de blanco sin mirarla. La figura barbada insertó la placa en un procesador de datos que llevaba en el puño de su avambrazo. Tras un leve zumbido, las imágenes hololíticas empezaron a generarse y a rotar en la palma de su mano.

—¿Puedo saber vuestros nombres? —solicitó Gaunt.

—Hermano sargento Eadwine, de la Guardia de Plata —dijo el gigante de plata golpeándose el peto, y después señaló al gigante de gris—. Él es el hermano Kater Holofurnace, de los Serpientes de Hierro.

Finalmente señaló a la figura de blanco.

—Y él es el hermano Sar Af, de los Cicatrices Blancas.

—¿Quién hizo estas evaluaciones tácticas? —preguntó el cicatriz blanca mientras seguía leyendo la pantalla hololítica.

—De las partes básicas se encargó la unidad de Operaciones Estratégicas —respondió Gaunt—, pero las mejores partes son modificaciones hechas por mis hombres. Por los exploradores del regimiento, concretamente.

—¿Este procedimiento absurdo es el habitual? —preguntó el serpiente de hierro.

Sar Af, el cicatriz blanca, expulsó la placa y se la devolvió a Gaunt.

—En realidad no es tan inútil —dijo—. He hecho algunos ajustes iniciales. Y habrá más apuntes.

—Estoy ansioso por discutirlos —respondió Gaunt.

—No habrá discusión alguna —aclaró Sar Af—. Sólo habrá apuntes.

—Entonces estoy ansioso por introducirlos —dijo Gaunt.

—No podéis hacer esto sin nosotros —dijo Sar Af como una sombra que pasaba por delante de su rostro—. En realidad, pocos entienden por qué se va a intentar siquiera. Las probabilidades de éxito son escasas, no merece la pena el riesgo, y el objetivo es insustancial. Es un puesto pequeño y un derroche, y el Señor del Capítulo del hermano Eadwine chochea claramente al hacerte esta concesión.

—Si eso fuese cierto —dijo Gaunt— ni siquiera estaríais aquí.

—Son muy… —susurró Ludd—. Son hostiles. Es como si no estuviésemos en el mismo bando.

—Lo estamos —masculló Hark.

—Pero…

—Los marines espaciales del Adeptus Astartes operan a un nivel distinto al nuestro, muchacho —explicó Mercure en voz baja—. Libramos la misma guerra, luchamos en la misma cruzada, pero su contexto operativo es diferente. Ellos intentan lo que nosotros no podemos plantearnos siquiera. Llevan a cabo lo que los humanos no modificados no pueden lograr. Somos hermanos de armas, pero nuestros caminos y preocupaciones rara vez coinciden. No es más que el modo imperial de hacer la guerra.

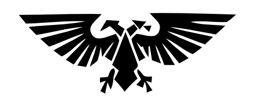
—Entonces, si han venido… —empezó Ludd.

—Si los Ángeles de la Muerte han venido —silbó Cybon— y consideran que esta operación es digna de su atención, significa que Salvation’s Reach va a ser un infierno inimaginable.



CUATRO

Creando vínculos



Se habían encendido faroles por todo el complejo de los Barracones de Anzimar, en parte para potenciar la naturaleza festiva de los Deleites Improvisados pero principalmente para combatir la oscuridad de la niebla tóxica de la tarde. Aquel día era especialmente opresiva y no se despejó antes del anochecer. El campamento y las pistas de aterrizaje ya parecían estar envueltas en una sombra nocturna.

Gaunt regresó por el cuadrángulo exterior con Hark, Ludd, Edur y Fazekiel. A los oídos del grupo llegaba la exuberante música que se tocaba en las salas y el ruido de los platos y los vasos del refectorio. Se estaba celebrando la recepción.

—Al menos vamos vestidos para la ocasión —dijo Hark.

—Creía que al militante supremo le iba a dar una apoplejía —dijo Ludd, que todavía estaba procesando el encuentro del que volvían.

—A los militantes supremos no les gustan los desaires, Ludd —dijo Hark—. No a favor de meros coroneles. Ni siquiera por esa extraña bestia del Coronel-comisario.

—Cybon comprendió el juego —respondió Gaunt—. Él también tenía su papel. Sabía que querrían hablar conmigo personalmente. Pero el Señor del Capítulo no habría tenido en cuenta mi petición de no haber contado con el respaldo explícito del alto cargo de la Cruzada y de un militante supremo o dos. Cybon servía de auxiliar. Tenía que estar presente para cumplir las formalidades, aunque sólo fuera para que ellos lo menospreciaran.

—¿Saben lo que es mostrar respeto? —preguntó Ludd.

—Son marines espaciales —respondió Gaunt.

—Pero ser tan irrespetuoso con un militante supremo…

—Son seres poderosos —le interrumpió Gaunt—. Les gusta recordar a los demás dónde reside el poder.

—Entonces, ¿nunca son cordiales, o…?

—No los conozco, Ludd —dijo Gaunt. Después se detuvo de repente y se volvió hacia el oficial. Los demás se detuvieron alrededor de ellos, en medio del cuadrado que formaban—. No he estudiado sus normas de etiqueta.

—Nadie los conoce —dijo Edur en voz baja.

—Pero ellos a usted sí, señor —le dijo Ludd a Gaunt—. De eso se trataba. Les ha pedido una especie de favor.

La mandíbula de Gaunt se tensó. En la penumbra, sus ojos parecían embrujados por una luz extraña.

—Un favor no —dijo—. A los marines espaciales del Adeptus Astartes no se les pide favores. Es una cuestión de pactos y alianzas. Es una cuestión de hacer lo suficiente como para destacar de manera que, cuando les pidas algo, sepan quién eres.

—Eres consciente de que nos ven a todos iguales, ¿verdad? —dijo Hark.

Ludd rio y después se dio cuenta de que no había sido una broma.

—¿Qué hizo? —inquirió.

—¿Qué? —preguntó Gaunt al tiempo que se volvía para empezar a caminar de nuevo.

—¿Qué hizo para destacar?

—Lo justo —respondió Gaunt, y se marchó caminando.

—Balhaut —dijo Fazekiel. Los demás la miraron—. La Torre del Plutócrata. La Puerta de la Oligarquía. El infame Noveno Día —dijo—. Los hyrkanios de Gaunt lucharon junto a la Guardia de Plata en el clamor de la batalla. Seguramente trató con ellos, posiblemente con el propio Veegum. Sus logros habrán llegado a sus oídos. Quizá incluso se ganara su respeto. Sin duda dejó una huella lo bastante grande como para que años después, cuando les pidiese ayuda, se molestasen en considerar prestársela.

La mujer miró a Ludd. Era poco mayor que él, pero parecía haber un abismo de madurez entre ellos.

—Está todo en sus archivos —explicó—. Datos biográficos estándar. Hay más detalles, algunos de ellos confidenciales, pero cualquiera con autorización del Comisariado puede consultarlos si está dispuesto a profundizar.

—¿Le has estado estudiando? —preguntó Ludd.

—Pareces sorprendido —dijo Fazekiel—. Voy a servir bajo sus órdenes. Quiero saber de él para saber qué esperar y cómo cumplir mejor con mi deber. Cualquier comisario haría lo mismo antes de cambiar de mando. En realidad lo sorprendente es que tú no lo hayas hecho.

—No sé por qué iba a hacerlo —dijo Ludd ruborizándose ligeramente.

—¿Para no hacer preguntas estúpidas en el momento equivocado? —sugirió Fazekiel.

—Es probable que Nahum sea un siervo del Trono más intuitivo que tú, Luna —dijo Edur con tacto.

—No es una cuestión de intuición —respondió—. Y tampoco es una cuestión de intimidad. No es invasivo en absoluto estudiar y comprender el archivo de la carrera de un oficial al que estás sirviendo. Beneficia al desempeño de mi tarea. Es de sentido común.

Un mensajero oficial llegó corriendo, saludó y le entregó a Hark una tarjeta de mensajes. Hark confirmó la recepción presionando con su anillo grabado biocodificado. Leyó el mensaje y se guardó la tarjeta en el bolsillo.

—Deberíamos ponernos a trabajar —dijo—. Tenemos que acomodar a los recién llegados y hacer unos últimos preparativos. Voy a darte algo en lo que pensar, Ludd. Fazekiel ha explicado la presencia del guardia de plata. Pero los otros dos, un serpiente de hierro y un cicatriz blanca… ¿Por qué tres Capítulos?

—Lo averiguaré —respondió Ludd—. Mientras tanto, ¿cuándo llegará el resto?

—¿El resto de qué?

—De marines espaciales.

Hark sonrió.

—Contamos con tres marines espaciales, Ludd. Sólo con tres. Son escasos y valiosos. Atrás quedaron los tiempos en los que marchaban por las estrellas por cientos o miles. Tenemos suerte de contar con tres.

—En la mayoría de circunstancias —dijo Edur— tres son más que suficientes.

—Esperemos que ésta sea una de esas circunstancias —respondió Hark.

—¿Cómo vas a averiguarlo, Ludd? —preguntó Fazekiel.

—Les preguntaré —contestó Ludd—. ¿Qué tiene tanta gracia? —añadió.

• • • • •

Las multitudes se habían reunido alrededor de la enfermería formando colas. La mayor parte de la comunidad del regimiento quería salir y disfrutar las pocas horas que quedaban de los Deleites o, si se les permitía, unirse a la recepción en el salón de los barracones. La banda de música se escuchaba desde la enfermería. Pero había certificados que obtener, y eso significaba recibir las inyecciones necesarias.

Elodie se unió a la cola. Los médicos del regimiento estaban vacunado a todos los miembros del séquito. Las inyecciones eran una mezcla de antivirales y contrabióticos y electrolitos emperitéticos que les protegerían de una infección extranjera y suavizarían algunos de los traumas del viaje. A aquellos que no presentasen un certificado médico que demostrase que habían recibido las vacunas no se les permitía embarcar. Y esta vez, según le habían comentado a Elodie, también necesitabas un contrato.

Todo el mundo a su alrededor hablaba de ello en la cola. Un contrato de acompañamiento era un documento de renuncia de responsabilidad emitido por el Munitorum que certificaba que el portador comprendía que se dirigía a una zona de guerra. Por lo general, los séquitos de regimiento seguían a sus unidades hasta campamentos de reserva o estaciones de paso junto al campo de batalla. En este caso, el contrato indicaba que, por cualquier razón, el séquito seguiría al Primero de Tanith directamente hasta la línea de peligro. Estarían en riesgo. No se garantizaba su seguridad. Tenían que firmar un contrato para indicar que comprendían y aceptaban este peligro o podían elegir quedarse atrás. El Munitorum no había requerido que el séquito de Tanith firmase ningún contrato desde Ouranberg, en el año 771.

Era una elección difícil, porque quedarse atrás era una opción arriesgada. Para un cónyuge o un niño, o para un comerciante cuyo modo de vida dependía del regimiento, quedarse atrás significaba arriesgarse a no poder reconectar con la unidad. Si alguien se perdía el desplazamiento tal vez nunca consiguiese llegar allá adonde el regimiento fuese enviado. Podía pasarse meses o incluso años intentando

llegar hasta la unidad en movimiento, como le había sucedido a aquella ridícula banda, según tenía entendido.

Para Elodie no había elección.

—¿Se encuentra bien, señora Dutana? —le preguntó el viejo doctor Dorden cuando llegó su turno. Le frotó el hueco del brazo con alcohol mientras su auxiliar preparaba una jeringa.

—Sí, doctor. Pero tengo cosas en la cabeza.

—Sin duda está ansiosa por lo que nos aguarda. La guerra nos hiere con la ansiedad, y su alcance es mayor que el de cualquier arma.

Ella asintió.

—No parece preocupado, si no le importa que se lo diga —le dijo al anciano. Él parecía muy frágil, pero sus manos eran firmes como rocas, y ella sólo sintió un pequeño pellizco cuando la aguja atravesó su piel—. Imagino que es porque ya ha hecho esto antes.

—No es mi primera paciente, señora Dutana.

—Me refería a la guerra, doctor.

—Ah. No, uno nunca se acostumbra a eso. Pero tiene razón, ya no recuerdo dónde me he dejado mis miedos.

Elodie regresó por la orilla, atravesando la multitud de celebración con un pedacito de algodón presionado contra el pinchazo. Se dirigía hacia los habitáculos que se alzaban en fila tras las tiendas de lavandería. Parecía estar oscureciendo, como si la auténtica noche se extendiese a través de la turbia niebla tóxica.

—¿Juniper? —gritó—. ¿Juniper?

En las tiendas había un fuerte olor a detergente carbólico y a rococemento mojado.

—¿Juniper? ¿Estás aquí?

Se asomó al habitáculo de Juniper y se detuvo en seguida. La mujer que alimentaba el pequeño hornillo en la habitación no era Juniper.

Era una soldado, una sargento, enjuta, fuerte y con el cabello rubio y cano rapado.

—Ah, disculpa —dijo Elodie.

—¿Buscas a Juniper? —preguntó Tona Criid.

—Sí.

—Se acaba de marchar para firmar el contrato —explicó Criid—. Había venido a ver a Yoncy, de modo que me quedé aquí mientras ella iba a arreglar sus papeles.

La pequeña que Elodie había visto entre las masas antes estaba en un rincón del habitáculo comiendo judías de un cuenco. Tenía la medalla de la Santa con su lazo alrededor del cuello. Elodie vio que Yoncy no seguiría siendo una niña mucho más tiempo. Era pequeña para su edad, y no parecía tener más de siete u ocho años, pero tendría al menos once o doce. Puede que una alimentación a base de slab y de raciones de la Guardia hubiera mermado su crecimiento un poco. O quizá fuese una de esas niñas que de repente se convertían en mujeres con una explosión adolescente.

Elodie sentía que tenía un cierto aire de complicidad. Todavía llevaba el cabello recogido en dos coletas y mecía los pies cuando se sentaba en una silla de adulto, lo cual resaltaba su pequeño tamaño. Pero era como si se aprovechase un poco de su efecto infantil, como si supiese que aquello le proporcionaba caprichos y favores. Todo el mundo era su tío o tía.

—Quería preguntarle algo —dijo Elodie—. Volveré más tarde.

Criid se encogió de hombros como si le pareciese bien. Era una situación algo incómoda, como si no supiesen qué decirse la una a la otra.

—En realidad —dijo Elodie—, ¿puedo hacerte una pregunta?

Criid cerró la puerta del hornillo, miró a Yoncy para asegurarse de que se comía la comida y se acercó a Elodie.

—¿Por qué motivos se casaría un soldado?

—¿Quieres decir aparte de los obvios? —preguntó Criid.

—Sí, aparte de eso.

—No hay ninguna razón mejor —respondió Criid—. Seguro que no es asunto mío, pero lo único que importa son los sentimientos.

Elodie asintió.

—¿Te lo ha pedido Ban? —preguntó Criid.

Elodie negó con la cabeza.

Criid se encogió de hombros.

—Como he dicho, no es asunto mío.

Elodie sacó el puñado de papeles del bolsillo de su vestido.

—Mira esto —dijo en voz baja.

—Solicitud de permiso para contraer matrimonio —leyó Criid.

—No me ha dicho nada. Nada. Pero tiene los papeles. Los ha rellenado.

—Y, ¿cuál es el problema? —Preguntó Criid devolviéndole los formularios—. ¿Es demasiado pronto? ¿Vas a decirle que no?

—No.

—Bien. Sería malo en todos los sentidos que entrásemos en esto con un capitán veterano con el corazón roto. Espera, ¿es por el contrato de acompañamiento? ¿No quieres venir? ¿Vas a quedarte aquí?

—No, no. Eso está resuelto. Ya tengo el mío.

—¿Entonces? —inquirió Criid.

—No sé por qué no me lo ha dicho.

—Partimos a toda prisa. No es muy romántico pero quiere dejarlo todo resuelto antes de atrincheramos.

—Tengo la sensación de que hay otro motivo —repuso Elodie—. De que hay otra razón por la que quiere hacerlo.

—¿Es porque podría morir? —dijo la pequeña desde el otro lado de la habitación. Ambas mujeres la miraron. Yoncy había dejado la cuchara y las estaba observando con una media sonrisa en el rostro.

»¿Es porque podría morir? —Repitió Yoncy—. Quiere casarse por si muere.

—Ve a lavarte la cara —dijo Criid—. Tienes salsa por toda la boca.

Yoncy rio y se deslizó de la silla. Después corrió al aseo que estaba en la parte trasera del pequeño habitáculo.

—Perdona —dijo Criid.

—No, perdóname tú a mí. Debería haber pensado lo que estaba diciendo. Ha sido poco considerado por mi parte.

Criid frunció el ceño.

—¿Poco considerado? ¿El qué? Ah, ¿lo dices por Caffran?

La sargento se encogió de hombros como si no fuera nada.

—Me duele que muriese, no que no llegase a casarme con él antes. Un trozo de papel no habría supuesto ninguna diferencia para nosotros. Aunque sí es así para algunos. Algunos se casan para proporcionar seguridad.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elodie.

—Si no estás casada, con un papel que lo demuestre —explicó Criid—, el Munitorum no te reconoce como viuda. Algunos soldados se casan sólo para garantizar un subsidio de viudedad. No es mucho. Sólo unas pocas coronas al año, creo, una pensión de viuda. Pero para algunos es importante.

—Para mí no —dijo Elodie—. ¿Crees que es por eso por lo que quiere hacerlo?

—No lo sé. Puede que para él sea importante saber que estarás bien mantenida. Probablemente la mujer de un capitán reciba una pensión mayor.

Elodie dobló los papeles y los guardó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Criid.

—Sí. Sí, estoy bien.

—Pareces pálida. He hablado demasiado.

—No.

—No has pensado mucho sobre nada de esto, ¿verdad? —preguntó Criid.

—Pensaba que sí, pero parece ser que no.

—Pues deberías —dijo Criid—. Es un soldado. Los soldados mueren.

—Todos morimos —dijo Elodie.

—Sí —asintió Criid—. Pero no tan rápido como los soldados.

• • • • •

Gaunt subió los escalones hacia la entrada del salón de los barracones. La niebla tóxica y el anochecer se habían combinado para crear una penumbra similar a la del ocaso. Las ventanas de la sala brillaban con la luz de las lámparas.

Beltayn le esperaba en el vestíbulo.

—Algo va mal —dijo Gaunt.

—Es una banda, señor —dijo Beltayn.

—Ya oigo lo que es, pero por mucho que lo intento no consigo explicarme el porqué.

—Le dejaré ese honor al mayor Baskevyl, señor —dijo el ayudante.

—¿Algo más? —preguntó Gaunt.

—Las dos nuevas superiores están ansiosas por conocerle.

—Por supuesto. ¿Les has explicado que he sufrido un retraso inevitable?

—Sí, señor. Algunas se lo han tomado mejor que otras.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Gaunt.

—El traslado comenzará justo antes de la medianoche, hora local —informó Beltayn. Después le pasó a Gaunt una placa de datos—. Se nos ha confirmado que nuestro transporte es la *Alteza Real Armaduke*. Es una fragata, de clase Tempestad. Signifique lo que signifique.

—Parece que al final la Flota no ha podido prescindir de un crucero de batalla.

—No, señor. En realidad, la Flota tampoco ha prescindido de este. Según tengo entendido, la *Alteza Real Armaduke* se vio considerablemente dañada durante las Guerras Khulan y ha estado en la reserva en el depósito durante los últimos veintisiete años. Le han hecho lo que según tengo entendido se llama «modificación de reacondicionamiento», pero su rendimiento todavía no permite que reciba el certificado de la Flota.

—¿Quieres decir que es una chatarra que de otro modo habría acabado en el desguace?

—No estoy diciendo eso, señor —dijo Beltayn—, porque no sé nada de la Armada ni de las actividades relacionadas con las naves. Sólo soy un soldado corriente, señor.

Gaunt ojeó los documentos de la placa.

—Cuánta fe demuestran tener en nosotros, dándonos una nave que no les importa perder porque están prácticamente seguros de que van a perderla.

—Recordaré no repetir esa apreciación en público, ¿le parece? —preguntó Beltayn.

—Sí, por favor —dijo Gaunt devolviéndole la placa de datos—. ¿Alguna cosa más?

—No, señor.

Gaunt señaló en la dirección del águila bicéfala que estaba apoyada en la cabeza de una gran estatua del santo Kiodrus por allí cerca. El águila tenía las plumas de las alas erizadas y se paseaba por su percha de mármol.

—¿Ni siquiera eso?

—No es mía, señor —dijo Beltayn—, y yo no la he puesto ahí.

• • • • •

Gaunt entró en el salón. Unas largas mesas iluminadas con velas estaban dispuestas para la cena pero, en general, los invitados reunidos estaban de pie, hablando en grupos, con copas en sus manos. Los servidores zumbaban entre la gente. Los colores del regimiento, tanith, verghastita y belladoníta, abundaban. En un escenario bajo a un lado, la banda tocaba vigorosamente.

—¿Dónde estabas? —preguntó Blenner interceptándolo casi de inmediato.

—Bueno, ya sabes, haciendo cosas de coronel —respondió Gaunt. Blenner tenía una bebida en la mano.

—Detesto estas fiestas —dijo inclinándose cerca de Gaunt para poder susurrar y que le oyese por encima de la música.

—Lo de la banda no sería idea tuya, ¿verdad? —preguntó Gaunt.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Blenner como si le hubiera herido.

—No lo sé —respondió Gaunt—. Me da la sensación de que se trata de una broma pesada muy elaborada.

—Ah, gracias —dijo Blenner. Después sacó lo que parecía ser una pastilla del bolsillo de su abrigo y se la tragó con un sorbo de amasec. Gaunt le miraba.

—¿Qué? —dijo—. Me duele la cabeza.

Kolea se acercaba con varios oficiales que Gaunt no reconocía.

—Mayor —dijo—, es un honor presentarle a las oficiales superiores verghastitas. La mayor Pasha Petrushkevskaya y la capitana Ornella Zhukova.

Gaunt las saludó a ambas.

—Lamento mucho —dijo— no haber estado aquí para recibirlas. Han recorrido un largo camino y están contribuyendo enormemente.

—Lo entendemos —dijo Petrushkevskaya—. El mayor Kolea nos explicó que se había retrasado en una reunión estratégica importante.

—Así es. Aún así, lo siento. La Colmena Vervun ocupa un lugar muy, muy importante en este regimiento. Es un honor recibir refuerzos de Verghast.

—Es un honor servir bajo las órdenes del Héroe del Pueblo —respondió Zhukova.

—No estoy muy seguro de eso —dijo Gaunt.

—Claro que sí —dijo Zhukova con los ojos brillantes—. Hasta la fecha, su nombre se pronuncia con honor y respeto en todos los niveles de la vida de la colmena. ¿Sabía que sólo en el sector occidental de Hess hay cuatro estatuas públicas suyas? Tengo fotos, por si quiere verlas.

—Gracias, pero creo que ya conozco mi aspecto —respondió Gaunt.

Zhukova rio.

—Sin duda es mucho más atractivo en persona —dijo ella.

—Ya me cae bien —dijo Blenner dando un paso hacia adelante—. ¿A ti no, Ibram? Me gusta, capitana Zhukova. El Coronel-comisario es un viejo aburrido y finge que no le gusta que la gente hable de su heroicidad o de lo atractivo que es. Pero todos lo vemos, ¿verdad? Entre usted y yo, en realidad le encanta, y le recomiendo que lo haga lo más a menudo posible, por mucho que proteste.

—Blenner —chasqueó Gaunt.

—De hecho —continuó Blenner—, cuanto más reniega, en el fondo más le gusta.

—¿En serio? —rio Zhukova.

—¡Sí! —dijo Blenner—. Créame. Lo conozco de toda la vida.

—¿De verdad? —preguntó Zhukova. Esto pareció impresionarla—. Eso debe de ser maravilloso. Debe de haber sido un gran ejemplo.

—No tengo palabras —dijo Blenner colocándose una mano sobre el corazón e inclinando la cabeza hacia un lado—. Es pura inspiración. Aunque, y pocos lo saben… —dijo bajando la voz e inclinándose hacia adelante.

Zhukova se inclinó también para escucharle con los ojos como platos.

—Yo le enseñé mucho sobre la vida y sobre la conducta de un oficial —dijo Blenner.

—¿Ah, sí? —exclamó Zhukova.

—No me gusta hablar de ello. No busco crédito ni reconocimiento. Me basta con saber que yo ayudé a formar el carácter de un héroe imperial.

—Por supuesto —asintió Zhukova.

—¡Blenner! —volvió a decir Gaunt, esta vez con más energía.

—Es muy atractiva, capitana Zhukova —dijo Blenner—, si me permite que se lo diga. No pretendo importunarla, y desde luego no quiero decir nada inapropiado con ello. Hablo sólo como comisario, desde un punto de vista puramente profesional. Me dedico a la moral y la disciplina del soldado fusilero, y a ese respecto, su cautivador aspecto es un arma bastante potente con la cual contar en nuestro arsenal. Lo digo desde un punto de vista totalmente analítico. Los hombres la seguirán, la obedecerán. Sentirán devoción por usted y…

—La capitana Zhukova es muy consciente del efecto que su aspecto produce en los soldados varones —dijo Petrushkevskaya. No sonreía—. De hecho, hemos tenido algunas conversaciones al respecto.

—No lo dudo, mayor, no lo dudo —dijo Blenner—. Usted también es consciente, ¿verdad? De la importancia de algo así. Sólo en términos estratégicos. Ahora… Pet… trush… kevs… kaya… Es así, ¿verdad? Menudo trabalenguas. Deberíamos pensar en acortarlo para que los hombres puedan pronunciarlo.

—Comisario Blenner —gruño Gaunt—. El nombre de la mayor Petrushkevskaya es Petrushkevskaya. Así es como los hombres la llamarán. Aprenderán a decirlo bien. Lo contrario sería una falta de respeto.

—Por supuesto —dijo Blenner—. Sólo quería decir…

—Tranquilo, señor —dijo Petrushkevskaya—. En realidad, suele ser un problema. Generalmente se me conoce como la mayor Pasha. Así es como me llamaban en las compañías antes de pasar a ser oficial. Es como un apelativo cariñoso, pero tiene sus ventajas. La simplicidad es una de ellas.

Gaunt asintió.

—Entiendo —dijo—. Me parece bien. Aunque generalmente desaconsejo a los

soldados que adopten nombres informales. Una falta de disciplina en cualquier sentido, incluso en la forma de las palabras, representa una falta de disciplina que podría extenderse.

—Ese debe de ser el motivo por el que nos llaman los Fantasmas de Gaunt —dijo Blenner.

Zhukova rio.

Gaunt tuvo que morderse el labio para evitar abofetear a Blenner delante de ellas. Después buscó otra salida para liberar su ira.

—¿De dónde ha salido esa horrible banda de feth? —preguntó.

—Mmm, ¿señor?

Gaunt se volvió. Los demás se giraron con él. El mayor Baskevyl se había unido a ellos y le acompañaba otro nuevo rostro, un oficial de Belladon. La cara del hombre le resultaba extrañamente familiar y estaba claramente cargada de enfado.

—Señor —dijo Baskevyl—, éste es el capitán…

—Esa horrible banda de feth es la mía —dijo el oficial Wilder—. Dirijo a una unidad de combate de tres secciones que adopta el papel de banda marcial para las ocasiones ceremoniales. Su presencia pretende reflejar la proeza marcial y el esplendor de Belladon, así como aumentar este regimiento. Es honrosa y digna. Lleva años dedicada a unirse a este mando y ha realizado esfuerzos considerables para organizar los traslados que lo han logrado. Es la banda que mi hermano solicitó personalmente.

Gaunt aguardó un segundo antes de contestar. Miró al hombre a la cara.

—Usted es el hermano de Wilder.

—Así es.

—No pretendía ofenderle. No sabía que su hermano…

—No, ya veo. Y poco rastro de él queda aquí. Cuando aceptó el mando de este regimiento, los nombres anteriores se fundieron. Ahora veo que todo signo de la 81.ª Compañía ha desaparecido del título del regimiento. Una revisión que usted realizó, ¿me equivoco?

—El nuevo título era ridículo —dijo Gaunt sin mostrar ninguna emoción—. No obstante, Belladon ha dejado una huella profunda y positiva en nuestras filas, y la administración de este regimiento de tu hermano y su legado no se han olvidado.

Wilder estiró la barbilla hacia adelante ligeramente, pero permaneció callado. Gaunt le saludó.

—Bienvenido a los Primeros de Tanith, capitán Wilder. El Emperador nos protege.

Wilder le devolvió el saludo.

—Gracias, señor.

—Debo decir, capitán, que no esperábamos el refuerzo de una banda marcial.

—¡Son soldados de batalla, maldito sea! —gritó Wilder. Quiso golpear a Gaunt, pero su puño se detuvo en seco cuando la mano derecha de Blenner le agarró de la

muñeca firmemente. La velocidad a la que Blenner se había movido para interceptar el golpe era impresionante.

—No creo, capitán Wilder —dijo Blenner sujetándole con fuerza la muñeca y hablándole directamente a la cara cargada de furia—, que golpear a su oficial al mando sea una buena manera de terminar su primer día en este regimiento. De hecho incluso podría hacer que fuese el primero y el único.

El comisario se rio de su propia broma. Zhukova rio también, alegremente y con demasiada energía. La banda había dejado de tocar y toda la sala les estaba mirando.

—Pero es su primer día —expuso Blenner con voz tranquila y clara—, y éste es un momento emotivo. Tal vez haya despertado su dolor por el recuerdo de su valiente hermano. Es comprensible. Le ha costado mucho tiempo llegar hasta aquí, y aquí está por fin. Todos hemos bebido. Es el final de un día largo y nos quedan otros más largos por delante. De modo que, ¿por qué no empezamos de cero ahora en lugar de hace cinco minutos?

Después miró a Gaunt.

—Me parece una idea prudente —alabó Gaunt.

Blenner soltó la muñeca de Wilder. Wilder bajó la mano y se puso derecho. Después se alisó la parte delantera de la chaqueta.

—Gracias —dijo más tranquilo—. Lo siento. Gracias.

—Vamos a olvidarnos de esto —propuso Blenner. Levantó su copa y se dirigió a la sala.

—Bienvenidos a los Fantasmas. ¡Por la Furia de Belladon!

—¡Furia de Belladon! —respondieron todos, incluso Petrushkevskaya y Zhukova, y chocaron las copas.

Gaunt se volvió hacia la banda y les animó a seguir tocando.

—¡Tocad! Me estaba acostumbrando a ello.

El sargento Yerolemew sonrió, asintió e hizo sonar de nuevo a la orquesta. La música inundó una vez más la sala.

—Muy hábil —le susurró Gaunt a Blenner.

—A veces soy útil —respondió este.

—Sigo sin necesitar una banda —añadió Gaunt en voz baja—. ¿Podemos al menos intentar que sus instrumentos se pierdan en el traslado?

—Hará que alguien se encargue de eso —susurró Blenner.

—Y vigila a Wilder. Nos va a causar problemas.

—Hay un viejo dicho, Ibram. Mantén a tus amigos cerca, y al hermano del héroe muerto al que has sustituido como comandante aún más cerca. O confinado en sus dependencias.

• • • • •

Bajo el suelo del barracón había un extenso laberinto de bodegas de vino abovedadas, despensas, alacenas y sótanos. La luz brillaba desde la ruidosa antecocina. Las cocinas estaban cargadas de calor, de vapor y del olor a hierbas y a carne asada, y el personal de cocina merodeaba por la fresca entrada de la antecocina, cubierto de gotas de sudor, mientras hacían rápidos descansos entre servicios. Desde arriba, los golpes y los sordos sonidos de la entusiasta banda sonaban como un alboroto sísmico sin importancia.

Viktor Hark descendió la escalera junto a la antecocina, atravesó un grupo de sirvientes acalorados y de camareros en pleno trabajo y giró a la izquierda hacia el espacio principal del sótano. La piedra abovedada estaba blanqueada y era fría y seca, con tan sólo el toque del frío ladrillo y el fondo de niebla tóxica que se adueñaba de todo en Anzimar.

Habían encendido lámparas aquí abajo. Globos de luz y velas que habían dispuesto en la larga mesa de madera.

El primer pelotón de la Compañía B se había reunido. Varl y Brostin, Mach Bonin el explorador, Kabry y Laydly, LaHurf, Mkaninch y Mktally, los belladonitas Judd Cardass y Cant, Mkrook, el verghastita Senrab Nomis. Rawne, el genio que presidía la Compañía B y segundo oficial del regimiento, estaba de pie en un rincón, apoyado contra la pared.

—Caballeros —dijo Hark, y alzó la mano mientras el resto empezaba a arrastrar hacia atrás las sillas para levantarse—. ¡Continúen!

Había botellas y copas en la mesa, y un jarro de barro de agua. No se había abierto ninguna de las botellas.

—Ha habido problemas en la isla esta mañana, según tengo entendido —le dijo Hark a Rawne.

—Me encargué de ellos —dijo Rawne.

—Y tanto —respondió Hark. Después cogió su abrigo, sacó la tarjeta con el mensaje que se le había entregado en el patio y se lo entregó a Rawne.

Rawne la desdobló y la leyó.

—Enhorabuena, mayor —dijo Hark.

Rawne se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Los hombres empezaron a armar bullicio y a golpear la mesa con los puños.

—Tras el incidente sucedido esta mañana —dijo Hark por encima del jaleo— y en vista de la grave falta de seguridad demostrada por el mayor Rawne, el primer pelotón de la Compañía B de los Primeros de Tanith pasará a hacerse cargo del prisionero durante la duración de esta operación. Y a ese respecto, el primer pelotón de la Compañía B de los Primeros de Tanith queda designado como Compañía S por el Comisariado a efectos de autoridad y poderes.

Los hombres gritaron todavía más.

—El mayor Rawne es el oficial supervisor. Consultaré directamente sobre el procedimiento de la Compañía S. La «S» es por «seguridad».

—Pensaba que era la «S» de «suprema» —gritó Cant.

—Es la «S» de «Si no te callas te atizo» —respondió Cardass. Los hombres rieron.

—Un consejo —gritó Hark por encima del alboroto—. No la fastidiéis.

—¿Cómo? —Respondió Varl—. ¿Cuándo la hemos fastidiado?

—A veces la fastidiamos —dijo Bonin.

Varl frunció el ceño.

—Sí, es verdad —admitió. Después miró a Hark y sonrió—. Pondremos todo nuestro empeño en no hacerlo esta vez, señor —dijo.

—No sé por qué me preocupo —dijo Hark, que empezó a caminar hacia la salida —. Os dejo con ello —dijo por encima del hombro—. Vuestro primer turno empieza esta noche, cuando transfieran al prisionero para embarcar.

—¡Espere! —Gritó Rawne—. Si es nuestro oficial de enlace, comisario Hark, debería conocer nuestro pequeño descubrimiento.

Los hombres se calmaron.

—¿Qué «descubrimiento»? —preguntó Hark mientras se giraba.

Rawne sonrió y levantó una caja de municiones vacía que había estado en el suelo a sus pies. La sacudió y tos objetos de metal que había en el interior hicieron ruido.

—Los Reyes Suicidas —dijo Rawne.

Los hombres empezaron a armar jaleo de nuevo.

—Eso es un juego de naipes, mayor —dijo Hark.

—Hay muchas versiones de ese juego en el sector —dijo Rawne.

Le entregó la caja de municiones a Cant, que metió la mano, hurgó y sacó algo. Después le pasó la caja a Varl.

—Muchas versiones —repitió Rawne mientras observaba cómo la caja pasaba de mano en mano y todos los hombres extraían algo—. Hay muchas variantes. La versión que nosotros llamamos Reyes Suicidas viene originalmente de Tanith.

—No lo sabía —dijo Hark.

—El propio Rey Suicida —explicó Rawne—, en una baraja estándar, es el Rey de Cuchillos.

—¡El Rey de Cuchillos! —repitió Brostin con energía cuando le llegó la caja y sacó algo de ella.

—Verá —continuó Rawne—. Los Tanith llaman al juego los Reyes Suicidas por esa carta. El Rey de Cuchillos. ¿Sabe por qué?

—No, pero estoy convencido de que estás a punto de contármelo —dijo Hark.

Rawne sonrió.

—Antiguamente, en un pasado lejano, el gobernador de Tanith, el Rey Supremo, estaba protegido por una compañía guardaespaldas compuesta por los mejores guerreros, los naisheen. Eran su protección más cercana, su última línea de defensa. En lugar de bastones de punta afilada utilizaban cuchillas de plata, sólo cuchillos de guerra, para poder permanecer cerca del Rey Supremo y protegerle con sus cuerpos y no ponerle en peligro al embestir con armas de largo alcance. Era un gran honor para

cualquier hombre poder unirse a la compañía de guardaespaldas, pero había muchas probabilidades de que muriese prestando servicio. De modo que cuando un hombre aceptaba este deber, los Tanith le otorgaban los poderes de rey por derecho propio; El Rey Supremo estaba protegido por hombres que también poseían la autoridad de reyes. Un poder absoluto a cambio de un servicio absoluto.

Rawne miró a Hark.

—Se les conocía como los Reyes Suicidas —dijo—. Vivían como reyes porque sus vidas podían acabar en cualquier momento y nunca cuestionaban ese sacrificio.

La caja había llegado hasta él. Quedaba sólo un artículo en ella. Rawne lo cogió y lo levantó.

Era la insignia de la gorra de un Tanith, la calavera y las dagas, pero tenía un color negro mate que ocultaba su brillo, y las dagas laterales no estaban partidas como era la costumbre de Tanith. Una letra «S» se había grabado en la frente del cráneo. Todos los hombres de la sala excepto Hark tenían una.

—Eso es lo que vamos a ser —dijo Rawne—. Reyes Suicidas. Eso es lo que la «S» significa, y ésta será nuestra marca.

—Habéis dejado las cuchillas —dijo Hark.

—Para esta marca —asintió Rawne—. Rodeado de plata pura, como debe ser para un rey.

—A veces me sorprendes con tu sentimentalismo, mayor —dijo Hark.

—Abrid las botellas —le dijo Rawne a Brostin—. Vamos a celebrarlo. Excepto por los cuatro hombres que han extraído una insignia con una cruz grabada en la parte de atrás.

Los hombres le dieron la vuelta a la insignia. Bonin, Mkaninch, Nomis y Laydly tenían las cruces.

—Vosotros beberéis agua de la jarra porque vais a hacer el primer turno de guardia —dijo Rawne—. Es lo que tienen los sorteos. Sacra para los demás reyes. Y uno para el buen comisario, creo.

Hark aceptó la pequeña copa de la fuerte sacra que Mktally le pasó.

—Por los Reyes Suicidas —dijo inclinándola hacia atrás.

• • • • •

Aunque no estaba borracho, Jakub Wilder tampoco estaba sobrio. La recepción era espantosa y aburrida por igual, y había bebido un montón para intentar olvidar el ridículo que había hecho ante Gaunt. Aquel hombre le ponía enfermo, le enervaba. Debería haberle propinado aquel golpe. Debería volver ahora mismo, sacar su pistola de servicio y disparar a ese capullo arrogante entre los ojos.

Además, le estaban sirviendo basura. Una especie de vino fortificado. Wilder

quería una bebida en condiciones, una bebida de adulto.

Abandonó la sala y permaneció al aire libre un tiempo para respirar. Cuando empezó a sentir frío volvió al interior. Chocó con una mujer en la entrada. Una mujer muy atractiva y elegante con un vestido azul. Probablemente la esposa de un oficial. La mujer de un oficial.

—Disculpe, señora —dijo, y se dio cuenta de que le costaba un poco hablar.

—Tranquilo —respondió ella.

Había una escalera que daba al sótano. Wilder había visto a los sirvientes subir botellas de las bodegas. Tal vez encontraría algo de amasec, algo de eso que se había agotado tan endiabladamente rápido al comenzar la velada.

Descendió la escalera. Estaba frío y oscuro. Desde allí podía oír la fiesta de la recepción, y también el sonido de los hombres celebrando algo en los espacios subterráneos. Sin duda se trataría de alguna fiesta privada. Los evitó.

Wilder llegó hasta las secciones de las jaulas de la despensa donde las botellas estaban almacenadas en estantes. Sacudió los barrotes, pero las jaulas estaban cerradas. El encargado tendría la llave. Maldita sea.

—Siempre hay un modo de abrir las cosas —dijo una voz por detrás.

Wilder se volvió. Había tres hombres detrás de él. Estaban sentados en una esquina de la zona de la despensa, reunidos alrededor de una mesita bajo un arco. Al llegar no los había visto.

—¿Disculpa? —dijo.

Eran Tanith. Dos eran originarios de allí. Tenían la piel pálida y el cabello negro. Uno tenía la cara roja y aspecto de cabrón borracho, el otro… bueno, el otro sólo tenía aspecto de cabrón. Atractivo pero con cara de asco, como si todo le oliese mal. Por sus insignias se trataba de un capitán, y el borracho de la cara roja un soldado común. El tercer hombre vestía el uniforme negro del regimiento, pero tenía la piel clara y el cabello rubio. Sus ojos eran de color azul pálido y su pelo fino, como el oro blanco. Tenía un aire aristocrático, un ligero esnobismo. Una mezcla entre un aristócrata altivo y un pez de la profundidad del océano que nunca ve la luz y se vuelve translúcido.

—He dicho —dijo el capitán fríamente— que siempre hay un modo de abrir las cosas.

—Tienes una llave, ¿verdad? —preguntó Wilder.

—Pues sí.

El capitán se llevó la mano al bolsillo y extrajo una pequeña llave de metal.

—¿Quién eres? ¿El guardián de la despensa? —preguntó Wilder.

—No —respondió el capitán—. Soy el que sabe cuánto dinero hay que pagarle al encargado de la despensa para obtener una copia de la llave.

—¿Querías una bebida? —preguntó el pez aristócrata mirando por encima del hombro a Wilder con sus ojos azules y lechosos. Su cabello sólo parecía de oro blanco porque era muy fino. Era pálido, como sus pestañas. Probablemente había sido

pelirrojo de niño. El típico niñato esnob de la scholam.

—Buscaba un trago de amasec decente —dijo Wilder.

—Entonces ni siquiera necesitas la llave —dijo el capitán—. Si no te importa unirte a nosotros, claro.

Wilder parpadeó. De repente se dio cuenta de que se estaba tambaleando un poco y se puso derecho contra el arco del sótano. Entonces vio que había una botella de un amasec muy caro en la mesa, entre los tres hombres.

—Si no os importa a vosotros —dijo.

—Trae otro vaso, Costin —dijo el capitán.

El borracho de cara roja estiró el brazo hasta una estantería y cogió un vaso pesado de cristal de plomo. Lo dejó en la mesa y llenó los cuatro con el líquido de la botella con cuidado.

—Eres Wilder, ¿verdad? —preguntó el capitán.

—Sí.

—Bienvenido a los Primeros —dijo el capitán—. Conocí a tu hermano. Era un buen hombre. Soy el capitán Meryn, de la Compañía E. Y estos caballeros son amigos míos. El soldado Costin.

El decaído Tanith asintió hacia Wilder.

—Y éste es el sargento Gendler, Didi Gendler.

—Un placer —dijo el pez aristócrata. Tenía un acento fuerte, duro. Wilder había oído lo suficiente como para saber que no era Tanith, y que desde luego tampoco era belladonita.

—¿Eres de la Colmena Vervun? —preguntó.

—No, no —respondió Meryn—. Didi no es sólo un hombre de la Colmena Vervun. No es la mugre que se limpia de la suela de un zapato. ¿Verdad, Didi?

—Al capitán Meryn le gusta bromear —dijo Gendler.

—El sargento Gendler es mejor que el resto de nosotros —dijo Costin—. Todo el mundo lo sabe. Viene de buena familia, el sargento Gendler.

—Sólo soy un soldado normal —dijo Gendler.

—Didi es de la nobleza —dijo Meryn—. Tiene sangre de la alta colmena. Nació noble en una familia importante.

—¿De verdad? —preguntó Wilder—. ¿Y cómo has terminado en un agujero como este?

Gendler se puso rígido y sus lánguidos ojos se entrecerraron.

—Tranquilo —dijo Wilder—. No pretendía ofenderte. Yo me hago la misma pregunta todas las mañanas.

Meryn sonrió y levantó uno de los vasos pequeños y rebosantes.

—Únase a nosotros, capitán Wilder.

Wilder aceptó el vaso y acercó un taburete.

—¿Por qué vamos a beber? —preguntó—. ¿De qué vamos a hablar?

—Bueno, señor —dijo Gendler—, si estás aquí abajo en lugar de ahí arriba, eso

sugiere que no quieres estar arriba, o que no eres bienvenido. Lo que sugiere, a su vez, que nosotros cuatro ya tenemos algo en común.

Wilder miró el amasec que tenía en el vaso y se lamió los labios.

—Estoy aquí abajo —dijo— porque estaba harto de esa maldita fiesta, y estaba buscando algo de beber para olvidarme de cuánto odio a ese cabrón de Gaunt.

Hizo una pausa y de repente miró a los tres hombres, consciente de repente de lo que había dicho en voz alta.

—¿Lo ves? —dijo Meryn—. Eso es algo más que tenemos en común.

De entre las sombras de una esquina adyacente en el sótano, unos ojos observaban a los cuatro hombres reunidos. Eszrah du Nocte, conocido como Ezra Noche, guerrero del Impro de Gereon, se mantenía en la oscuridad y les oía hablar.

• • • • •

—¿Se marcha de la fiesta tan pronto, señor? —preguntó Elodie al pasar junto a Gaunt en la entrada del salón del barracón.

Gaunt se detuvo y la saludó.

—No, señora —dijo—. Sólo voy a salir un rato a despejarme la cabeza. La banda puede llegar a ser…

Y se detuvo.

—Soy consciente de lo que la banda puede llegar a ser —dijo Elodie sonriendo.

Gaunt asintió.

—Sólo necesito un momento para organizar mis pensamientos. Hay algunos asuntos que atender. Está espectacular esta noche, si me permite el atrevimiento.

Elodie hizo una reverencia en broma. Le gustaba cómo le quedaba su vestido azul.

—Gracias, Coronel-comisario —respondió—. Le permito el atrevimiento.

—¿Está buscando al capitán Daur?

—Sí. Está dentro, ¿verdad?

—Sí —dijo Gaunt—. Vaya con él pase una gran última noche en este mundo.

Elodie entró en el salón. Estaba atestado y cargado de ruido. Música y conversación, risas y el tintineo de las copas. Había varios centenares de personas presentes sin contar al personal. La banda estaba haciendo un ruido enorme.

—¿Ha visto al capitán Daur? —le preguntó a la cabo Chiria, la ayudante de Domor.

—Creo que está por ahí, señora —respondió ésta señalando.

Elodie miró y vio a Daur. Estaba hablando con una mujer. Era obvio que eran amigos. Estaban riendo. Era muy atractiva y vestía un uniforme de oficial.

—¿Con quién está hablando? —preguntó Elodie.

—¿Esa mujer? —respondió Chiria—. Es la capitana Zhukova. Acaba de llegar hoy.

Desde la Colmena Vervun. Resulta que el capitán Daur y ella se conocían muy bien de los viejos tiempos en la colmena. Qué curioso, ¿verdad?

—Sí —contestó Elodie.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó Chiria.

La cabo era una mujer corpulenta, con una fuerte figura. Su rostro estaba plagado de cicatrices y le daba un aspecto amenazador, pero Elodie sabía que era una persona muy dulce.

—Sí —dijo Elodie—. Claro. Creo que acabo de descubrir la respuesta de algo.

• • • • •

Merrt apretó el gatillo. Era curioso pensar en la de cosas que no se olvidan. La habilidad básica de un tirador, la habilidad para cazar, nunca desaparecía. Como la forma de apretar un gatillo. No se apretaba ni se sacudía, no se hacía nada que pudiese afectar al equilibro que habías conseguido entre el arma y tu postura. Apretar el gatillo, el acto más importante en el arte del tiro, era, al mismo tiempo, el más mínimo. Inspirar. Una lenta pulsación del dedo al exhalar.

El viejo rifle crepitó. Merrt sintió cómo se activaba. Volvió a encajar el pasador para expulsar el cartucho.

—Has fallado —dijo Larkin.

—Lo… lo… lo sé.

—Pero has fallado de forma menos horrible que en los últimos diez intentos —rio Larkin.

Se sentó, levantó su mira y apuntó al campo de tiro improvisado. Estaban en un tramo del rompeolas en el extremo más alejado del área del campamento, mirando hacia la orilla de plasticemento, hacia las aguas sucias, sin que hubiera nada entre ellos y la distante orilla de la ciudad de Anzimar, a tres kilómetros de distancia, excepto la marea tóxica. Había un pequeño embarcadero de escalones de metal oxidados que iba desde el final del rompeolas hasta una pequeña torre de perforación que en ocasiones se utilizaba de faro. El embarcadero permitió a Larkin cojear hasta la plataforma de piedra y colocar unas botellas vacías y unas latas para practicar. El objetivo estaba a unos trescientos metros. Añadidos a la fuerte brisa, el humo y la luz cada vez más escasa, además de la mala calidad del viejo rifle, era un objetivo muy difícil.

Merrt insertó otro cartucho y volvió a activar el pasador. Larkin dio un sorbo de sacra de una petaca. Empezaba a hacer frío y el agua apestaba.

—Será mejor que le saques el máximo provecho a esto —dijo—. Después de esta noche todas las prácticas serán en la dársena.

Merrt suspiró.

—No es que no sepa lo que tengo que hacer —dijo—. Siempre he podido recordar lo que tengo que hacer. No se me ha olvidado cómo disparar. Es sólo que he dejado de ser ca… ca… capaz de hacerlo.

En su día Merrt había tenido una gran puntería. Algunos decían que era tan bueno como el Loco Larks, aunque era imposible hacer esa valoración después de tantos años. En Monthax, hacía una amarga vida, había recibido un disparo láser en la boca durante el combate en la jungla. Los médicos le habían reconstruido la parte inferior del rostro instalándole una mandíbula protésica fea y rudimentaria. Aparte de arruinarle la vida, aquello había afectado a su puntería. Larkin sabía que Merrt tenía razón: sólo hacía falta observarle para ver que sabía lo que estaba haciendo. Sólo que no podía aplicar la técnica para conseguir los resultados esperados. Sabe el Trono que él trataba de hacerlo. Merrt se había pasado años intentando volver a estar capacitado para su cordón y volver a recibir un láser largo.

—Este viaje va a ser la fiesta de los tiros —dijo Larkin dando otro trago—, de modo que necesito a los mejores tiradores.

—Pues yo no soy uno de ellos —dijo Merrt—. Ya no.

—Pero lo eras, Rhen.

—Exacto.

Larkin hizo un gesto de desdén.

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó.

Merrt se golpeteó la mandíbula.

—No —dijo Larkin, y estiró la mano para golpetear con el dedo la cabeza de Merrt.

—Vale —dijo este—. Es psi… psi… psicológico.

La mandíbula le molestaba todo el tiempo. Aparte de ser fea, tendía a agarrotarse y bloquearse, como si estuviera luchando contra los enlaces neuronales a la que los médicos la habían conectado. En algunas palabras, ni siquiera las más difíciles, Merrt rechinaba la mandíbula como si estuviese atrapado en unas arenas movedizas verbales. Y la cosa empeoraba cuando estaba nervioso.

Larkin no era médico, pero la vida le había proporcionado conocimientos sobre los problemas de la cabeza. El factor estrés indicaba que no era tanto el impedimento físico de la mandíbula como un asunto de nervios, como un tic nervioso. Los augméticos, especialmente los inmensos remiendos del campo de batalla, podían producir efectos extraños. Rhen Merrt, que el Emperador lo bendiga, veía su problema como una gran discapacidad. Era físicamente imperfecto luego ya no podía disparar. Larkin veía que era algo más que eso. Los rudimentarios y defectuosos neunodos de su implante augmético le recordaban constantemente que estaba roto e imperfecto, incluso durante aquel momento perfecto y sereno del disparo. Jamás podía concentrarse del todo. Y como resultado fallaba cada uno de los tiros.

Eso era lo que pensaba Larkin, pero no podía demostrarlo.

E incluso si pudiera hacerlo, ¿qué podía hacer al respecto? ¿Obligarles a extraerle

la mandíbula a Merrt?

—Prueba otra vez —dijo Larkin.

—¿Para que pue… pue… puedas ver cómo fallo otra vez?

—No —dijo Larkin—. No voy a mirar las botellas. Voy a mirarte a ti. Dispara.

• • • • •

En el salón, el director de la banda Yerolemew había indicado por fin a los músicos que parasen de tocar. Había llegado el momento de descansar, de guardar los instrumentos y de disfrutar de la bebida y la comida disponible. Dos gaiteros Tanith en el lado opuesto del salón habían asumido la tarea de entretener a los reunidos.

Los músicos abandonaron el escenario, algunos portando sus instrumentos. Erish, uno de los portadores del estandarte, estaba ayudando a Elway a reinstalar el estandarte del tambor en el marco del instrumento. Erish era un tipo corpulento, musculado de tanto cargar el peso del bastón marcial. Su espalda y sus hombros sobresalían como el bulbo de un tulipán. En las actuaciones estáticas tocaba los platillos. Cerca, Ree Perday, una de las líderes de la sección de metales, lo admiraba con aprecio mientras guardaba su helicón. Gorus, que tocaba instrumentos de viento de madera, estaba ajustando su lengüeta.

—Necesito una copa —dijo Gorus—. Pensaba que iban a hacernos tocar toda la noche.

—Ni siquiera parecía que lo estuvieran disfrutando —respondió Perday. Después se quitó la gorra alta y adornada con su emblema y se acarició el pelo recogido.

—¿Quién? —preguntó Erish, que estaba oyendo la conversación. Pasó a un par de músicos con trompetas y se acercó a ella—. Señala una cara y la golpearé.

—Lo malo es que lo dice en serio —dijo Corus.

—¿Ha visto alguien adónde ha ido Cohran? —preguntó Perday—. Ha estado raro todo el día.

—¿Raro? —preguntó Gorus.

—Como si estuviera enfermo.

El músico Pol Cohran estaba a menos de veinticinco metros de distancia de Ree Perday cuando ella preguntó por él. Había abandonado el escenario y deambulado hasta el edificio de letrinas que se encontraba detrás del salón.

Era uno de los miembros más jóvenes de la banda, alto, con buena figura y bien parecido. Se le veía especialmente atractivo vistiendo su fino e inmaculado uniforme de desfile.

Lo cierto era que Pol Cohran estaba en realidad a un kilómetro de distancia, flotando en un túnel colector de agua bajo los cimientos de la pista de aterrizaje principal, alimentando con su blanco e hinchado cadáver a los residentes de ojos

gelatinosos y dientes como alfileteros de la ingrávida humedad.

En la letrina, el otro Pol Cohran captó su propio reflejo en el cristal de la pequeña ventana, iluminado por la lámpara. Se observó a sí mismo. Por un momento, su rostro se tensó. Se escuchó un chasquido húmedo y un crujido de movimiento de huesos mientras relajaba el esfuerzo concentrado que había estado manteniendo y la kinesis craneal restauraba la estructura normal de su cráneo. Entonces un rostro completamente diferente le devolvió la mirada.

Descansó un momento, disfrutando de la relajación de los músculos y de la falta de tensión, y después volvió a adoptar el rostro de Cohran con un chasquido sordo y cartilaginoso de los huesos.

● ● ● ● ●

Gaunt había estado usando los despachos del otro lado del patio del salón de los barracones. El cielo nocturno estaba oscuro con la niebla tóxica, como de terciopelo manchado. Había un sabor acre a contaminación en el aire.

Dejó el salón iluminado y ruidoso atrás y se dirigió a su alojamiento.

La puerta no estaba cerrada con llave. La lámpara estaba encendida. Beltayn era el único que tenía llave, y Gaunt acababa de verle en el salón.

Sacó su espada de energía. El acero se deslizó por la vaina en silencio. Miró a través de la grieta de la puerta, pero no vio ni rastro de ningún intruso.

Gaunt entró con la espada preparada. No hacía ni un solo ruido.

Nadie luchaba junto a hombres como Mkoll y Leyr todos esos años sin aprender a moverse como un fantasma.

La zona de la oficina estaba vacía. ¿O alguien había movido los papeles de su escritorio? El dormitorio entonces. Gaunt sentía que había alguien allí.

Atravesó la entrada. Advirtió un minúsculo movimiento. Su espada adoptó una posición de defensa.

Algo la detuvo. Algo esquivó su hoja. Se movía de prisa y era muy fuerte. El coronel repitió el gesto, esta vez lanzando un golpe más agresivo. Este fue bloqueado y después algo fue a toda prisa hacia él. Gaunt se hizo a un lado, pero la atacante era demasiado rápida. Recibió un golpe en el hombro y cayó hacia un lado sobre una pequeña mesa llena de libros y placas de datos que quedó destrozada.

Sin equilibrio, balanceó la espada de un lado a otro con la carga de energía encendida, de modo que el filo de la vieja arma, ya de por sí letal, se viese reforzado por un feroz fuego azul. Su atacante, que todavía no era más que un borrón, dio una voltereta sobre la crepitante espada y aterrizó tras él. Con uno de sus brazos lo agarró de la garganta y con el otro atrapó el brazo en el que llevaba la espada.

Dio un golpe hacia atrás con la cabeza y después volvió a atacar, empotrándose a

sí mismo y a su atacante, aferrado a su espalda, contra la pared del despacho. Unos objetos cayeron de las estanterías. Utilizó el codo izquierdo y el tacón de su bota para deshacerse de su agresor. Este le agarró aún más fuerte, presionándole las arterias carótidas del cuello. De repente todo se volvió gris. Antes de perder la oportunidad, se echó hacia atrás con más furia todavía y él y su atacante aterrizaron sobre el escritorio, que cayó al suelo con él.

Con el golpe perdió la espada, pero la presión de la garganta había desaparecido. Gaunt se levantó y apuntó a la frente de su asaltante con su pistola bólter.

Ella se levantó y le apuntó a la cara con una pistola láser.

—Suéltala —dijo el coronel. No la había reconocido.

—Eres Gaunt —dijo ella. Tenía un acento duro. ¿De qué iba esto?

—Sí.

—Entonces he cometido un error lamentable.

—Pues tira la pistola —dijo Gaunt— o pintaré la pared que tienes detrás con tu cerebro.

Ella lo meditó, arrugó los labios y después dejó caer la adornada y costosa pistola láser al suelo, junto a ella.

—Identifícate —ordenó Gaunt sin dejar de apuntarle a la frente.

—Ha sido un error lamentable —repitió.

—Más lamentable es hacer que tenga que repetir una orden —respondió.

Era ágil y extraordinariamente hermosa. Su cabeza elegantemente escultural estaba afeitada casi al cero. Vestía un monopieza blindado y la pistolera de su cadera estaba envuelta en un paño rojo.

—Maddalena Darebeloved —respondió. Sus labios eran muy rojos—. Soy una guardaespaldas con licencia de la Casa Imperial Chass, de la Colmena Vervun.

Gaunt aflojó los dedos de la pistola pero no dejó de apuntar.

—¿De la Casa Chass? —repitió.

—No vino a recibirnos esta tarde —dijo ella.

—Me retrasé —respondió Gaunt—. ¿A quiénes te refieres con «nos»?

Una segunda persona salió del dormitorio. Era un joven de no más de quince o dieciséis años vestido con un sencillo monopieza negro y unas botas.

—No vino a recibirnos —dijo la guardaespaldas—. Vinimos a sus dependencias a esperarle.

—El cerrojo de la puerta está codificado genéticamente. Sólo mi ayudante tiene una copia de la llave biométrica.

—Cualquier puerta puede abrirse —dijo la mujer.

—No quería conocerle de esta forma —dijo el joven. Tenía el cabello rubio, y su juventud le otorgaba un aspecto femenino.

—Nadie quiere conocerme de esta forma —dijo Gaunt—. ¿Quién eres tú?

—Este —dijo la guardaespaldas señalando al delgado joven— es Emérito Felyx Chass, de la Casa Chass, nieto del mismísimo Lord Chass. Su madre es la heredera de

toda la Casa. Ha venido a honrar a su regimiento uniéndose a él como comandante subalterno.

—¿De verdad? ¿Así, sin más? —preguntó Gaunt.

—Forma parte del contingente, de los refuerzos proporcionados por la Gran Colmena Vervun a modo de respeto hacia usted y sus logros.

—Y lo aprecio en lo que vale —dijo Gaunt—. Pero no recuerdo haber dicho que los de alta cuna podían autoinvitarse a los niveles de mando.

—Es un gran honor tanto para la Casa Chass como para su regimiento —dijo la guardaespaldas— que el hijo de la Casa sirva a la Cruzada dentro de sus capacidades.

—No lo será si acaba muerto en un agujero dejado de la mano del Emperador que un descendiente de una Casa Real verghastita jamás debería pisar —respondió Gaunt.

—Por eso estoy yo aquí —dijo la guardaespaldas.

Gaunt vaciló y miró al chico.

—¿Tu madre era Lady Merity Chass?

—Sí —contestó el muchacho—. Ella me pidió que le transmitiese un afectuoso saludo.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete efectivos —respondió.

—Estuve en Verghast en el año 769. De eso hace sólo doce años y ella no tenía ningún hijo. Incluso teniendo en cuenta la diferencia temporal…

—He dicho que tengo diecisiete efectivos —respondió Emérito Chass—. Tengo once años estándar.

—Como es costumbre con los herederos y los descendientes de los niveles altos de Verghast —explicó la guardaespaldas—, el desarrollo de mi protegido se ha acelerado ligeramente a través de técnicas de juvenat y biomaduración para alcanzar su mayoría funcional lo más rápido posible.

—¿Entonces naciste justo tras el conflicto de la Colmena Vervun? —preguntó Gaunt.

—Justo después —asintió el joven.

Gaunt parpadeó y bajó la pistola.

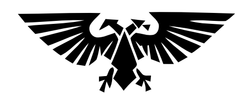
—Maldita sea —dijo—, por favor no digas lo que creo que estás a punto de decir.

—Coronel comisario —dijo la guardaespaldas—, Emérito Felyx Chass es hijo suyo.



CINCO

Alteza Real Armaduke



A medianoche, hora local, una nueva estrella nació en los cielos sobre Anzimar. La población de la ciudad se apresuraba para atender la misa del Sabbat Libera Nos que se había celebrado en los templos de la Beata todas las medianoches desde que había comenzado la Cruzada con la esperanza de ofrecer un futuro más brillante. Algunos de los cientos de miles de ciudadanos que corrían desde sus casas, incluso desde sus camas, o los que hacían una pausa en su trabajo en ese momento podrían haber estado mirando hacia el cielo, porque desde el mismo origen de las especies a la humanidad le ha gustado creer que algunas fuentes innegables de providencia podrían estar observándonos desde arriba. Pero esas miradas a lo alto habrían sido vanos deseos involuntarios de vislumbrar el rostro de la salvación.

Nadie vio cómo se encendía la estrella. La niebla tóxica de aquella noche era tan densa como el rococemento.

Las sirenas de las naves sonaron. En órbita estacionaria, en el borde de la mesopausa, la fragata imperial de clase Tempestad *Alteza Real Armaduke* encendió los motores de plasma. Los propulsores se encendieron con una intermitente fibrilación antes de relajarse en un resplandor constante e intenso.

Debajo de la nave se encontraban la troposfera y la estratosfera. La sombra del exterminador descansaba pesadamente por todo Menazoid Sigma, y las interferencias de la niebla tóxica eran tan densas que no había ninguna concentración de luz visible desde la parte nocturna de las colmenas. Parte del mundo estaba bañado por la luz del sol. Las nubes fétidas, de color marrón y crema, parecían tejido cerebral infectado.

Pequeñas naves revoloteaban alrededor de la *Armaduke* como moscas alrededor de la carroña. Los asistentes de la flota estaban pegados a sus flancos. Los lanzamisiles, transportes ligeros, naves de carga y lanzaderas entraban y salían. Las escotillas de la *Armaduke* estaban abiertas de par en par, como los picos de los impacientes polluelos. Secciones enteras del casco densamente blindado de la fragata se habían retirado o replegado para permitir el acceso. La vieja nave, antigua y gastada, parecía poco digna, como una vieja señora a la que han pillado con las faldas levantadas.

Por encima de la nave estaba la exosfera. El vacío era como un cristal claro pero imperfecto, una ventana a la dura negrura del espacio exterior y al brillo distante y tenue de las minúsculas y maliciosas estrellas.

La *Alteza Real Armaduke* era una nave vieja. Era un artefacto de un tamaño considerable. Todas las naves de la flota eran grandes. La *Armaduke* medía un kilómetro y medio de proa a popa, y un tercio de esa dimensión de lado a lado. Su desplazamiento por el espacio real era de seis coma dos megatones, y transportaba treinta y dos mil cuatrocientas once vidas, incluido el séquito regimental completo de los Primeros de Tanith. Era como una rebanada de una colmena, moldeada con

forma de punta de lanza e instalada sobre unos motores.

Estaba diseñada para guerras cercanas. El blindaje del casco estaba agujereado y quemado y era el triple de grueso en los flancos y en la proa. El cono de la proa estaba surcado de profundas cicatrices y daños reparados. La *Armaduke* era una nave imperial tenaz a la que le gustaba enfrentarse a su enemigo cuerpo a cuerpo, y estaba preparada para recibir daños con tal de matar a un enemigo.

Para Ibram Gaunt, que se acercaba hacia ella a bordo de una de las últimas naves en llegar, la nave poseía la personalidad de un luchador callejero o de un perro de pelea. Sus cicatrices lucían orgullosas y deliberadas.

«Como las marcas rituales de un soldado que ha firmado un pacto de sangre», pensó.

Los motores de plasma se encendieron de nuevo. Las puertas de retención empezaron a cerrarse y las secciones de blindaje voladizas volvieron a su posición. La nave de Gaunt fue una de las últimas en entrar en la plataforma de aterrizaje central antes de que las puertas espaciales principales se cerraran. El enjambre de pequeñas naves se dispersó, bien hacia la *Armaduke* para compartir su viaje, hacia el planeta o hacia la fortaleza orbital más cercana. Las formaciones de naves de ataque de clase Furia y Faustus habían estado rodeando la nave a un radio de quinientos kilómetros para proporcionar protección mientras estaba expuesta y era vulnerable. Ahora habían formado para escoltarla. Las luces de navegación parpadearon. Las líneas se separaron. Los asistentes de la flota se retiraron y se alejaron perezosamente, como pretendientes desilusionados o concubinas cansadas. La *Armaduke* empezó a desplazarse.

La aceleración inicial era dolorosamente lenta, incluso a máxima potencia de plasma. Era como si se estuviese intentando mover un edificio, como una basílica o un templo, haciendo que un ejército de esclavos lo empujasen. La nave protestaba. Las placas del casco gruñían. Sus cubiertas crujían. Su superestructura se movía nerviosamente bajo la aplicación de una inmensa fuerza motriz.

Las demás naves de la órbita estacionaria descubrieron sus faros para despedir a la nave que se marchaba. Algunas eran las auténticas gigantes de la flota, enormes cruceros y naves de batalla de seis o siete kilómetros de largo. Sus inmensas sombras caían sobre la *Armaduke* mientras ésta aceleraba por la línea de anclaje. Para ellos era una reliquia vieja y maltratada, una huérfana de la flota que probablemente jamás volverían a ver.

Las naves Furia pasaron alrededor de ella en formación de escolta. Los propulsores de plasma se iluminaron todavía más, y su luz se reflejaba en las nubes noctilucentes inferiores, creando un titilante resplandor. La ionización mesosférica provocó unos relámpagos a lo largo de la almenada parte superior de la *Armaduke* hasta que la nave atravesó la exosfera y las corrientes de la magnetosfera acabaron con el espectáculo lumínico.

Abandonando la botadura y entrando en la bodega mientras la nave avanzaba,

Gaunt captó el olor de su atmósfera. Todas las naves tenían un sabor propio. Había viajado en las suficientes como para saberlo. Cientos, o a veces miles de años de recirculación y de procesamiento atmosférico permitían que las cosas se acumulasen en los pulmones de una nave. Algunas tenían un olor curiosamente dulce, otras uno metálico, otras uno rancio. Uno siempre acababa acostumbrándose. Un trayecto de diez o doce semanas en una nave podía hacer que te acostumbraras a cualquier cosa. La *Armaduke* olía a grasa chamuscada, como la de la chimenea de una cocina.

Se acostumbraría a ello. Todo el mundo se acostumbraba al olor, al sabor químico del agua reciclada, al soso sabor de la comida de a bordo. Todo el mundo se acostumbraba al ruido constante de fondo de los propulsores, a los extraños sonidos de una inmensa superestructura en tensión constante. Una vez que los propulsores se activaban, el casco se flexionaba; una vez que el campo Geller se activaba y la nave entraba en la disformidad, el casco se cerraba herméticamente, como un brazo musculado tensado. Todo el mundo se acostumbraba a los mareos a causa de la aceleración, al frío que se calaba en los huesos y a la extraña y resbaladiza desorientación que los escudos de gravedad artificial producían al fluctuar y asentarse.

Una vez que la traslación había llegado a su fin, todos se acostumbraban a que los ventanales estuviesen cerrados. Todos se acostumbraban a desconocer lo que había en el exterior. Todos se acostumbraban a los torvos gritos del empíreo, al ruido del granizo contra el casco o a las ardientes tormentas de fuego, a los vientos huracanados o a las uñas que arañaban los postigos. Todos se acostumbraban a los susurros, a las sacudidas y los traqueteos, a los inexplicables períodos de electricidad a media potencia, a los distantes golpes subterráneos, a los sueños, a las pisadas en los pasillos vacíos, a la sensación de estar descendiendo cada vez más hacia tu propio subconsciente y quemando tu cordura para alimentar el viaje.

A lo único que uno no se acostumbraba era a la escala. En órbita alta, con la vasta extensión de un planeta cercano para contrastar, una nave espacial parecía grande. Pero cuando el planeta se alejaba, primero hasta alcanzar el tamaño de un globo terráqueo y después el de un balón, hasta que incluso el sol local no era más que un punto de luz no más grande que cualquier otra estrella, el abrazo del vacío se volvía absoluto. El espacio era interminable y eterno, y los pocos soles no eran mayores que granos de sal. Solos en la apabullante vacuidad, una nave empequeñecía, disminuía hasta convertirse en una frágil caja de metal sola en la monstruosa noche.

La *Armaduke* aceleraba con tanta fuerza ahora que la escolta de cazas apenas lograba seguirla. El trayecto estaba bloqueado desde el punto Mandeville del sistema, donde los motores de la disformidad se activarían para atravesar la tela intersticial del espacio. La disformidad les aguardaba.

La tripulación y los espacios de control de una nave estelar tendían a mantenerse apartados de las áreas empleadas para el material transportado y los pasajeros, incluso en una operación militar. Los transportadores y los transportados necesitaban tener

muy poco contacto durante el viaje.

Pero la *Armaduke* estaba todavía a veintiséis minutos del punto de traslado cuando Gaunt se presentó ante el capitán de la nave. No había ido solo.

—No se permite la entrada en este momento —dijo el cadete que controlaba la escotilla. Tenía a seis hombres armados con él, todos con armas de combate para uso a bordo.

Gaunt le mostró su documentación al cadete, documentación que mostraba claramente que él era el oficial al mando de las unidades del contingente.

—Me parece muy bien —dijo el hombre mostrando el típico tono de los hombres de la Armada para evitar utilizar las formalidades de la Guardia—, pero el capitán se está preparando para la traslación. No se le puede interrumpir. Tal vez en una semana más o menos encontrará un momento para…

—O tal vez lo ha hecho miles de veces ya —dijo el acompañante de Gaunt saliendo de las sombras del mamparo— y no necesita hacer nada más que autorizar a la tripulación del puente de mando para proceder. Tal vez debería tener en cuenta que su nave es un componente vital de esta operación y no sólo un medio de transporte. Y tal vez tú deberías abrir esta escotilla.

El cadete palideció.

—Sí, señor —dijo, con la voz tan pequeña como una nave en el vacío.

El nombre del capitán era Clemensew Spika. Tenía tres flotas de combate bajo su mando, pero su carrera iba en declive. Era un hombre velludo, de medía estatura, que dirigía su mando con uniforme de gala. Estaba de pie, arrogante, en el dorado riel de la plataforma de la cubierta superior cuando entraron, mirando a través del bullicioso puente de mando principal hacia el inmenso mirador delantero con una expresión noble en el rostro. Gaunt se preguntó si había estado ahí de píe antes o si estaba forzando una pose al enterarse de que llegaban.

Cuando se acercaron a él se volvió, miró a Gaunt a los ojos e inclinó la cabeza hacia arriba para observar al guerrero de la Guardia de Plata que tenía a su lado.

—Estamos en proceso —explicó—. ¿No podía haber esperado esta reunión?

—No —contestó Eadwine.

—¿Es esta traslación especialmente problemática? —preguntó Gaunt.

—No —respondió Spika.

Después hizo un gesto para que le siguieran y dio instrucciones a su primer oficial de vigilar a los timoneles. En la parte trasera de la cubierta superior había un pequeño camarote reservado para reuniones o consejos. Spika se sentó y les indicó que hicieran lo mismo. Eadwine se quedó de pie.

Aparte de un panel en la pared que mostraba un sumario detallado de la función de la nave, la sala estaba decorada con secciones pintadas enmarcadas con volutas doradas. Cada panel pintado mostraba una vista diferente de Khulan: el Palacio Real, las cataratas de Hypson, las tumbas de Kalil, el Pabellón Imperial de la Alta Askian y la Basílica Smarniana.

—¿Es consciente del papel que tiene su nave en esta operación? —preguntó Eadwine. Su voz augmética poseía poco color o tono.

—Por supuesto —respondió Spika—. Pararemos en Tavis, nos reabasteceremos e iremos directos a los Marginales.

—Me refiero allí —dijo Eadwine—. En los Marginales.

—Acción de abordaje —dijo Spika—. Sí, soy consciente.

—Se le pedirá que permanezca en su puesto —dijo Gaunt.

—Lo sé.

—No recibiremos el apoyo de otra flota —añadió Gaunt—. La *Armaduke* será vulnerable.

—Lo sé —repitió Spika.

—Hay varias cosas que no sabemos —dijo Eadwine—. Los peligros son considerables. Avanzaremos en silencio por la última sección del espacio real. Habrá riesgos para la navegación. El espacio y las maniobras estarán restringidas. El despliegue tendrá lugar en varios puntos. Será prolongado. No sabemos lo que nos encontraremos dentro de la estructura objetivo.

—¿No saben nada? —preguntó Spika—. Sabía que esta misión se basaba en la información de…

—Así es —dijo Gaunt—. Pero es limitada. Podría no estar actualizada.

—O podría ser una sarta de mentiras —añadió Eadwine.

—Alentador —respondió Spika.

—Dependiendo de los niveles de oposición, es posible que tengamos que disponer de sus efectivos armados —dijo Eadwine.

—Nadie me había dicho eso —contestó Spika.

—¿Le supone algún problema?

—Los soldados de la *Alteza Real Armaduke* lucharán por la vida de la nave si es necesario —respondió el capitán con firmeza. Después hizo una pausa—. Pero me han proporcionado una dotación de reclutas jóvenes. Pocos de ellos poseen experiencia en combate. Suponía que ustedes se encargarían de la lucha.

Gaunt miró al inmenso marine espacial. El yelmo de Eadwine pendía de su cinturón. Estaba mirando algo que parecía de interés en el cuadro de las Cataratas de Hypson.

—La Armada no se ha extendido mucho en detalles —dijo Eadwine—. ¿En qué cree que consiste esta misión?

—Creía que era un asunto de importancia estratégica —respondió Spika—. En concreto, desde mi punto de vista, la oportunidad de poner esta nave recién reparada y a su joven tripulación a prueba antes de su recertificación.

Ni Gaunt ni Eadwine respondieron. Spika los miró. Había algo infinitamente triste en sus ojos pálidos y azules, como si llevase semanas intentando no ver lo evidente.

—Supongo que un cínico interpretaría esto de manera diferente —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Gaunt.

—Una nave prescindible y no del todo acondicionada y una tripulación joven de poca experiencia —respondió Spika—, al mando de un hombre que ya nunca llegará a almirante y que formula las preguntas erróneas a sus superiores. Una misión que tiene tantas probabilidades de acabar en desastre que sólo pueden arriesgar chatarra.

—A mi parecer, una buena dosis de cinismo siempre viene bien —dijo Eadwine.

—Había otras pistas —dijo Spika con voz dura. Luego miró a Gaunt—. Revisé su archivo, las secciones que no estaban restringidas. Tiempos gloriosos al principio, en Balhaut especialmente. Grandes favores. Los logros desde entonces han sido considerables. En serio. Todo el mundo quedaría impresionado por su expediente. Pero el reconocimiento ha sido escaso desde Balhaut. Da la sensación de que ha desaprovechado grandes oportunidades y ha acabado obteniendo poco mérito para el considerable gasto en coraje y tenacidad. Como mi nave y yo, usted y su regimiento son bienes útiles pero prescindibles.

• • • • •

Las luces disminuyeron. Hubo una sacudida. La disformidad los había abrazado.

—Lo odio —dijo Larkin. Después se quedó quieto y se negó a continuar caminando hasta que las luces de la nave volvieron a su luminosidad original. Había un temblor bajo cubierta. Una exhalación distante.

—Es la peor parte de cualquier viaje —añadió. Las luces volvieron y un resplandor frío en la escalerilla de la cubierta baja. Entonces empezó a caminar de nuevo.

—¿La peor? —preguntó Domor.

—Sí —dijo Larkin—. Aparte del propio viaje.

—Muy cierto —dijo Domor.

Habían llegado a la escotilla blindada de un espacio originalmente diseñado como recámara para la artillería explosiva. Rawne y Brostin estaban esperándoles.

—Quiero una insignia como ésa —dijo Larkin.

—Pues no la tendrás —contestó Brostin—. Es sólo para los reyes.

—Que me besen el culo los reyes —respondió Larkin.

Domor miró a Rawne.

—Esto podría continuar todo el día, mayor —dijo.

—Y seguiría sin ser divertido —asintió Rawne.

—Gaunt quiere vernos —dijo Domor—. ¿Verdad?

—Sí —contestó Rawne—. Siempre y cuando seáis quienes decís ser.

Larkin le hizo un giño a Rawne.

—Vamos, Elim, éstos serían unos disfraces bastante malos, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Domor mientras esbozaba una sonrisa—. ¿Que

forzamos nuestros propios rostros para cambiarlos de forma?

—Cosas más raras he visto —dijo Rawne.

—Aquí nadie se sorprende —dijo Larkin.

Rawne asintió hacia Brostin. El hombre corpulento golpeó la puerta y después abrió la escotilla exterior.

—Entrada, dos visitantes —dijo Rawne a través de su microcomunicador.

—Recibido.

Una mirilla se abrió en la puerta interior y Rawne se quedó donde la persona al otro lado pudiera verle la cara.

La escotilla interior se abrió. Rawne hizo pasar a Domor y a Larkin.

—¿Tenéis algo que él pudiera usar como arma? —preguntó Rawne.

—¿El afilado estoque de mi ingenio? —sugirió Larkin.

Mabbon Etogaur estaba sentado en un camastro plegable en un rincón del frío y húmedo compartimento. Las paredes, el suelo y el techo eran de ceramita reforzada, y la escotilla para el mecanismo de carga se había soldado para cerrarlo. El prisionero estaba leyendo un panfleto trancemisionario de un montón que tenía sobre su colchón. Su muñeca derecha estaba esposada a una cadena unida a un perno en el suelo.

Varl estaba sentado en un taburete en el rincón opuesto con su rifle láser sobre las rodillas. Cant estaba de pie en otro rincón, mordisqueándose la uña del pulgar.

Larkin y Domor entraron y se acercaron al etogaur.

Este levantó la mirada.

—No os conozco —dijo.

—No, pero te tuve en mi punto de mira una vez —dijo Larkin.

—¿Dónde?

—En Balhaut.

—¿Por qué no disparaste? —preguntó Mabbon.

—¿Y perderme un momento tan emotivo como este?

—Ese es Domor, y ése Larkin —dijo Rawne señalándolos.

—¡No le digas nuestros malditos nombres! —Silbó Larkin—. ¡Podría hacer toda clase de trucos de magia de feth con ellos!

—No lo haré —dijo Mabbon.

—No lo hará —coincidió Rawne.

—¡Está cantado que no! —dijo Varl.

—¿Por qué no? —preguntó Larkin.

—Porque, ¿cómo si no iba yo a ser el remate de otro de los chistes de Varl? —preguntó Cant con tono cansado.

Larkin soltó una risotada.

—No lo hará porque está cooperando —explicó Rawne haciendo caso omiso de los demás.

—Y si lo hiciera —dijo Mabbon—, Rawne me destriparía.

—Sí, eso le gusta —asintió Larkin.

—¿Para qué me necesitabais? —preguntó el prisionero.

—Tenemos una consulta —dijo Domor, que tenía un fajo de papeles enrollados debajo del brazo y una placa de datos en la mano.

—Adelante —dijo Mabbon.

Larkin cogió el panfleto que tenía Mabbon en la mano y lo hojeó.

—¿Es una buena lectura? —preguntó.

—Me gusta el tema —contestó el encadenado.

—¿La doctrina de conversión al credo imperial? —preguntó Larkin.

—La fantasía —respondió Mabbon.

—Sería un tipo la feth de divertido si no me pusiera los pelos de punta —le dijo Larkin a Rawne.

—Estamos dirigiendo las fuerzas de inserción —dijo Domor—. Hay entrenamientos por delante, planificación… Queremos aprovechar el tiempo de viaje para prepararnos lo máximo posible.

—¿Estáis preparando un combate? —preguntó Mabbon.

—Sí —dijo Domor—. Larks… Larkin es de la escuadra de tiradores.

—Ya he visto el cordón.

—Queremos repasar los planos de cubierta y los esquemas que nos has proporcionado hasta ahora. Podría suponer varias horas de trabajo durante varios días.

—Intentaré hacer un hueco en mi agenda.

—Algunos de los planos son vagos —dijo Larkin.

—Como mis recuerdos. Los hice todos de memoria.

—Si los repasas unas cuantas veces —dijo Rawne—, tal vez puedas concretar algunas cosas.

El etogaur asintió.

—Si los repasas hasta hartarte de ellos, igual podemos hacer esto bien —añadió Rawne.

—No tengo ningún problema con eso —dijo Mabbon—. Te lo ofrecí. Quiero que se haga.

Domor le mostró su placa de datos.

—También queremos hablar de esto —dijo—. De este mecanismo de tiro. Necesitamos hacer algunas réplicas con fines prácticos. ¿Dices que es el mecanismo estándar?

—Es un ejemplo del tipo de mecanismos de tiro y sistemas de disparo que encontraréis —explicó Mabbon mientras estudiaba la imagen de la placa.

—Sólo es mecánico —dijo Larkin.

—Tiene que serlo. No pueden arriesgar nada más… complicado. No pueden arriesgarse a utilizar nada que pueda interferir o ser interferido por los dispositivos que se desarrollan en el lugar objetivo. Es delicado. Cualquier conflicto en los

procesos o conjuros arcanos podría resultar desastroso.

—¿Entonces es sólo mecánico? —dijo Larkin.

—Complejo y muy delicado. Y muy sensible. Pero sí, sólo mecánico.

Larkin recuperó la placa.

—Se parece mucho… Se parece mucho a lo que usamos nosotros —dijo—. Parece bastante estándar.

—Es la clase de mecanismo de disparo que yo armaría —dijo Domor.

—Por supuesto —dijo Mabbon—. Prácticas probadas de la Guardia. Esta es la clase de armas que les enseñé a hacer. Y yo aprendí en el mismo lugar que tú.

Larkin miró a Domor. Su rostro reflejaba disgusto.

—Ve a por la mesa plegable —le dijo Rawne a Varl—. Revisemos estos planos.

• • • • •

En el camarote número seis, las luces se quedaron tenues durante mucho tiempo. Cuando volvieron, lo hicieron sin mucho entusiasmo.

El ambiente estaba cargado. Demasiados cuerpos, demasiadas respiraciones y un sistema de procesamiento de atmósfera precario.

—Esto es un agujero —dijo Ree Perday. Las literas eran de tres pisos y estaban muy juntas. Era un bosque de cuerpos boca abajo. Prácticamente no había sitio para guardar los instrumentos.

—Pero es nuestro agujero —dijo el director de la banda Yerolemew desplazándose entre las filas. Golpeó una cama vacía con su bastón.

—¿Quién falta aquí?

—Pol Cohran, sargento mayor —dijo Gorus.

—¿Dónde está?

—Sufre mareo de aceleración, sargento mayor —informó Perday.

—Cohran nunca ha tenido mareo de aceleración —dijo Yerolemew.

—Esta vez sí —dijo Erish.

—Está más blanco que una camiseta interior —farfulló Gorus.

—No si es una de las tuyas —dijo Perday.

—Ya basta —dijo el director de la banda.

—Puede que el músico necesite que lo vea un médico —dijo el comisario Blenner, que había estado observando la situación desde el final de una fila de literas.

—¡No sabía que estaba ahí, señor! —exclamó Yerolemew poniéndose derecho inmediatamente. Los demás empezaron a moverse.

—Por favor, relájense —dijo Blenner avanzando. Se quitó la gorra. Siempre que se quitaba la gorra la gente parecía calmarse, o eso pensaba—. Esto no es una inspección oficial. Sólo he venido a saludarles y a asegurarme de que todo va bien.

—Muy amable por su parte, señor —dijo Yerolemew.

—Puedo permitirme ser amable ahora, sargento —dijo Blenner—. Ya me lo pagarán más adelante comportándose.

Arqueó una ceja hacia los demás y se echó a reír.

—Soy una persona bastante justa por lo general. Si venís a mí de buena fe siempre os escucharé. Dad gracias de que mi nombre no sea Hark.

El sargento volvió a reír. Era una risa sincera.

—¿Algún problema hasta ahora? ¿Las instalaciones cubren vuestras necesidades?

—Disculpe, señor —dijo Perday—, pero no hay demasiado espacio para guardar los instrumentos.

—No, así es, ¿verdad? —dijo Blenner mirando a su alrededor—. Gaunt dijo algo de almacenarlos en… ¿dónde era? En el muelle de lanzamiento sesenta.

Más risas, algunas de ellas de indignación.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —dijo Blenner—. Qué falta de respeto, ¿verdad? Una falta de respeto para la simple, pura y edificante decencia que supone una banda marcial. ¿Me equivoco?

Al parecer no se equivocaba.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo—. Esta misión es bastante crucial. También es peligrosa, no voy a mentiros. Pero lo que haremos es pasar el tiempo demostrando que una unidad de desfile es indispensable para el regimiento. ¡Indispensable! Como soldados y como músicos, vais a demostrar vuestra valía.

Aquello obtuvo una gran ovación.

—¡Por la furia de Belladon! —exclamó Blenner para darle más fuerza, y levantó el puño como un potentado que recibe a un desfile desde su balcón.

Cuando empezaron a calmarse de nuevo se volvió hacia el sargento mayor.

—Estaba buscando a vuestro oficial al mando —dijo Blenner.

—Puedo llevarle hasta su camarote —respondió Yerolemew—. Sólo estaba tranquilizando a la compañía.

—Continúe; sargento mayor —dijo Blenner—. Estoy seguro de que cualquier otro puede indicarme el camino. Como esa joven, por ejemplo. Parece muy complaciente.

—¿Perday? —la llamó Yerolemew.

—¡Sí, señor!

—¿Serías tan amable de acompañar al comisario Blenner al camarote del capitán Wilder?

Perday saltó de la cama.

—Por aquí, señor —dijo.

La joven le guió por el atestado camarote hasta un pasillo bastante más oscuro en el que se había instalado a los oficiales. El suelo era una rejilla. Por debajo había una zanja de mantenimiento y una compuerta.

—¿Cómo te llamas, soldado? —preguntó Blenner.

—Ree Perday, señor.

—Ree. Ree. ¿Es algún diminutivo?

—Mmm. No, señor.

—Ya veo —dijo Blenner. No iba a ser fácil—. ¿Y de dónde eres, Ree Perday?

—De Belladon, señor.

—Claro, qué pregunta tan tonta.

• • • • •

Bajo la sombra de la compuerta de mantenimiento de la zanja inferior, la criatura con el rostro de Pol Cohran les observaba pasar por arriba. Se había escondido para poder relajar la tensión de su rostro de nuevo. Los huesos crujían mientras su kinesis craneal recuperaba la faz de Cohran.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Blenner.

—Yo no he oído nada, señor —dijo Perday.

—Espero que no sean ratas —dijo el comisario—. Detesto las ratas.

—Ah, sí, señor.

—Especialmente cuando ves cómo abandonan la nave antes que nadie.

Perday rio y llamó a la puerta de un camarote. Estaba abierta.

—¿Señor? ¿Capitán? —preguntó. Después se asomó—. ¡Por el Trono! —la oyó exclamar.

Blenner la apartó. El camarote era pequeño y desagradable. Wilder estaba tirado en el suelo. Había vomitado al menos una vez. El olor a amasec era intenso.

Blenner le dio la vuelta. Era un peso muerto, pero todavía respiraba. Emanaba tales efluvios que bien podrían prender con una cerilla.

—¡Maldito idiota! —masculló Blenner.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Perday.

—Ve a por un mocho, Perday, y trae un cubo de agua —dijo Blenner—. No le expliques a nadie para qué. Cuando vuelvas, vigila la puerta y no dejes pasar a nadie.

Ella lo miró, impotente y nerviosa.

—¡Ve!

La joven salió corriendo.

Blenner suspiró. Después levantó a Wilder y lo llevó hasta su camastro. El capitán gruñó en su estupor.

—Podría pegarte un tiro por esto, ¿sabes? —dijo Blenner. Wilder abrió los ojos, pero no había demasiado en ellos.

—Maldito estúpido —dijo Blenner—. Te he dado una oportunidad esta noche y te ha faltado tiempo para fastidiarla. Llegará un momento en el que no podré ayudarte, ¿entiendes?

Wilder cerró los ojos.

—Ni podré ni querré —dijo Blenner.

Perday regresó.

—¿Dónde está el mocho? —preguntó el comisario.

—Señor, he ido a buscarlo, señor, pero pensé que debía saberlo. Inspección de la compañía, señor. Se está realizando una inspección en este momento.

—Por el Trono Sagrado, Wilder, vas a acabar conmigo —dijo Blenner antes de ponerse de pie—. Perday, utiliza esa jarra de agua y trae una camisa o una camiseta de su equipaje. Intenta limpiar este desastre. De prisa.

—Sí, señor.

Blenner se colocó la gorra y se dirigió a la puerta del camarote. Baskevyl, Sioman y Edur aparecieron al final del pasillo, caminando y charlando.

—Blenner —dijo Edur—. Iba a invitarte a unirte a nosotros, pero no te encontraba.

—Ya estaba inspeccionando —dijo Blenner, y cerró la puerta del camarote tras él para que no pudieran ver lo que sucedía dentro.

—¿Inspeccionando? —inquirió Edur.

—Era más una visita de cortesía. No sabía que tocaba realizar una inspección sorpresa formal.

—Es una práctica belladonita estándar hacer una inspección sorpresa a los nuevos durante las primeras treinta y seis horas —explicó Baskevyl.

—Quizá deberías ponerme al corriente de algunas de las costumbres de Belladon —dijo Blenner—, teniendo en cuenta que los belladonitas son mi responsabilidad especial.

—Sí, por supuesto —respondió Baskevyl—. No pretendía excluirte del proceso. Debería haberte consultado.

—Tranquilo.

—¿Te gustaría acompañarnos ahora? ¿Invitamos al capitán Wilder también?

Blenner puso mala cara, bajó la voz y se acercó a ellos.

—Hay un pequeño problema —dijo—. El capitán sufre un terrible ataque de mareo de aceleración.

—¿De verdad? —preguntó Baskevyl.

—Está fatal —asintió Blenner—. Y no es en absoluto el único. Más de un miembro de la banda las sufre. Enviaré a un médico para hacerles una revisión a todos. El caso es que Wilder debería acompañarnos, pero tiene un aspecto terrible y, la verdad, no quiero que pierda autoridad mostrándose débil delante de los hombres.

—Tienes razón —dijo Sioman.

—Tengo una idea —dijo Blenner todavía en voz baja—. ¿Por qué no llevamos a cabo esta inspección cuando todos pasen la revisión médica y así les damos la oportunidad de quedar bien? Porque, que quede entre nosotros, me da que no van a tener la oportunidad de hacer nada más impresionante, ¿verdad?

Sioman rio. Baskevyl intentó no hacerlo.

—Supongo que es lo más recomendable —respondió Edur solemnemente—. ¿Qué te parece mañana a esta hora?

Los hombres volvieron por donde habían venido.

Blenner entró en el camarote. Inspiró profundamente y engulló una de las pastillas que Dorden le había recetado. Perday había hecho un buen trabajo con el suelo. Estaba metiendo en una bolsa la camisa que había usado para realizar la limpieza.

—Es usted un hombre muy amable, señor —dijo—. Dijo que era justo y no hay duda de que así es. Otros habrían mandado colgar al capitán por esto.

—No me digas eso a mí —dijo Blenner. Después señaló a Wilder—. Díselo a él cuando se despierte mañana por la mañana.

• • • • •

—¿El capitán parece de confianza? —preguntó el militante supremo Cybon—. ¿El tal Spika? Fue la elección de la Armada.

—Parecía bastante agradable —dijo Gaunt—. Optimista.

Cybon asintió.

—¿Amasec?

—Tomaré uno pequeño, señor.

Los camarotes de Cybon eran algunos de los apartamentos para pasajeros más cómodos de la *Armaduke*. Gaunt estaba convencido de que habían reubicado a un timonel superior para acomodar al militante supremo para el viaje. El Coronel-comisario había optado por una habitación de oficial estándar en la cubierta inferior, junto a los demás oficiales Tanith.

—¿Debería haberle visto? Sabe que estoy a bordo —dijo Cybon mientras su asistente se alejaba para servir algo de amasec.

El militante supremo dejó caer su figura augmética sobre un trono de vuelo reclinable. El escritorio de la cámara bullía con imágenes hololíticas. A Cybon le gustaba tener información fresca y renovada con frecuencia.

—Creo que he movido las piezas correctas —dijo Gaunt aceptando el pequeño vaso de amasec que el asistente le ofrecía. El recipiente salía del propio equipaje del militante supremo. Había un pequeño escudo de una torre grabado en el cristal.

—Sabe que está usted a bordo, pero no es que sea del dominio público —continuó Gaunt—. Y nos dejará cuando nos encontremos con la flota en el sol de Tavis, de modo que Spika tiene que acostumbrarse a que la figura de autoridad sea yo.

Cybon asintió pensativo y dio un sorbo de amasec.

—¿Llevaste a un marine espacial contigo?

—A Eadwine, de la Guardia de Plata.

—Muy inteligente por tu parte. Al menos eso le meterá el miedo en el cuerpo.

Hubo una pausa larga.

—Los tiempos están cambiando, Gaunt —dijo Cybon. Su voz augmética era un ruido suave.

—¿Señor?

—Ha pasado mucho tiempo desde Balhaut. Las cosas cambian. La fortuna cambia. La gente disfruta y pierde los favores.

—Siempre ha sido así, señor —dijo Gaunt—. ¿Lo dice por algo en particular?

Cybon se encogió de hombros. El sistema augmético silbó. Agarró el vaso con los dedos y lo observó.

—Tú y yo estábamos en alza al mismo tiempo, Gaunt. Antes de Balhaut. Bajo el mando de Slaydo. Fue una buena época para nosotros. Estábamos conectados.

—Así es. Pero yo no tengo la sensación de que me hayan tratado de manera injusta desde entonces.

—Yo tampoco creo que lo hayan hecho —dijo Cybon—. Tú te lo buscaste. Viste las oportunidades y decidiste quedarte en el campo de batalla. Y le has sacado el máximo partido a esa decisión. Sabe el Trono que una parte de mí desearía haber tomado decisiones similares en ciertos momentos de mi carrera.

—Su carrera y su mando son envidiables, señor. Y aún no han terminado.

Cybon asintió.

—Si esta misión sale bien, Gaunt, será muy positivo. Será muy positivo para la causa, pero también para ti y para todos los que han respaldado la campaña.

—Lo cual incluiría al señor de la guerra.

—Naturalmente. Pero dudo que él haya prestado mucha atención a esto. ¿Sabes cuántas misiones tiene que escudriñar y aprobar al día? ¿Por todo el sector? Vamos. Esto es sólo un asalto, parte de una secuencia en un rincón de los Mundos de Sabbat que ni siquiera tiene un gran valor estratégico. Si fracasa, se olvidará. Pero si sale bien…

—¿Puede relanzar una carrera?

—Puede relanzar la carrera de más de uno, Gaunt. Podría alterar el énfasis de las operaciones. Podría provocar una… revisión. Una revisión muy necesaria.

—Entiendo.

Cybon se limpió los labios con el dorso del dedo.

—Te recordaré por esto, Gaunt. Te daré el crédito que mereces cuando sea necesario. Y espero que tú hagas lo mismo.

—Por supuesto.

Cybon miró a Gaunt.

—Esto ya ha empezado, ¿sabes? —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Hace cuatro semanas, más o menos, tuvo lugar el primer ataque. Ha habido siete más desde entonces. En el transcurso de estos seis meses, en tiempo sideral,

tendrán lugar veintiocho redadas en lugares seleccionados de las porciones de cola de los Mundos de Sabbat. Todas ellas se llevarán a cabo siguiendo la filosofía que inventasteis tú y Mercure. Las tácticas. Las pistas que quedan. El flujo de información. Algunas de esas transmisiones son muy auténticas.

—Son tan auténticas como pudimos hacerlas —dijo Gaunt.

—Veintiocho redadas —dijo Cybon—. Ni siquiera es un gran compromiso de hombres y material bélico. Nada tan grande como para que el señor de la guerra tenga que autorizar el uso de recursos. La coordinación; ésa es la parte más inteligente. Es todo humo y espejos.

—Es humo y espejos en su mayoría, señor —dijo Gaunt—. El efecto verá muy diluido si este ataque no tiene éxito.

—Entonces será mejor que lo tenga, ¿verdad? —dijo Cybon.

• • • • •

Emérito Felyx Chass había tomado asiento en un rincón de las dependencias de Gaunt y estaba leyendo una placa de datos. Cuando Gaunt entró, se levantó. El Coronel-comisario le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

—Ravenor —dijo Chass señalando el libro—. Nunca me ha gustado demasiado su trabajo.

—¿En serio? —dijo Gaunt.

—Murió de forma horrible, ¿verdad?

Gaunt se encogió de hombros.

—Lo que importa es lo que hizo antes —contestó. Después se sentó ante el escritorio. Maddalena Darebeloved aguardaba silenciosa en el otro extremo de la habitación.

—Puedes esperar fuera —dijo Gaunt.

—Debo poder verle en todo momento —respondió.

—Tengo un problema —dijo Gaunt—. Me dices que eres hijo mío, lo cual es tanto una sorpresa como un obstáculo para un hombre en mis circunstancias.

—No pretendo ser un…

—¿Qué pretendes ser? —preguntó Gaunt.

—Mi madre cree que me hará bien, como futuro líder de la Casa Chass, aprender de ti.

—¿Aprender qué? ¿A luchar? ¿Sobre el honor? ¿El deber? Todo eso te lo puede enseñar ella.

—¿Mi madre?

—No, ella —dijo Gaunt señalando a la guardaespaldas—. Pero hablemos de tu madre un momento. Según tú, eres su primer y único hijo. Eso te convierte en el

heredero de su Casa. ¿Por qué arriesga tu vida de esta manera? Los primogénitos, y en ocasiones también los segundos hijos, se mantienen encerrados y protegidos para garantizar la línea de descendencia. Ser enviados al Imperio suele ser el destino de los descendientes posteriores.

—La filosofía verghastita es algo diferente… —empezó a explicar Maddalena.

—No estaba hablando contigo —dijo Gaunt. Al instante se enfadó consigo mismo por haber saltado así. No sabía por qué, pero la guardaespaldas le sacaba de quicio.

—La Casa Chass siempre ha creído en el desarrollo por la experiencia —dijo Chass—. Conocer el Imperio, aprender de él, aprender de mi padre… Todo eso me beneficiará cuando por fin ocupe mi puesto.

—Tu madre jamás ha viajado, al menos que yo sepa.

—Lo habría hecho —dijo Chass—. Pero es posible que tenga que asumir el cargo de la Casa antes de lo esperado. Mi abuelo está enfermo.

—No lo sabía. Lo siento.

Gaunt se levantó y empezó a pasearse pensativo.

—Me temo que creo que es una cuestión de prestigio —dijo—. Si te asocias con el famoso héroe de guerra de la Colmena Vervun y obtienes algo de gloria propia volverás siendo algo más que un simple heredero de la Casa. Ese brillo prestado te garantizará un asiento planetario, un ministerio. Creo que la Casa Chass espera satisfacer grandes ambiciones a través de ti.

—Resulta desalentadoramente arrogante —dijo Maddalena.

—Dime que no tengo razón —respondió Gaunt.

Alguien llamó a la puerta. Maddalena se llevó la mano al arma de manera instintiva.

—Ni se te ocurra —dijo Gaunt—. ¡Adelante!

Era Beltayn, acompañado de Nahum Ludd y del soldado Dalin.

—¿Ha mandado llamar a estos hombres, señor? —preguntó.

—Sí. Pasad. Será mejor que tú también te quedes a oír esto, Beltayn.

Chass se había puesto de pie. Ludd y Dalin le miraron con curiosidad.

—Este, según acabo de descubrir, es mi hijo —anunció Gaunt, e ignoró sus caras de sorpresa—. No sabía que tenía un hijo, y ahora me encuentro comprometido ante el conocimiento. Esta es una misión arriesgada y seguramente ninguno de nosotros regrese. Llevarme al hijo al que acabo de conocer a lo que podría ser una operación suicida no parece ser el mejor ejercicio de responsabilidad paterna.

Gaunt miró a Ludd y a Dalin.

—Sin embargo, tampoco podría haberlo dejado atrás en Menazoid Sigma. Quiere unirse a nosotros. Quiere servir con nosotros. Y esa ambición es bastante admirable.

—No quiero un trato especial —dijo Chass.

—Mejor, porque no lo recibirás —respondió Gaunt—. Ludd, detesto darte más trabajo del que ya tienes, pero quiero que prepares y proceses los papeles de alistamiento. Si quiere ser guardia imperial, será mejor que lo hagamos oficial.

—Y deduzco que también quiere que lo vigile, ¿señor? —preguntó Ludd.

—No. En absoluto —contestó Gaunt—. Quiero que la vigiles a ella —dijo señalando a Maddalena—. El joven Lord Chass es de origen noble. Tiene guardaespaldas. Y muy buena. Es el único favor especial que voy a concederle, permitir que la conserve. Ella cuidará de él, pero no deberá entorpecer las operaciones. En el momento en que lo haga, podéis deshaceros de ella. Tenéis mi autorización. Podéis dispararle si es necesario.

—Que lo intente —respondió Maddalena.

—Ludd es un comisario imperial —informó Gaunt—. Si yo fuera tú, ni siquiera me atrevería a pensar mal de él.

Después volvió a dirigirse a los demás.

—Su alteza no debe comprometer mi toma de decisiones, y menos en esta misión. No puedo preocuparme por él y no lo haré, así como tampoco puedo vacilar en mis decisiones por él. Dalin, tú tienes más o menos su edad, de modo que quiero que le enseñes cómo funciona todo. No hay tiempo para la iniciación básica. Deja que sea tu sombra y enséñale cuanto necesita saber. Te lo pido como un favor, no como una orden. Cuando la auténtica lucha comience, lo mantendremos alejado de la peor parte.

—Quiero… —empezó Chass.

—Ya basta —dijo Gaunt—. Por favor, Dalin, muéstraselo todo. Pero no quiero que comprometa tus deberes como ayudante. Comerá y dormirá como cualquier otro soldado.

—Debería recibir un rango —dijo Maddalena—. Algún privilegio por…

—Si quiere aprender de mí —contestó Gaunt— hará exactamente lo que yo hice y empezará desde abajo. Lo tomas o lo dejas. Eres tú quien ha pedido esto, de modo que no te quejes ahora que lo has conseguido. Si no te gusta, puedes dejarnos cuando nos reunamos con la flota y volver a casa con su madre.

Después se volvió a los hombres.

—Eso es todo —dijo.

• • • • •

Mkoll, jefe de los exploradores de los Primeros de Tanith, merodeaba en silencio por las inmensas y oscuras cubiertas de carga de la *Armaduke*. Estaba cazando.

Los motores rugían en la distancia. No había salido a buscar nada en particular. Sólo quería inspeccionar el terreno, conocer la geografía de la nave. Por si acaso.

También quería recuperar el equilibrio lo antes posible. El tiempo en la nave lo desestabilizaba. Lo superaba caminando y aprendiéndose todos los rincones ocultos de cualquier nave en la que embarcaba. Era una forma de meditación.

Tras media hora de su primer paseo, mientras cruzaba una cubierta del vehículo en la que el equipamiento de la misión estaba asegurado bajo unas cuerdas y el aire hedía a desinfectante, divisó por primera vez el ave. Se movía por las galerías de carga, descendiendo de una viga de la bodega a otra. Parecía tan perdida y atrapada como él.

Se dispuso a seguirla. Era grande. Un águila bicéfala. Al principio se preguntó si sería alguna especie de visión, pero era bastante real. Le habían dicho que los nuevos habían traído a un animal cibernético con ellos. Una mascota. Y era evidente que se había escapado.

La siguió a buen ritmo por dos de las pequeñas bodegas y después por una cubierta de ingeniería en la que los escasos servidores no parecían darse cuenta de su presencia. Parecía evitar los lugares llenos de gente como las cubiertas de la tropa o los inmensos y calurosos hornos de las cámaras de propulsión, en las que cientos de tripulantes trabajaban como esclavos.

Al igual que él, buscaba las partes solitarias de la nave.

Se preguntó cómo podría atraparla sin hacerle daño. Si se quedaba suelta podría perderse o quedar atrapada en alguna parte y morir de hambre. La muerte de una águila en vísperas de una visión no sería muy buen presagio.

Mkoll siguió al ave hacia una inmensa bodega que se había quedado vacía. En ella se habían apilado chatarras y placas de repuesto. De repente escuchó una voz.

El águila se volvió sorprendida, y después siguió inmediatamente a la voz.

Se posó sobre un palo de metal junto a dos figuras. Ambas estaban sentadas en medio del espacio vacío, apoyadas en unos restos de metal, y un pequeño fuego ardía en una lata de aceite.

Uno de los hombres era Ezra Noche. Estaba permitiendo que su compañero examinase la función de su balista.

Ezra vio a Mkoll y le gritó.

—Salus, amicus. Únete a nos.

Mkoll se acercó al fuego.

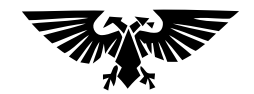
La otra figura bajó la balista y miró a Mkoll de arriba abajo. Era un marine espacial del Capítulo de los Cicatrices Blancas. Vestía la armadura de gala y su yelmo estaba en el suelo junto a su pie izquierdo.

—¿Eres el señor de los exploradores? —preguntó—. Lo sé todo de ti. Siéntate.



SEIS

Relatividad



A bordo de la *Alteza Real Armaduke*, sólo el sonido de los toques del barco marcaba el paso del tiempo. No había turnos de día o de noche. En algunas naves se establecía un ciclo de día y noche con sus sistemas de iluminación, pero era evidente que no era la costumbre del capitán Spika. La *Armaduke* seguía adelante en un estado de penumbra crepuscular, con las cubiertas taciturnas y medio iluminadas. Se hablaba de ahorro de energía y de economizar las reservas, pero pocos podían evitar la sospecha de que las condiciones del habitáculo eran deliberadas. En algunas de las cubiertas, la electricidad desaparecía por completo y sin explicación alguna durante horas seguidas. La calefacción y la circulación del aire de ciertos compartimentos y secciones cesaba, y entonces, al cabo de un rato, volvía a funcionar con un ruido bronquial de conductos y corrientes de aire. La creencia general era que las pésimas condiciones de la *Armaduke* no tenían nada que ver con el enfoque de ahorro de energía del capitán Spika, sino que eran causa del deterioro mecánico y de la debilidad de la nave.

En las cubiertas de los pasajeros, los hombres y las mujeres de la compañía y su séquito se reunían alrededor de las lámparas o trabajaban con lámparas de mecha. La mayoría dormía muchas más horas de las necesarias. Sintiendo el malestar general, Hark inició un programa de ejercicio y entrenamiento que consistía en tres marchas y carreras alrededor del perímetro de los principales niveles de bodegas, un circuito de casi cinco kilómetros.

El aburrimiento y la falta de actividad eran los auténticos peligros de un viaje a través de la disformidad. El encierro y la ociosidad hacían que la mente se estancase y permitía que la ansiedad creciera. En un extremo de la balanza habría descontento y desesperación, y ésta se compensaría con peleas y enemistades, actividad criminal y comportamientos rebeldes. Las mentes descontentas eran también presa más fácil de los poderes de la disformidad.

Los cálculos confidenciales del tránsito en el punto de partida sugerían que tardarían de tres a seis días en llegar al sol de Tavis, a la conjunción de la flota, y después otros seis hasta Salvation's Reach. No había ninguna ciencia fiable. Algunas de las rutas de la disformidad permanecían estables durante siglos. Otras desaparecían en frenéticas vorágines de la noche a la mañana. Toda clase de variables afectaba al tiempo de viaje, tanto al de a bordo como al sideral externo. Uno podía estar viajando un mes y llegar el día de antes de haber partido. O podía embarcarse para un desplazamiento de tres días y desaparecer para siempre. Si la mayor parte de la energía racionada de la *Armaduke* estaba siendo desviada para girar los cogitadores del motor de la disformidad y para ayudar al Navegante a encontrar la bauza del Astronomicón y a establecer la mejor ruta posible, los pasajeros y la tripulación de la

Alteza Real Armaduke estarían muy agradecidos.

Sólo el repique de las campanas de la nave marcaba el paso del tiempo, pero eso era sólo el tiempo local en su interior, una medición de las vueltas que daban los relojes y de los registros horarios que llevaba consigo hacia un océano hostil atemporal.

Nahum Ludd avanzaba a toda prisa por las cubiertas de las habitaciones con los expedientes y los papeles de alistamiento que por fin había conseguido preparar para Emérito Chass. Esperaba haberlos tenido listos al acabar la primera noche a bordo, pero ya era bien entrado el segundo día. Habían tenido que llevar a cabo inspecciones, acomodar a los soldados y resolver las típicas diferencias entre los abastecimientos farmacológicos y demás material bélico supuestamente fletado y lo que estaba en realidad físicamente presente. Desde antes de la larga estancia en Balhaut, pero especialmente desde entonces, el regimiento había tenido un problema crónico de fármacos extraviados. Ludd y Hark habían trabajado mano a mano con Dorden y Curth para reducir las pérdidas, pero había servido de poco. Siempre había un mercado gris dentro de la Guardia Imperial, y en ocasiones completamente negro. En sus primeros tiempos, Rawne había sido el cabecilla de las actividades no oficiales, pero había hecho esfuerzos visibles por mantener las manos limpias. O mentía muy bien, u otros habían usurpado sus empresas criminales. Ludd tenía los ojos puestos en algunas personas. Los hombres buscaban poder y control, y el rango era una manera de garantizarlo. Había otras. El problema con los Primeros de Tanith era que eran leales. Eran leales al Trono y eran leales a Gaunt, pero esa lealtad estaba arraigada, de modo que eran leales entre sí de una manera casi perniciosa. Eso significaba que estrechaban filas y guardaban los secretos. Los asuntos clandestinos que tenían lugar en el seno de todos los regimientos eran especialmente secretos entre los Fantasmas.

Ludd estaba bastante inquieto por la aparición de Chass, y así se lo había expresado, en privado, a Hark.

—Te sientes amenazado —le había dicho este.

—¿De dónde te sacas eso?

—Eres joven, un joven comisario que sigue los pasos del Coronel-comisario, el protegido de Gaunt —había respondido Hark—. Y de repente aparece su auténtico hijo.

—¿Y en esa versión de la realidad que describes, yo me veo como el hijo de Gaunt? —preguntó Ludd.

Hark asintió.

—Si hasta te cortas el pelo igual.

—Pensaba que era protegido tuyo —dijo Ludd.

Hark había hecho un gesto de desdén.

—Que más quisieras. Yo soy único.

—Esto no es más que parte de tu tormento sistemático, para que me mantenga alerta, ¿verdad? —había preguntado Ludd.

—Si te lo dijera, no tendría ningún efecto beneficioso.

Ludd no estaba convencido. Había, quizá, algo de cierto en que no le gustara la idea de que Gaunt tuviese pronto un nuevo favorito. Pero había algo más. Chass se parecía mucho a Gaunt. Una vez lo sabías era terriblemente evidente. Era delgado y elegantemente menudo en comparación, por supuesto; sólo era un niño, un niño frágil y delicado, pero Ludd advirtió su parecido. En todo caso, los rasgos jóvenes de Chass eran incluso más refinados, tal vez heredados de su familia materna. Gaunt era un hombre bien formado. Chass, cuando fuera adulto, sería algo más que atractivo.

Era el reconocimiento lo que le costaba más de digerir. Ludd veía a Gaunt en Chass. Tenía la sensación de que ya lo conocía. Esto hacía que lo admirase, incluso sin conocerlo o sin querer hacerlo. Respondía ante Chass, y no le gustaba.

• • • • •

La ruta de Ludd lo llevó a descender una gran escalerilla que había fuera de las dependencias de los verghastitas y pasó por delante del divertido espectáculo de Mkoll presentándole una águila de dos cabezas a una divertida mayor Pasha. La mayor llamaba a su oficial estándar para que se hiciera cargo de la mascota, que aleteaba y claqueteaba en la muñeca levantada de Mkoll. Las mujeres del séquito, cargadas con barreños para hacer la colada, se habían detenido para mirar y reír.

Un pasillo abovedado a la izquierda de Ludd daba a una plataforma de montaje, un hangar secundario que podía pasar a utilizarse por medio de unos ascensores de carga de la plataforma principal. Era del tamaño de una plaza de armas. En medio de esta, había una única figura entrenando.

La figura era un borrón. Era un ejercicio de combate cuerpo a cuerpo, ejecutado utilizando una lanza afilada y un objetivo planeador de prácticas.

Detuvo su marcha y observó. Era un magnífico espectáculo de velocidad, destreza y agresividad.

Aunque tenía cosas que hacer, Ludd respiró hondo y entró en el espacio de montaje.

Conforme se aproximaba, la figura se retorció y finalmente capturó el objetivo, matándolo con la hoja de la lanza. Este cayó al suelo. El guerrero se agachó, recogió el ente roto y lo desechó en un cubo en el que había acumulado otros similares, ya destrozados. Cogió otro de una caja que había junto al cubo y se preparó para armarse y lanzarlo.

—¿Qué quieres? —preguntó. Ni siquiera había mirado a Ludd.

—Quiero saber si se me permite una pregunta.

El hermano Kater Holofurnace, de los Serpientes de Hierro, se volvió para mirarle. Tenía su inmensa lanza en una mano y el artefacto en la otra. Ludd sintió que

el miedo se apoderaba de sus tripas, de su estómago y de su garganta.

—¿Eres comisario?

—Si. Ludd.

—Tu nombre no me importa lo más mínimo. ¿Eres un oficial de disciplina?

—Sí.

—Te daré una respuesta —dijo Holofurnace—. Formula tu pregunta.

—Sois tres. Se nos ha prestado a tres de vosotros para esta misión. ¿Por qué tres de diferentes capítulos?

—¿Esa es tu pregunta?

—Sí.

Holofurnace arrugó los labios.

—Eres un oficial de disciplina. Deberías saber que es improcedente interrumpir a un hombre cuando está entrenando para la guerra —dijo. Ludd se detuvo.

—¿Esa es su respuesta?

—Sí.

—Pero…

—No he dicho que mi respuesta fuese a contestar a tu pregunta.

Ludd abrió la boca, pero no supo qué más decir.

—Puedes marcharte —dijo Holofurnace.

Ludd se volvió. Oyó el zumbido del señuelo mientras el objeto era lanzado. Oyó el golpe de la lanza mientras éste empezaba a girar.

• • • • •

—La verdad es que no quiero saberlo —dijo Elodie.

—Eso no es cierto —contestó Juniper. La divertida distracción del águila había terminado. Las mujeres se dirigían hacia la lavandería.

—Nos ayudarás con la colada hoy, ¿verdad, Elodie? —preguntó Urlinta.

—No. ¿Por qué vais a hacer la colada? —preguntó Elodie—. Sólo llevamos en tránsito un día.

—Siempre hay ropa para lavar y remendar —dijo Juniper.

—No hay duda de que es la mujer de un oficial, ¿verdad? —rio Urlinta.

—Y sobre ese otro asunto —dijo Juniper—, claro que quieres saberlo.

—Pensaba que era un hombre decente —dijo Elodie.

—Esa es la opinión que se tiene de tu buen capitán —respondió Juniper.

—Pero aún así —intervino Nilwen—, es un hombre. Y un soldado. La meten en cualquier parte.

—Nilwen no me ayuda mucho —le dijo Juniper a Elodie—. Vale, conoce a esa mujer, a esa oficial. Desde Verghast, dices. ¿Y qué?

—Es muy atractiva —dijo Elodie.

—Ah, pues caso cerrado —dijo Urlinta.

—¿Pero tú te has visto? —preguntó Nilwen.

—Iba a pedirme que me casara con él —dijo Elodie—. Tenía los papeles. Pero no lo ha hecho. No lo hizo el día que llegó ella. Tienen un pasado, y eso ha hecho que se lo replantee.

—Cariño —dijo Urlinta—, si Daur fuera la clase de hombre que te dejara así como así en el momento en el que un par de tetas…

—Tetas oficiales —señaló Nilwen.

—… tetas oficiales se cruzaran por delante —continuó Urlinta—, no te habría dejado comprometerte a venir a un viaje como este.

—Urlinta tiene razón —dijo Juniper—. No te habría dejado venir a una salida como ésta si no fuera en serio. Sería imperdonable.

—A menos —dijo Nilwen—, a menos que sea un hombre. Y un soldado. En cuyo caso ser un cabrón despiadado sería el procedimiento operativo estándar.

—Nilwen… —empezó Juniper.

—En serio, la meten en cualquier parte.

—Yo sí que te voy a meter algo en cualquier parte —dijo Urlinta.

—Así no ayudáis —dijo Juniper—. Todas conocemos a Daur. Es un buen hombre. Uno de los mejores. Salta a la vista.

Elodie frunció el ceño.

—Estaba convencida de ello —dijo—. De lo contrario jamás habría abandonado Balhaut. Nunca habría escogido esta vida. Sin ánimo de ofender.

—Tranquila —dijo Nilwen—. Ninguna de nosotras escogió esta vida, ¿verdad, señoras? Ella nos escogió a nosotras.

Urlinta y ella se echaron a reír.

—Deja de preocuparte por ello —dijo Juniper a Elodie—. Te van a salir arrugas, y entonces sí que empezará a buscar por ahí.

—Sólo quiero información sobre esa mujer —dijo Elodie—. ¿Hasta qué punto la conoce?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Urlinta.

—Sí —dijo Flodie.

—Yo no querría —dijo Juniper—. No es más que una cara del pasado. No empieces a obsesionarte con ello, El. En serio, no lo hagas.

—En realidad, no nos importaría —dijo Nilwen—, porque así podremos cotillear al respecto.

—Escucha —dijo Juniper—. He conocido a algunas de las chicas del séquito de los nuevos. Las de la Colmena Vervun. Una de ellas podría saber algo. Preguntaré por ahí.

• • • • •

Blenner se detuvo justo fuera del camarote de Wilder, se sacó el frasco de pastillas del bolsillo y lo agitó. No quedaban muchas. Pronto iba a necesitar más. No le entusiasmaba la conversación con Dorden. Seguramente el viejo médico le reprendería por lo rápido que había consumido el primer abastecimiento. Bueno, que le diera. En realidad él había seguido las instrucciones. «Una de éstas todos los días, o cuando se sienta nervioso». Pues bien, se había sentido nervioso muy a menudo. Demasiado.

Tal vez pudiese hablar con alguno de los auxiliares, mostrarles la etiqueta y pedirles que le rellenasen una receta. Podía evitar las preguntas incómodas de Dorden por completo. Eso descartaba al tatuador. Lesp se llamaba. Ya había conseguido cabrearle y no podía ir ahora a pedirle favores. Blenner consideró a Curth durante un instante. La idea le hizo sonreír, pero no porque creyese que fuese a ayudarle a conseguir más pastillas. De repente se había imaginado a la buena doctora Ana con nada encima más que un biomonitor y con una actitud muy sugerente.

¿Y el bicho raro de Kolding? A Blenner no le gustaba, pero era nuevo. Quizá respondiera a la persuasión.

—¿Me buscabas? —preguntó Wilder.

Blenner se volvió al tiempo que se metía hábilmente el frasco en el bolsillo.

—Estaba a punto de llamar.

El capitán mostraba un aspecto terrible. Tenía los ojos hundidos y le hacía falta afeitarse.

—Pasa —dijo.

Entraron en el camarote de Wilder. Todavía persistía un ligero olor al contraséptico que Perday había utilizado para limpiar el suelo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Blenner.

—¿Qué es esto? —preguntó Wilder—. ¿Una reprimenda formal? ¿Unas palabritas en privado?

—Empecemos por lo último si te parece —dijo Blenner—. Te comportaste como un auténtico imbécil anoche. Podría haber sido tu fin. Casi lo fue. Pero se te encubrió.

—¿Entonces te debo dos? —preguntó Wilder—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Deduzco que la soldado Perday te lo ha contado.

Wilder asintió.

—Me contó lo que hicisteis los dos.

—De nada —dijo Blenner.

Wilder se sentó y se frotó la barbilla.

—Sé cómo funciona esto —dijo—. Quieres asegurarte de que sé cuánto dependo de ti. Soy tu hombre. Puedes pedirme favores.

—Tu experiencia en la Guardia no ha sido especialmente positiva, ¿verdad? —

Preguntó Blenner—. ¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez sólo esté intentando que un oficial decente no tire su carrera por el retrete? Su carrera y su vida.

—¿De verdad? No te creo. Todo el mundo tiene motivos ocultos.

—Eres un hombre muy resentido, Wilder. Piensas lo peor de todo el mundo.

—Y nunca me equivoco —dijo Wilder encogiéndose de hombros—. Mírame, comisario. Este es el mando de mi hermano. Ahora él está muerto y mi cara no encaja, y soy un subalterno de mierda que ha sido el hazmerreír desde el momento en que llegó porque ha traído una maldita banda con él.

—Sé lo que se siente al estar a la sombra de alguien —respondió Blenner con voz calmada—. En tu caso, a la sombra de tu hermano fallecido. En el mío, a la de mi amigo de la infancia, Ibram Gaunt. Y en cierto modo, ambos a la de Gaunt. Personajes difíciles de igualar.

—Es sorprendente lo mucho que lo odian —dijo Wilder.

—Los hombres lo adoran.

—No todos ellos. La mayoría sí, pero unos cuantos… algunos descontentos lo detestan. Esto no es en absoluto una gran familia feliz.

—Interesante —dijo Blenner, y se sentó frente a Wilder.

—Negaré haberlo dicho si se lo cuentas.

—No se lo contaré —dijo Blenner—. Escucha, esperas que tenga un motivo oculto. De acuerdo. Te daré uno. Si te hace sentir mejor, capitán Wilder, me importa un bledo tu patética existencia. Me importa el hecho de que mi competencia como comisario… que ahora mismo es mi carrera… se centra en los belladonitas de este regimiento. Y si me veo obligado a desacreditar o a ejecutar al cabrón borracho de su oficial la primera semana, nunca me ganaré su confianza. ¿Está claro?

Wilder asintió.

—Dicen que te esforzaste mucho anoche.

—¿Esforzarme?

—Por causar buena impresión. Hoy he hablado con algunos de mis hombres. Hay dos tipos de comisario. El mejor amigo del soldado y su peor enemigo. Es un hecho curioso, pero a la larga, los hombres prefieren a los últimos.

Blenner se quitó la gorra y se pasó los dedos por el pelo. Después miró al suelo.

—Se dieron cuenta de lo que intentaba, ¿verdad?

—Son soldados, comisario, no idiotas. Aparte, les caíste bien. Han oído hablar de Hark. Y de Gaunt también. Tú suenas infinitamente preferible.

Blenner le miró.

—¿Y cuál es el problema?

—Al final —dijo Wilder— lo que necesitan es un poco de mano dura. Cuando comience el tiroteo, no quieren a un amigo. Quieren a alguien con quien poder contar de manera absoluta. Y el tiroteo va a empezar pronto, comisario. ¿A quién preferirías tú tener a tu lado? ¿Al payaso feliz o al cabrón despiadado?

A Blenner le temblaban las manos. Quería tomarse una pastilla, pero no quería

que Wilder le viera.

—Podríamos… —balbuceó. Respiró hondo y lo intentó de nuevo—. Podríamos trabajar juntos, capitán. Me da la sensación de que a ambos nos vendría bien un poco de ayuda. Un pequeño esfuerzo mutuo podría limpiar tu historial y reforzar mi posición.

Wilder asintió.

—Podríamos intentarlo. De acuerdo. Como Novobazky.

—¿Qué?

—Lucien tenía una excelente relación laboral con su comisario —dijo Wilder—. Genadey Novobazky. Estuvieron juntos durante cinco años. El anterior, Causkon, era un inútil. Pero Novobazky era un auténtico líder. Sabía hablar, ¿me sigues? Lucien me escribía cartas a casa acerca de él. Novobazky era capaz de ganar cualquier batalla, decía, con sólo abrir la maldita boca.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Blenner.

—Murió en Ancreon Sextus con Lucien.

—Entonces no cualquier batalla.

—No te hagas el gracioso, comisario. Hazte un favor y revisa su historial de servicio. El texto de sus declaraciones.

Blenner se levantó.

—Ordena tus asuntos, capitán. Volveremos a hablar.

Wilder asintió. No se levantó.

—Tendré en cuenta el consejo —dije Blenner desde la puerta—. Acepta tú uno mío. Olvídate de tu hermano.

—¿Ah, sí?

—Esto es la Guardia Imperial del Emperador, Wilder. Consiste en muchas cosas, pero la familia no es una de ellas. Los lazos de sangre se interponen en el camino. Sólo son un obstáculo, una debilidad. Mira a Gaunt y a su hijo…

—¿Su qué?

Blenner vaciló.

—Pronto se hará público. Su hijo bastardo llegó al mismo tiempo que vosotros. Es un aristócrata de la Colmena Vervun y tiene a su propia guardaespaldas. Pilló a Gaunt por sorpresa, y está intentando hacer como si no fuera nada, pero le afectará. No permitas que tu hermano te haga lo mismo.

—Entiendo.

—La Guardia es la única familia que necesitas, capitán. Los parientes de sangre sólo complican las cosas.

Wilder permaneció solo un rato cuando Blenner se marchó. Se sumió en sus pensamientos hasta que se dio cuenta de que Didi Gendler estaba de pie en la puerta del camarote, sonriéndole.

—Tienes mal aspecto —le dijo.

Wilder se levantó. Gendler gritó por la sorpresa cuando Wilder lo agarró por la

parte delantera de la túnica, lo arrastró al interior del camarote y cerró la puerta de golpe. Después lo empujó contra el mamparo.

—¿Es que te has vuelto loco? —balbuceó Gendler.

—¡Me tomasteis el pelo, cabrones! ¿Un trago amistoso? ¡Ni siquiera recuerdo haber embarcado!

—Tenía la impresión de que eras un adulto, capitán Wilder —espetó Gendler—. No es tarea nuestra moderar tu ingesta de alcohol. Blenner va a abrirte un expediente, ¿verdad?

Wilder apartó la mirada y lo soltó. Gendler se puso derecho.

—Deberías darnos las gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Si disfrutas de este camerino es gracias a nosotros. Cuando nos dimos cuenta de cuánto habías tragado, el capitán Meryn hizo que Costin y yo te subiéramos a bordo. Cuidamos de ti. De lo contrario te habrían disparado por deshonrar el uniforme.

Wilder no respondió.

—De hecho, el capitán me ha enviado para comprobar cómo estabas. Me ha dicho que te entregue esto.

Gendler sacó una pequeña botella de cristal.

—¿Qué es esto?

—Algo que cura todos los males. Alivia los efectos de la resaca. Es del capitán.

Wilder la cogió.

—Esto es del almacén del regimiento —dijo leyendo la etiqueta—. Suministros médicos.

—No seas ingenuo, capitán. Si conoces a la gente adecuada puedes obtener todo lo que necesites.

—¿Y a quién conoces tú, Gendler?

—A la gente adecuada.

Wilder observó la botella de nuevo, después le quitó el tampón y bebió de ella.

—Es bueno —dijo Gendler—. Costin habla maravillas. Lleva tomándolo desde hace años.

—Deduzco que tú y el capitán Meryn sois hombres de negocios —dijo Wilder.

—Proporcionamos servicios extraoficiales. Alguien tiene que hacerlo. Existe una demanda y se nos da bien.

—Requiere dinero. Y organización.

—Tenemos ambas cosas —dijo Gendler—. Como te he dicho, se nos da bien. En su día, Rawne era un pez gordo del mercado negro.

—¿El segundo oficial?

—Sí, ¿le conoces?

—Todavía no —respondió Wilder.

—Es bastante más legal en la actualidad —dijo Gendler—. Legal y ocupado. El capitán Meryn pensó que era justo y necesario quitarle algo de trabajo de encima.

—¿Por qué? —preguntó Wilder.

—No seas estúpido —dijo Gendler—. En todos los regimientos hay ganadores y perdedores. Rawne se está convirtiendo en una especie de ganador. Y siempre se ha asegurado de que Meryn perdiera. Promociones. Ascensos. En ocasiones, uno tiene que hacerse cargo de su propio destino. Meryn, yo… y tú también. Te vemos como un espíritu afín.

—¿Alguien a quien incluir en vuestro club de fracasados?

Gendler rio sin sonreír.

—Los hombres frustrados con ambición pueden hacer grandes cosas, Wilder. Pueden levantarse y hacer que otros caigan. El privilegio del rango, de la oportunidad. Y a falta de ambos, el consuelo sencillo de la riqueza.

—¿Se trata de progresar o de vengarse? —preguntó Wilder.

—¿Y por qué no pueden ser las dos cosas? —sonrió Gendler.

Wilder empezaba a encontrarse mejor. Sin duda el remedio había sido efectivo. El capitán rio.

—¿Qué queréis Meryn y tú de mí en realidad? —inquirió.

—¿Quieres las cartas sobre la mesa? —Preguntó Gendler—. De acuerdo. Los amigos se ayudan entre sí. Y todo el mundo tiene algo por lo que se vendería. ¿Por qué te venderías tú? El bien más útil es la protección. Cualquier escudo que nos ayude a actuar sin ser vistos. Aún es pronto, pero parece que has hecho buenas migas con Blenner.

—Es fácil de persuadir. Es un comisario fácil de persuadir. La mejor protección que un hombre de la Guardia podría desear.

—No le conozco en absoluto —dijo Wilder.

—Eso no es cierto. Además, podrías conocerlo mejor. Podrías trabajártelo. Buscar una debilidad. Buscar algo que nos sirva para influenciarle.

—¿Ah, sí?

—Es lo que hacen los amigos —dijo Gendler.

Wilder no respondió. Gendler se encogió de hombros y se volvió para marcharse.

—Creo que tiene una adicción —dijo Wilder en voz baja.

—¿Cuál?

—Pastillas, creo. Supongo que para la ansiedad. Debe de ser un narcótico.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gendler sonriendo.

—Le he visto hacerlo. Tenía un frasco y no quería que lo viera. Y estaba nervioso. No habría intentado ocultarlo si fuese algo normal o algo de lo que no se avergonzase.

—Qué interesante.

—¿Sí? —Preguntó Wilder—. A mí me parece una persecución. ¿Ese es el punto débil que estabas buscando? ¿Y qué vais a hacer? ¿Desenmascararlo? ¿Limitar su abastecimiento y convertirlo en vuestra marioneta?

—Sólo nos será útil si permanece en el juego —dijo Gendler—. No querríamos limitarle el abastecimiento, sino aumentárselo. Convertirnos en amigos con los que

pueda contar.

—Eres un cabrón, Gendler —dijo Wilder.

—Pero un cabrón eficaz.

—Debes de sentirte como en casa aquí —dijo Wilder sacudiendo la cabeza—. Todos son unos bastardos, de un modo u otro. Incluso el poderoso Gaunt tiene al suyo propio.

Gendler se detuvo y su sonrisa desapareció.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó.

• • • • •

La mujer se llamaba Galayda. Era una de un grupo de los llegados de Verghast que Juniper había parado en las salas de la lavandería. Todo el mundo estaba transpirando por el ambiente caluroso y húmedo. Había un fuerte hedor químico a agua ultraprocesada y productos de limpieza.

—¿Ban Daur? —preguntó Galayda. Era de Hass Occidental, de la Colmena Vervun, una muchacha que lo había perdido todo en la guerra y que había acabado uniéndose a un hombre de una compañía de irregulares llamado Herzog, que era sargento en la brigada de la mayor Pasha.

—Era de las FDP —señaló Juniper.

—No conocía a nadie de la fuerzas de defensa de la colmena —dijo Galayda—. Luché durante un tiempo en la compañía de irregulares después de perder a mis padres en el bombardeo. Gak, como todos. Fue entonces cuando conocí a Herzog.

—¿Pero abandonaste las armas tras la guerra de Zoica?

—No soy soldado. Una compañía de irregulares no está formada por soldados, sino por gente desesperada. Ser la mujer de un soldado va más conmigo.

La mujer miró a Juniper. Tenía las mangas arremangadas y los brazos llenos de manchas y marcas de los detergentes químicos.

—Siento no poder ayudar a tu amiga.

—Tranquila —dijo Juniper—. Encontraré a alguien que pueda.

—Puede que Stavik lo sepa —aventuró la mujer que estaba junto a ellas.

—Sí, es posible —corroboró Galayda.

—¿Stavik? —preguntó Juniper.

—Es uno de los líderes de escuadra bajo el mando de la mayor Pasha. —Explicó Galayda—. Creo que estaba en la defensa de la colmena.

—Así es —afirmó la otra mujer—. Estaba en el fuerte de la muralla.

—O podrías preguntarle directamente a Zhukova —dijo Galayda.

—Sí, claro —rio Juniper.

—Sí, hay que tener cuidado con Zhukova —replicó la otra mujer levantando otra

tina de sábanas—. Es una mujer terriblemente bella, pero es una zorra inflexible.

—Kolea —dijo Galayda—. Él pertenece al regimiento, ¿verdad?

—¿El mayor Kolea? —Preguntó Juniper—. Sí, es el oficial superior de los verghastitas.

—El héroe de la compañía de irregulares —apuntó la otra mujer—. Todavía se habla de él en la colmena; tanto como de Gaunt.

—¿Lo conocías? —preguntó Juniper.

—Sólo de oídas —respondió Galayda—. Creo que mi Herzog lo vio unas cuantas veces en los últimos días. Pero sí que conocí a su pobre mujer y a sus hijos. Mis padres vivían en el mismo edificio. Siempre pensé que fue eso lo que le debió de llevar a ser el héroe que fue, perder a su familia. Porque murieron, ¿verdad? Ella y los niños. Murieron unos días antes de que el bombardeo se llevase a mis padres.

—Ella murió —dijo Juniper—. Los niños sobrevivieron.

—¿Ah, sí? —preguntó Galayda. Parecía realmente sorprendida.

—Están en la compañía —explicó Juniper—. La que es ahora capitana Criid los encontró y se hizo cargo de ellos. A todos los efectos, los adoptó. Más tarde descubrimos que eran hijos de Kolea.

Galayda parecía estar a punto de ponerse a llorar.

—Es como una bendición del Emperador —exclamó—. Todo este dolor y tristeza y, en medio de todo, una historia feliz. ¿Sobrevivieron los dos? ¡Es increíble!

—Yo los conozco —sonrió Juniper—. A veces cuido de la pequeña. Ahora el chico es soldado también.

—¿El mayor? —preguntó Galayda.

—El chico —aclaró Juniper—. Dalin.

—Había dos chicos. Dos chicos —dijo Galayda.

—No. Un chico y una chica —aseguró Juniper.

—Juraría que eran dos chicos —insistió Galayda—. Bueno, ¿no os encantan los finales felices?

—Jamás debí haber venido aquí —dijo Emérito Chass.

—Es tu derecho de nacimiento —respondió Maddalena.

Estaban en una pasarela que daba a una bodega reservada a los entrenamientos. Chass estaba observando el desfile de los hombres. Las grandes farolas a su alrededor seguían apagándose y encendiéndose.

—No me interesa nada de eso —dijo—. Es espantoso. Él no me quiere aquí.

—Sólo está sorprendido, Emérito.

—¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, Maddalena? Detesto ese nombre. Es una de esas tradiciones familiares estúpidas. Llámame Felyx, o señor.

La guardaespaldas se encogió de hombros.

—Sólo está sorprendido —dijo—. Tiene un hijo. No lo sabía. Necesita digerirlo.

—¿Y cuánto tiempo va a llevarle? ¿Y si lo digiere y decide que está mejor sin mí?

—Estás deprimido.

—Es difícil no estarlo. ¿Has visto este trasto podrido? Se está cayendo a pedazos. Tendremos suerte si la disformidad no reclama nuestras almas. Y los Tanith, los auténticos Tanith. Sé que ayudaron a defender la colmena, y nuestra Casa está en deuda con ellos, pero son como auxiliares bárbaros.

—Probablemente porque lo son —dijo Maddalena. De repente se puso alerta y se llevó la mano al arma—. Mira —señaló—. Es el soldado Dalin.

Dalin se acercaba a ellos por la pasarela. Parecía nervioso.

—Sabes por qué lo eligió Gaunt, ¿verdad? —susurró Maddalena.

—No.

—Es el hijo de Kolea. El hijo del otro gran héroe de la Colmena Vervun.

—Para esta gente todo es cuestión de imagen y reputación, ¿verdad? —susurró Chass.

—Me ha enviado el comisario Ludd —dijo Dalin. Parecía estar decidiendo si saludar o no. No podía mirar a Chass a la cara—. Los papeles de alistamiento ya están preparados. Después tengo que conseguirte un equipo y un alojamiento. Me parece que lo más lógico es adscribirte conmigo en la Compañía E. Soy el ayudante del capitán.

—Muéstrame el camino —dijo Chass.

Maddalena se dispuso a seguirle.

—Quédate aquí —le dijo Chass—. Sólo por ahora, déjame hacer esto solo.

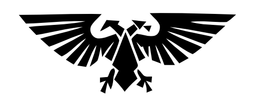
—Tu madre me encargó que no te perdiera de vista.

—Está en una nave en la disformidad —le aclaró Dalin—. ¿Adónde te crees que va a ir?



SIETE

Caras



La cavidad 29617 era una bodega, una cámara larga y ligeramente irregular que estaba al lado y debajo de una de las principales cajas del motor de plasma. Era de baja prioridad, y sólo tenía la iluminación y los procesos atmosféricos básicos. Por la basura y el polvo, era un ático, un sótano o como se llamasen tales cosas en las naves espaciales y no se había utilizado en unos cuantos siglos.

Aquello le venía bien a Merrt.

La cavidad 29617 estaba lejos de todo. No era una de esas grandes bodegas reservadas para la práctica de entrenamientos y trabajo técnico y era mucho más pequeña que las plataformas del hangar utilizadas para las marchas y los ejercicios en grupo. Era estrecha y larga, lo que la convertía en un campo de tiro ideal. La brisa entraba a través de los respiraderos del procesador, lo que proporcionaba una corriente que emulaba las condiciones exteriores. Y nadie iba allí, de modo que nadie vería lo inútil que era.

Desde su lesión en Monthax, los años de práctica no habían dado ningún resultado. Merrt lo había intentado: había mostrado mucha más persistencia y determinación de la que habría mostrado cualquier otro tirador. Se había esforzado por recuperar su habilidad perdida.

De lo único que estaba seguro era de que debería haber dejado de intentarlo hacía mucho tiempo.

Pero Larkin, su viejo amigo y rival, se había vuelto a empeñar en una de sus locuras. Había invertido su psicótica atención en Merrt, y éste no quería decepcionarle. Sabía que lo haría, pero quería demostrarle que hacía el esfuerzo para que no pareciese que había dejado que sucediera sin más. ¿Qué daño iban a hacerle unas cuantas decenas de horas extra de prácticas de tiro? Aquello demostraba que Larkin era su amigo y estaba dispuesto a seguirle la corriente. De ese modo, cuando por fin tuviera que decirle que no era capaz, él sabría que era cierto. Tendría pruebas. Lo había intentado, de modo que el fracaso sería menos duro.

Merrt tenía el rifle de pasador que Larkin utilizaba para entrenarlo y una caja de proyectiles. Larkin todavía tenía que explicarle la importancia de las viejas armas mecánicas desde el punto de vista del carácter de la misión. Un láser de largo alcance era un arma muy superior. Sólo unos pocos de los Primeros de Tanith conocían hacia dónde se dirigían y qué se esperaba que hicieran cuando llegasen allí. Merrt sabía que incluso el propio Larkin sólo tenía parte de esa información. Lo suficiente para entrenar en esa especialidad.

Lo único que sabían todos era que no se dirigían a un lugar feliz. La próxima misión iba a ser muy difícil.

Merrt había alineado algunos cazos, tazas y latas de lubricante viejas como

objetivos y se había preparado en posición sentada, con la espalda contra la pared de la cavidad para que aguantase su peso, y con el rifle encima de un soporte que había improvisado a partir de un viejo banco de metal. Después ajustó el resto utilizando un par de sacos de arena que todos los tiradores llevaban en su bolsa. Tenía una mira óptica simple pero la usaba por separado, alineando un ángulo y después poniendo la mira a un lado para apuntar finalmente siguiendo las miras de hierro del arma.

Permitía el flujo de aire y que la inclinación innata del rifle se hundiese y se levantase con la descarga. El arma tenía una ligera tendencia a disparar a la izquierda, lo cual Larkin había corregido ajustando las miras con un destornillador de relojero. Merrt liberó toda su tensión, expulsó todo el aire de los pulmones con una larga y lenta exhalación para que ni siquiera el movimiento ni el temblor de la respiración contenida afectasen a su puntería. Lo único que no podía reducir era el infinitésimo temblor de sus latidos, de modo que se dispuso a disparar entre palpitaciones. «Palpitación… apuntando… palpitación… comprobando la línea… palpitación… fuego».

El disparo resonó por la cavidad. La bala rozó el borde de una olla de hojalata y la hizo temblar. Había apuntado a una marca en la olla a medio dedo de distancia de donde le había dado en realidad.

Un desastre. Un desastre de feth.

Incluso para optar a un cordón tendría que ser capaz de darle aunque fuera a un extremo de la marca del objetivo.

—Qué tiro tan malo.

Merrt saltó. No por el hecho de que alguien lo hubiese sorprendido, sino por el hecho de que alguien tan grande hubiese aparecido como de la nada ante su línea de visión.

Se puso de pie y tiró el soporte.

—¡Gn! ¡Gn! ¡Gn!

La sorpresa dio paso al terror.

El cicatriz blanca observó con los ojos entrecerrados el campo de tiro y después volvió a mirar al humano con el rifle.

—Muy malo —dijo Sar Af—. Patético. ¿Por qué te molestas?

—Gn… gn… gn…

—Habla. ¿Eres retrasado?

—Estoy p… p… practicando.

Sar Af frunció el ceño. Tosió y después se frotó la punta de la nariz con unos dedos acorazados capaces de aplastar huesos.

—Vas a estar aquí mucho tiempo —dijo.

—Ya llevo aquí mu… mu… mu… mucho tiempo —respondió Merrt. Sar Af asintió y estiró la mano.

—Dámelo.

Su voz le recordaba a Jago. Vientos secos soplando tristemente a través de los

valles polvorientos. La arenisca erosionada por el aire. Merrt le pasó el rifle.

Sar Af lo cogió; entre sus manos parecía un palito, un juguete. Observó el cañón mientras lo sujetaba con una sola mano, como para comprobar que estuviera recto. El guardamonte era demasiado pequeño para sus dedos.

Después se la devolvió.

—Yo no puedo usarlo. Dispara de nuevo.

—Señor…

—Hazlo.

Merrt se estiró para volver a colocar el soporte y recoger los sacos de arena.

—Deja eso. Limítate a disparar desde donde estás. Apunta y dispara.

Merrt le dio al cerrojo, expulsó el casquillo, cogió otro proyectil de la caja que tenía a sus pies y lo insertó. Después miró al marine espacial. El gigante lo observaba sin más, imperturbable.

Merrt se llevó el arma a la mejilla, seleccionó una taza de hojalata, suspiró, exhaló y disparó. El tiro golpeó la taza con tanta fuerza que la lanzó por los aires, lo que provocó varios sonidos sordos y huecos mientras rebotaba por el suelo.

—Sigue siendo patético —dijo Sar Af. Después miró a Merrt—. Es suficiente para un miembro de la Guardia en el campo de batalla, pero no lo bastante preciso para nada más.

Merrt no sabía qué decir.

El cicatriz blanca seguía mirándole, pero su mente estaba en otra parte. Merrt tenía la sensación de que el marine espacial estaba reproduciendo en su cabeza a una velocidad terriblemente lenta el recuerdo de Merrt disparando para poder analizarlo.

El guerrero se detuvo y miró a Merrt. De repente estiró la mano y agarró al hombre de la mandíbula y la garganta. La mano giró la cabeza de Merrt hacia un lado. Merrt forcejeaba y se asfixiaba.

—Esta mandíbula. Esta reparación augmética es tu problema —dijo Sar Af—. Te está venciendo tu propia concentración. Te concentras de una manera tan intensa que cuando disparas estimula los neunodos de tu mandíbula y te dan tics.

—¿Ti… ti… tics?

—Sólo cuando disparas. Tu mandíbula se aprieta.

Sar Af lo soltó.

—Es físicamente imposible que dispares bien.

Merrt tragó saliva.

—Vuelve mañana —dijo Sar Af.

• • • • •

El refectorio principal estaba en las cubiertas medias. Las paredes y el suelo estaban

recubiertos de acero mate galvanizado, y las mesas y los bancos de metal estaban atornillados al suelo. Se escuchaba el constante ruido de los utensilios y de los platos contra las superficies de metal, y el aire se veía inundado con frecuencia por el vapor de la cocina.

Wilder jugueteaba con el slab que había en el plato que tenía delante.

Meryn estaba sentado enfrente. Tenía un plato cubierto de comida y un vaso de hojalata. Se bebió el contenido del vaso de un solo trago y, una vez vacío, lo deslizó por la mesa hasta que llegó hasta Wilder.

Wilder lo cogió. Meryn se sacó un tenedor del bolsillo de la camisa y empezó a comer.

—¿Cómo va, Jakub? —preguntó con tono agradable.

Wilder no respondió. Cogió el vaso vacío y miró dentro. Había un pequeño envoltorio marrón en el fondo del vaso.

—¿Qué es eso?

—Felicidad —respondió Meryn mientras seguía comiendo.

—¿Son para mí?

Meryn masticó para vaciarse la boca antes de contestar.

—Harán feliz a nuestro amigo en común, Blenner, lo cual es lo mismo.

Wilder dejó el vaso de nuevo, como si no tuviera intención de tocar la bolsita de narcóticos.

—¿De dónde han salido?

—De Costin —respondió Meryn.

—Y él hace que crezcan de un árbol especial, ¿no?

—¿Las quieres o no?

Meryn apoyó el codo en la mesa y balanceó el tenedor que tenía en la mano. Después miró a Wilder, que estaba masticando otro bocado.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó.

—No —respondió.

Meryn suspiró.

—Sí, supongo que si a mí no me lo dicen a ti mucho menos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que algunas personas se llevan bien y otras no, Jakub. Algunas personas tienen privilegios. Tenías razón sobre lo que le dijiste a Gendler acerca del hijo de Gaunt.

—¿Por qué iba a mentir? —preguntó Wilder.

—Por ningún motivo. Gaunt tiene a mi ayudante corriendo de un lado a otro cuidando de ese niñito malcriado. El chico no es un soldado. No es lo bastante mayor. No parece que haya disparado un rifle en su vida. No me cabe duda de que nunca ha luchado. El Archienemigo lo haría estallar de miedo sólo con tirarse un pedo. Pero tiene camarote propio.

—Camarote propio…

Meryn sonrió.

—¿Te lo puedes creer? Gaunt finge que quiere que se le trate como a todos los demás, como a cualquier otro soldado, pero luego, esa psicozorra guardaespaldas… porque todos los soldados tenemos una, ¿verdad? Esa guardaespaldas dice que no puede compartir una habitación común con los demás hombres. No, no. Insiste. Necesita tenerlo tras una puerta que pueda defender.

—¿Ella le dijo eso a Gaunt?

—Por supuesto que no —respondió Meryn—. Me lo dijo a mí. Pero ¿será hipócrita? Primero dice que vamos a tratar al chico como si fuera uno más, y después lo convierte en mi problema para que el tufo a favoritismo no le afecte a él.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Wilder.

—Le di el camerino pequeño en las dependencias de los oficiales, cerca de la mía.

Wilder se sentó derecho y sorbió de su vaso.

—¿Socava eso los deseos de Gaunt? —preguntó.

—Gaunt es pasivo agresivo. Dice una cosa pero quiere decir otra. Venga, Wilder, ya sabes cómo funciona esto. Si me hubiera empeñado en que el chico durmiera en el barracón general, de repente me vería recibiendo encargos de mierda. De repente sería responsabilidad de la Compañía E limpiar las letrinas o encabezar el siguiente ataque.

—De modo que Gaunt se sale con la suya haciendo que parezca idea de otra persona —dijo Wilder.

—Estás empezando a ver la realidad imperial —sonrió Meryn.

—¿Por qué le odias tanto?

Meryn se encogió de hombros.

—Acabó con mi mundo. Con mi vida. Tengo que devolvérsela antes o después. Pero no es tanto por eso. Todo lo que tengo, todo lo que he construido, lo he hecho por mí mismo. El mando de la Compañía. El rango. Los privilegios. La influencia. Todo lo logré yo. Pero no se me hace partícipe de las cosas. No formo parte de su círculo interno.

—¿Quiénes son?

—Kolea. Baskevyl, Mkoll. Incluso Rawne hoy en día, porque por lo visto Rawne se olvidó las pelotas en Gereon. No le debo nada a Gaunt. Él me lo debe todo. Y nunca me lo va a pagar voluntariamente, de modo que pienso coger yo todo lo que pueda.

—¿Y qué hay de Gendler?

—Gendler está en las mismas —respondió Meryn mientras cortaba otro bocado con el lateral del tenedor—. Gaunt le arrebató la vida. Tienes que entenderlo. Didi era un hombre rico en Verghast. De clase alta, de sangre noble. Y lo perdió todo en la Guerra de Zoica; a su familia, sus propiedades. ¿Y qué elección tenía? ¿Vivir en la pobreza en la Colmena Vervun durante los largos años de la reconstrucción y precariedad de la posguerra, esperando que algún día los tribunales superiores escucharan sus peticiones de compensación, o aceptar el Acto de Consuelo, con el

cual los desposeídos podían unirse a la Guardia y comenzar una nueva vida?

—Gendler tomó su propia decisión —dijo Wilder.

—Sí, lo hizo. Se despidió de su antigua vida, de la poca familia que le quedaba y vino a servir a Gaunt. ¿Y se lo ha reconocido Gaunt alguna vez? ¿Lo ha visto digno de ser algo más que un sargento? Didi rompió sus lazos con su familia para siempre, ¿pero Gaunt? Traen a su hijo de feth a través de la disformidad para que esté con él. Él tiene derecho a traer su pasado consigo. Él sí tiene derecho a tener vida. Él sí tiene derecho a tener familia. La Guardia Imperial del Emperador se asegura de ello. Nosotros nos sacrificamos para que él esté donde está. Siempre es cuestión de favores, Jakub, como ya te dije. Siempre es una de favores y contactos.

Wilder lo meditó. Meryn observaba su rostro.

—Sé que tú también lo sientes, Jakub —puntualizó Meryn—. Igual que nosotros. Tu hermano. Su mando. Su regimiento. Y mira cómo te tratan. Como si fueras el hazmerreír.

Wilder dejó su tenedor.

—La vida es injusta —afirmó—. Nada más.

—Vale. Pues haz que sea más justa —dijo Meryn.

—¿Cómo?

—Didi dice que deberíamos asesinar al hijo de Gaunt —explicó Meryn, y sonrió ante la expresión de horror que reflejaba el rostro de Wilder.

»Tranquilo. Didi sólo está un poco enfadado. Es la conexión con la Colmena Vervun. Gaunt ni siquiera tiene sangre noble, pero obtiene los favores de un noble. En serio, es una broma. No vamos a matar a nadie. Didi había bebido un poco. Eran bravatas de borracho. Hay cosas menos drásticas que podemos hacer y que serán igual de satisfactorias.

—¿Como qué? —preguntó Wilder.

Meryn hizo un gesto hacia el vaso.

—Cógelas —dijo— y haz que cumplan su función. Es un comienzo.

Meryn se levantó, salió del banco y cogió su plato.

—De donde yo provengo —dijo—, los hombres eran criados como cazadores. Los cazadores planean. Acechan. Se toman su tiempo. ¿Sabes cuál es la mejor arma de un cazador, Jakub?

—No.

—La paciencia —respondió Meryn.

• • • • •

Unos ojos idénticos a los del soldado Pol Cohran observaban el cambio de turno de la bodega inferior de carga.

Le había llevado unas cuantas horas descubrir dónde estaba escondido el prisionero. El pozo blindado de una vieja cámara de baterías se había transformado en una celda. Era una idea inteligente. Las cámaras de baterías tenían paredes más gruesas que las prisiones disciplinarias.

El enemigo había dejado las medidas de seguridad en manos de una escuadra dedicada. La escuadra, la primera sección de la Compañía E, había recibido la categoría de Comisariado S. También eran veteranos del regimiento, Fantasmas duros, de modo que había pocas probabilidades de optar a convenirse en uno de ellos.

Cohran observaba desde las sombras. Comprobaba los puntos de acceso, las maneras de entrar y salir de la celda, las rutinas. ¿De dónde venía la comida? ¿Cómo la traían? ¿Cuántas veces? ¿Qué posibilidades había de interceptarla y de manipularla? En todo momento había cuatro guardias de la Compañía S presentes: dos fuera de la puerta y otros dos en el tanque.

Cohran, o al menos la cosa que hacía el papel de Pol Cohran, era paciente. Los períodos de observación eran limitados, porque la ausencia de Cohran en la cubierta de las habitaciones llamaría la atención en ciertos momentos. No quería revelar su identidad. Y, en particular, no quería levantar el estado de alerta porque un soldado hubiera desaparecido.

Pero también era muy consciente de que su oportunidad, que tendría que escoger de entre las posibles muy pronto, tenía una fecha de caducidad que estaba cada vez más próxima.

• • • • •

Blenner se sirvió una segunda taza de cafeína y fantaseó sobre verter un chorrito de amasec en ella. Nunca se había sentido cómodo durante las guardias. Las noches sin día y los días sin noche, los sueños, la desorientación. No había estado durmiendo bien. La idea de que aún hubiese días o incluso semanas por delante no lo entusiasmaba. Prefería un mundo agradable o una buena pelea. En realidad, la lucha podía quedársela otro. Con un mundo agradable le bastaba.

Miró de nuevo con desdén la placa de datos que había estado leyendo. Extractos del historial de servicio de Novobazky, sacados del archivo del regimiento. Wilder tenía razón. Novobazky sabía hablar. Y lo hacía durante horas seguidas. Al comisario le estaba dando jaqueca.

Se tragó una pastilla. Sólo le quedaban unas cuantas en el frasco. No le gustaba pensar que dependía de ellas, pero no le atraía la idea de enfrentarse a la vida sin tomarlas.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Fazekiel sentándose a su mesa en la sección de los superiores del refectorio.

—¿Es que nunca sacas tu encanto a pasear? —preguntó Blenner.

Ella sonrió y empezó a organizarse la comida en su bandeja. Había exigido que le sirvieran alimentos como slab y la pasta vegetal en platos separados. Había mucha fibra y una lata grande de una bebida nutritiva gris y espesa en lugar de cafeína.

Vio que Blenner lo observaba.

—Una mente sana en un cuerpo sano —dijo.

—En un cuerpo totalmente deprimido y necesitado, en todo caso —respondió. Miró su bebida—. ¿Qué tiene de malo la cafeína? Eso de ahí te acabará matando. ¿Y a qué viene lo de los platos separados?

—No me gusta que las cosas se mezclen —respondió Fazekiel—. Es sucio e indisciplinado.

—¿En serio?

A pesar de la hora que era y de su dolor de cabeza, Blenner sonrió. Luna Fazekiel iba siempre inmaculada. Nunca había conocido a nadie que se ciñese tanto a las normas de etiqueta, incluso siguiendo las exigencias del Comisariado. Era siempre limpia y puntual hasta la obsesión. Reglamentada y organizada hasta el punto de la obsesión.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó. Era una mujer atractiva, y una comisaria enormemente efectiva, pero una aura de control total rezumaba de ella como la neblina de sangre de una espada de energía. No había en ella el más mínimo margen de error ni de flexibilidad. Los soldados lo veían y la respetaban por ello.

—No, no —respondió.

—Pensaba que estarías haciendo la inspección —dijo.

Blenner alzó la vista.

—¿No fuiste tú el que la pospuso? —preguntó ella.

—Ah —dijo el comisario.

• • • • •

—¿Dónde está este soldado? —inquirió Edur.

—Señor, no lo sé, señor —respondió Yerolemew en posición de firmes. Edur miró a Wilder.

—¿Comentarios, capitán? —preguntó.

—La ausencia del soldado no está autorizada —dijo Wilder mirando a la cama vacía. En el espacio a su alrededor, los músicos de su mando estaban junto a sus camas hechas y formaban filas perfectas. Sabía que todos le habrían estado mirando a él de no tener la vista al frente.

—Está por un lado su ausencia —dijo Edur—, y por otro la falta de conocimiento de su sargento mayor.

—Creo que están conectadas —señaló Wilder—. Si el sargento mayor Yerolemew supiera dónde está el soldado, no sería una ausencia no autorizada.

—No se haga el listo, capitán —dijo Baskevyl.

Wilder notaba que el mayor Baskevyl se sentía incómodo. Por lo que tenía entendido, el mayor era un hombre justo a quien probablemente no le gustaba ver el buen nombre de Belladon comprometido.

—¿Cuál es el nombre del soldado? —preguntó Edur.

—Cohran, señor —contestó Yerolemew.

—Emitiré una citación —dijo Edur—. Y será tanto para el soldado como…

—Cohran sufre mareos por el viaje —dijo Blenner, que acababa de entrar en la habitación tras el grupo de inspección.

—Es un caso grave —añadió—. Ha afectado a gran parte del personal esta vez. Incluso usted la sufrió, ¿verdad; capitán?

—Sí —respondió Wilder.

—He firmado un permiso y he enviado a Cohran a la enfermería —dijo Blenner.

—El sargento mayor no estaba al tanto —repuso Edur.

—Porque acabo de hacerlo, y venía a informar al sargento mayor —explicó Blenner.

Edur le observó durante un momento.

—Es lo que tienen las inspecciones sorpresa —dijo Blenner en tono agradable—. No suceden en el mejor momento.

—Muy bien —dijo Edur—. Prosigamos.

La inspección continuó durante otros cuarenta minutos más. Cuando Edur y Baskevyl se marcharon, Blenner se llevó a Wilder a un lado.

—Elige a dos o tres soldados en quienes confíes. Esa chica, por ejemplo. Y haz que encuentren a Cohran.

Wilder asintió.

—No lo has enviado con los médicos, ¿verdad?

—No —dijo Blenner. Después escribió un permiso, lo arrancó de su cuaderno y lo dobló—. Entrégaselo y dile dónde se supone que estaba. Rápido. Dile que venga a hablar conmigo y nos aseguraremos de que esto no vuelva a suceder.

—Gracias —dijo Wilder.

—No me las des. Yo también me juego el cuello.

Wilder caviló por un momento y después se sacó algo del bolsillo.

—Me preguntaba si podrías hacer algo con esto —dijo.

Blenner cogió la bolsita de pastillas.

—¿Qué es? —preguntó.

—Me las he encontrado —respondió Wilder.

—¿Dónde?

Wilder se encogió de hombros.

—¿Había más? —preguntó el comisario.

—Probablemente —dijo Wilder—. Lo soldados siempre encuentran el modo de conseguir cosas. Estoy seguro de que aparecerán más.

—Entiendo —dijo Blenner. Miró la bolsita de pastillas y se la guardó en el bolsillo del abrigo—. Yo me encargaré, capitán.

—Bien —dijo Wilder—. Imaginaba que sería lo mejor. Aunque creo que deberíamos mantenerlo en secreto.

Los hombres se giraron al ver que el sargento mayor Yerolemew se acercaba.

—Disculpen, señores —dijo—. Acabo de recibir un mensaje. «Todo el regimiento debe reunirse en la plataforma principal de salida en una hora. El comandante va a dirigirse a nosotros».

—Supongo que, ahora que estamos a mitad de camino —dijo Wilder—, por fin podemos saber adónde vamos.

—Imagino que sí —dijo Blenner.

• • • • •

Había mucha actividad en las cubiertas medias de la nave mientras el regimiento se reunía para el discurso. Desde su puesto en el puente de mando, el capitán Spika observaba cómo sus pasajeros corrían por los túneles grasientos y las escaleras frías y húmedas como insectos en un hormiguero. Ajustó la configuración y cambió la imagen a varias pantallas.

La gente le resultaba curiosa. La gente que no vivía en el vacío, como él, parecía tan contenida en la estructura de la nave, tan encerrada… Eran como el ganado que se transporta al mercado. No habitaban la nave del mismo modo en que lo hacían él y su tripulación.

Su asiento era un trono de cuero montado en una estructura dorada. Había dos grandes grupos de palancas de control a cada extremo de los reposabrazos. Los mecanismos eran tan antiguos que muchas de las palancas habían sido sustituidas: las marras nuevas de metal y los mangos estaban soldados a las partes rotas o desgastadas de las originales. Incluso algunos de los repuestos habían empezado a desgastarse. Spika ajustó las palancas y su asiento, instalado sobre un largo elevador articulado, se elevó de la plataforma superior y se extendió por el inmenso puente de mando. Desde allí podía mirar hacia abajo y observar las principales funciones por encima de los oficiales, o elevarse hacia el techo abovedado para estudiar la proyección del mapa estelar hololítico o conversar con el navegante, que estaba abrochado y daba sacudidas.

Le habían invitado a asistir al discurso. Había recibido una nota de manos del compañero del Coronel-comisario. No iba a ir. Ya sabía adónde se dirigían.

Además, la disformidad estaba revuelta y agitada. Había mucha marea y niveles

inusuales de dispersión y turbulencias.

Debía estar en el puente de mando, en su puesto, por si las cosas se ponían feas.

—¿Qué sucede? —preguntó Elodie a Daur al pasar junto a él en el bullicioso pasillo central.

—Pasan revista —respondió—. Para un comunicado. Van a decirnos nuestro destino.

—¿De verdad? —preguntó Elodie.

—Este es el momento clave —dijo Daur—. El momento en el que nos comprometemos. El auténtico comienzo de la misión. Oye, tengo que irme para organizar a la Compañía G. Volveré y te lo contaré todo después.

—¿Todo? —preguntó ella.

—Te lo prometo.

• • • • •

Avanzaron en direcciones opuestas. Pol Cohran salió de las sombras de un arco con columnas y se fundió con la corriente de figuras apresuradas como cualquier otro soldado.

Había oído lo que había dicho el capitán.

«Van a decirnos nuestro destino».

Las prioridades habían cambiado de nuevo.

—¡Eh! ¡Tú!

Cohran se detuvo y se volvió lentamente. Algunos de los hombres que pasaban chocaron contra él. A veinte pasos por detrás, el comisario Edur le estaba mirando.

—¿Cohran? ¿Eres el soldado Cohran?

—Sí, señor.

—¡Ven aquí, maldita sea! —exclamó Edur señalando un punto en el suelo directamente delante de él. El río de gente a su alrededor se dividía y buscaba otras rutas que tomar. Nadie quería interponerse en el camino de un comisario imperial, y especialmente no delante de uno que estaba claramente enojado. Además, nadie había visto alzar la voz todavía al recién llegado Edur.

—¡Aquí, soldado! —ordenó Edur.

Cohran vaciló un momento más. Barajó sus opciones y se dio cuenta de que todo dependía de que él mantuviese el engaño. A plena vista, delante de decenas de personal del regimiento, sus opciones se veían drásticamente limitadas.

Retrocedió hasta Edur y se detuvo delante de él con las manos en la espalda.

Edur arrugó un labio.

—Bajo las circunstancias —dijo Edur tranquilamente—. Creo que una postura de firmes muestra más respeto.

Cohran se puso firme.

—Esto no es la enfermería —dijo el comisario.

—¿Señor?

—He dicho que esto no es la enfermería, soldado.

—Sí, señor.

—Veo que te has recuperado de tu ataque de mareo de aceleración —dijo Edur—. A mí no me pareces muy enfermo. ¿O es que la gracia de la Beata y del Dios Emperador ha caído sobre ti y te ha curado?

—Que vivan eternamente en nuestros corazones y nuestras mentes, señor —dijo Cohran.

—Vigila tu tono.

—Sí, señor.

—A ver ese permiso, soldado —dijo Edur.

—¿Qué permiso, señor?

—El justificante, soldado. El permiso que te entregó el comisario Blenner.

—Me… —empezó Cohran. Después hizo una pausa—. Me temo que lo he perdido, señor.

—Vamos, soldado —dijo el comisario—. Por aquí.

—Tengo que asistir a la revista y a la reunión, señor —replicó Cohran.

—Muévete —respondió Edur.

El comisario señaló y dirigió a Cohran por el pasillo central hacia uno de los accesos transversales. Edur siguió al soldado de cerca como un amenazador escolta. Dos hombres pasaron corriendo en dirección contraria llevando una caja de carga entre ambos.

—Debería presentarme, señor —dijo Cohran.

—Ya basta, soldado —le reprendió Edur.

—Es obligatorio. Si no asisto, el capitán…

—He dicho que ya basta. Ya estás en un lío por no estar donde se supone que tenías que estar.

—Pero yo…

—En serio, ¿hasta dónde piensa cavar su fosa, Cohran? ¿Quiere un pelotón de castigo? ¿Unos azotes?

Otros hombres pasaron en la dirección opuesta, apresurándose mientras se abrochaban las chaquetas.

—Sólo he ido a la enfermería, señor —dijo Cohran—. No puedo faltar a la revista.

—Estoy a punto de perder la paciencia contigo, Cohran —dijo Edur—. Creo que vas a estar mirando las paredes del calabozo durante una buena temporada mientras averiguo por qué el comisario Blenner ha intentado protegerte. La gente como tú me frustra, Cohran. Si hubieras hablado cuando te he pedido explicaciones, te habrías librado con sólo una citación. Pero todo este parloteo, todo este esfuerzo para librarte… Eso es lo que debilita a la Guardia, ¿me entiendes? Es la clase mentalidad

podrida que devora el corazón de un buen regimiento. Eres un hombre débil, Cohran, y no tienes excusa.

—Estoy enfermo, señor —dijo Cohran. El soldado dejó de caminar.

—No estás enfermo. Continúa.

Cohran temblaba y gruñía como si algo desagradable le estuviese sucediendo a nivel gástrico.

—¿Cohran?

—¡Voy a vomitar! —exclamó Cohran.

El soldado se volvió y se fue dando tumbos por el pasillo transversal hacia el estrecho túnel de acceso de una plataforma de inspección de ingeniería agarrándose a la pared y dando arcadas.

—¡Cohran! —Edur fue tras él con la mano en la pistolera.

Cohran se había adentrado un poco en el frío y húmedo túnel de metal. El sonido de la maquinaria pesada procedía de la plataforma superior. Los niveles de iluminación eran mucho más bajos que en el pasillo por el cual la gente seguía apresurándose. Cohran apoyó el antebrazo y la cabeza en la placa de metal de la pared, jadeando.

Edur sacó su pistola y le apuntó a un lado de la cabeza.

—Debes pensar que soy un auténtico idiota si crees que voy a tragarme este teatro —dijo—. Acabas de ganarte cargos graves, pedazo de…

Cohran se volvió de repente. Con una velocidad que Edur no podía explicar ni prever, la mano levantada de Cohran lo agarró por la muñeca, apartó el arma de su cabeza y lanzó a Edur hacia atrás contra la pared de enfrente del túnel. Cayó con fuerza, golpeándose la nuca y quedándose sin aire.

Cohran se giró del todo, agarró el brazo armado de Edur, lo estiró y le rompió la muñeca.

El comisario aulló de dolor. El falso soldado cogió la pistola de la mano que colgaba y la lanzó hacia la plataforma de ingeniería que tenía detrás.

Ya estaba hecho. El propio dolor haría que el comisario cayese al suelo y…

Usain Edur era un hombre fuerte. Un profundo sentido de recta indignación atravesó su ola de dolor y sorpresa. Aquella había sido una reacción que lo había mantenido con vida en varios campos de batalla, una fuerza que le había permitido avanzar a través de la socavante niebla del sufrimiento o la confusión.

Se abalanzó contra Cohran con un golpe de su hombro izquierdo. Chocaron y Edur lo arrastró por una sección de metal que recubría la pared. Al soldado se le partió el labio y se hizo un rasguño en la mejilla. Cohran lanzó un rugido y le clavó el codo a Edur en la clavícula. El comisario volvió a golpearse contra la pared opuesta del túnel.

Volvió a cargar contra Cohran, esta vez con la mano buena. Cohran se había girado para esperarle y tenía la cabeza agachada y los puños levantados. Conforme Edur corría hacia adelante, Cohran le propinó un puñetazo en la oreja que lo lanzó a

un lado. Tropezó contra el extremo del muro del túnel y se fue tambaleando hacia la plataforma de ingeniería.

Cohran fue tras él. Necesitaba tener las cosas bajo control de nuevo, rápido, antes de que alguien que pasara por el pasillo oyese o viese lo que estaba sucediendo. La plataforma estaba más alejada que el túnel. El sonido de la maquinaria enmascararía sus ruidos. Un único servidor de baja categoría apartó la vista de un panel de inspección y vio a los visitantes de su espacio de trabajo con expresión de no comprender. Sus dedos calibradores se cerraron mientras intentaba procesar la interrupción de sus funciones básicas.

El centro del área de la plataforma era un cilindro que atravesaba la cubierta y contenía la elevada aguja de la chimenea de un acumulador. Los antiguos anillos de metal y las barras cubiertas de acero del condensador chirriaban y rotaban. Las descargas de energía crepitaban en la base del cilindro, por debajo de la baranda de hierro.

Cohran empujó a Edur por la plataforma y contra la barandilla torciéndole la espalda y dañándole la región lumbar. Edur gritó de dolor, se soltó y le golpeó con la mano rota. El impacto, en la frente, fue suficiente para hacer que Cohran retrocediese, pero el dolor de los huesos al rechinar hizo que el comisario sintiese náuseas y se inclinase, con los ojos y la boca abiertos de par en par, jadeando como un pez fuera del agua.

Cohran le dio una patada en el pecho y después en la cara, haciendo que su cabeza rebotase contra la barandilla. Edur cayó al suelo formando una masa sin forma contra la barandilla, con las piernas dobladas por debajo.

El falso soldado avanzó para partirle el cuello y terminar el juego.

De pronto se detuvo, mirando la boca de la pistola de Edur. En algún momento durante la pelea el comisario había conseguido hacerse con ella. Le estaba apuntando con la mano buena, y tenía la mano rota enroscada contra su pecho. Su cabeza se mecía y la sangre le brotaba de la boca. Había perdido algunos dientes, y uno de sus ojos empezaba a cerrársele por el edema.

—Cabronazo —dijo Edur arrastrando las sílabas.

El cambio de tornas por sorpresa hizo que Cohran perdiese el control de su rostro por un momento. Sus rasgos se tensaron.

—¿Qué demonios eres? —preguntó Edur.

Aquella distracción fue suficiente. Cohran atacó. Sus dedos adoptaron la forma de un pico. La fuerza inhumana del golpe destrozó el rostro de Edur, le reventó los huesos de la nariz y de la frente y se los incrustó en el cerebro. La mano que sostenía la pistola cayó pesadamente. La cara pulverizada de Edur se inclinó hacia atrás como si estuviera rezando. La sangre brotaba formando tres o cuatro chorros.

Cohran se puso derecho. Sentía cómo la sangre brotaba de su propia mejilla y el labio. Se dio la vuelta. El servidor se había puesto de pie, agitado. Cohran fue hacia él, lo agarró de la mandíbula y el cráneo de ceramita y le partió el cuello. Después

arrancó uno de los dígitos del servidor y lo utilizó para extraer los sistemas ópticos de la unidad y quemar su centro de memoria visual.

El falso soldado miró a su alrededor. Se asomó por la barandilla y vio la larga caída hacia la oscuridad del pozo de gases de combustión que había a los pies de la chimenea. Sin pensárselo dos veces, lanzó el cuerpo de Edur al vacío y vio cómo golpeaba y rebotaba contra las barandillas de los niveles inferiores hasta desaparecer. Después lanzó al servidor.

Necesitaba lavarse. Tenía que llegar a la plataforma de salida.

• • • • •

—Todos presentes y correctos —dijo Beltayn.

Gaunt asintió. Se puso la gorra con el pico por delante, se la ajustó e inspiró para relajarse. Después salió por la inmensa escotilla de entrada. Beltayn le siguió, junto con una escolta de la Compañía A dirigida por Criid y Mkoll.

La plataforma de salida principal de la *Armaduke* era un extenso hangar cuyo plano de planta era equivalente al de varias plazas de armas puestas en hilera. La luz caía desde los sistemas de iluminación incrustados entre las vigas del techo. Naves grandes, entre ellas los transportes de tropas y los vehículos de carga, habían sido remolcadas hasta el extremo opuesto a las puertas de entrada. Algunas estaban enmarcadas en cajas de andamios para que los servidores y los equipos del Mechanicus pudieran trabajar en su mantenimiento. Las naves pequeñas, como los cazas y las lanzaderas, se habían elevado hasta las vigas del techo sujetas con abrazaderas magnéticas y pendían en lo alto como trofeos de caza. Sobre el fuselaje del ala de babor de una de las Arvus suspendidas había un águila bicéfala que observaba con mirada torva a Gaunt mientras éste avanzaba hacia el espacio abierto de la cubierta.

Todo el regimiento se había reunido en la plataforma de aterrizaje principal. Los soldados vestían su uniforme de operaciones en lugar del de gala, pero las ropas y los equipos se habían lavado y preparado para que estuvieran impolutos. Estaban dispuestos por bloques de compañías, con sus oficiales al frente de cada sección. Se había elevado un ascensor voladizo para formar un podio ante ellos. Cada compañía lucía sus colores: los Tanith, los verghastitas y los belladonitas.

Al séquito se le había permitido asistir. Estaban reunidos alrededor de la puerta o llenaban las segundas y terceras filas de los niveles superiores. Mientras caminaba entre ellos, Gaunt vio dos rostros que reconocía: el de la chica de Daur, Elodie, distante y vigilante, y el de Maddalena Darebeloved.

—¿No hay representación del Adeptus Astartes? —preguntó Gaunt a Beltayn en voz baja mientras caminaban.

—Parecen estar constantemente ocupados, señor —susurró Beltayn en respuesta —. Según tengo entendido, el serpiente de hierro se pasa todo el tiempo realizando prácticas de combate sin descanso, y el guardia de plata no hace nada más que estudiar simulaciones esquemáticas.

—¿Y qué hay del cicatriz blanca?

—Nadie lo sabe, señor. Parece que vaga por la nave.

—¿Y tampoco hay representación de la tripulación de Spika? —Creo que están ocupados con cosas de la nave, señor.

Cuando salieron a la plataforma principal delante de la revisión, Rawne, con los ojos al frente, lanzó una orden severa. El regimiento al completo se puso firmes con un sonido atronador. Al recibir la señal, el sargento mayor Yerolemew levantó su batuta dorada y la soldado Perday inclinó la cabeza hacia atrás, levantó su helicón y lanzó una limpia y pura fanfarria.

Gaunt hizo una ligera mueca. La había tocado bien. De hecho, era perfecto, y el sonido sorprendentemente edificante. Sólo se preguntaba en qué momento se habían convertido los Primeros de Tanith en ese tipo de regimiento y cuándo se había convertido él en esa clase de comandante. Nunca habían sido tan ceremoniales.

Se subió a la plataforma elevada, hizo la señal del águila y ordenó al regimiento que descansara.

—Con esta nueva fuerza —dijo con una voz acostumbrada a proyectarse sin esfuerzo—, a la que ya hemos dado la bienvenida, nos reunimos todos por primera vez.

Sus ojos se pasearon por el mar de rostros. Todos estaban atentos y quietos, pero sólo unos pocos delataban alguna emoción. Ban Daur no podía ocultar ese sincero aire de determinación. La mayor Zhukova, un rostro nuevo para Gaunt, brillaba de manera positiva con orgullo. Había algo irónico y malicioso en los ojos de Hlaine Larkin y era tan distintivo y familiar como el constante aire de insatisfacción de Viktor Hark.

Después estaba Emérito Felyx Chass. Se encontraba en la primera fila de la Compañía E, detrás de Meryn, junto a Dalin Criid. Dalin o Ludd le habían proporcionado un conjunto de prendas negras Tanith y una capa de camuflaje. Parecía débil y frágil, como un niño disfrazado de soldado. Era casi como sí Dalin hubiese traído a su hermanita a la plaza de armas. Chass aparentaba tener diez años menos que los miembros más jóvenes de la compañía.

Con una punzada en el estómago y una curiosa sensación de sorpresa, Gaunt se dio cuenta de a quién le recordaba Chass. Con esa expresión de determinación, de no fallarle o de no decepcionar a nadie, Chass se parecía a un chico, al Chico de Hyrkan, el cadete de la esquina de las imágenes del octavo regimiento de Hyrkan, de pie entre el sargento Tanhause y el comisario Oktar.

—Hemos embarcado y estamos en camino —dijo Gaunt—. Y, aislados en la nave, ya no corremos los riesgos de las charlas distendidas en el puerto. Ahora puedo

hablaros un poco de la misión que vamos a realizar.

Nadie se movió, pero el coronel percibía su expectación.

—Por los contratos de acompañamiento sabéis que esta campaña será directa y arriesgada. Atacaremos desde a bordo a una instalación enemiga. La instalación está situada en los Márgenes de los Mundos Exteriores, en un lugar llamado Salvation's Reach. Las sesiones de especialización comenzarán inmediatamente después de este discurso, y a los líderes de sección se les informará de los requisitos específicos de la misión. Tenemos, según los cálculos actualizados, una semana de tiempo por delante antes de llegar y comenzar la aproximación decelerada del área que debemos atacar. Sin embargo, dentro de unas veintitrés horas, nos detendremos para realizar una conjunción con otros elementos de la flota de combate en el sol de Tavis. A menos que se altere o se aborte esta misión, no volveremos a pisar un puerto amistoso hasta que hayamos cumplido nuestra tarea.

El Coronel-comisario levantó la cabeza ligeramente para mirarlos a todos.

—Sólo espero lo mejor de cada uno de vosotros. No voy a fingir que puedo garantizar que todos vais a regresar. Pero voy a haceros la misma pregunta que siempre os hago. ¿Queréis vivir para siempre?

Hubo una repentina y creciente ovación de aprobación por parte de las filas, como un disparo que hizo que el águila de dos cabezas batiese las alas.

—Ahora id a vuestros puestos y comenzad la preparación —dijo Gaunt—. Podéis marcharos.

• • • • •

Mientras la congregación empezaba a disolverse, Pol Cohran salió de la última fila de la sección de la banda y se dirigió a la salida más cercana. Una pulverización de piel sintética había sellado sus cortes y había ocultado las manchas, pero no deseaba estar en compañía de otros más tiempo del necesario.

Ahora que tenía la información, era fundamental que la utilizase. Junto a la plataforma elevada, Gaunt se volvió hacia Hark y Fazekiel.

—Estos hombres parecen tener la moral alta —señaló mientras observaba cómo se dispersaban.

—Llevaban inactivos en Balhaut demasiado tiempo —dijo Hark—. Y los recién llegados están ansiosos por demostrar su valía.

—Así es —confirmó Fazekiel.

—Por cierto —inquirió Gaunt—, ¿dónde está Edur?

—No le he visto desde el comienzo del ciclo diurno —dijo Hark.

• • • • •

Vaynom Blenner entró en la sección de la enfermería que se había reservado para el uso del regimiento. Había otras tres unidades de enfermería a bordo para atender a la tripulación. La sala era antigua y su mantenimiento dejaba mucho que desear. Saltaba a la vista que era una instalación que sólo se utilizaba en casos de emergencia. Las superficies de cromo y de acero inoxidable y la chapa de la pared estaban manchadas de depósitos de cal y de otros residuos menos sugerentes. Las autoclaves trabajaban como generadores mal mantenidos. La sala de reconocimiento central daba a una sala con camas, dos quirófanos y unas cámaras secundarias que se utilizaban como almacén de utensilios y suministros y a unos despachos privados para el personal médico.

Allí no había ni un alma. Blenner entró en la sala. Una cama estaba ocupada. El soldado Fulch, de la Compañía N, se había dislocado el hombro mientras descargaba cajas de municiones.

—¿Dónde están todos los médicos? —preguntó Blenner.

—Estaban aquí hace un minuto, señor —respondió Fulch.

Blenner regresó a la sala de reconocimiento central. De repente, Kolding salió de una de las cámaras traseras. Estaba buscando algo. El doctor vio a Blenner.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó.

Blenner miró al albino.

—¿Dónde está Dorden? Siempre me atiende él.

Kolding le miró a la cara. Era imposible leer su mirada tras esas malditas lentes oscuras. Era peor que ese maldito partisano nativo que Ibram había insistido en que les acompañase.

—Dor… den —dijo Blenner separando las sílabas como si Kolding fuese idiota.

—Tendrá que volver más tarde —respondió Kolding.

—¡Ni por el Trono! ¡Quiero ver a Dorden ahora!

—Kolding, ¿por qué tardas tan…?

Curth emergió de la parte de atrás con un gesto urgente. En cuanto vio a Blenner se detuvo en seco.

—Comisario.

—Quiero ver a Dorden —dijo Blenner.

Curth miró rápidamente a Kolding. Después sacó algo del cajón de un botiquín y se lo entregó.

—Continúa —le dijo—. Ahora vuelvo.

Kolding desapareció de nuevo por la parte trasera de la enfermería.

—Ese hombre necesita desarrollar sus habilidades interpersonales —dijo Blenner.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Curth.

—Y usted necesita desarrollar su comprensión básica —dijo Blenner—. Quiero

ver a Dorden.

Al instante se dio cuenta de que la mujer no estaba de humor para bromas. Ana Curth se mostraba irritable, incluso más que de costumbre.

—Hay una emergencia —dijo—. No puede atenderle en este momento. ¿En qué puedo ayudarle?

Blenner arrugó los labios. Quería ver a Dorden, pero le gustaba la excusa de tener que tratar con ella. Sus asuntos con Dorden podían esperar.

El comisario se sacó la bolsita que Wilder le había entregado del bolsillo de su abrigo y se lo lanzó a Curth. Ella lo cogió en el aire con una mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eso es lo que quiero que me diga.

La mujer abrió la bolsa, dejó caer un par de pastillas en la palma de su mano y las observó.

—Es un narcótico. Somnia. Es un derivado morfíaco. Lleva el sello farmacéutico del Munitorum. ¿De dónde las ha sacado?

—Pues… aparecieron durante un registro rutinario. ¿Son fuertes?

—Bastante fuertes. Yo me lo pensaría dos veces antes de recetarlas. Son efectivas pero muy adictivas. A veces uso la versión líquida para aliviar a pacientes muy malheridos.

—¿Para aliviar sus últimas horas?

—Sí. Tendría que tener razones muy importantes para recetarlas de otro modo. Tal vez a un paciente con dolor crónico que fuese alérgico a componentes más seguros. ¿Descubrió a uno de los hombres con esto?

—Sí. ¿Las han echado en falta?

—Tendría que comprobarlo, pero no creo. Solemos llevar cantidades tan escasas de esto que Lesp o alguno de los otros auxiliares se habrían dado cuenta.

—Pero hay un problema constante, ¿verdad? —preguntó Blenner.

—Sí, y estamos trabajando en ello. Pero normalmente son sedantes más suaves los que desaparecen. Es raro que desaparezcan fármacos tan duros como este. Podría haber salido de los suministros de la nave. ¿Quiere que le pregunte al jefe médico de a bordo?

—No —dijo. El comisario hizo una pausa y después repitió la palabra—. No, sólo quería identificarlas. Gracias.

—Bien, si eso es todo —dijo ella. Era evidente que quería estar en otra parte.

—Me las llevaré —dijo extendiendo la mano.

—Debería encargarme yo de ellas —respondió la médico—. La supervisión de los medicamentos es responsabilidad médica.

—Sigue siendo un problema de disciplina de momento —dijo—. Las necesitaré como prueba.

Ella volvió a cerrar la bolsa y se las lanzó.

—Gracias —dijo. Pensó en el frasco casi vacío que llevaba en el bolsillo, pero no

podía pedírselo a ella. No quería que se enterara. Tenía que hablar con Dorden.

Blenner asintió amablemente y salió de la enfermería. Curth emitió una profunda exhalación de tensión y se marchó a toda prisa hacia las salas traseras.

En el vestíbulo, Blenner chocó con el auxiliar Lesp, que corría hacia la enfermería dirigiendo a Ayatani Zweil del brazo.

—¡Mira por dónde vas! —exclamó Blenner clavándole la mirada a Zweil y esperando algún comentario cascarrabias en respuesta. Blenner llevaba en el regimiento el tiempo suficiente como para saber que la boca del viejo sacerdote no tenía seguro.

La expresión del rostro de Zweil lo cogió por sorpresa. Preocupación, ansiedad, miedo.

—¿Qué pasa? —preguntó Blenner. Su mente encajó todas las piezas. Una enfermería vacía. Kolding y Curth intentando que se marchase. El auxiliar trayendo al cura a toda prisa.

—¡Por el Trono! —dijo Blenner, y dio la vuelta corriendo por la enfermería hacia la sala trasera.

—¡Espere! ¡Por favor! —gritó Lesp tras él.

—Vaynom, como te llames, Blenner. ¡Muestra un mínimo respeto y no seas gilipollas! —gritó Zweil.

Ambos corrían tras él.

Blenner entró de golpe en el despacho trasero. Curth levantó la mirada de una bandeja de instrumentos sorprendida, y la sorpresa pronto se transformó en desesperación al verle. Kolding estaba en el otro extremo de la habitación administrando una inyección de algo.

Dorden había volcado una mesa con ruedas al caer. Unos instrumentos relucientes yacían dispersos por la malla del suelo. Lo habían puesto cómodo con los almohadones de un sofá cama, peor no se habían atrevido a levantarlo. Parecía muy delgado y pálido.

—No es el momento —dijo Curth.

—¿Qué sucede? —inquirió Blenner.

—¿Le importaría darle al médico algo de dignidad y marcharse, por favor? —dijo acercándose a Blenner. Lesp pasó con Zweil por delante de ellos hasta llegar al lado del viejo doctor.

—Sí, aquí no haces ninguna falta —dijo Zweil mientras pasaba.

—¿Se está muriendo? —preguntó Blenner. Dorden estaba ahora parcialmente oculto tras las figuras que se habían agachado a su alrededor. Ni siquiera pareció estar consciente cuando Blenner había entrado.

—Ya sabe que sí —respondió Curth con voz tranquila. El comisario veía que estaba luchando por mantener su compostura profesional.

—Quiero decir en estos momentos —dijo Blenner.

—Ha estado bien durante la última semana —explicó la doctora todavía con voz

calmada—. Increíblemente bien. Pero creo que el estrés del trayecto le ha pasado factura. Acaba de desmayarse. Creo que puedo estabilizarlo y dejar que descanse.

—No debería haber venido a esta misión —dijo Blenner.

—Habría sido más cruel dejarlo atrás —respondió Curth.

—¿Debería informar a Gaunt? Debería mandarle llamar.

—¡No! —respondió ella con ferocidad—. No quiere nada de eso. No quiere armar jaleo. ¡Déjele descansar!

—Ha mandado llamar al maldito sacerdote —dijo Blenner—. Si ha venido a administrarle la Gracia Imperial, Ibram merece…

—No —respondió ella—. Zweil es amigo suyo. Le ha estado apoyando en esto. Me pareció adecuado hacerle venir. Gaunt no necesita tener esto en la cabeza ahora mismo.

Blenner tragó saliva.

—No pretendía entrar así —dijo.

—Tranquilo.

—Debió haberme dicho algo. Tengo un mínimo de prudencia en los huesos.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella.

—Debería decirle algo a Ibram —insistió Blenner—. Si sucede algo y descubre que yo lo sabía…

—Entonces no lo sabía —dijo Curth—. No ha visto nada.

Blenner caviló y asintió. Después se volvió para marcharse.

—¿Usted está bien? —preguntó.

Una repentina expresión de sorpresa cruzó el rostro de la médico, como si nunca nadie le hubiese preguntado eso.

—Sí, comisario. Ahora márchese para que podamos trabajar.

Blenner se marchó. Curth fue junto a Dorden.

—Creo que está estable —dijo Kolding en voz baja.

—Deberías tomarte las cosas con más calma —dijo Curth.

—¿Por qué? —susurró Dorden. Su voz era como el susurro más vago de las hojas secas.

—Porque los médicos son los peores pacientes —dijo Zweil—. Una vez conocí a un domador, un hombre del circo, trabajaba en Hagia y era propietario de un espectáculo…

El sacerdote hizo una pausa y vio las miradas que le estaban lanzando.

—No obstante, por ahora, estipularé que los médicos, de hecho, son peores pacientes que los carnodones.

Dorden logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Incluso que los carnodones con, digamos, mandíbulas infectadas que no han comido en una semana, y que después por accidente dejas la puerta de la jaula abierta… —La voz de Zweil fue perdiéndose hasta convertirse en un farfullido.

—Me ha parecido oír a Blenner —dijo Dorden.

—Ya se ha marchado.

—No quiero escándalos —dijo Dorden.

—Se ha marchado —repitió Curth—. Y no dirá nada.

—No hay nada que decir —dijo Dorden—. Estaré de pie de nuevo en un momento. Sólo estoy cansado.

Curth levantó la vista y vio a Lesp, que intentaba no echarse a llorar.

—Probablemente quiere sus pastillas —dijo el anciano. Su voz estaba muy distante. Le hizo un gesto a Curth con dos delgados dedos—. Viene a verme para que le recete un pequeño tónico. Para tranquilizarle. Cuida de él, Ana.

—Lo haré —le prometió—. Pero vamos a cuidar de ti primero.

• • • • •

Cerca de los motores de la disformidad, el ruido era ensordecedor. Todo, cada superficie, cada chapa de la pared, cada diente de la cabeza de una persona vibraba a una frecuencia ultrarrápida.

Unas capas de chapa blindada y mamparos aislaban las cámaras de propulsión. Algunas secciones eran cámaras selladas en las que sólo los servidores acondicionados o los tripulantes vestidos con armadura protectora podían entrar durante el funcionamiento de los propulsores. Una luz amarilla incandescente asomaba por las ranuras de las escotillas reforzadas como el resplandor de una caldera.

Los inmensos espacios de ingeniería estaban llenos de sistemas de refrigeración goteantes o de pistones ennegrecidos por la grasa de las bombas de circulación y los generadores galvánicos. En las sucias cavernas llenas de humo y de fuego, los ogretes y los servidores fogoneros vertían con palas resma de prometio granulada en las tolvas de los generadores de combustión, las inmensas turbinas convencionales que hacían funcionar los sistemas de no propulsión de la *Armaduke*. En otras cámaras más frías, unos rotores empiroscópicos antiguos y perfectamente mecanizados, giraban a lo largo de unos ejes horizontales, manteniendo el equilibrio espacial de la nave y ayudando a mantener la integridad del campo Geller, que protegía a la nave del tejido psicorreactivo del immaterium.

La criatura con el rostro de Pol Cohran ocultó el cuerpo del alférez de ingeniería al que acababa de asesinar en un armario para herramientas y entró en la inmensa cámara de ingeniería que contenía el sistema del campo Geller de la *Armaduke*. Había tenido que cometer tres asesinatos para llegar hasta allí. Las secciones de propulsión de la nave no estaban específicamente aseguradas ni vigiladas, pero el acceso o la actividad de alguien que no fuese un oficial o de la división de ingeniería llamaba la atención de inmediato. El primer tripulante había muerto porque había visto a Cohran. Su cuerpo se estaba ahora incinerando en un horno de prometio y Cohran

vestía su sucio mono de trabajo. El segundo y el tercero habían muerto porque había necesitado extraer planos de cubierta e información sobre la disposición de la cubierta de propulsión. Uno estaba ahora arrugado en el fondo de un sumidero de refrigerante, y al otro lo acababa de colgar por la garganta de un gancho entre unas palas para echar prometio y unas tenazas de los hornos.

El sonido y la vibración en la cámara del dispositivo del campo Geller era extrañamente desconcertante. El aire era seco, y había una electricidad estática considerable que le erizaba la piel. Había pasamanos de goma por toda la cámara para que los hombres pudiesen asirse sin sufrir descargas o incendiarse en las superficies de metal.

Podía sentir el latido de la máquina en las tripas, y el pulso de su funcionamiento en los senos nasales y en los globos oculares. El dispositivo, una pieza de tecnología vital para toda función de una nave en la disformidad, generaba un campo subatómico alrededor de esta, una burbuja de espacio real que protegía al vehículo de las vicisitudes del éter que lo rodeaba. Una vez que sus motores de disformidad habían atravesado el velo de esta, una nave dependía del campo Geller para aislarse de la caricia letal y corrosiva del immaterium y mantener una protección psíquica.

Cohran sabía que estaba en posición de acabar con todo. Sabotear el dispositivo del campo Geller le llevaría algo de trabajo, y probablemente requeriría el uso de algún explosivo o combustible, pero era más que capaz de procurarse ambos recursos y de utilizarlos. Si conseguía desconectar el campo Geller mientras la *Armaduke* seguía en la disformidad, la nave perecería. Sería destrozada por las tormentas del éter de la irrealidad y se vería destruida en un instante. O eso, o la esencia demoníaca de la disformidad tomaría forma y se infiltraría en la nave o en las mentes de sus ocupantes. Sin protección, la nave sería vulnerable a la prole del Reino del Caos, y todas las personas a bordo conocerían sólo el extremo de la locura antes de que los Poderes Ruinosos los devorasen.

Después todo desaparecería y terminaría, el pheguth y su traición, la amenaza que esa traición representaba, toda aquella misión vanagloriosa. La criatura que llevaba el rostro de Pol Cohran habría completado la misión que le había encargado su señor, Rime, y el señor de su señor, el Anarca. Por fin habría detenido los decididos esfuerzos de la Guardia Imperial por desplegar al pheguth Mabbon Etogaur contra los ejércitos de Gaur.

Pero, durante su discurso, Gaunt había revelado otros secretos. El objetivo era Salvation's Reach. Esa información debía ser comunicada. Y lo que era más importante, iban a realizar una conjunción en el sol de Tavis. Serían recibidos por elementos de la Flota de combate, posiblemente uno de los grupos de la considerable flota de la Cruzada que mantenía la superioridad imperial en esta parte del sector.

Destruir al pheguth y a sus custodios, y la *Armaduke* al mismo tiempo, era una victoria. Pero conseguir paralizar a una división de una flota de combate era una auténtica oportunidad.

Se necesitaba una forma más sutil de sabotaje. Una manipulación más insidiosa. Su maestro le había enseñado bien, lo había entrenado para improvisar con imaginación en tales circunstancias, a sacarles el máximo provecho a los elementos a su disposición para obtener el mayor efecto.

Cohran abrió la caja de los circuitos de control que dirigían los rotores empiroscópicos.

No iba a desactivar el campo Geller. Sólo iba a alterar su ritmo.

• • • • •

Algo tembló en alguna parte.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el capitán Spika.

Ningún miembro de la tripulación del puente de mando le respondió directamente. Copiosas cantidades de datos pasaron por los enlaces conectivos y se mostraron en las pantallas del monitor. El ambiente estaba inundado con las voces secas y rasposas de los comunicadores conforme los hombres hablaban entre ellos.

Sintió una minúscula vibración, una parálisis casi subliminal. Había llegado hasta él a través de la cubierta, a través del flujo de datos de la nave, un minúsculo y aberrante temblor en un constante torbellino de ruidos, ritmos, pulsos e información.

Consultó sus visores de datos y los cogitadores. Nada parecía ir mal, no había nada fuera de lugar; no en lo relativo al funcionamiento y, desde luego, no dada la naturaleza temperamental y voluble de una nave vieja como la *Alteza Real Armaduke*.

Spika volvió a sentarse y pensó. Probablemente no era nada, o sería algún fallo técnico que se había corregido solo.

Pero aquello no le había gustado lo más mínimo.

• • • • •

La cavidad 29617 era fría. Merrt había estado esperando allí durante una media hora, incapaz de practicar o de preparar los objetivos e incapaz de marcharse.

Se sentó en un extremo de la larga cámara abrazando con los brazos el viejo rifle.

—Has venido. Bien.

Sar Af estaba de pie detrás de él. Merrt se levantó rápidamente.

—Me di… di… di… dijiste que volviera —respondió.

—Y has demostrado que eres capaz de cumplir una orden —dijo el cicatriz blanca.

El gigante estiró una mano, agarró a Merrt de la mandíbula y la garganta y le giró la cabeza a un lado. Merrt forcejeó de nuevo.

—¡Suelta… ta… ta… me!

—Definitivamente, tu problema es la mandíbula —dijo Sar Af—. Te está venciendo tu propia concentración. Te concentras con tanta intensidad que cuando disparas el arma, estimula…

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya me dijiste todo esto a… a… a… ayer!

Sar Af le soltó.

—Es físicamente imposible que dispares bien.

Merrt tragó saliva.

—Eso también me lo dijiste ayer. ¿Me pediste que volviera para hu… hu… hu… humillarme?

Sar Af inclinó hacia adelante la barbilla, como si estuviera considerando una respuesta. Después se dio la vuelta.

—Prepara un disparo —dijo.

Merrt permaneció allí por un instante. Después recogió varias ollas de hojalata y recorrió toda la longitud de la cavidad. Colocó las ollas a lo largo de la parte superior del bloque y volvió donde le esperaba el marine espacial.

Sar Af había sacado algo de una bolsa. Merrt vio que era una jeringa desechable justo un segundo antes de que el cicatriz blanca lo agarrase por la cabeza de nuevo y se la insertara en la línea de la mandíbula, detrás de la oreja izquierda.

El dolor era considerable. Merrt lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué feth estás ha… ha… ha… haciendo? —preguntó.

—Espera.

Sar Af desechó la jeringa.

Merrt sentía un terrible dolor en el oído y notaba que un calor horrible se extendía desde su garganta y su mandíbula. Empezó a tener una ligera angustia conforme el adormecimiento aumentaba.

—Límpiate —dijo Sar Af—. Estás babeando.

—¿Qué me has he… he… he… hecho? ¿Qué e… e… e… era eso?

—Un relajante muscular —respondió el cicatriz blanca con tono inocente—. Bastante fuerte, supongo. Un tranquilizante. La clase de medicamento que un médico utilizaría para controlar el dolor. Durante una amputación, por ejemplo.

Agarrándose el rostro preocupado y palpitante, Merrt miró al marine espacial, presa del pánico.

—Tranquilo —dijo Sar Af—. No voy a cortarte nada. No literalmente.

Merrt intentó contestar, pero lo único que consiguió emitir fue un sonido gutural profundo e inhumano. Tenía la mandíbula y la mejilla dormidas e inmóviles. La mitad inferior de su cara estaba inerte y paralizada.

—La mandíbula —dijo Sar Af señalando a Merrt—. Tu mandíbula es la raíz de tu incapacidad.

El marine espacial se acercó y recogió el viejo rifle.

—Te está venciendo tu propia concentración —dijo al volver, como si estuviera repitiendo alguna letanía que necesitaba repetirse para que un mal estudiante acabase aprendiéndola—. Te concentras con tanta intensidad que cuando disparas el arma sufres tics. Necesitas eliminar la mandíbula de la ecuación. No tendrá tics si no puede tener tics.

Merrt se sentía enfermo. La parálisis era tan desagradable que sentía que iba a vomitar, sólo que no podía asegurar que su boca fuese a abrirse para permitirlo. Las visiones de ahogarse con su propio vómito inundaron su mente y empeoraron las cosas.

—Dispara —dijo Sar Af mientras le entregaba el rifle.

Merrt le miró esperando que su mirada tóxica expresara lo que su voz no podía.

—Dispara —repitió Sar Af.

Merrt inhaló profundamente. Retiró el pasador, extrajo una bala de su bolsillo, la metió en el hueco, volvió a poner el pasador, se volvió y apuntó a una fila de cacerolas. Estaba de pie, sin el refuerzo de su propia postura. Sin apoyos, sin bolsas de arena, sin trípode: ni siquiera una postura recomendada o fiable. Le daba igual.

—Vamos —dijo Sar Af—. Dispara.

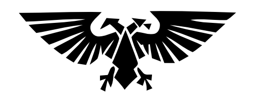
Merrt relajó los hombros. Sintió baba en el labio, el adormecido palpitar debajo de su oreja. Apuntó a través de las miras de hierro. Exhaló.

Y disparó.



OCHO

CONJUNCIÓN



Espacio muerto. El universo visible era una negrura amarronada y erosionada, como si el vacío estuviese de algún modo lleno de una niebla de luz estelar sucia. Serpentinas nebulosas de color beige de alguna extraña materia surcaban las profundidades. Más que otra cosa, había distancia, una distancia inconmensurable que daba, desde las fronteras de un sistema solar duro e inhóspito y unas pocas rocas solitarias que vagaban alrededor de una fuente de luz electromagnética apagada y chirriante, a la humillante inmensidad del abismo interestelar.

Entonces el rayo les golpeó.

El rayo era una lanza de mil kilómetros de largo. En el centro de su cegadora luz había una retorcida vena de color amarillo tóxico, como cerámica quemada. En su punto de origen, una burbuja interespacial de partículas subatómicas que se separaban, la raíz del rayo era más brillante que cualquier estrella y destellaba con hilos de color verde ácido y azul galvánico.

El rayo centelleó y murió. Entonces apareció otra lanza, y después una tercera que era el doble de larga que las dos primeras. Dibujó una línea de luz en el oscuro firmamento, y después una imagen remanente que iba desapareciendo como una irregular falla geológica.

Un cuarto destello las siguió. Este logró por fin perforar el espacio real abriendo un agujero a través de él, como una llama hambrienta ardiendo a través de una hoja de papel. Rodeada de un halo de réplicas de rayos, la *Alteza Real Armaduke* atravesó el agujero y dejó la disformidad atrás mientras se aproximaba lentamente al materium. Energías etéreas se desprendían de sus flancos como hielo descongelado dividiéndose en mil pedazos a su paso y desintegrándose.

El punto de traslación tras ella estallaba y chasqueaba mientras se recuperaba y se desvanecía, resoplando y crepitando como una membrana bajo los pulsos de una inmensa presión. La *Armaduke* se estabilizó y ajustó su paso por el espacio real. Sus áuspex y sus radares empezaron una búsqueda de patrones y compusieron los campos estelares visibles para verificar el esquema de navegación. Los sistemas de voz se activaron.

Seis minutos después de realizar la traslación, un oficial de cubierta le mostró una placa de datos al capitán Spika.

Spika ajustó el cuerno comunicador de plata en su soporte.

—Traslación completada —anunció con una voz que resonó por toda la nave—. El sol de Tavis. El sol de Tavis. Calculando aproximación para la conjunción de la flota.

Después desconectó el altavoz y miró a su oficial de cubierta.

—¿Hemos detectado los elementos?

—Todavía no, señor —dijo el oficial—. Si han llegado a la hora, esperamos detectarlos en los próximos veinte minutos.

—¿Te han respondido los de ingeniería a la consulta que he hecho? —preguntó Spika. Desde aquel primer temblor extraño, horas antes, había estado intentando averiguar el origen de la anomalía.

—Tengo entendido que están preparando un diagnóstico completo —respondió el oficial.

—Diles que se den prisa, por favor —dijo Spika.

Un claxon sonó.

—Elementos de la flota de combate detectados —gritó otro oficial—. Están tomando posición alrededor de la estrella local. Acercándonos y preparándonos para establecer comunicación.

Estaban de nuevo en el espacio real. Cohran lo notaba. Había intentado colarse en la cubierta superior para acceder a la estación de comunicación principal pero estaba resultando demasiado difícil. Había demasiada actividad, demasiada gente que le vería y le preguntaría qué hacía en una sección de la tripulación. No podría permanecer en la sala de comunicaciones el tiempo suficiente como para lograr sus objetivos.

Siempre pragmático, en lugar de hacerlo regresó al viejo almacén de municiones que servía de celda. Según sus observaciones, el destacamento de guardia estaba a punto de hacer un cambio de turno. Los hombres estarían cansados.

Y sólo había dos de ellos en la escotilla.

Una flotilla de intercepción completa esperaba a la *Armaduke*. Era un grupo de patrulla de la flota de combate Khulan: cuatro fragatas y dos cruceros amparaban al *Agresor Libertus*, un enorme crucero de clase Exorcista, y al *Sepiterna*, un acorazado de clase Oberon. Acompañándolas había un séquito de transportes inmensos y de vehículos de apoyo. En cuanto identificaron a la *Armaduke*, que realizaba su larga curva de acercamiento desde el extremo del sistema por el plano invariable, la nave empezó a recibir un aluvión de saludos. Varios escuadrones de cazas fueron enviados desde las cubiertas de vuelo de las naves comandante y una de las fragatas escolta, la *Benedicamus Domino*, avanzó hacia ellos con los escudos activados para recibir a la nave que se aproximaba mientras confirmaban su identidad.

El sol de Tavis brillaba tras la extensión de la flota como una malévola ascua roja. Las inmensas naves eran apenas unos puntos comparadas con su incandescente masa oscura. Era una estrella vieja, reumática y frágil, hinchada y que palpitaba con jadeos electromagnéticos, como una hoguera festiva que se deja extinguir al final de la noche. Su áspera voz radioestática entorpecía las transmisiones de voz, lijando las conexiones. La estrella sangraba gas frío y radiación caliente hacia su sistema inerte mientras consumía los últimos milenios de su masa combustible. Unos puntos oscuros como tumores aparecían en su enrojecida corona y unos ocasionales latidos sépticos de energía y llamas estallaban en su sombra estelar. Los cuerpos planetarios

que la orbitaban eran rocas muertas quemadas y anillos de desechos, los residuos del feroz incendio que la estrella había sufrido hacía un millón de años al comienzo de su declive terminal.

La *Alteza Real Armaduke* continuó avanzando, navegando por la pendiente gravítica, a veinte millones de kilómetros de distancia. Sus cubiertas de vuelo y plataformas de salida empezaron a prepararse para el ciclo de refrigeración. Las naves de auxilio y de suministros avanzaron desde la línea de la flota y se colocaron tras la *Benedicamus Domino*.

En el puesto del capitán, Spika recibió el informe de su oficial de cubierta.

—Hay una llamada entrante de Cragoe, el Señor de la Flota —dijo un encargado de comunicaciones.

—Un momento —dijo Spika leyendo a toda prisa la placa de datos.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó el oficial de cubierta.

—El Señor de la Flota Cragoe vuelve a saludar —gritó el encargado.

—Mira, mira esto —dijo Spika.

El oficial de cubierta le echó un vistazo a las imágenes hololíticas que Spika estaba consultando. Había resúmenes de campo de la sección del immaterium. El oficial de cubierta había visto informes similares miles de veces.

—¿Qué es lo que tengo que mirar exactamente? —preguntó.

—¡El Señor de la Flota Cragoe vuelve a saludar! —gritó el encargado.

—Que espere —gruñó Spika—. Mira, aquí. ¿Lo ves?

—Veo un perfil del campo Geller —dijo el oficial de cubierta.

—No hay nada extraño —asintió Spika—, hasta que lo comparas con el del intervalo previo y el del intervalo siguiente.

—Sigo sin comprender, señor.

—El campo Geller se estaba alterando durante el vuelo. Su configuración estaba cambiando.

—Entre tolerancias —dijo el oficial de cubierta—. ¿Eso no es una fluctuación normal?

—Se repite —dijo Spika con voz tensa y malhumorada—. Se repite, ¿lo ves? Sigue un patrón, pero sólo se ve si se miran los perfiles de muestra uno tras otro. No es una variación de campo normal. Es una repetición artificial.

—¿Artificial, señor? —preguntó el oficial de cubierta.

• • • • •

A lo largo de la estructura de cubierta de la plataforma de lanzamiento, las luces de las lámparas de emergencia iban y venían y la cámara vibraba con el sonido de las alarmas de la puerta. Una inmensa abrazadera acababa de colocar la elegante

lanzadera azul y blanca de clase Águila en la cubierta de despegue, y los equipos de servidores estaban soltando los cables y los alimentadores con herramientas de energía.

Gaunt caminó junto al Militante Supremo Cybon hacía la rampa de embarque. En lo alto, una serie de golpes metálicos acompañaban la retirada de la grúa y la gruesa escotilla que daba al pequeño hangar de estribor de la *Armaduke* se cerró sonoramente.

Unos auxiliares les pasaron a toda prisa cargados con el equipaje del militante supremo. Un oficial de guardia se acercó y saludó.

—Transferencia preparada, señor —dijo. Cybon asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—El *Sepiterna* espera —dijo Gaunt.

—Así como el señor de la guerra —respondió Cybon—. Debería estar con él en dieciocho semanas, a tiempo para comunicarle la esencia de este plan en persona y a tiempo de considerar su éxito.

—O lo contrario —señaló Gaunt.

Cybon lo observó. Los ojos del militante supremo parecían muy viejos, como si hubiesen visto demasiado. Los de Gaunt, en comparación, eran muy jóvenes precisamente por la misma razón.

—Nunca te había tenido por un pesimista, Gaunt —dijo Cybon.

—No lo soy, señor —respondió Gaunt—. Sólo pragmático.

—El Emperador nos protege —dijo Cybon.

—Eso es justo lo que les digo yo a los hombres —contestó Gaunt.

—Y si no te protege es que no necesitas protección —añadió Cybon.

—No estoy seguro de que eso sea del todo tranquilizador —dijo Gaunt.

—No pretendía que lo fuera —dijo Cybon—. ¿Acaso te parezco un payaso sentimental? Sólo te estoy transmitiendo lo que la experiencia me ha demostrado.

El militante supremo se giró para embarcar en la lanzadera. Gaunt sentía cómo la presión del aire de la plataforma comenzaba a variar mientras la puerta empezaba a girar para abrirse.

—Buen viaje —le deseó Gaunt. Se arrepintió de inmediato. Los sentimentalismos tampoco iban con él. Cybon rio con soma.

A medio camino de la rampa, el militante supremo se volvió hacia Gaunt.

Hizo la señal del aquila, asintió y desapareció en la lanzadera.

—¡Despejen la cubierta! —Gritó el oficial de despegue—. ¡Despejen la cubierta!

La *Armaduke* continuó decelerando hacia las naves que habían enviado a recibirla. Estaban entrando en la fase de acercamiento cercano, con la cortina de cazas de la flota de combate expandiéndose alrededor de lo ancho de la recién llegada. Una pequeña mancha, brillante y rápida, abandonó el flanco estribor de la *Armaduke* como una bengala y empezó a acelerar hacia la agrupación principal de la flota.

Desde una plataforma de observación, Gaunt vio cómo se alejaba la Águila. Se dio

la vuelta, descendió los escalones y avanzó hacia los ocupados equipos de cubierta y personal de despegue hasta llegar al acceso más cercano.

Allí se encontró con Hark y Kolea, que venían en dirección contraria. No tuvieron que decirle nada para que supiera que lo estaban buscando y que las noticias iban a ser malas.

—Edur está muerto —dijo Hark.

—¿Qué? —preguntó Gaunt imaginándose inmediatamente algún accidente a bordo.

—Un equipo de mantenimiento encontró su cuerpo en el fondo de una escotilla de inspección hace quince minutos —dijo Kolea—. Las heridas son las propias de una caída.

—¿Una caída? —preguntó Gaunt.

—La clase de caída que uno puede sufrir si alguien lo ha golpeado antes hasta matarlo —explicó Kolea.

—Por el Trono —murmuró Gaunt—. Viktor, moviliza al regimiento. Vamos a encontrar al asesino inmediatamente. Yo iré a hablar con el capitán de la nave de inmediato y le informaré de la situación. Necesitaremos su cooperación y la de sus hombres para seccionar la nave.

Después miró a Kolea.

—Gol, avisa a Rawne lo más rápido que puedas. Dile que la seguridad se ha visto comprometida.

● ● ● ● ●

Rawne se acercó a la escotilla blindada del almacén convertido en celda. Cant y Mktally le estaban esperando.

—Abridla —dijo.

—No le toca hasta dentro de dos horas… —empezó Cant.

—Hay un problema. Ábrela.

Cant se volvió para abrir la escotilla exterior. Mktally levantó su rifle láser y cubrió la sala de acceso.

Entrando justo detrás de Cant, Rawne ya tenía su plata pura en la mano derecha, con el filo oculto bajo la manga. Su mano izquierda ocultaba hábilmente la cuerda que sobresalía de su bolsillo de la cadera.

—¿Dónde está su insignia, señor? —preguntó Mktally.

—¿El qué? —preguntó Rawne.

—Su insignia. Dijo que todos debíamos llevarla.

Sin vacilar, Rawne sacó el cuchillo. Lanzó la plata pura con un golpe bajo violento y experto y la hoja se hundió en el corazón de Mktally.

Este impactó contra la pared del pasillo y cayó al suelo lentamente, muerto al instante. Antes incluso de que hubiese empezado a caer, Rawne ya había atrapado la cabeza de Cant con la cuerda desde atrás.

Era la cuerda de acero de una lira de la banda marcial. Cant apenas tuvo tiempo de ver que estaba ahí cuando Rawne la retorció para tensarla. La cuerda penetró en su cuello como si éste fuera de queso. Cant cayó hacia atrás sobre él, con la sangre brotando de una herida de casi trescientos sesenta grados, con la boca abierta e incapaz de respirar ni de gritar.

Rawne soltó a Cant. Las piernas del soldado seguían sacudiéndose. Había un charco de sangre considerable. Rawne sacó su pistola láser, lanzó una última mirada a la expresión de pez varado de Cant y adoptó sus propios rasgos. Hubo un espantoso y doloroso crujido de huesos y músculo y un segundo Cant se dirigió a la entrada. Golpeó la puerta y después abrió la escotilla exterior.

—Entra una visita —dijo por su microcomunicador.

—Recibido.

La mirilla de la puerta interior se abrió y Cant permaneció donde el guardia de dentro pudiera ver la cara que había adoptado para la ocasión. La escotilla interior empezó a desbloquearse.

—Pero ¿qué te pasa, Cant? —preguntó Kabry mirándole—. Deberías quedarte fuera.

Cant le disparó en la cara y abrió la puerta de una patada.

• • • • •

—¡El Señor de la Flota Cragoe exige una respuesta, señor! —rogó el encargado de comunicaciones.

—Ciérrale la boca a ese hombre —ordenó Spika a su número uno—. Estoy intentando pensar.

Hubo una conmoción tras él. Miró a su alrededor y vio al comandante de la Guardia, Gaunt, abrirse paso hacia la plataforma principal haciendo caso omiso de los intentos de los oficiales de cubierta por detenerle.

—¡El capitán Spika no tiene tiempo para atenderle ahora! —repetía uno de los oficiales con tono lastimero.

Gaunt le pegó un puñetazo en la boca que lo tiró al suelo.

—Lo siento —le dijo al hombre en lo que parecía un tono de auténtico remordimiento.

Por fin llegó donde se encontraba Spika.

—Tenemos un problema grave.

—¿Cómo sabe lo del campo Geller? —preguntó el capitán.

—Hemos… —empezó Gaunt—. ¿Qué pasa con el campo Geller? Le estoy hablando de un problema de seguridad. De un asesinato.

Spika parpadeó lentamente.

—Es para que sepan que estamos aquí —dijo en voz baja.

—¿El qué? —Preguntó Gaunt—. ¿El qué?

—Es para que sepan que estamos aquí. Es un rastro para que puedan seguirlo… —El tono de Spika iba en aumento—. ¡Por el Trono Sagrado de Terra!

El capitán se llevó el cuerno de voz plateado a la boca.

—¡Alerta! ¡Alerta a todas las estaciones! ¡Activad los escudos! ¡Activad los escudos! ¡Activad los escudos!

El personal del puente de mando se giró desde sus puestos para mirarle. Eran jóvenes y terriblemente inexpertos. Unos cuantos de ellos pensaron que era claramente un simulacro sorpresa.

—¡No me miréis así, idiotas descerebrados! ¡Hacedlo! —gritó Spika. Múltiples alarmas y campanas empezaron a sonar. El personal del puente de mando entró en una especie de parcha directa, corriendo en todas las direcciones. Los niveles de luz disminuyeron mientras los escudos se conectaban. Chirriando y traqueteando, unas persianas de ceramita empezaron a cerrarse como párpados sobre los miradores del espacio real.

—¿Nos están atacando? —preguntó Gaunt.

—Creo que hay muchas probabilidades —respondió Spika.

—El Militante Supremo Cybon está ahí fuera en una pequeña nave sin escolta —dijo Gaunt.

Spika se pasó la lengua por la parte interior del labio mientras pensaba en aquello.

—Maldito sea —dijo. Después miró al oficial de detección, cuyo asiento estaba rodeado de servidores auxiliares de ojos muertos conectados a la cubierta por la médula espinal.

—Sensores, barrido completo —dijo Spika—. Localizad la nave del militante supremo, rastreadla y preparaos para defenderla de cualquier ataque si fuese necesario.

Una serie de diferentes alarmas empezó a sonar.

—¡Contacto! ¡Contacto! —Anuncio el oficial de detección—. Firma de traslación a tres UA a babor.

—¿Una nave? ¡Identificación! —gritó Spika.

—Detectada una firma. Detectada una segunda firma. Detectada una tercera.

—¿Tres? —preguntó Spika.

—¡Detectada una cuarta!

● ● ● ● ●

Un rayo los golpeó.

El rayo era una lanza de mil kilómetros de largo. Esta vez era roja, casi como el odio más maligno, y avanzaba con serpientes amarillas y rosa coral.

El rayo destelló, perforando el espacio real y abriendo un agujero a través de él como el ácido devora una placa de acero. Rodeadas de una corona de espinas de energía tras el impacto, cuatro naves atravesaron la herida corroída y penetraron en el materium como misiles disparados desde una lanzadera.

Las dos primeras eran escoltas de clase Destructor. La tercera, que las seguía de cerca, era un crucero mucho más grande.

La cuarta, que avanzaba de un modo más lento y pesado, era un monstruo, un inmenso acorazado.

Las cuatro naves estaban ennegrecidas, como si se hubiesen pasado demasiado tiempo tostándose en el centro de un sol. Una luz roja volcánica las iluminaba desde el interior, salía por las ventanas y se enroscaba alrededor de sus superficies como venas llenas de magma. En su día habían sido naves especiales, y todas eran modelos y diseños muy antiguos. Pero esa identidad y esas vidas dedicadas al servicio imperial no eran más que recuerdos distantes. Una gran corrupción las había apartado del redil imperial hacía eones y había transformado sus restos de adamantio según el capricho de los Poderes Ruinosos.

Las naves empezaron a gritar. Unos sonidos infernales y transmisiones fétidas estallaron a través de sus redes de voz como si cada una poseyera una voz, en parte aullido animal, en parte escofina augmética. En las naves imperiales, los encargados de las comunicaciones se desplomaron en sus puestos. Sus cerebros habían estallado mientras los chillidos amplificados atravesaban sus sistemas y los fundían.

Cada una de las naves Archienemigo aullaba su nombre mientras encañonaba; aullidos guturales que procedían de sus centros interiores, de los humeantes corazones de sus reactores. Era como el bramido del ganado en estampida, o el grito idiota de los servidores lobotomizados que no sabían nada más que sus nombres.

«¡*Ominator*! ¡*Ominator*!», rugía el primer destructor.

«¡Cabeza sangrienta!», escupían los malogrados comunicadores de su gemelo. «¡Cabeza sangrienta!».

«*Necroestrella Antiversal*», anunciaba el crucero inyectado de sangre.

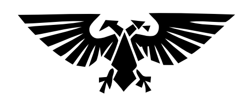
Y por último, la voz más profunda y más espantosa, la voz de la monstruosa nave comandante, como el estertor de muerte de un agujero negro:

«*Tormaggedon Monstrum Rex*»



NUEVE

La lucha en el sol de Tavis



Kabry cayó de espaldas en la celda del pheguth con la parte trasera del cráneo reventada. Un pegajoso brillo de sangre y tejido cubría las superficies de la pared y el suelo que tenía detrás. Cant se abrió paso al interior de la celda apuntando con la pistola láser.

Todo había sucedido en un segundo. Encadenado en su asiento, Mabbon Etogaur alzó la mirada y vio a Kabry caer de espaldas, muerto, y dejó el texto trancemisionario que estaba leyendo.

El otro hombre de guardia en el interior de la celda en ese turno era Varl. Le gritó a Mabbon que se echara al suelo y se lanzó contra la escotilla abierta. Su rifle láser seguía cruzado alrededor de su cuerpo.

El peso de Varl cayó sobre la puerta y ésta golpeó fuertemente a Cant. El impacto hizo que el falso guardia se tambaleara hacia el pasillo de la entrada, pero su pecho y su hombro evitaron que la escotilla se cerrase del todo para que Varl pudiese sellarla.

Varl intentó evitar con toda la fuerza de su hombro augmético que el atacante atravesara la puerta, pero con el cuerpo apoyado contra la escotilla no podía coger el rifle. Gritó unas cuantas maldiciones violentas mientras se lanzaba contra la puerta repetidas veces.

Cant tenía el brazo y el hombro izquierdos dentro de la celda. Seguía empujando con la mano izquierda y la mejilla aplastada contra la parte exterior de la puerta.

Llevaba la pistola láser en la mano derecha.

La levantó y disparó hacia el interior de la celda a ciegas. Los tiros impactaron contra la pared trasera y contra el suelo. Uno alcanzó el techo. Dos de los tiros rebotaron como los fragmentos cometarios en las superficies de metal. Uno atravesó limpiamente el respaldo del asiento del pheguth. Mabbon tenía el rostro pegado al suelo, lo más alejado de los disparos que le permitía la cadena.

Cant disparó de nuevo, dispuesto a llenar el interior de la celda de rayos láser abrasadores y rebotantes.

Llamando a Cant algo que no habría gustado demasiado a su pobre y fallecida madre, Varl le acuchilló el antebrazo con su puñal. La hoja atravesó el músculo y el hueso del brazo derecho de Cant contra la parte interior de la puerta hasta incrustarse en el metal de la celda, de manera que lo dejó clavado como un espécimen. El dolor obligó al falso guardia a soltar el arma.

Varl redobló sus esfuerzos de empujar la puerta con la esperanza de aplastarle o romperle el hueso. Gaunt gruñó de angustia.

—¿Te gusta, desgraciado? —gritó Varl. El guardia dio un paso atrás y abrió la puerta para poder disparar al asesino.

Cant le miró.

Varl vaciló al ver el rostro de un amigo y camarada. No dudó demasiado tiempo, pero fue suficiente para que Cant formase un pico con los dedos de su mano derecha y lo golpeara en el pecho. Varl salió despedido por la celda.

Las alarmas empezaron a sonar. Los tubos fluorescentes del pasillo de acceso empezaron a parpadear. «A sus puestos de combate». Hubo un fuerte olor a ozono conforme los generadores del escudo de vacío se activaban.

Cant arrancó el puñal de Varl de la pared y se liberó el brazo. La sangre le corría por la muñeca y le goteaba de los dedos. Dio unos pasos hacia adelante.

Varl estaba intentando levantarse, tragando aire mientras trataba de llenarse los pulmones que se habían quedado vacíos. Tenía la cara de un color rojo brillante y los ojos cubiertos de lágrimas.

El fuego láser atravesó el acceso e impactó contra la escotilla y el área de alrededor, lo que obligó a Cant a agacharse alarmado. Encogido, se volvió. Al otro extremo del pasillo, Kolea se acercaba disparando su rifle desde la cadera.

El asesino se lanzó al suelo, rodó hasta situarse cerca del cadáver de Mktally fuera de la puerta y le arrebató el rifle láser al Tanith muerto. Sentado, el asesino devolvió los disparos a través del pasillo. Kolea se escondió tras un mamparo para evitar la lluvia de brillantes tiros láser.

—¡Varl! —Gritó Kolea—. ¡Varl, cierra la escotilla!

El asesino ya no mostraba la cara de Cant, ni tampoco la de Rawne. El dolor y la necesidad de concentrar sus fuerzas en la lucha le habían obligado a mostrar su propio semblante. No era el rostro con el que había nacido, sino el que delataba su auténtica identidad. Era el rostro de Sirkle. Todos los secuaces del maligno Inquisidor Rime tenían el mismo aspecto.

Kolea disparó de nuevo dos o tres tiros al azar. Los disparos impactaron alrededor de la escotilla. Sirkle disparó de nuevo, en modo automático, y su rifle se encendió con brillantes pétalos de estallidos. La granizada obligó a Kolea a ponerse a cubierto. Sirkle se giró para descargar hacia la celda y terminar su misión.

Llegó justo a tiempo para ver cómo el dolorido y enrojecido Varl le cerraba la puerta en las narices.

La escotilla se cerró. Sirkle rugió de frustración. Se dio la vuelta y empezó a disparar por el acceso de nuevo mientras avanzaba para evitar que Kolea saliese de su escondite o le devolviese los disparos.

Con la cabeza agachada tras el mamparo mientras los tiros martilleaban contra este, Kolea gritó por su microcomunicador.

—Área del calabozo. Aquí el mayor Kolea desde el área del calabozo. ¡Necesito seguridad aquí inmediatamente! Seguridad y equipos médicos. ¡Es urgente!

Kolea no pudo oír si hubo respuesta. La furia del fuego que llegaba en su dirección, combinada con el alarido de las alarmas, inundaba el abultado pasillo.

Sirkle avanzaba disparando a cada paso.

• • • • •

La flotilla de intercepción no esperó a que le disparasen. No había duda respecto a las intenciones o a quién debían lealtad las aullantes naves demoníacas que avanzaban hacia ellos desde el espacio desintegrado de la tela del espacio real.

El *Agresor Libertus* se activó primero, saliendo de su posición delante de la inmensa *Sepiterna*. Avanzando muy lentamente, lanzó una serie de granizadas de fuego con sus baterías principales que rodeó sus elevados flancos blindados con una corona de fuego.

La *Benedicamus Domino* también abrió fuego. Empezó a alejarse de su encuentro con la *Armaduke* y se desvió hacia el grupo de ataque. Sus torretas empezaron a brillar y a crujir mientras dirigía el fuego hacia adelante a través del abismo. Era un intento de proteger a la decelerante *Armaduke*, que estaba prácticamente de espaldas al ataque.

Los demás escoltas, que mantenían sus posiciones en la línea relativa a la nave comandante, iniciaron su propio fuego.

La distancia era considerable, pero las naves del Archienemigo se acercaban a gran velocidad y parecían absorber las descargas imperiales. Los dardos de luz crepitaban alrededor del rojo resplandor de sus escudos. Incluso el formidable fuego del arma principal del *Agresor Libertus* rebotaba contra sus escudos como si fuera lluvia.

Las naves continuaban aullando sus nombres, guturales y malévolos, quemando los sistemas de voz imperiales, bloqueando su tráfico de sonido, distorsionando sus señales de áuspex.

«¡*Ominator*! ¡*Ominator*!»

«¡Cabeza sangrienta! ¡Cabeza sangrienta!»

«¡*Necroestrella Antiversal*!»

Y detrás de todas ellas, la ominosa voz del monstruo demoníaco. «*Tormaggedon Monstrum Rex*».

—¿Ha localizado la nave de Cybon? —inquirió Gaunt.

—Lo estoy intentando —respondió Spika.

Con el sistema de comunicaciones comprometido por el incesante ataque acústico de las naves demoníacas, la tripulación del puente de mando de la *Armaduke* había pasado a la transmisión por voz y gritaba la órdenes, las instrucciones y los datos de posición en posición. Gaunt sabía que el capitán estaba haciendo mil cosas a la vez. Spika estaba supervisando todas las posiciones del puente y al equipo principal de su puesto, además del plan táctico del strategium. Estaba escuchando cada transmisión que se gritaba, cada diálogo, y emitiendo órdenes que sus hombres obedecían de inmediato. Tenía ambas manos en los sistemas principales y manejaba los diales y las palancas de modulación de energía sin mirar siquiera. Sentía el alma y la energía

motriz de la *Armaduke* conforme ésta hablaba con él a través del suelo, el asiento y los controles de metal.

—Vamos allá —dijo.

—¿Va a girar para enfrentarnos a ellos? —preguntó Gaunt.

Sin ni siquiera mirar al coronel, Spika manipuló otro control y recitó una cadena de números de dirección. Abajo, los timoneles se apresuraron a obedecer su orden.

—¿Cómo suele luchar, Coronel-comisario? —Preguntó Spika—. ¿De espaldas al enemigo?

Gaunt no respondió.

—Puedo contar con más baterías efectivas si me enfrento a ellos de cabeza o de costado —dijo el capitán.

—De lado nos convertimos en un mayor objetivo —dijo Gaunt.

—Sólo mientras estamos girando.

—¿No deberíamos ir junto al *Sepiterna*? —preguntó Gaunt. En realidad tenía muy poca idea de la geografía comparativa de la pelea. Las tres pantallas tridimensionales del strategium se movían demasiado rápido y la clase de detalles que procesaban distaban mucho de los datos tácticos que solía interpretar. Hacían que el plano esencialmente llano de un campo de batalla pareciese elegante y puro.

Pero sí sabía que la *Armaduke* estaba girando hacia la línea de fuego, y que, junto con la *Benedicamus Domino*, se estaban situando a la cabeza de la fuerza principal de la flotilla, y directamente en el camino de las aullantes naves demoníacas.

—No voy a dejar que la *Domino* se enfrente sola a esto —dijo Spika manejando los controles—. Dos fragatas, una al lado de la otra, pueden infligir grandes daños a un casco.

—Pero…

Spika lo miró por primera vez. Fue sólo una mirada breve, pero a Gaunt le impactó la determinación que vio reflejada en los ojos de Spika, la fortaleza y, en menor medida, la emoción.

El capitán Spika llevaba demasiado tiempo apartado de luchas dignas de su talento. No iba a huir ni a amedrentarse.

Gaunt levantó una mano en un gesto de sumisión.

—Usted no baja a tierra a decirme cómo tengo que desplegar a mis hombres —admitió.

—No, no lo hago —respondió Spika—. Supongo que se me daría bastante mal.

—Está disfrutando con esto, ¿verdad? —preguntó Gaunt.

—¿No lo haría usted? —Preguntó Spika—. Y ahora cállese o le mandaré expulsar de mi puente de mando.

El capitán se levantó.

—Aumenten la potencia de los vacíos de babor mientras giramos. Ingeniería, toda la potencia a las baterías principales. Artillería, carguen cañones. Equipos de detección, busquen un objetivo que podamos destruir. ¡Y encontrad de una vez al

maldito militante supremo para que podamos protegerlo!

Gaunt había visto el espíritu de Spika en ocasiones anteriores. Era el deseo de un viejo guerrero de alcanzar una última gloria, de demostrar que todavía era digno del uniforme. Era un deseo que a menudo se manifestaba en decisiones suicidas.

Y dado lo que se les venía encima, un hombre preparado para asumir riesgos potencialmente suicidas podría ser su única esperanza.

La *Armaduke* empezó a girar. Una vez posicionada, la maniobra la pondría en una modesta formación de tiro con la ansiosa *Benedicamus Domino*, que había adoptado una actitud dogmática de confrontación y estaba atacando con todas sus armas. Inmensas ráfagas de baterías principales pasaban por los lados y por encima de ambas naves desde la principal línea de artillería, a miles de kilómetros a popa.

El *Sepiterna* había empezado a escupir enormes rayos destructores de naves de sus baterías principales.

Las avalancha de naves demoníacas recibió la descarga. Sus escudos temblaron como el cristal mojado mientras absorbían el castigo. Estaban a medio millón de kilómetros de distancia, acercándose a un ángulo agudo del plano del sistema, como si pretendiesen realizar un ataque a través de la línea de artillería imperial.

Después la figura negra que se anunciaba como *Necroestrella Antiversal* empezó a brillar intensamente desde el interior con un resplandor rojo que nacía de su corazón y se extendía a través de su entramado de venas rojas, inundándose de luz y calor como un núcleo volcánico a punto de escupir y de estallar a causa de la presión del interior.

Una inmensa aura roja envolvió la proa de la nave demoníaca, una energía que crepitaba y se enroscaba como serpientes vivas. Con un repentino destello, la energía estalló y lanzó un rayo rojo hacia adelante, como un latigazo de inmensas energías etéreas.

El rayo ni siquiera era un ataque directo plataforma-objetivo como una arma principal de plasma o láser. El látigo salió despedido hacia un lado, salvaje y frenético, indómito y sin dirección. Se enroscó violentamente en el espacio vacío y sólo entonces volvió a azotar hacia un objetivo como un golpe de relámpago que saltaba mientras buscaba algo contra lo que impactar.

La irregular y cegadora descarga golpeó a la *Benedicamus Domino* como la venganza de un dios furioso, derribando sus escudos delanteros y haciendo estallar las cubiertas superiores. No hubo ningún sonido. Una onda expansiva de calor y de restos se formó tras el impacto, seguida de una lenta bola creciente de luz blanca que hacía daño a la vista. Las pantallas del puente de mando se oscurecieron automáticamente. Cuando el resplandor cesó, la *Domino* estaba envuelta en llamas y varias secciones de su estructura superior y de la arquitectura de su casco habían desaparecido o presentaban un brillo dorado a lo largo de sus extremos ardientes.

Spika maximizó los aumentos para observar a la fragata. La imagen saltó a las pantallas del puente de mando, borrosa, y después se estabilizó.

—Por todo lo sagrado… —exclamó Gaunt.

Gritando su nombre de nuevo, como un niño enloquecido por la fiebre, la *Necroestrella Antiversal* reunió más energía y volvió a cargar.

El segundo rayo de furia incandescente golpeó a la *Armaduke* mientras giraba.

• • • • •

Gol Kolea supo que debía de haber estado inconsciente durante unos segundos. Esperaba que hubiesen sido sólo segundos. Algo había sacudido la nave como si fuese un sonajero y el mayor había rebotado por las paredes y el suelo del acceso.

Estaba oscuro cuando volvió en sí, aparte de las luces de emergencia y los parpadeos de alerta. El aire estaba cargado de humo, y no era sólo la descarga de calor del tiroteo. Había humo oscuro de combustible en el sistema de circulación de aire de la nave, como sangre en el agua.

Les habían atacado.

Se espabiló, se levantó y cogió su rifle láser. No había ni rastro del asesino. Kolea escuchaba voces apabulladas y rápidas que salían de todos los conductos y altavoces de las paredes mientras la tripulación intentaba restablecer el control de la nave. Tenía la sensación de estar de pie en un ligero ángulo horizontal, como sí el suelo estuviese inclinado. Eso sugería que los sistemas de inercia habían resultado dañados. El mayor no sabía mucho sobre naves de la disformidad, pero estaba seguro de que aquello no era buena señal.

Las luces principales parpadearon y se encendieron cuando se restableció la electricidad. La iluminación hacía que el humo pareciera más tenso. Kolea corrió hacia la escotilla de la celda con el arma levantada y con cautela. Seguía sin haber rastro del asesino.

—¡Varl! —gritó—. ¡Varl, abre!

Se arrodilló. Mktally parecía estar dormido pero estaba completamente muerto, con un puñal clavado en el corazón. Cant era un charco sangre. Había tanta que se hacía difícil mirarlo. Lo que parecía ser la soga de alambre casi lo había decapitado.

—Por el Trono… —susurró Kolea.

Cant estaba vivo.

—¡Varl! ¡Abre la puerta! —Gritó Kolea al tiempo que apretaba la garganta de Cant con la mano izquierda para intentar detener la hemorragia. El guardia estaba inconsciente, pero temblaba de dolor.

—No voy a caer en esa trampa otra vez —gritó Varl desde el otro lado de la puerta.

—Abre la maldita escotilla de feth, Varl ¡Soy Gol!

—¡Sí, y la última vez era Cant! ¡No soy idiota! Los Reyes Suicidas, Gol. ¡Tengo una

misión! Si eres Gol de verdad sabes que tengo razón. Y si no lo eres, ¡que te den por feth!

Kolea escuchó movimiento. Mantuvo la mano izquierda alrededor del cuello de Cant, pero levantó su rifle láser con la derecha.

—¡Identificación! —gritó.

Unas figuras aparecieron en el pasillo y avanzaron hacia él a través del humo. Era Bonin, con Cardass, Nomis y Brostin. Apuntaban con sus armas.

—¿Kolea? —preguntó Bonin.

—¡Necesito un médico!

Tosiendo, Zweil pasó a los hombres de la Compañía B y se agachó junto a Kolea.

—El pobrecillo se ha ido —dijo.

—¿Eres un maldito médico? —saltó Kolea.

—Esta semana no, mayor.

—Entonces, ¿podríamos llamar a un médico de verdad antes de recurrir a los últimos ritos? —rugió el mayor.

—Déjame darle al pobre chico algo de consuelo por si acaso —murmuró Zweil mientras se sacaba del bolsillo una imagen de la Santa y una águila de plata en una cadena.

—Dejadme pasar —dijo Dorden. Después observó a Cant—. Gol, yo me encargo —dijo el médico mientras se agachaba y colocaba la mano sobre la de Kolea—. A la de tres deja que me encargue de la compresión. Dos, tres.

Kolea apartó la mano. Estaba mojada de sangre.

—¿Sobrevivirá? —preguntó.

—Ni siquiera sé cómo ha podido bajar hasta aquí —dijo Zweil. El viejo sacerdote miró a Dorden—. Ah, te refieres al chico. Ya entiendo.

—Ya veremos —dijo Dorden, y empezó a trabajar en la garganta de Cant y a retirarle el cuello de la chaqueta—. ¿Dónde está mi botiquín?

Bonin hizo pasar a Kolding. El albino portaba un botiquín médico.

—Necesito gasas y una venda estéril —apuntó Dorden.

Kolding asintió, abrió el botiquín y extrajo los artículos solicitados.

—Por feth —murmuró Dorden mientras trabajaba—. Mira esto.

Kolding se asomó.

—¿Qué pasa? —preguntó Kolea.

—La insignia —dijo Kolding en voz baja—. La insignia de los Reyes Suicidas. Este hombre la llevaba en el cuello de la camisa. Se quedó enganchada debajo del alambre. Si no se hubiera interpuesto el cable le habría atravesado la columna.

Kolea miró a Bonin.

—Podría haber sido peor —dijo Bonin.

—Sigue siendo un maldito desastre —dijo el médico—. Tenemos que sacar el alambre, pero está apretando las carótidas. Si se han partido, al extraer el cable se desangrará.

—No podemos curarle sin quitarlo —apuntó Kolding en voz baja.

—Está condenado de todos modos —dijo Dorden—. Ni siquiera estoy seguro de poder curarle esa herida.

—Cinta adhesiva y apósitos de carbono —respondió Kolding. Dorden le miró.

—Nunca había oído hablar de ese procedimiento, doctor Kolding.

—No es médico —admitió el albino—. Pero en el ámbito forense funciona bien. Lo sugiero porque cuando quitemos el cable tendremos que actuar de prisa.

—No hablarás en serio —dijo Kolea.

—Es la mejor sugerencia que he oído hasta ahora —dijo Dorden—. Y yo soy el médico oficial aquí.

Kolea se levanto y miró a Bonin y a los demás soldados.

—El asesino tiene que andar cerca. Está herido. Huyó cuando todo se quedó a oscuras.

Bonin asintió. Había empezado a inspeccionar el acceso.

—Hay un rastro de sangre. Vamos.

—¿Por qué se ha ido la luz? —Preguntó Kolea—. ¿Hemos chocado con algo?

—Algo ha chocado con nosotros —aclaró Judd Cardass—. Creo que estamos en una especie de batalla.

Kolea miró al techo. La superestructura de la nave crujía y chirriaba.

—¿En serio? —preguntó. Aparte de la sacudida, no notaba diferencia alguna.

• • • • •

—Informen —gritaba el capitán Spika a través del humo—. ¡Que todos los departamentos informen de la situación!

Las luces principales de la cámara del puente de mando parpadearon y volvieron a encenderse. Las alarmas de daños no dejaban de pitar. Algunas de las pantallas ornamentales de cristal de las luces de la plataforma se habían soltado y se habían hecho pedazos en el suelo.

Las voces empezaron a llegar con informes desde todas direcciones. Spika escuchaba mientras intentaba ajustar su consola. La pantalla principal se había quedado congelada. La golpeó y ésta volvió a cobrar una vida luminosa y verde.

—¡Silencio! ¡Silencio! —Gritó por encima de todas las voces—. Ingeniería, ¿tenemos escudos?

—Negativo, capitán. Los escudos se han desactivado.

—¡Hágalos funcionar de inmediato! —Spika caviló—: ¿Posición? Estación de inercia, quiero nuestra posición relativa ahora mismo.

Los datos aparecieron en su pantalla y las cifras resonaron de voz del oficial de inercia.

—Todavía estamos de lado… —murmuró Spika. El golpe había sacudido a la *Armaduke* como una fuerte marejada y había detenido el giro de la torpe nave espacial. No estaban en muy buena posición, especialmente sin un sistema de escudo activo.

—¡Timoneles! ¡Completen el giro!

En la larga estación del timón de metal y madera, los timoneles tomaron los controles de posición.

—¿Estado del escudo?

—¡Reparaciones en curso, capitán!

—Quiero una corrección de rumbo de dos minutos. Todos los motores de plasma —declaró Spika acompañando su orden con una cadena de coordenadas tetradimensionales.

—El motor de plasma número cuatro está incendiado. Potencia suspendida —dijo el oficial que estaba junto a Spika.

Spika recalculaba más rápido que su cogitador y anunció un conjunto de coordenadas corregidas.

—Limiten el motor tres e incrementen el cinco y el seis para compensar —ordenó Spika—. ¡Giremos! ¡Giremos!

—Ignición correctiva en cinco, cuatro, tres… —anunció el oficial.

—¡Diga a ingeniería que se den prisa! —dijo Spika a otro subordinado—. Que los fogoneros arrimen el hombro. Que alimenten esos malditos hornos. ¡La muerte es la única excusa para no usar la pala!

—Sí, señor.

El suelo tembló y las luces se apagaron cuando se inició la ignición.

—¡Artillería! —Gritó Spika seleccionando otra pictopantalla—. En cuanto haya capacidad, fuego a discreción.

—¡Sí, capitán!

Spika observó el strategium y calculó la proximidad de la línea del Archienemigo. Parecía que uno de los nefastos escoltas, el *Ominator* según sus gritos salvajes, avanzaba hacia la desprotegida *Armaduke* para terminar el duelo mientras las otras dos apuntaban directamente a la línea principal. Unas naves de ataque habían despegado desde sus cubiertas de transportes.

La pobre nave reliquia de Spika había sobrevivido al primer golpe, aunque la pantalla con la lista de daños informados era escalofriante. El capitán tenía el presentimiento de que, más que el trabajo de los escudos, lo que les había librado de la aniquilación había sido que el *Necroestrella Antiversal* no había conseguido desarrollar suficiente energía para otro golpe tan pronto después de acabar con la *Domino*. La *Armaduke* había sobrevivido porque la descarga había tenido poca potencia.

E incluso con poca potencia, había desactivado sus escudos.

Spika detectaba el miedo en el ambiente. Todos sus oficiales, jóvenes e inexpertos,

estaban lívidos y temblando. Los servidores conectados se movían de manera nerviosa en sus tomas de corriente y sus conexiones neuronales palpitaban. Incluso los miembros más veteranos de la tripulación, como el oficial de detección y el jefe de timoneles, parecían desesperados.

Estaban aterrorizados. Su nave estaba aterrorizada. Spika olía cómo la cortisona y demás hormonas del estrés inundaban los sistemas neuronales y biológicos de la nave. Treinta mil almas encerradas en una caja de metal, en la oscuridad, bajo la línea de fuego. La mayoría de ellas ni siquiera habían visto algo así antes.

Recordaba su vida como subordinado en el puente de mando. Era la ausencia de información lo que lo carcomía a uno. Sólo el capitán y los oficiales con acceso al strategium sabían realmente lo que estaba pasando fuera, y sólo si el oficial de detección hacía bien su trabajo. En una lucha en el vacío, los miradores del espacio real echaban la persiana y cerraban y todo se quedaba a oscuras. E incluso si los miradores permaneciesen abiertos, no había nada que ver. Se batallaba e intercambiaba disparos contra un objeto que podía encontrarse a miles de kilómetros de distancia en la negrura interestelar y que se movía a un porcentaje considerable de la velocidad de la luz. Estaban las sacudidas y el terror de los impactos, el rugido de los motores, la cacofonía de voces y el parloteo de datos, pero aparte de eso todo estaba a oscuras y aislado, separado del reino de los sentidos. No era de extrañar que los subordinados perdiesen los nervios, y no era de extrañar que los servidores y los siervos de datos lloriqueasen mientras trabajaban en sus estaciones lógicas. No era raro que los fogoneros protestasen y se lamentasen mientras trabajaban en las calientes cuevas de fuego de las cámaras del motor. Todo el mundo dependía de la percepción y la visión del capitán de la nave. Sólo él podía apreciar la gran danza de una acción de la flota, la guerra que estaba teniendo lugar fuera de la tumba de metal, dentro de la cual la tripulación trabajaba con ahínco. Todos trabajaban sin comprender qué beneficio suponía su pequeña contribución. Sí la muerte llegaba, llegaría de repente, sin advertencia ni explicación.

El mundo se desmoronaría lleno de luz, y después el fuego y el duro vacío te aniquilaban.

El oficial de detección gritó. Spika comprobó su pantalla.

El monstruo *Ominator* había descargado munición contra ellos. Misiles de largo alcance atravesaban el vacío hacia ellos dejando un reguero de plasma.

Spika maldijo y esperó algún comentario por parte de Gaunt.

Para su sorpresa, el Coronel-comisario ya no se encontraba a su lado.

• • • • •

Elodie intentaba concentrarse. Estaba haciendo algo. Algo muy corriente. Eso es.

Había estado firmando algo. La nave había temblado y la voz metálica había anunciado que estaban llegando a donde quiera que fueran a detenerse.

Algunos hombres del regimiento habían llegado a las plataformas de transporte con todavía más papeles del Munitorum para que el séquito los firmase. Los habían repartido. Costin, el borrachín, le había entregado los suyos cuando fue su turno. Sólo necesitaba que pusiera su marca. Era otro descargo de responsabilidad que formaba parte del contrato de acompañante.

Elodie apenas había prestado atención. El constante temblor de la retraslación la había inquietado, y algunos de los niños y las mujeres jóvenes estaban asustados. Cuando la voz metálica realizó su anuncio hubo una ovación, y se ofrecieron alabanzas en voz alta en agradecimiento a la Santa y al Emperador. Los predicadores laicos y los hombres de fe se alzaron para dirigir al séquito en sus himnos de liberación de la disformidad.

Después, todo lo demás sucedió muy de prisa. Cosas que no entendía. Las sirenas empezaron a sonar. Las alarmas y las campanas. Una tensión y un temor repentinos inundaron las bodegas del séquito, una alarma alimentada por la falta de información. Nadie sabía qué estaba sucediendo.

Las persianas del espacio real de babor de las cámaras exteriores acababan de empezar a reabrirse después del tránsito por el immaterium y de repente estaban cerrándose de nuevo. Los viejos motores de las persianas gruñían ante el súbito cambio de sentido. Los miembros del séquito habían estado esperando días para ver el exterior, aunque sólo fuera para ver la negrura amarronada del espacio y la tranquilidad que proporcionaban las estrellas lejanas, y ahora ese consuelo se les denegaba de nuevo.

Y la voz. La voz metálica. Estaba gritando palabras que sonaban como «puestos de combate».

¿Cómo podían estar en combate? Parecía poco probable.

De repente, mientras intentaba entender lo que sucedía, algo le pasó a la nave. Algo la golpeó tan fuerte que todo el mundo salió despedido, las luces se apagaron y el aire empezó a apestar a humo. Cuando las luces comenzaron a parpadear y a encenderse, la gente estaba gritando. Los niños lloraban. Los hombres y las mujeres habían resultado heridos por la caída y tenían cardenales o sangraban tras haberse golpeado contra el suelo o el mobiliario. Elodie se levantó como pudo y ayudó a una mujer nayor que había a su lado. Estaba sorprendida por el miedo que sentía nunca se había sentido tan impotente y tan desamparada. Costin también había caído, y los papeles se habían desperdigado por la rejilla del suelo. Era presa del pánico. Mientras ayudaba a la mujer mayor, Elodie vio cómo daba un trago a una petaca. El ruido de pánico en la cámara era casi sobrecogedor.

—¡Estamos en una batalla! ¡Una batalla! —gritó alguien.

—¡Pereceremos en el vacío! —chilló alguien más.

—¡Calmaos! ¡Calmaos! —se oyó decir Elodie a la gente que la rodeaba.

Ella tampoco es que estuviera muy tranquila. Quería saber por qué humo. Quería saber si el mundo iba a desmoronarse de nuevo, y si se volverían a encenderse si volvían a apagarse. El aullido de las sirenas parecía estar diseñado para alimentar el estado de ansiedad.

Entonces vio a Juniper. La mujer estaba histérica.

—¿Dónde está mi pequeña? —gritaba—. ¿Dónde está mi niña? La tenía a mi lado cuando se han apagado las luces.

Elodie la rodeó con uno de sus brazos para tranquilizarla y miró a su alrededor buscando entre la bullente multitud. La gente corría en todas las direcciones.

—¿Yoncy? —gritó Elodie—. ¡Yoncy, ven aquí con nosotras!

—¿Dónde estás, Yoncy? —llamó Juniper.

Elodie vio al capitán Meryn, que había estado supervisando a la tropa de hombres del destacamento del papeleo.

—¿Has visto a Yoncy? —preguntó.

La expresión de Meryn era adusta, cargada de temor. El capitán la miró a la cara.

—¿A quién? —preguntó.

—¡A la pequeña de la capitana Criid! —gritó Juniper llorando—. ¡La pobrecita morirá pisoteada!

Meryn pasó de largo. Dijo algo que Elodie no oyó bien.

Estaba bastante segura de que había sido como «¿Acaso tengo pinta de que me importe?», o algo por el estilo.

De repente se reavivó el pánico cuando los motores de plasma de la nave empezaron a girar y a emitir un estruendo a gran velocidad, haciendo que todo temblase. Elodie agarró a Juniper, que estaba sollozando y temblando.

—La encontraremos —insistió—. La encontraremos.

Elodie dio por hecho que aquel trauma no podía ir a peor, pero de repente se escuchó el ladrido de un arma de fuego. Todo el mundo se sobresaltó y se agachó, y casi todos gritaron.

La multitud empezó a dispersarse. Aquellos que no podían huir se lanzaron contra el suelo y se pusieron a cubierto debajo de camas, literas o estantes.

Un soldado Tanith salió del pasillo de la bodega central y fue hacia Elodie y Juniper. Elodie no lo reconocía. Parecía que le pasaba algo en la cara, como si la tuviera borrada. Su mano derecha estaba empapada de sangre y portaba un rifle láser. Conforme avanzaba, el soldado lanzaba ráfagas de disparos por encima de las cabezas de la multitud para espantarlos de su camino. Los disparos impactaban en el alto techo de la bodega y rebotaban.

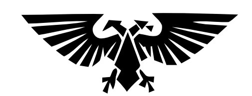
Con la mano derecha rodeaba la garganta de la niña aterrorizada que había tomado como rehén.

Era Yoncy.



DIEZ

Escudos



Spika observó el análisis comparativo durante un momento. Sus motores de plasma estaban ardiendo y sentía cómo el par de torsión gravitatorio tiraba de las grietas de la nave mientras ésta realizaba el pesado giro.

No iban a conseguirlo. No lograrían girar a tiempo. No iban a librarse de la carga explosiva que corría hacia ellos. Había ordenado un contraataque para intentar rastrear y hacer estallar algunos de los torpedos que se les venían encima pero, incluso con los sistemas de detección de su lado, era como intentar golpear un grano de arena con un arco y una flecha durante un huracán. Unos instantes más y los proyectiles enemigos estarían lo bastante cerca como para establecer un objetivo e iniciar la caza activamente.

Un despliegue de misiles tan grande destruiría un casco desprotegido como si fuese una cáscara de huevo.

Spika sólo tenía una opción. En realidad tenía dos, pero una de ellas era «morir», de modo que había poco que discutir. El *Ominator*, gritando su nombre en grotescos latidos de sonido a través del vacío como un animal herido en una trampa, se dirigía hacia ellos. El *Agresor Libertus* se había alejado de la sólida línea de artillería imperial para ofrecer apoyo, pero estaba a seis o siete minutos de distancia como para resultar útil.

Spika ajustó los valores principales y añadió diecinueve segundos a la duración de la ignición.

El jefe de timoneles le miró.

—¡Procedan! —gritó Spika.

• • • • •

A través del cristal sólo había oscuridad.

—No veo nada —dijo Felyx.

—Ponte detrás de mí —silbó Maddalena Darebeloved.

Felyx la miró.

—Eres ridícula. Totalmente ridícula —dijo—. Esto no es una pelea callejera, es una batalla en el vacío. ¿Cómo va a protegerme el ponerme detrás de ti?

El muchacho se volvió hacia el espacio real a babor. Habían encontrado un tramo de acceso al casco lateral en la cubierta de alojamiento exterior donde las persianas no habían llegado a cerrarse del todo. Había unas vistas limitadas de la negrura. Felyx estaba inclinado cerca del grueso cristal blindado para mirar, pero veía poco más que

su propio reflejo.

—No veo nada —susurró.

No había nada visible fuera, sólo oscuridad. Ni siquiera estrellas. A pesar de toda la conmoción que estaba teniendo lugar en el interior de la *Armaduke*, no había aparentemente nada que mostrase los motivos.

Dalin vigilaba a Felyx y a su guardaespaldas. Había un tremendo ruido procedente de las plataformas de transporte tras ellos, un palpable ambiente de pánico. Dalin estaba ansioso y muy angustiado por las grandes olas de ruido de motor, y los grandes cambios y oscilaciones de masa y gravedad. Tenía la sensación de estar en un barco en un mar embravecido.

—Deberíamos ir a la zona de bunkers —dijo.

—Por fin alguien dice algo lógico —dijo Maddalena.

—Estar en un búnker no va a servir de nada si nos atacan —replicó Felyx—. Si la nave estalla no habrá dónde esconderse.

—Estar en un búnker ofrece más probabilidades de supervivencia que estar al lado de una ventana desprotegida que podría estallar en el vacío en cualquier momento —dijo Maddalena—. No me obligues a llevarte en brazos.

Las alarmas de todo el barco seguían sonando y el personal les pasaba corriendo. El olor a humo seguía siendo intenso, pero estaba parcialmente eclipsado por el creciente hedor a calor. Los motores se estaban calentando. Los hornos estaban bullendo.

—Mi primera batalla en el vacío y esto es lo que veo —protestó Felyx asomándose de nuevo al exterior y moviendo la cabeza para probar con ángulos diferentes—. Supongo que todo está demasiado lejos como para ver nada.

—¿De verdad? —preguntó Dalin. Estaba sorprendido de verdad. Nunca se había parado a pensar en la escala en esos términos. Sabía que el vacío era inmenso, pero no imaginaba una situación en la que naves del tamaño de aquella en la que estaban viajando pudieran enfrentarse sin llegar a verse la una a la otra.

¡La nave era del tamaño de una ciudad! Era ridículo luchar contra algo que estaba tan lejos que ni siquiera se podía ver. Un soldado tenía que ver a su enemigo, o al menos su posición para luchar. Y qué clase de arma podría…

Alguien llegó corriendo hasta ellos sin aliento. Dalin se volvió y de repente se puso rígido. Maddalena también se sobresaltó sorprendida.

—En nombre del Dios Emperador, ¿qué demonios estáis haciendo aquí? —preguntó Gaunt.

Felyx dejó de mirar el espacio real y se volvió al oír la voz de Gaunt.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —rugió Gaunt. Dalin parpadeó perplejo. Había algo en el gesto de Gaunt, una agitación, que nunca había visto antes—. Id a los bunkers. A los refugios. ¡Ahora!

—Yo… —empezó Felyx.

—Cierra la boca y mueve el culo —ladró Gaunt. Después miró a Maddalena—.

¡Menuda guardaespaldas estás hecha! ¡Haz tu maldito trabajo! ¡Llévalo a uno de los refugios! Hay un protocolo para este tipo de situaciones. ¡Podría condenaros a todos por esto!

Después miró a Dalin.

—Me decepcionas, soldado. Pensaba que podía confiar en ti para mantener a esta gente a raya.

Dalin se puso firmes.

—No tengo excusa, señor.

Gaunt volvió a mirar a Felyx y a su cuidadora.

—No tienes excusa, pero seguramente no están ayudando mucho, ¿verdad? ¿Les has dicho que vayan a los bunkers?

—Sí, señor.

Gaunt miró a Maddalena.

—Haz tu trabajo.

—¿Qué sucede? —preguntó Felyx.

Gaunt lo miró.

—Estamos en plena batalla.

—No veo nada.

—¡Claro que no! —exclamó Gaunt.

—¿Cuántas naves hay? ¿Estamos ganando? —preguntó Felyx.

—¡Id a los bunkers ahora mismo!

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Felyx—. ¿No se supone que tienes que estar en algún puesto importante?

Gaunt vaciló.

—Id al búnker —rugió.

—¡Por el Trono! —balbuceó Dalin.

Sí había algo que ver fuera. Durante el rato que habían estado hablando, algo había aparecido en silencio, inundando la parte babor del espacio real. Se habían equivocado con lo de la escala, pero en la dirección opuesta. La negrura que habían estado viendo era la sombra del flanco de otra nave. Ahora se había revelado mientras pasaba a toda prisa. Vieron dónde la luz iluminaba el casco superior y las torres de artillería, y vieron el resplandor de las líneas de fusión ardiendo donde amplias secciones de cubierta habían sido calcinadas.

Unas nubes de escombros, como purpurina, llenaban el vacío. Inmensas líneas de energía escapaban y ardían de las plantas de generadores destrozadas en las entrañas expuestas de la nave. Trozos de casco blindado pasaban rodando y realizaban lentas trayectorias giratorias. Estaban justo al lado de otra nave, pero a su sombra, y demasiado cerca como para haberlo visto antes.

La otra nave estaba siniestrada y casi muerta. Vista desde el aire parecía una colmena en llamas.

—Los escoltaré hasta el búnker de inmediato, señor —dijo Dalin.

Todos se giraron al oír el mismo ruido. Un ruido seco y cortante que procedía de las cubiertas de transporte, un crujido constante que por todos los mundos del Imperio sonaba a un cañonazo.

—Ponte detrás de mí ahora mismo —dijo Maddalena.

Los motores de plasma estaban excediendo el límite operativo de su tolerancia.

Incalculablemente viejos, y reparados más veces de las que Spika pudiera imaginar, sencillamente no eran capaces de desarrollar súbitamente un empuje máximo desde la fría o baja potencia.

El casco tampoco estaba en muy buenas condiciones. La *Alteza Real Armaduke* nunca había sido una nave elegante o grácil, ni siquiera en sus buenos tiempos, milenios atrás. Era pesada y robusta, pero no ágil.

El casco, forzado por las fuerzas extremas de la maniobra que Spika estaba intentando, protestaba de dolor. Los miembros de la tripulación, especialmente los servidores y los siervos conectados al sistema eléctrico, gritaban mientras ondas de dolor tecnoempático se apoderaban de ellos. Varios se desplomaron. El cranium de acero y plástek de un servidor de alta función de la estación ambiental estalló en una ráfaga de chispas y la presión atravesó las placas de metal del cráneo que había debajo, revelando hueso y restos orgánicos del humano imperial que había entregado su vida a los procesos augméticos del servicio de la Armada muchas vidas estándar atrás. Los remaches y dientes amarillos quemados se esparcieron por el suelo. Un asistente de ingeniería con rostro de porcelana se tumbó junto a la consola múltiple como si fuese a dormir. Adoptó una posición fetal y murió sin volver a abrir sus ópticos. Otro servidor, un cargador del almacén superior de estribor sufrió una especie de crisis cerebrovascular similar, y se golpeó la cabeza reforzada hasta abrírsela contra el muro de un silo de municiones. La hipertensión provocó un ataque convulsivo en una unidad de precisión que servía en el strategium y sus sutiles extremidades tecnológicas empezaron a sacudirse tan de prisa que se convirtieron en un borrón.

Spika pasó por alto las pérdidas. No tuvo en cuenta las grietas del blindaje exterior, de los marcos interiores y de los compartimentos exteriores. No prestó atención a los fallos atmosféricos de cuatro cubiertas, a los apagones. La energía, como recurso disponible, estaba siendo redirigida a los motores del espacio real y a la reparación del escudo. No hizo caso de los miradores que habían estallado a lo largo de una parte del casco y que habían dejado la subcubierta 118 expuesta al vacío. Desoyó las alertas de peligro crítico que parpadeaban en la parte superior de la consola del motor que advertían que los frenéticos propulsores de plasma estaban a punto de fallar y de desconectarse.

Por el Trono Dorado de Terra, nunca había visto una consola de capitán con tantas alarmas a la vez. Sabía que tenía un margen de supervivencia que podía medirse en milisegundos.

La *Armaduke* no superaría los torpedos libres enviados desde la *Ominator*. Sólo cabía esperar que los misiles chocasen contra algo primero.

—Que el Dios Emperador me perdone —dijo Spika.

La *Armaduke*, con los motores al rojo vivo, giró la nave detrás del inmenso casco de la siniestrada *Benedicamus Domino*. Los restos de la fragata dañada eclipsaban la nave de Spika.

El capitán sabía que probablemente habría entre diez o quince mil tripulantes todavía con vida en la *Domino*. Pero ya no tenían salvación. En cambio la *Armaduke* todavía vivía.

Treinta misiles llovieron contra el estribor de la nave sacrificada, que había acabado de lado tras el golpe del primer ataque. Sólo quedaban unas briznas de escudo. Dos torpedos detonaron mientras descendían hacia el denso y brillante campo de restos que empañaba el vacío junto a la *Domino* como una nube de sangre junto a un cuerpo flotante. Otro estalló al impactar contra el duro y presurizado escape de gases ambientales que brotaba a través del casco reventado de la nave.

Las tres detonaciones, estallidos en miniatura demasiado brillantes como para mirarlos, desaparecieron un instante después cuando los otros veintisiete misiles alcanzaron el casco principal. Unos anillos concéntricos de onda expansiva y de sobrepresión, como gotas de lluvia cayendo sobre la lisa superficie de un charco, se cruzaron y retorcieron la superficie del casco hasta desgarrarla. Se produjo un estallido de luz, una supernova, un blanco feroz con un tinte rosado que espantó a la negrura del vacío como un amanecer y que transformó a la *Benedicamus Domino* en una silueta negra e irregular.

La fragata pereció. La desintegración se apoderó de su estructura desde el punto del estallido hacia fuera, vaporizando la protección blindada del casco, masticando la superestructura y pelando las placas de la superficie como si fueran escamas de pescado.

Oleadas de líquido en llamas emanaban desde todos los niveles y devoraban los planos de cubierta intermedios. Las tormentas de fuego engullían ejes de conexión y accesos, ardían por los sistemas ambientales e incendiaban la atmósfera que escapaba de la nave. Un segundo después del ataque principal, unos géiseres de fuego y explosiones salían a chorro por el otro lado de la nave como heridas de salida, haciendo estallar los puertos destrozados, las puertas de la cubierta de transportes, las escotillas de acceso a las naves y las estaciones de artillería. Los escombros, incluidas Furias y persianas de carguero, salieron despedidos desde las plataformas de la *Domino* por la fuerza del estallido y acabaron salpicando el casco exterior de la *Armaduke*.

Entonces chocó con la onda expansiva en un golpe doble: primero el puñetazo electromagnético, y después el desgarre cinético. La *Armaduke* capeó el temporal entre sacudidas y tambaleos.

El resplandor se apagó. La *Benedicamus Domino* se vio reducida a una masa de metal ennegrecida de chatarra fundida y brillante, un fragmento asteroide lleno de hierro.

El capitán Spika resistió la necesidad de vomitar. La adrenalina se había disparado de manera crítica en su sistema: sus néuridos augméticos se estaban sobrecalentando y su visión se había reducido a un túnel gris. El flujo de datos era tan intenso que le ardía el estómago y sentía angustia.

Gritó una nueva orden al jefe de timoneles. Consultó el manual de acciones correctivas del motor en su consola principal para calmar los sonoros motores de plasma hasta que emitieron un rugido más suave, enfriando y relajando así su excesivo funcionamiento, y girando a la *Armaduke* de una manera más lenta para sortear el cadáver radiactivo de la *Domino* y alinearse con el *Ominator*.

Los chillidos alborozados y burlones del *Ominator* se vieron silenciados brevemente por el pulso electromagnético de la detonación múltiple, pero ahora habían reaparecido con la recuperación del sistema de voz. Estaba graznando, casi riendo su nombre en una voz cicatrizada y escamada por una distorsión del comunicador. El *Ominator* poseía velocidad en línea recta, la velocidad del impulso y el ataque de un depredador. No se había visto obligado a reducir su ritmo ni su energía a través de las constantes evasiones y fechorías desesperadas del mismo modo que lo había hecho la *Armaduke*.

—¡Artillería! —gritó Spika.

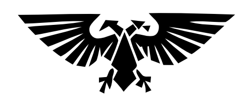
El capitán utilizó un lector háptico para comunicar el despliegue de municiones que deseaba. Los escuadrones de ataque del *Ominator* ya estaban encima de ellos, volando a toda velocidad por encima y por debajo de la humeante masa de la siniestrada *Domino*.

—Escudos, y con carácter de urgencia —dijo Spika intentando adaptarse la garganta del ácido que le subía por el esófago—. Vamos a por ellos, y vamos a mandarlos de vuelta al infierno envueltos en llamas.



ONCE

El disparo certero



Todo el mundo se había tirado al suelo. Las mujeres sollozaban y los niños berreaban. Elodie sostenía a Juniper para evitar que se abalanzara contra el hombre que había agarrado a Yoncy. Tenía un arma y estaba disparando salvajemente. Uno no debe enfrentarse a una persona que lleva un arma y que está dispuesto a dispararla en una habitación llena de gente, a una persona que es capaz de usar a una niña pequeña como escudo.

Elodie obligó a Juniper a agacharse cogiéndola de las manos. Elodie gemía. Todo el mundo estaba haciendo alguna clase de sonido: de preocupación, de miedo, de desesperación.

Todos excepto Yoncy. Yoncy estaba quieta y sin expresión. Era evidente que estaba traumatizada. Era como una muñeca en el brazo del pistolero.

El hombre lanzó unos cuantos disparos más para mantenerlos a todos agachados. Las mujeres volvieron a gritar. Se dirigía a la escotilla bajo el pasillo de babor y pasó justo por delante de ellas. Elodie deseó poder saber qué es lo que le pasaba en la cara a aquel hombre. Estaba retorcida, distorsionada. No era una cara normal.

—¡Suéltala! ¡Suelta a la niña!

Más gritos de pánico. Elodie miró a su alrededor y vio a tres Fantasmas correr hacia la plataforma de transporte desde el otro extremo con los rifles al hombro, cubriendo al hombre y a su rehén mientras avanzaban entre las hileras de la gente del séquito agachada.

El hombre que había gritado la orden era un belladonita, Cardass.

A su izquierda se encontraba Bonin, el explorador Tanith, que apuntaba con su arma. A la derecha de Bonin estaba Gol Kolea.

Kolea tenía el rifle apoyado en la mejilla. La expresión de sus ojos provocó en Elodie dos tipos de sentimiento. Por una parte odio, y por otra angustia.

Su hija. Su pequeña.

—¡Suéltala! —gritó Cardass de nuevo.

El pistolero respondió con una especie de ruido inarticulado, como si la boca no le funcionase bien. Su rostro parecía enredado.

El corazón de Elodie latía con intensidad. Deseaba levantarse y arrancar a la niña de los brazos de aquel maníaco.

La mujer vio al capitán Meryn. Se estaba agachando junto a ella al lado de una de las camas. Costin también estaba cerca, con la cabeza escondida entre sus manos y los documentos que había traído desperdigados alrededor de sus rodillas. Uno de los salvajes disparos del pistolero le había rozado el hombro dejándole una quemadura.

Los ojos de Meryn brillaban de temor, como los de un animal acorralado. No llevaba su rifle, pero Elodie vio la pistola láser enfundada en su cintura.

—¡Dispárele! —Susurró mientras sujetaba a Juniper—. ¡Capitán, dispárele!

Meryn hizo como que no la oía.

—¡Dispárele! —repitió Elodie.

Tenía un buen ángulo. El pistolero estaba de lado a ellos y no había visto ni a Meryn ni a su camarada. Cualquier tiro medio decente le habría atravesado la cabeza o el torso con un rayo sin darle a la niña.

—¿Estás loca? —le contestó Meryn.

—¡Es un tiro certero!

—¡Cállate!

—¡Capitán, dispárele!

—¡Cierra la boca de feth! —rugió Meryn.

—Suelta a la niña —ordenó Kolea. Su voz cortaba el aire y el pánico como una guadaña. Carecía de tono, como si la luz se hubiese apagado en su corazón.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó el pistolero exteriorizando las palabras de manera imperfecta a través de su boca deformada. La presión de sus esfuerzos había superado finalmente las habilidades de cambio del semblante de Sirkle.

Kolea, Bonin y Cardass lo tenían triangulado. Todos le apuntaban directamente a la cabeza. Lo hacían por las miras de sus armas, con los hombros encogidos, y avanzaban con pasos cortos pero apresurados.

Elodie se preguntó si alguno de ellos se atrevería a disparar.

—¡Suelta a la chica! —exhortó Cardass.

—Olvídalo —dijo Kolea—. Judd, olvídalo. Ya no tiene nada que perder. No va a dejar que lo atrapemos.

El mayor se bajó el rifle hasta el pecho, aunque siguió apuntando al pistolero.

—¿Verdad, desgraciado? —preguntó—. Vas a hacer que te matemos, y vas a hacer que matemos a la niña para conseguirlo.

El pistolero dijo algo, pero sus labios estaban demasiado flojos y deformados como para que las palabras fuesen inteligibles.

La nave dio una sacudida. Fue violenta y abrupta. No hubo ningún sonido, y ninguna luz atravesó las persianas cerradas de babor, pero el vehículo retembló como si lo hubieran dejado caer.

Un momento de distracción.

Rawne corrió desde el pasillo de babor hacia la espalda del pistolero. El impacto hizo caer al pistolero, y a Yoncy con él. La hoja de plata pura de Rawne se hundió en el hombro derecho del asesino. Su arma empezó a disparar lanzando rayos láser hacia el aire.

Los tres empezaron a rodar. Rawne soltó el puñal. El pistolero seguía aferrando a Yoncy. Con un bramido que hizo gritar a los civiles agachados a su alrededor, Rawne agarró a Yoncy y la sacó a la fuerza de los brazos del asesino. La lanzó al aire, tal vez por desesperación, o tal vez pensando que las heridas de una caída eran preferibles a dejar que permaneciera en manos de aquella bestia un momento más. El deformado

atacó y golpeó a Rawne en la cara con el extremo de su rifle.

Yoncy empezó a caer. Elodie corrió hacia adelante con los brazos extendidos y logró cogerla antes de que rebotase por el suelo de metal. La pequeña pesaba. El impacto desgarró los músculos del antebrazo de la mujer del capitán, pero no la soltó. Perdió el equilibrio, intentando resguardar a Yoncy de la caída. Ambas cayeron sobre el hombro derecho de Elodie, la niña protegida contra los pechos y el estómago de la mujer. Elodie se golpeó la espalda contra la pata de una cama y perdió el conocimiento durante un momento.

Tenía sangre en la boca y en la nariz. Parpadeó. Yoncy gritaba y se revolvía encima de ella, retorciéndose y pataleando. Elodie sentía dolor desde el cráneo hasta el brazo derecho.

El pistolero estaba de nuevo de pie. Todavía tenía el cuchillo clavado en el omóplato. Rawne estaba tirado en el suelo tras el golpe que había recibido. El asesino le apuntaba con su rifle láser para hacerlo pedazos.

El primer disparo de Kolea le voló al pistolero el brazo derecho a la altura del codo, haciendo que tanto la extremidad amputada como el rifle láser que agarraba rodasen como una hélice lenta. El segundo disparo le voló el pecho en una nube de sangre quemada y de costillas astilladas.

El tercero le deformó la cabeza mucho más de lo que lo había hecho cualquier otro cambio de rostro.

El asesino cayó como un viejo y robusto tronco de nal, dejando una neblina de sangre en el aire.

Elodie tenía el hombro destrozado. Sentía tanto dolor que no podía moverse.

Meryn le quitó a Yoncy de encima y se volvió hacia Kolea.

—Está bien —dijo Meryn—. Está a salvo, Gol. Está bien.

• • • • •

Las grotescas naves de ataque con forma de punta de flecha del *Ominator* rodearon a la perecida *Domino*. Eran como versiones en miniatura de su nodriza, una carnada de cachorros chillones y graznadores.

—¿Escudos? —preguntó Spika, poseído por una terrible calma analítica.

—¡Las reparaciones están en proceso! —gritó uno de los subordinados del ingeniero.

—Deténganlas. Fuego disuasorio —ordenó Spika.

Las baterías y estaciones de artillería más pequeñas y más ágiles de la *Armaduke* despertaron, lanzando haces de luz y abrasadores e intermitentes rayos láser hacia la negrura. Los cañones levantaron sus mangas térmicas mientras los soportes de artillería giraban para apuntar a las rápidas naves de ataque. A través de múltiples

visores y vía múltiples imágenes, Spika observaba el avance de la manada enemiga que volaba a toda velocidad por los flancos y la parte inferior de la *Armaduke*, ladeándose entre las almenadas torres de superficie y los grabados contrafuertes blindados, rodeando las líneas de la estriada proa como una aeronave que vuela a bajo nivel a través de las calles de una colmena. El fuego de las baterías las perseguía. El capitán vio cómo una nave de ataque envuelta en llamas giraba como una rueda de fuegos artificiales por su propio impulso. También vio una batería estallar, bombardeada hasta su desaparición. Las luces empezaron a apagarse en la consola de mando, pequeñas luces individuales entre miles de indicadores del sistema. «Batería de proa 1123. Batería de proa 96 (estribor). Batería de quilla 326 (centro). Torre de babor 11. Centro ambiental 26 alfa (babor). Sistema de detección nueve beta».

Una ola de ataques cayó sobre la *Armaduke* mientras el escuadrón enemigo avanzaba hacia la popa dando bandazos, evitando impactos y apuntando a puntos débiles.

Hubo un repentino crujido electromagnético, una distorsión en la mayoría de las imágenes a consecuencia de un fuego láser importante. Mientras las imágenes saltaban y volvían a aparecer, Spika vio Furias. Los cazas del vacío imperiales, todos ellos de la cortina defensiva de la desafortunada *Domino*, recorrían la longitud del casco de la *Armaduke* en la dirección opuesta, dirigiéndose al escuadrón enemigo de frente. Spika siguió casi tres docenas de combates entre cazas individuales, duelos acrobáticos que se desarrollaron amarga y repentinamente. Los Furia volaban tras las naves enemigas alrededor de postes o torres de detección, o las hostigaban alrededor de los flancos o de la línea de la quilla. Como pájaros que ascienden, los Furia y las naves enemigas se enzarzaron, girando en espiral hacia arriba, alejándose de la *Armaduke* mientras peleaban por su presa. Algunas daban volteretas. Otras giraban formando amplios arcos, impulsadas lejos de la fragata en un intento por perder a uno de los perseguidores, en ocasiones hasta la masa fulgurante de la *Domino*. Era como un violento enjambre de insectos acosando a la vieja nave.

—¡Escudos en veinte segundos! —anunció un ingeniero.

—De acuerdo —respondió Spika—. Comunicaciones, hagan lo que puedan para avisar a los Furias. Adviértanles que vamos a realinearnos y que tienen que apartarse cuando lo hagamos.

—¡Sí, capitán!

Spika tenía toda su atención puesta en el *Ominator*. Era evidente que no se había cansado de decir su propio nombre. Los instrumentos calcularon unos nueve minutos para alcanzar un punto de tiro a su velocidad actual. Spika lo desechó. Más bien serían siete o seis y medio. El *Ominator* era rápido y estaba hambriento. Quería comérselos antes de que la *Armaduke* estuviera protegida de nuevo y antes de que la veloz masa del *Agresor Libertus* llegase cargando desde la retaguardia. El *Agresor Libertus* ya estaba lanzando puñetazos a larga distancia contra el *Necroestrella Antiversal* mientras aceleraba. Era evidente que el *Necroestrella Antiversal*, con los

propulsores de espacio real al máximo, quería demostrar su valía contra el *Sepiterna*.

—Maldita sea, ¿tenemos algún sistema de voz que funcione? —preguntó Spika.

—Desviándole circuitos disponibles, capitán.

Spika se acercó el cuerno de plata.

—Capitán del *Libertus*. Capitán del *Libertus*. Le habla Spika, capitán de la *Alteza Real Armaduke*.

Se escuchó un crepitar.

—Aquí *Libertus*, ¿me reciben?

—Le recibo, *Libertus*. Deje que la nave comandante se entretenga con ese crucero. Entre los dos podemos aplastar ese objetivo con fuego sostenido y después girar a la vez.

Hubo una larga pausa cargada de ruido estático.

—*Libertus*, ¿me reciben?

—De acuerdo, *Armaduke*. ¿Tienen fuerza de artillería y escudos? Cambio.

—Sí, contamos con fuerza de artillería. Mantengan posiciones relativas. Ahora la *Armaduke* acelerará para acercarse. Prepárense para describir un giro amplio, repito, amplio, si se muestra reacio a pasar entre nosotros.

—Posiciones relativas adoptadas. Aceleración equiparada. Acabemos con ese desgraciado, *Armaduke*.

—Recibido.

—¡Escudos preparados! —anunció el ingeniero.

—Conéctelos —ordenó Spika.

Hubo un pulso intermitente mientras los generadores de campo de vacío cobraban vida. Las luces de cubierta se apagaron a la vez que la energía de a bordo se redirigía brevemente. El escudo empezó a formarse alrededor de la *Armaduke*, que no dejaba de avanzar, y formó abrasadores campos de distorsión de immaterium. Varios cazas Furia, abandonando demasiado tarde los laterales de la *Armaduke*, empezaron a dar volteretas desprovistos de electricidad, con los sistemas temporalmente bloqueados por el contacto con los campos de defensa. Cuatro de las pequeñas naves de caza enemigas detonaron, aplastadas contra los crecientes escudos y con sus plantas de propulsión destruidas por alguna especie de interacción alérgica alquímica.

Con los escudos activados, la *Armaduke* comenzó a pasar a la *Domino* en dirección al *Ominator*, que continuaba avanzando. El *Agresor Libertus* la seguía, a unos sesenta kilómetros a popa y veinte a estribor.

—¡Vacíen los tubos de misiles! —Ordenó Spika—. Baterías principales, estructuras principales… ¡Carguen contra el objetivo designado!

El capitán centró el telémetro principal en el *Ominator*.

● ● ● ● ●

El aire en el sistema todavía apestaba a humo. Al menos esto ocultaba el persistente olor a grasa de la cocina de la *Armaduke*.

Gaunt regresaba al puente de mando a través de unos pasillos vacíos de vida. Todos los pasajeros se habían refugiado en las cubiertas de los bunkers y la tripulación estaba en sus puestos de combate. Ocasionalmente, un subordinado o un servidor pasaban corriendo para realizar algún encargo.

Gaunt había empezado con poco conocimiento sobre la batalla en el vacío, y ahora no tenía ninguno. Se preguntaba si estarían a punto de ganar o a punto de morir. La nave estaba tranquila. No era como estar en una lucha en el campo de batalla, con el estallido de las armas y la artillería aporreando el horizonte, con los proyectiles silbando sobre sus cabezas. El espacio estaba en silencio. No había ningún comunicado de destrucción cercana.

Pero era evidente que estaban en plena lucha. La cubierta crujía y la superestructura gruñía bajo la tensión. Aproximadamente cada minuto, las luces se apagaban y volvían a encenderse o los motores comenzaban a funcionar de nuevo de manera frenética. La electricidad estática cubría todas las superficies; el Coronel-comisario imaginaba que sería un efecto secundario de los escudos de vacío. Lo había visto en edificios y en vehículos terrestres cerca de Titanes activos.

Pero sobre todo sentía la lucha en su interior, en sus tripas, en su oído interno, en su sentido kinestésico. Sentía el silencioso e invisible impulso, el giro y el tirón de la compensación de inercia. Los sistemas gravíticos se esforzaban por mantener el statu quo ambiental mientras la nave daba bandazos y giraba. Se sentía como si estuviese en un edificio tranquilo y balanceante, y aquello lo llenaba de recuerdos. Estar en una alta torre de Balhaut durante las primeras tormentas de fuego. Estar en las murallas de la Colmena Vervun mientras las amenazadoras máquinas de Heritor avanzaban hacia ellos.

Al menos, pensó, esperaba que fuesen las tensiones gravíticas. Deseaba que no fuese la turbulencia de su alma agitada, atribulada por una angustia que jamás había esperado sentir.

La entrada a una gran cámara estaba abierta. Dentro, bajo unas lámparas que se balanceaban suavemente, el serpiente de hierro Holofurnace estaba practicando un ejercicio rápido de espada contra objetivos hololíticos.

Su trabajo con la espada era tremendamente veloz. Holofurnace utilizaba un estilo cruzado y rotacional que Gaunt no había visto antes, cambiando de una mano a dos en función de la actitud de la espada.

Desprovisto de su yelmo, Eadwine estaba sentado a un lado, observando la actividad.

No levantó la vista cuando Gaunt se aproximó, pero sabía que el humano estaba allí.

—Creí que estarías escondido en alguna parte —dijo Eadwine con una voz rasgada y mecánica.

—Mientes —respondió Gaunt.

—Sí —admitió Eadwine, que siguió observando el ejercicio de espada del serpiente de hierro. El guerrero ni siquiera se había percatado de la presencia de Gaunt.

—Se está volviendo descuidado —dijo el guardia de plata—. No sé qué clase de esgrima enseñan en Ithaka hoy en día.

—¿No os preocupa la batalla? —Preguntó Gaunt—. Pensaba que estaríais en el puente de mando.

Eadwine se volvió hacia él.

—¿Y qué conseguiríamos con eso? No podemos hacer nada. No a menos que nos aborden. ¿Van a abordarnos?

—No creo.

El guardia de plata se encogió de hombros.

—Entonces lo único que podemos hacer es aprovechar el tiempo hasta que se nos presente nuestra clase de lucha.

—¿No queréis saber lo que está sucediendo? —preguntó Gaunt. Holofurnace dejó de practicar con la espada y miró hacia donde se encontraban.

—Sólo si sobrevivimos —dijo—. Si perecemos, ¿para qué preocuparnos por los detalles?

El gigante reanudó su entrenamiento. La espada se movía de prisa, girando y entrecruzándose.

Gaunt vio que Eadwine todavía lo estaba observando.

—No consigo leer bien tu rostro —dijo Eadwine—. No leo las microexpresiones humanas. Son demasiado débiles, demasiado insignificantes.

Gaunt no sabía qué responder.

—Pero pareces preocupado —continuó el guardia de plata—. Es evidente que existe un factor de estrés en esta lucha, pero tú eres un hombre que ha vivido muchas batallas. ¿Dónde está tu determinación? Me da la sensación de que hay otro elemento que te turba.

—Lees nuestros rostros bastante bien —respondió Gaunt.

Eadwine frunció el ceño y asintió, como si estuviese complacido por su logro.

—¿Y bien?

—Estoy distraído —dijo Gaunt—. Sin esperarlo, estoy preocupado por el bienestar de otra persona a bordo. Y esa preocupación me ha sorprendido hasta un punto que encuentro desalentador.

—Cuestionas tu disposición.

—Me preocupa mantenerla.

—¿Se trata de una mujer? —Preguntó Eadwine—. ¿Una mujer? ¿Una compañera sexual? Entiendo que eso puede distraer mucho a los que están comprometidos emocionalmente.

—No —respondió Gaunt—. Hace poco que he descubierto que tengo un hijo.

—Ah —dijo Eadwine—. Descendencia. Tampoco entiendo nada de eso.

El gigante inclinó la cabeza para escuchar.

—¿Oís eso? —preguntó.

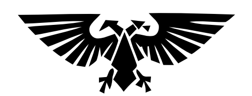
Holofurnace había dejado de entrenar para escuchar también. Gaunt se concentró. Podía distinguir un golpeteo distante y repetitivo eclipsado por el ruido del motor, el constante traqueteo de una máquina rotando o girando.

—Es la artillería principal de la nave descargando munición a la velocidad continua más rápida posible —explicó Eadwine—. Estamos descargando todo lo que tenemos a un ritmo sostenido. Estamos intentando acabar con algo muy grande.



DOCE

Objetivo aniquilado



Fuese lo que fuese lo que controlaba a la nave demoníaca *Ominator*, su sed de muerte era tan intensa que se dio cuenta demasiado tarde de que la *Armaduke* y el *Libertus* la habían arrinconado en una posición indefensa.

Habían combatido su velocidad hacia la posición imperial con calmada determinación, interceptando su trayectoria de manera que se viese obligada a pasar entre ellas. Tal era la obsesión del *Ominator* por entablar combate que fue más veloz de lo que le convenía. Pronto resultó obvio que no iba a ser capaz de detenerse o de ejecutar una maniobra evasiva a tiempo; no sin volverse más vulnerable. Cualquier intento de escapar del bloqueo táctico habría supuesto un consumo de inmensas cantidades de su reserva de energía y estaría perdida en la alineación de la batalla.

Continuaba chillando su nombre. La protección alrededor de su proa y sus flancos empezó a palpitar con un resplandor subfotónico del color de las entrañas reventadas. Unos órganos mecánicos a lo largo de su columna y entre sus costillas empezaron a latir mientras concentraba energía para un ataque de la artillería principal.

Avanzando a un ritmo constante, la *Armaduke* y el *Libertus* intercambiaron una breve señal no verbal y empezaron a escupir fuego contra la nave enemiga. Dos chorros de bombardeos salieron despedidos del par imperial, convergiendo como las líneas de algún diagrama infernal sobre el *Ominator*. Los chorros eran tracerías de armas láser y de impulsos, el rendimiento unificado de cientos de baterías esclavas de los cogitadores principales de rastreo. Los sistemas de artillería pesada escupían torrentes de munición proyectil, misiles, cargas balísticas nave-nave y cohetes de bombardeo.

El *Ominator* los absorbía sin variar el ritmo, recibiendo la titánica granizada del *Libertus* en los escudos de babor y el destructivo abuso de la ligeramente extendida *Armaduke* en el lado de estribor y el vientre.

Las dos naves mantuvieron su ataque sin descanso. El *Ominator* avanzaba delante de la furia sostenida, aparentemente ajena a ella, como si la arremetida fuese totalmente fútil. La velocidad de los disparos era tremenda. Dos artilleros a bordo del *Libertus* murieron por el impacto del retroceso intentando operar las duras baterías lo bastante rápido, y un ingeniero a bordo de la *Armaduke* se quemó hasta la muerte a causa de una estructura de arma láser sobrecalentada. Desde su asiento de mando a bordo de la *Armaduke*, Spika pensó que nunca había visto a una nave recibir semejante castigo.

La *Ominator* chillaba su nombre e intentaba disparar, pero el rayo infernal no logró desarrollarse lo suficiente como para salir azotando desde el casco. Lo intentó de nuevo, y otra vez más: dos o tres intentos repetidos y tartamudeantes de ignición.

Entonces sus escudos fallaron y su casco se partió como una membrana

perforada. Las energías que la protegían se desvanecieron en el vacío a su alrededor como la tinta en el agua, como la lona de una vela desgarrada y arrastrada por una nave azotada por la tormenta, como un saco de huevos roto.

Algo catastrófico sucedió en el interior del casco de la nave demoníaca. Hubo una explosión considerable aunque silenciosa en las profundidades de ésta a unos dos tercios de su longitud. No era un inmenso y satisfactorio estallido de aniquilación, pero voló zonas del blindaje de cubierta y de la estructura interna. Después empezó a vomitar unas nubes de una energía y atmósfera tóxicas y ardientes. La estructura principal tembló.

Entonces la *Ominator* murió. Todas las luces a bordo se apagaron, incluso el resplandor infernal rojo de su interior. Sus señales de energía cesaron, aparte de los restos de radiación y de llamas procedentes de las secciones dañadas. Sus propulsores fallaron. Su planta de energía falló. Sus reactores fallaron. Se convirtió, en un segundo o en dos, en una masa de chatarra mecánica negra e inerte, calcinada y agujereada. Con la fuerza de su propio impulso hacia adelante, empezó a darse la vueta con la proa hacia arriba, la sección de propulsión girando por debajo y los restos esparciéndose como un reguero espiral de vapor.

Las naves imperiales cesaron el fuego. Esperaron, preparadas, por si se tratase de una artimaña, por si la nave demoníaca hubiese decidido convertirse en un arma y lanzarse contra una de ellas.

Estaba muerta. Dejándose llevar hacia adelante y girando cual chatarra desechada, pasó entre ellas dejando un rastro de eyección que se dispersaba.

—¡Objetivo aniquilado! —gritó el oficial de detección.

—¡Por el Emperador! —rugió Spika.

Mientras la *Armaduke* y el *Libertus* acababan con su presa, el inmenso *Sepiterna* había dirigido su artillería contra el *Necroestrella Antiversal*. La nave enemiga había cruzado la línea de artillería imperial principal y absorbido el fuego de los escoltas al tiempo que realizaba una larga y rápida ignición para efectuar un ataque a través de las proas del acorazado, un corte diagonal a través de la alineación de la batalla.

El Cabeza Sangrienta, una pequeña bestia rugiente, había disparado para apoyar a su hermano en un intento de sofocar la descarga de la línea de artillería y evitar que el Necroestrella recibiese el fuego. Una nube de pequeñas aeronaves se había formado delante de la línea imperial, un inmenso remolino de combates de cazas como polen que vuela de la cabeza de una flor. Unos Furia junto con escuadrones de apoyo más pesados alejados de las naves imperiales se habían lanzado contra las formaciones de las naves del Archienemigo. Un duelo especialmente sostenido estaba teniendo lugar para mantener a los interceptores demoníacos alejados de la Aquila en la que viajaba el militante supremo.

Las armas principales del Cabeza Sangrienta lanzaron un tiro bastante decente contra un destructor imperial llamado Phalanxor que bastó para dañar sus escudos de vacío y que lo volvió ineficaz durante el tiempo suficiente como para permitir el paso

del *Necroestrella Antiversal*. La nave estaba escupiendo inmensos misiles anticasco contra la nave insignia imperial, y sus baterías de energía principales se preparaban para atacar.

El *Sepiterna*, una isla casi estacionaria de más de diez mil kilómetros de longitud, cargó para rechazar al obstinado intruso. Las armas láser, chispas rojas en la penumbra amarronada del vacío, encontraron y neutralizaron los misiles, provocando rápidos y brillantes estallidos de fuego blanco. Después, la artillería principal disparó y golpeó a la nave enemiga de lado. El *Necroestrella Antiversal* empezó a girar perdiendo todo el control de su estabilidad. La sección de proa de babor refulgió con un feroz fuego interior y unos restos de estructura atomizada salieron despedidos de su masa tambaleante. Dejó de gritar su nombre y pasó a gritar sin más. Enloquecido a causa de los daños y del dolor, el *Necroestrella Antiversal* se alejó, se estabilizó y empezó a huir. El vuelo podría haber sido provocado por el error de un propulsor o una pérdida del timón. Era frenético y precipitado. Los motores de espacio real del Necroestrella cambiaron a plena potencia. Uno de ellos estaba tan dañado que la nave iba dejando un sucio reguero de combustible en llamas y un humo radiactivo a sus espaldas. Se desviaba como un cometa y corría hacia los límites distantes del sistema como un perro maltratado que huía aullando.

El capitán Spika era consciente de que sus ingenieros estaban desesperados por bajar la intensidad de los escudos. Mantenerlos al máximo significaba consumir las reservas a una velocidad terrible. Con un cincuenta por ciento de fuerza enemiga menos, la lucha estaba prácticamente ganada. Cualquier lógica táctica lo estimaría así.

Pero Spika sabía por amarga experiencia que en lo que a batallas en el vacío contra los Poderes Ruinosos se refería, la lógica táctica servía de poco, por no decir de nada. Durante muchos años como oficial subalterno, había estudiado los hábitos de comportamiento de carnívoros grandes, particularmente en tales circunstancias como la caza, la protección de una presa o la defensa de su grupo familiar o de sus crías, así como sus reacciones cuando estaban heridos o acorralados. Había descubierto que así era generalmente como actuaban las naves del Archienemigo. No realizaban movimientos estratégicos calculados como si la esfera de combate fuese un tablero de regicidio gigante y tridimensional. No observaban las costumbres y las tácticas de las naves de una flota de combate como las aprendían y estudiaban los oficiales de la Armada Imperial.

Luchaban como animales atrapados, como bestias heridas acorraladas en un cañón, como depredadores en la penumbra del bosque. No sabían nada de lógica o de comparativas técnicas, ni del resultado de las valoraciones de amenaza de los cogitadores.

Eso, en la considerada opinión de Clemensew Spika, una opinión no compartida por el Departamento Tacticae de la Flota Imperial, una opinión que probablemente había entorpecido el progreso de su carrera a lo largo de los años, era la razón por la que el enemigo ganaba en numerosas ocasiones.

El *Tormaggedon Monstrum Rex*, la colosal nave comandante de la fuerza enemiga, giró hacia ellos. Había perdido sus ganas de entablar una lucha directa con el poderoso *Sepiterna* y su determinada línea de artillería, pero saltaba a la vista que estaba bastante preparada para disparar un par de veces más a la *Armaduke* y al *Libertus*, que avanzaban a pesar de su vulnerabilidad.

Spika ordenó un brusco y evasivo giro hacia el sol. Observó la pantalla del strategium y vio que el *Libertus* estaba haciendo lo mismo. Si pudiesen al menos colocarse de forma decente a un alcance óptimo de la línea de artillería principal, eso podría bastar para disuadir al monstruo en su empeño de hostigarles.

Pero el *Rex* era rápido. Era la única gran nave involucrada en la acción de la flota; no tan majestuosa y ancha como la *Sepiterna*, sino más alargada y de un tonelaje considerablemente superior. Sin embargo, aceleraba como una fragata. Una fragata ligera. Era la nave ultrapesada más grande que Spika había visto desde la campaña de Palodron contra el mundo astronave enfermo. Su resplandor interior, rojo como las ascuas, brillaba como avivado por un fuelle. Y seguía avanzando, desarrollando carga con su artillería para atacar.

El *Sepiterna* dirigió toda su línea de artillería hacia adelante, pero era un gesto que tendría poco efecto práctico en el tiempo que tenían. El *Agresor Libertus*, una nave también importante, empezó a disparar mientras giraba, cargando todo lo que podía contra el monstruo que se aproximaba. Los escudos de la nave demoníaca permanecieron firmes. La granizada del *Libertus*, suficiente como para acabar con una colmena entera, estallaban contra los escudos como si fueran petardos.

El *Rex* disparó. El latigazo de energía, tan brillante que no tenía ningún color, golpeó al *Libertus* en la parte más estrecha del lomo, reventó sus escudos como si fueran burbujas de jabón, hizo añicos el revestimiento del casco y abrió un agujero a través de las cubiertas como quien atraviesa la decorativa cobertura de una tarta para cortarla. No fue un estallido ni un destello. La espiral vibratoria y giratoria de energía conectó las dos naves como un arco eléctrico durante casi veinte segundos y su punto de impacto se hizo más luminoso que un soplete. La fuerza abrasadora atravesó al *Libertus* haciéndole un corte que iba desde su columna hacia la proa. El crucero fue casi diseccionado de forma longitudinal. Cuando la horrible arma se desconectó por fin, el *Libertus* se partió. No lo hizo por la mitad como la cáscara de una nuez, sino en dos grandes secciones a lo largo de una línea quirúrgicamente recta. Casi un tercio del tonelaje del crucero se separó a babor desde el ambiente central hasta la proa. El blindaje se hacía añicos como el cristal, y sus contenidos interiores, la tripulación y los escombros flotaban en el vacío como una nube de humo. La cisura era tan precisa que Spika veía el corte transversal de las cubiertas a través de su visor, como una de esas imágenes que había enmarcadas en el Almirantazgo. Vio arder fuegos en el interior y estallar compartimentos de presión, vio mamparos destruidos, la atmósfera que escapaba, los sistemas hidráulicos y otros fluidos que emanaban en gotas de mercurio. Vio unos escombros alargados esparcidos y se dio cuenta de que eran masas de

cadáveres ingrávidos.

Un estallido secundario voló los propulsores de plasma reventados del *Libertus* y envió la parte más grande de las dos porciones de casco girando de cara con una explosión de color amarillo brillante. La sección que giraba golpeó a la otra parte y la envió dando vueltas hacia un lado, regurgitando material al vacío.

El *Rex* pasó rozando a su presa y se aproximó a la *Armaduke* haciéndola parecer pequeña a su lado. Estaba preparado para enviar al grupo de batalla imperial a casa con al menos tres muertos.

Su artillería principal reunió carga, crujiendo con furia en las reservas que tenía bajo la piel del casco. Se acercó todavía más quizá con la intención de reducir a la *Armaduke* a escombros con sus baterías pequeñas en lugar de desperdiciar la carga principal.

Spika sintió su sombra. Era tan inmenso que eclipsaba al sol, un leviatán de diez o doce veces su tamaño. Todos los sensores del puente de mando de la *Armaduke* se activaron. Todas las alarmas empezaron a sonar. Spika ordenó a sus equipos de artillería que atacaran con todo lo que tuviesen.

El *Tormaggedon Monstrum Rex* gritó su nombre hacia la oscuridad. Pero no se detuvo.

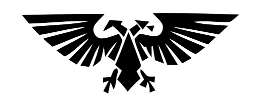
Pasó tan cerca de la *Armaduke* que la fragata tembló fuertemente a su paso y siguió acelerando, sin variar la dirección y alejándose, aumentando la velocidad y sumergiéndose en la disformidad. El Cabeza Sangrienta, ladrando a sus pies, lo siguió.

Para entonces, el *Necroestrella Antiversal* había huido fuera del sistema, gimiendo de intenso dolor, y el cadáver del *Ominator* se consumía en los fuegos del sol de Tavis.



TRECE

Vuelta de tuerca



Dorden inspiró hondo. La tensión y el cansancio le habían provocado un ligero tic en el extremo del ojo derecho y un temblor en las manos manchadas por la edad. A Rawne le impactó ver lo gris que se había vuelto la piel del médico. Le recordaba terriblemente a la pintura que usaban los sonámbulos del Impro de Gereon y a las cenizas de la madera que las viejas comunidades de los bosques de nal de Tanith utilizaban para ungir a los muertos para los ritos funerarios. Nunca había establecido esa conexión anteriormente. Había decidido no pensar en Tanith a menos que tuviese que hacerlo.

—Sobrevivirá —dijo Dorden.

Rawne asintió. Después miró a Cant. El soldado estaba inconsciente en un coma químicamente inducido, con el cuello envuelto en vendajes y gasas contrasépticas. Tenía el rostro sin sangre, de un blanco incoloro a diferencia del gris mortecino del médico. Dorden y el nuevo, Kolding, habían estado trabajando durante dos horas de forma intensiva para salvarle la vida. Nadie sabía qué daños cerebrales podían resultar de la catastrófica pérdida de sangre de la herida de la garganta.

Rawne le dio unos golpecitos a Dorden en el brazo.

—No he podido hacer nada por los demás —dijo el médico.

Rawne no se giró para mirar a los cadáveres cubiertos de Kabry y Mktally. Dos Reyes muertos, y otro gravemente herido. Ya habían pagado un alto coste protegiendo al pheguth etogaur. Y eso era sin contar a Edur y al personal de la tripulación, y al pobre músico que el Sirkle debía de haber asesinado en Menazoid Sigma para mezclarse entre ellos sin llamar la atención.

—Descansa un poco —dijo Rawne.

Dorden se echó a reír. La enfermería estaba llena de gente. Tras la lucha en el vacío y la conmoción a bordo, había habido muchas heridas leves; unas cuantas contusiones y huesos rotos. Todavía había trabajo por hacer.

Kolding estaba cerca, limpiándose la sangre de Cant de las manos en una pila de metal y preparándose para el siguiente paciente.

Rawne se acercó a él.

—Tengo entendido que la técnica que lo ha salvado ha sido idea tuya —dijo.

Kolding le miró. No estaba acostumbrado a que le hablasen, y menos a que reconocieran su labor muchos del regimiento.

—Me pareció conveniente —consiguió decir.

Rawne asintió y le ofreció la mano. Kolding se quedó perplejo. Vaciló durante un momento porque acababa de lavarse las manos. La vacilación fue demasiado larga. Rawne bajó la mano y asintió.

—Gracias —dijo, y se alejó.

• • • • •

Ban Daur entró en la sala médica pasando como pudo entre los heridos que hacían cola para ser tratados.

—¿Dónde está? —le preguntó al auxiliar Chayker.

Chayker señaló.

Elodie estaba sentada en una cama, en un rincón, con el brazo en un tirante cabestrillo y una compresa presionada contra la parte trasera de la cabeza. Rawne vio cómo Daur se acercaba a ella, se arrodillaba a su lado y la abrazaba suavemente. Dorden había dicho que la mujer se había desgarrado los músculos del hombro y había sufrido una contusión leve agarrando a la niña. Valiente. Desinteresada. Rawne siguió observándolos mientras hablaban en voz baja. Dio por hecho que ella le estaba relatando a Daur lo que había sucedido. Rawne trató de recordar la última vez que alguien le había mirado a los ojos como ella estaba mirando a Daur.

En un extremo de la unidad de enfermería, en una zona más tranquila, Criid y Juniper estaban sentadas con Yoncy mientras Curth examinaba a la niña. La pequeña estaba sentada en una cama y parecía estar disfrutando de la atención. No había ningún indicio de que estuviese traumatizada por la aventura que había vivido.

—Estoy en deuda contigo —dijo Kolea acercándose a Rawne despacio para observar a Yoncy.

Rawne se encogió de hombros.

—Estaba protegiendo al Archienemigo, no a la niña —respondió Rawne.

—Entiendo.

Ambos se pusieron tensos. Meryn acababa de salir de una sala secundaria en la que había estado examinando el rasguño de Costin. Criid se había acercado hasta Elodie y Daur, murmuró unas palabras y se volvió al ver a Meryn.

—Mierda —dijo Kolea.

Criid fue directa hacia Meryn. El odio que irradiaba era palpable.

—No disparaste —silbó.

—¿Qué? Tona…

—Déjate de Tonas, idiota descerebrado. Lo tenías a tiro y no lo hiciste.

—¿Qué? ¿Esa zorra te ha dicho eso? —Meryn se giró con aire despectivo y sacudió la cabeza en dirección a Elodie.

—No —respondió Criid—. Me lo ha dicho Juniper. Juniper dice que te quedaste ahí agachado como un cobarde.

—Es una mentirosa.

Criid se le tiró al cuello. Chocaron contra un estante con instrumentos, y una pila de cuencos de acero cayeron al suelo y traquetearon. Algunos de los civiles heridos empezaron a gritar alarmados.

—¡Aquí no! —rugió Curth.

Kolea y Rawne corrieron hacia ellos y agarraron a Criid. Ella se resistió sacudiendo las manos y las piernas mientras la apartaban de Meryn.

—¡Soltadme! —chilló.

—No merece la pena pasarse diez horas en el calabozo por él, Criid —gruñó Rawne.

—Cierto —convino Kolea.

Criid dejó de retorcerse y se zafó de Kolea y Rawne al tiempo que éstos aflojaban sus manos sobre ella. Fulminó a Meryn con la mirada.

—¡Ya habéis visto lo que ha hecho! —Gritó Meryn—. ¡Exijo que la condenen!

—A ver si te salen ya los huevos y cierras la maldita boca, Meryn —respondió Rawne.

Meryn señaló con enfado a Kolea.

—¡A él le daba igual! ¡Es el padre biológico de feth y él no me ha atacado!

—Sólo quería apartar a Criid de mi camino —contestó Kolea.

—¿Qué? —preguntó Meryn confundido.

El puño de Kolea lanzó a Meryn contra la pared de la enfermería. El impacto destruyó una estantería de alambre e hizo añicos una fila de frascos de cristal.

—¿Habéis perdido todos la cabeza? —Gritó Curth—. Esto es una enfermería. ¡Ya basta!

Entre los dos, Criid Y Rawne lograron apartar a la densa masa musculosa de Kolea de encima de Meryn. Este se estaba protegiendo la cabeza y el rostro con los brazos. La sangre le salía a chorros de la nariz. Cuando se dio cuenta de que ya no le llovían puñetazos empezó a levantarse, se resbaló y después se puso de pie. Kolea cargó contra él de nuevo, pero Daur se había unido a Criid y a Rawne para actuar como anclas y consiguieron retenerlo.

—¡En el nombre del Trono! ¿Qué está pasando aquí? —inquirió Hark mientras entraba apartando a la gente en la enfermería.

—Sólo ha sido un malentendido —contestó Rawne tirando de Kolea.

—Sí —coincidió Criid—. Pensábamos que Meryn era un maldito ser humano, pero lo entendimos mal.

—¡Me están atacando! —Graznó Meryn—. Hay testigos. ¡Condenadles!

—No volverá a pasar —dijo Rawne.

—¡Todos ellos son testigos! —insistió Meryn colérico.

—Muéstrame a alguno —dijo Rawne. Después miró alrededor de la sala, a los rostros perplejos de los presentes—. ¿Habla alguien? —dijo mirando a Curth a los ojos.

La doctora sacudió la cabeza.

Hark frunció el ceño.

—¿Va a volver a pasar? —preguntó.

—No —dijo Kolea.

—No —dijo Criid—. Hemos terminado.

Daur le pegó un puñetazo a Meryn en plena cara y lo tiró al suelo.

—Vuelve a llamarla zorra y te destriparé, Tanith desgraciado —dijo. Después miró a Hark.

»Ahora sí hemos terminado —dijo.

• • • • •

Con la batalla finalizada, la *Armaduke* se había aproximado a la flota. Se estaban llevando a cabo los intercambios de paquetes y carga mediante cazas que transportaban los suministros. Unas pequeñas naves atendían también a las dos naves imperiales siniestradas en busca de supervivientes.

Gaunt se dirigió a la cámara de comunicaciones de la nave. Spika estaba presente junto con Eadwine. Los enchufes de generación hololítica instalados en el suelo producían crepitantes imágenes completas del Militante Supremo Cybon, del Señor de la Flota Cragoe, y de varios oficiales de la Armada y superiores del Munitorum de la flota.

—Me alegra ver que has sobrevivido al traslado —dijo Gaunt a la imagen de Cybon.

—El Emperador nos protege —respondió éste sin entusiasmo.

—La cuestión es —dijo Cragoe, un inmenso ser cuya masa biológica parecía estar reforzada y soportada por sus inmensas armaduras y placas augméticas—, ¿sobrevivirá esta misión? ¿Es vuestra operación viable todavía?

—Sí —respondió Eadwine sin más.

Cragoe resopló.

—Creo que deberíais abortar y regresar.

—¿Ah, sí?

—Vuestra nave se ha visto comprometida y atacada desde dentro. Se ha descubierto la situación de la conjunción. Hemos sufrido pérdidas importantes.

—Pero hemos vencido —dijo Gaunt—. Los hemos espantado. No hay motivos para pensar que el enemigo huido posee ningún tipo de información sobre nuestro objetivo.

—¿Y si es así? —Preguntó Cragoe—. ¿Y si tienen a otros agentes a bordo de vuestra nave?

—Entonces somos nosotros los que nos dirigimos a nuestra muerte, no vosotros —respondió Gaunt.

—Sería totalmente absurdo haber llegado hasta aquí para dar la vuelta sin pruebas sólidas de filtración —dijo Spika—. Hemos identificado los medios por los que han detectado nuestra posición durante el viaje. Estaremos más alerta en el futuro.

—¿Hay algún otro problema? —preguntó Eadwine.

—Debemos tener en cuenta lo evidente —dijo Cybon—. ¿Por qué no os atacó la nave principal cuando os tenía a tiro?

—Había agotado su carga contra el pobre *Libertus* —dijo Spika.

—La respuesta aún es más evidente —dijo Eadwine—. He reproducido las entradas de datos de los últimos momentos de la batalla. Vuestra línea de artillería estaba a ocho segundos de distancia. La nave principal enemiga no quería medirse contra el *Sepiterna* y sus escoltas de la disformidad. La nave demoníaca huyó en lugar de enfrentarse a vosotros. De haber permanecido el tiempo suficiente como para acabar con nosotros, habríais logrado alcanzar la fuerza efectiva necesaria y la habríais atomizado.

—Lo habríamos intentado —dijo Cragoe.

—El Adeptus Astartes está haciéndole un cumplido, Señor de la Flota —dijo Cybon—. Le recomiendo que lo acepte con cortesía.

Cragoe asintió con su cabeza con forma de pico de montaña. La imagen crujió y saltó ligeramente.

—No ha sido por mera adulación —dijo Eadwine—. Creo que eso explica perfectamente la decisión de la nave enemiga.

—Entonces apruebo la continuidad de la misión asignada —respondió Cragoe.

—¿Ha sobrevivido todo el equipo especialista? —Preguntó Spika—. Imagino que no habría ninguna parte del equipo requerido a bordo de la *Domino* o del *Libertus*.

—Está todo intacto —dijo Cybon—. Vamos a transferirla a sus plataformas exteriores.

—Tendrán que despejar una plataforma principal para recibir al vehículo del Adeptus Astartes —le dijo Cragoe a Spika—. No es más grande que una cañonera, pero está inmensamente blindado y necesitará una estación entera o vuestros sistemas de inercia y gravíticos se verán afectados.

—Redistribuiré la carga de la plataforma de despegue —dijo Spika.

—¿Cuándo calculáis que podréis partir? —preguntó Cybon.

—Estamos llevando a cabo reparaciones en estos momentos —contestó el capitán —. La transferencia de material debería tardar otras cinco horas más o menos. Después estaremos preparados.

Cuando las presencias hololíticas se disolvieron, Gaunt se volvió hacia Spika.

—Enhorabuena por cómo ha dirigido el combate —dijo.

—Gracias por no entrometerse —dijo Spika. El capitán miró al inmenso guerrero de la Guardia de Plata.

—Sí que eran adulaciones, ¿verdad? —preguntó—. Esa maldita nave nos habría aniquilado a todos.

Eadwine sacudió la cabeza.

—Era la verdad tal y como yo la veía. Supongo que es posible que la nave principal enemiga detectase algo o a alguien a bordo de esta nave que le hizo decidir que no quería atacar.

—Si eso es verdad averiguaremos qué es lo que quieren salvar —dijo Gaunt.

—¿No se le ha ocurrido que podría tratarse de vuestro prisionero? —preguntó Spika.

—¿Se refiere al que intentaban asesinar? —respondió Gaunt.

—¿Eso hacían?

Gaunt rio.

—¿Qué quiere decir, capitán? ¿Que todo esto ha sido una treta elaborada para hacer que la historia del pheguth fuese más creíble?

—Es posible —dijo Eadwine. Después miró a Gaunt—. Pero creo que estaban huyendo.

• • • • •

La plataforma de aterrizaje central había sido despejada. El ingeniero de despegue Goodchild, el oficial superior de vuelo a bordo de la *Armaduke*, vio como las luces de cubierta empezaban a rodar y a encenderse conforme la nave entrante se aproximaba. La presión temblaba mientras la envoltura ambiental se ajustaba. El oficial indicó a sus equipos de servidores que se preparasen para asistir el aterrizaje.

La nave aterrizaba iluminada por detrás por la estrella local, que brillaba por la boca de la plataforma principal. Goodchild había oído a otros ingenieros describir a ese tipo de vehículos y había revisado los datos archivados, pero jamás había visto uno en persona. Era robusto como un tanque volador, y presentaba los colores y el símbolo de la Guardia de Plata: gris plateado, blanco y amarillo imperial.

—Antes solíamos ir a la guerra —dijo una voz a su lado—, y enviábamos miles de éstos al vacío, cientos de miles, para demoler una flota.

Goodchild se volvió y se encontró con el inmenso marine espacial de los Serpientes de Hierro junto a él. El ingeniero se dispuso a hacer una reverencia.

—No te molestes —dijo Holofurnace.

Ambos observaron cómo la nave de guerra del Adeptus Astartes descendía sobre el suelo en las abrazaderas de descenso.

—Pero no quedan muchos —continuó Holofurnace produciendo lo que parecía un sentido suspiro mientras observaba la nave—. Como nosotros, supongo. Hecho de menos esos tiempos. Las Grandes guerras. ¿Te imaginas a diez mil de éstas despegando de una ultrapesada?

—No, señor —admitió Goodchild.

—Claro que no —convino Holofurnace—. Sólo pensarlo ya resulta demasiado aterrador.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Goodchild.

—Soy lo bastante viejo como para no acordarme —respondió el serpiente de

hierro—. Y lo bastante joven como para que no me importe.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó Felyx.

Gaunt levantó la vista de su mesa.

—No —contestó—. La he llamado a ella —dijo el coronel señalando a Maddalena —. Tú puedes esperar fuera —añadió—. Cierra la puerta.

Felyx realizó un medio saludo y salió de las dependencias de Gaunt cerrando la puerta tras él. La guardaespaldas se quedó sola, en posición de firmes, mirando a Gaunt.

—¿Y? —preguntó.

Gaunt se levantó.

—Hay algo en ti que no puedo… —empezó.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. Estaba pensando en voz alta y no ha sido apropiado.

—¿No ha sido apropiado?

—No —dijo Gaunt—. ¿Quieres tomar algo?

—No —respondió Maddalena.

Gaunt se sirvió un pequeño vaso de sacra.

—¿Quieres al menos descansar?

Maddalena relajó la pose ligeramente.

—¿Para qué quería hablar conmigo? —preguntó.

Gaunt miró pensativamente la bebida intacta que tenía en la mano.

—Será mi ruina —dijo.

—¿Qué?

—El chico será mi ruina. Quiero que se marche. Recoged vuestras cosas y escóltalo fuera de la nave. Prepararé vuestro traslado hasta la flota y hasta Verghast. Me temo que llevará algún tiempo. La flota de combate no se encarga del traslado de pasajeros.

—No me parece aceptable —replicó Maddalena.

—Será mi ruina —repitió Gaunt—, de modo que me importa poco tu opinión. La batalla comenzó y de repente en lo único que podía pensar era en mi hijo… ¡Mi hijo podía estar en peligro! La idea se apoderó de mí y vine a buscarlo. Yo…

—Es comprensible —dijo Maddalena.

—Sé que lo es —saltó Gaunt—. Esa es la cuestión. Es mi hijo y voy a preocuparme por él, incluso aunque apenas lo conozca y ni siquiera supiese que existía hasta que comenzó este viaje. Es sangre de mi sangre y tenerlo aquí me perjudica.

—¿Cómo?

—Venga, por favor. Intenta imaginártelo.

Maddalena se lamió los labios con la punta de la lengua mientras pensaba.

—Su preocupación por él comprometerá su capacidad de dirigir. Minará su confianza. Lo volverá falible y tal vez le obligará a dar órdenes o a tomar decisiones tácticas poco inteligentes. Podría debilitarlo, y ablandarlo, y arrebatarle su

determinación.

—Eso es —dijo Gaunt—. No era tan difícil, ¿verdad? Así que sácalo de mi nave y llévalo a casa. No puedo tenerlo en esta misión.

—Muchos de sus hombres, sus oficiales… han traído a su familia y sus seres queridos con ellos. Es un riesgo calculado. El contrato de acompañante asegura la lealtad personal por encima de la seguridad personal y…

—Mis hombres no tienen que dirigir esta misión.

—Cierto —respondió la guardaespaldas—, aunque creo que el problema es el mismo.

—Gracias por tu punto de vista. Ahora quiero al chico fuera de la nave en las próximas tres horas.

—Se preocupará por él allá donde esté —dijo Maddalena.

—¿Qué? —preguntó Gaunt.

—¿Llegará a casa sano y salvo? —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Será atacada la nave que lo traslade? Y si regresa a la Colmena Vervun, ¿sobrevivirá a la vergüenza de haber sido enviado de vuelta por su célebre padre en lugar de permitirle servir a su lado? ¿Se verán socavadas para siempre sus posibilidades de avance político?

—Cállate —dijo Gaunt—. No necesito oír eso. Maldita sea. Yo no pedí conocerle. No pedí que lo enviasen aquí.

El Coronel-comisario se bebió el vaso de un trago. Ella se acercó a él, le quitó el vaso de la mano, lo llenó y dio un sorbo.

—La cuestión es que ahora lo conoce —dijo—. Y ahora que sabe que existe no puede volver a ignorarlo. Enviarlo lejos no va a ayudarle. Y la humillación desde luego no va a ayudarle a él, ni personal ni políticamente. Prohibirle que lo acompañe no va a ayudarle. Esto no puede deshacerse.

—Sí, puede…

—No, Coronel-comisario. Ya lo conoce. Sabe que existe. Tanto si está a su lado como en otro sector se preocupará por su bienestar. Es su hijo.

Gaunt le quitó el vaso de las manos y se tragó lo que quedaba en él.

—Entonces lo que me estás diciendo es que supondrá mi ruina de todos modos.

Maddalena se echó a reír. Volvió a coger el vaso, lo rellenó y bebió un sorbo más grande esta vez.

—Supongo. No fue decisión mía, y lo siento. Yo no lo habría enviado sin avisarle.

La guardaespaldas lo miró a los ojos.

—Es mejor que lo mantenga a su lado a que se esté preguntando dónde está. Es mejor que se quede y aprenda algo de usted antes de que muera. Y es mejor que luche por la vida de su hijo antes que por la de nadie más.

Gaunt vaciló. Sentía una ira o una frustración que apenas podía articular.

—¿Entonces va a quedarse? —preguntó ella.

Gaunt sacudió la cabeza con tristeza.

—¿Qué es esta bebida? —dijo Maddalena levantando el vaso y entornando los

ojos para observarlo.

—Sacra.

—No está mal —dijo.

—Hay algo… —empezó Gaunt.

—¿En mí? Ya lo ha dicho antes. Y creo que ha dicho que esos pensamientos eran inapropiados.

—Lo son —dijo Gaunt. Después la besó en la boca. Ella no se apartó.

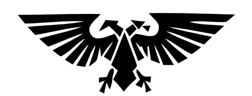
—Eso sí que es inapropiado —dijo la guardaespaldas.

—Me importa un cuerno —respondió él.



CATORCE

El último turno



La *Armaduke* había dejado el sol de Tavis atrás hacía cuatro días cuando Dorden falleció.

Reabastecida y provista de las últimas piezas de equipo especializado del grupo de la flota, la fragata había despegado y atravesaba la sombría disformidad hacia las frías lejanías de los Márgenes de los Mundos Exteriores.

El militante supremo Cybon había realizado una última transmisión desde el *Sepiterna*, un discurso de despedida para todo el regimiento. Zweil y el clérigo de la nave habían celebrado misas de constancia y liberación, pero el ambiente en la nave había cambiado.

Se dirigían hacia la oscuridad, a las inhóspitas y despobladas regiones de los Mundos de Sabbat, hacia el espacio muerto y las zonas de riesgo, hacia climas azarosos y campos marginales. Aunque eran un millar reunidos en la nave, se sentían aislados.

Blenner estaba observando los simulacros especializados que se estaban llevando a cabo día y noche en las principales bodegas. Las áreas más amplias se habían despejado, y los planos de planta se habían dibujado en el suelo con pintura. En algunas partes, la disposición imitaba rutas de obstáculos básicos. Las escuadras se desplazaban por las distintas áreas, volvían a colocar los obstáculos y volvían a repetir los simulacros. La mayoría eran ejercicios de evacuación de cámaras. Se habían preparado campos de tiro para practicar y los ingenieros de la nave habían instalado unas muestras de cierres de puerta estándar y de sellos de escotilla para que los equipos practicasen abriéndolas. También se estaba llevando a cabo mucho entrenamiento de barrido y, cuando no estaba supervisando eso, Domor estaba en la bodega seis con sus mejores hombres de demolición, ideando métodos para crear dispositivos explosivos y disparadores. La mayor Pasha daba charlas al regimiento, compañía por compañía, sobre explosivos improvisados y bombas trampa, y sobre los puntos más débiles de las plataformas de presión. Conocía muy bien la materia. Blenner tenía la sensación de que la mayor Pasha había aprendido muchos trucos sucios en la guerra de irregulares de la Colmena Vervun.

En otro campo de tiro preparado en una de las bodegas, los tiradores del regimiento estaban practicando con sus viejos rifles de pasador. Disparaban las balas con punta de cristal especialmente diseñadas para familiarizarse con el peso y el impulso específico de la nueva munición. Eran cargas salinas, proyectiles de cristal no letales rellenos de agua Salada.

El nivel de precisión exigido de tiradores como Questa, Banda, Raess y Nessa era terriblemente exigente. No obstante, Blenner estaba sorprendido al ver los resultados que estaba consiguiendo Merrt.

—Pensaba que Merrt era una causa perdida —le dijo a Hark.

—Lo era —respondió este—. Larkin ha estado trabajando con él personalmente. La solución ha sido un relajante muscular.

—¿Qué?

—Le adormece la mandíbula —explicó Hark—. Aparentemente eso impide que ésta se mueva y que le haga fallar los tiros. Aunque esta solución le impide hablar.

Ambos observaron cómo Merrt terminaba una serie de disparos y después se centraron en otros tiradores.

—Me preguntaba por qué estaba haciendo señas —dijo Blenner señalando a Merrt con la cabeza.

Todos los miembros del regimiento habían aprendido una lengua de signos básica para las misiones que requerían sigilo. Blenner había dado por hecho que Merrt la estaba usando en deferencia a los soldados sordos, como Nessa.

—¿De dónde sacaría esa idea? —preguntó Blenner.

Hark se encogió de hombros.

—No nos lo ha explicado. Larkin dejó entrever que tenía algo que ver con uno de los marines espaciales.

A Blenner le recorrió un escalofrío. Los marines espaciales, aunque rara vez se les veía por la nave, eran un recordatorio constante de que aquélla iba a ser algo más que una placentera excursión ceremonial. Se dirigían inexorablemente hacia la clase de destino que se había pasado casi la mayor parte de su carrera en la Guardia intentando evitar, la clase de destino en el que los botones bruñidos, las punteras impecables y las bromas en los comedores no importarían lo más mínimo. Estaba llegando a un punto en el que Blenner ya no podía bromear al respecto.

Había pasado mucho tiempo leyéndose el material que Wilder le había recomendado, el ingenio y la sabiduría de Novobazky. Los discursos y los lemas habían sobrevivido al desdén inicial de Blenner. Novobazky, que el emperador proteja y acoja su alma, había sido sin duda un hombre que motivaba e inspiraba. Blenner había intentado memorizar algunas de las proclamaciones. Incluso las había practicado en voz alta delante del espejo del aseo de sus dependencias.

El problema era que no creía en ellas. No podía pronunciarlas con convicción. No le hacían sentir mejor respecto a la muerte y, si no podía convencerse a sí mismo, era imposible que lograse encender fuego en las entrañas de sus soldados.

Cuando pensaba en ello de este modo, Blenner sentía que el miedo en su interior aumentaba. Esto le hacía querer engullir un par de pastillas más, pero había agotado sus existencias. Tenía la bolsa de contrabando que había confiscado intacta en su mesa, pero Curth lo había disuadido de tomarlas. Las manos le temblaban.

—Cuidado —dijo Hark. Una escotilla se había abierto y los Reyes Suicidas de Rawne habían entrado escoltando al prisionero. Habían traído a Mabbon hasta allí para que observase y asesorase sobre los ejercicios operativos. Llevaba grilletes y su rostro carecía de expresión. Todos los presentes en la bodega lo observaron.

Sabían quién era. Sabían el precio que el regimiento ya había pagado simplemente por tenerlo allí. Sabían qué clase de precio iban a pagar si les tomaba el pelo.

Blenner sintió una irresistible necesidad de buscar una letrina. La presencia de los marines espaciales ya era bastante mala, pero la del pheguth era peor.

Salió al pasillo y sintió que la necesidad de hacérselo en los pantalones disminuía. Su deseo por obtener apoyo farmacéutico había aumentado. Si los medicamentos ayudaban al soldado Merrt a mejorar su rendimiento, también ayudarían a Veynom Blenner.

Así es como acabó sentado junto a Dorden cuando murió.

—Me preocupa estar tomando demasiadas —dijo Blenner sintiéndose violento—. Me he acabado las que me dio bastante rápido.

—No se preocupe, comisario —dijo Dorden—. Usted es un adulto. Confío en que no abuse de ellas. Sólo las está tomando cuando los nervios se lo exigen, ¿verdad?

—Sí.

—Bien —respondió el médico—. De hecho, para facilitar las cosas voy a darle una cantidad mayor. Para que le duren más.

La consulta médica estaba muy tranquila. Blenner había pasado a Kolding y a Curth de camino hacia allí. El comisario exhaló.

—¿Puedo hacerle una pregunta, doctor? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Dorden, que se había levantado para coger una caja de pastillas de una estantería.

Estaba midiendo pastillas sueltas, de doce en doce, en una pequeña balanza de metal.

—¿Por qué no tiene miedo?

—¿Miedo?

—Sí —dijo Blenner, y se aclaró la garganta de forma nerviosa—. De… Lo siento, de morir.

Dorden sonrió mientras seguía contando pastillas.

—La muerte no es nada que temer —dijo—. Le llega a todo el mundo. Es ridículo pensar que lo único que tenemos todos en común, lo único que nos une, es objeto de temor. En realidad estoy deseando que me llegue. El deber termina. El Emperador nos recibe a su lado en algún lugar magnífico de triunfo y gloria. Imagino… y espero… que volveré a ver a mi hijo.

—Ojalá —dijo Blenner—. Ojalá no tuviese miedo.

—No lo tiene —dijo Dorden—. No a la muerte. Tiene miedo a vivir.

—¿Cómo dice?

—Tiene miedo de las cosas que tendrá que hacer antes de que la muerte se lo lleve. Al dolor, al sufrimiento, a cosas efímeras de ese estilo. Tiene miedo a la vida y al esfuerzo que ésta requiere.

—Estoy convencido de que es la muerte lo que me preocupa —repuso Blenner.

Dorden negó con la cabeza.

—Tiene miedo de no dar la talla —dijo—. No quiere morir sabiendo que los que lo rodean le detestan o pensando que les ha decepcionado. No quiere enfrentarse al Emperador con interrogantes respecto a su vida. No tiene miedo a la muerte, Vaynom. Tiene miedo a las cosas que se espera que haga antes de morir. Al valor. A la fortaleza. Al sacrificio. A la entereza. Esas son las cosas difíciles.

Blenner se dejó caer en la silla y se pasó la mano por la boca.

—Si así es como lo ve —dijo, y miró al suelo—. Eso son pastillas de azúcar, ¿verdad? Pastillas de azúcar o de sal. Es un placebo.

—Te equivocas —dijo Dorden midiendo un último puñado.

—Sabía que diría eso —respondió Blenner—. Así es como funcionan. Pero me las está dando como si fueran caramelos. Y ni siquiera está mínimamente preocupado de que me creen una dependencia.

Dorden se volvió y miró a Blenner.

—No se moleste en negarlo —dijo—. Lo veo en sus ojos. Esa expresión. Se me da bien saber cuando la gente miente, doctor. Es mi trabajo. Sé que no quiere estropear el efecto del placebo, pero por la manera que me está mirando ahora mismo, sé que… ¿doctor?

Dorden cayó. Su codo derecho golpeó el plato de metal de la balanza y lo volcó, haciendo que las pastillas blancas salieran despedidas por el aire como si fueran paja. Cayeron al suelo como granizo. Dorden ya se había deslizado por el armario del botiquín, había abierto dos cajones y se había tumbado sobre su espalda. Sus ojos parecían de cristal. Parecían estar mirando algo detrás de Blenner. Algo situado a muchos parsecs detrás de Blenner.

—¡Doctora Curth! —gritó Blenner. Se levantó de la silla con tanta fuerza que ésta se volcó.

Curth entró corriendo, seguida de Kolding y Lesp. Todos se reunieron alrededor de la forma descuidadamente doblada de Dorden. Blenner no sabía qué hacer.

Se había quedado sin habla frente a la muerte.

• • • • •

Curth tenía la cabeza inclinada. Su piel estaba pálida, como si aquel golpe le hubiese absorbido la sangre. La doctora ajustó un gotero intravenoso.

Blenner estaba detrás y miraba a Dorden. Los ojos del anciano estaban cerrados. Tras quince minutos de actividad frenética habían acabado con Dorden tumbado boca arriba en la camilla, y con Kolding y Curth trabajando con él. Blenner no había podido hacer nada más que mirar. Le había fascinado el modo en que Curth había realizado todo el proceso sin emitir sonido alguno ni detenerse un momento.

—Llevaba muerto cuatro minutos —dijo—. Hemos reactivado su corazón.

—¿Lo mantiene vivo la máquina? —preguntó Blenner.

—No —respondió—. Es sólo una precaución. En realidad empezó a mantenerse por sí solo cuando le inyectamos los fármacos y lo reanimamos.

—Llevaba clínicamente muerto cuatro minutos —dijo Blenner—. ¿Qué hay de los daños cerebrales?

—No lo sé.

—¿Pero entonces no vive gracias a la máquina?

—No —dijo. Y se volvió para mirarle—. En realidad vive gracias a usted.

—¿Qué?

—De no haber estado con él —dijo—, no nos habríamos enterado de lo que le había pasado. Al menos no durante varios minutos. Habría sido demasiado tarde para resucitarlo. Hemos tenido suerte de que estuviera aquí, suplicándole que le diera más de esas malditas pastillas.

—Un hurra para mí, entonces —dijo Blenner. Después se detuvo. Tuvo la sensación de que ella veía la misma cosa distante que Dorden había visto cuando se cayó al suelo—. Para ser sinceros, creo que son placebos.

—Pues claro que son placebos —dijo Curth—. ¿Es que es idiota?

—Cuidado con lo que dice.

—No va a recetarle algo que engulle como si fueran caramelos de frutas, ¿verdad?

La médico se detuvo y se serenó.

—Lo siento. Acabo de estropear su efecto y todo su duro trabajo.

—Entonces tendré que dejar de tomarlas.

Ella le miró a los ojos.

—Puede que le haya mentido —dijo ella.

—Puede. Con usted, doctora Curth, es muy difícil saberlo. Y puede que ahora esté diciendo esto porque se le ha escapado la verdad.

—Nunca lo sabrá.

—Pero dejemos de preocuparnos por mí, ¿le parece? —dijo lo más alegremente que pudo—. ¿Qué hay de usted? ¿Necesita tomarse un momento? Es una situación dura. Puedo ser su paño de lágrimas, si quiere. ¿Necesita un cálido abrazo?

—Nunca se rinde, ¿verdad? —dijo Curth—. Uno de estos días dejaré que se salga con la suya sólo para que se calle.

—No… no sé qué decir…

—Gracias al Trono.

El comisario se dirigió a la puerta.

—Creo que Gaunt debe saberlo.

—No —respondió ella.

—Puede que antes no, pero ahora sí. Querría saberlo. Mire, iré yo a decirle lo que ha sucedido, si le parece bien.

—Lo haré yo —dijo Curth.

• • • • •

Elodie estaba sola en las dependencias de Daur cuando la comisaria Fazekiel llamó a la puerta.

—El capitán no está —dijo Elodie—. Está entrenando en la bodega.

—Es a usted a quien quiero ver —dijo Fazekiel.

—¿A mí?

Fazekiel entró, se quitó la gorra y cerró la puerta.

—Hay un pequeño problema, señora Dutana. Estoy segura de que no es nada, de modo que quería ver si podía aclarar esto sin escándalos.

—¿El qué? —preguntó Elodie mientras se acomodaba el brazo, todavía en cabestrillo. Volvía a tener jaqueca.

La comisaria se sacó un par de hojas de papel del bolsillo del abrigo y las desdobló.

—Estábamos aclarando el incidente con el pistolero. Por cierto, felicidades por salvar a esa pobre niña.

Elodie asintió.

—La cubierta de transporte era un desastre. Había muebles rotos y volcados y ropas esparcidas por todas partes —dijo Fazekiel—. Encontramos estos papeles debajo de una cama. Se habían caído y se habían colado debajo. Discúlpeme, tuve que leerlos para saber a quién debían ser devueltos. Son suyos. Usted los firmó aquí, y aquí.

—Ah, sí —dijo Elodie recordando vagamente los formularios que le habían entregado.

—Tengo que hacerle una pregunta muy sencilla —dijo Fazekiel—. En ocasiones la gente prefiere mantener estas cosas en privado, en cuyo caso podemos aclarar esto ahora, entre nosotras, y no se volverá a hablar de ello. ¿Están… las bendiciones en orden?

—¿Las bendiciones? No la entiendo.

—¿Están casados el capitán Daur y usted? Sé que a veces se hace en secreto. ¿Tal vez lo hicieron antes de abandonar Menazoid Sigma?

—¿Casados? —respondió Elodie. Después tragó saliva—. No. No lo estamos.

—¿No? —preguntó Fazekiel.

—No, a menos que pueda estar casada y no lo sepa. ¿Podría haberse casado conmigo sin que yo lo supiera?

Fazekiel sonrió.

—No, señora.

—¿Ni siquiera rellenando formularios?

—No.

—Entonces no estamos casados.

Fazekiel frunció el ceño con una expresión triste.

—Entonces tenemos un problema. Los papeles que ha firmado forman parte de un certificado para obtener bonificaciones a la viudedad. Los beneficios que puede reclamar una esposa cuando su esposo muere en servicio. Es una pensión de viudedad, señora.

—Ah.

—Si no está casada, es una reclamación ilegal. Un intento de estafar al Munitorum. Por desgracia, este tipo de fraude es bastante común dada la gran cantidad de Guardias de servicio.

—No lo sabía —balbuceó Elodie—. Me dieron los papeles y los firmé. Me dijeron que estaban relacionados con el contrato de acompañamiento. No pretendía estafar a nadie. Por favor, no lo pretendía.

Fazekiel la miró con los ojos entrecerrados.

—La creo —dijo.

—Eso esperaba —dijo Ban Daur.

No lo habían oído entrar en la cámara. Estaba empapado de sudor y necesitaba una ducha. El entrenamiento de su compañía había terminado por hoy.

—¿Puedo escuchar esto desde el principio? —preguntó Daur.

—Ha salido a la luz una reclamación de pensión fraudulenta —dijo Fazekiel—. Su compañera estaba relacionada, pero yo creo que es inocente. Estoy obligada a investigar. Señora, ¿quién le entregó los formularios? ¿Quién le dijo que los firmase?

—Lo he olvidado. —Elodie caviló durante un momento—. No… fue Costin.

—¿Qué le dijo que eran?

—Me dijo que estaban relacionados con el contrato de acompañamiento. Estaban él y el capitán Meryn. Y había algunos soldados más, estoy segura. No recuerdo quiénes. Iban entregando los formularios al séquito. Decían que era papeleo rutinario. Y fue justo antes de que el hombre empezase a disparar.

Fazekiel asintió.

Elodie miró a Daur.

—No estamos casados, ¿verdad? —preguntó.

Daur se quedó perplejo. Se echó a reír y después paró.

—No —dijo—. Creo que te acordarías.

Elodie no se reía. Se levantó y se dirigió a uno de los armarios de la pared. Torpemente, con la única mano que tenía operativa, lo abrió y sacó los formularios de solicitud y se los mostró a Daur.

—¿Qué significa esto entonces? —Preguntó, y sacudió los documentos—. «Solicitud de permiso para contraer matrimonio». ¿Qué significa eso? ¿Por qué los rellenaste? Y si ibas a casarte conmigo, ¿por qué no me lo pediste? ¿Es por esa zorra?

—¿Qué? ¿Quién?

—¡Zhukova! ¡Esa maldita Zhukova!

—¿Qué?

Fazekiel se levantó.

—Capitán, voy a retirarme. Tengo que atender este asunto. Volveré con más preguntas. Está claro que necesita tener una conversación con la señora Dutana en la que yo no debo estar presente.

• • • • •

En el quinto circuito del transcurso de los entrenamientos, Felyx Chass resbaló y cayó sobre una pendiente de escalada. Estaba agotado, pero no quería mostrarlo. Quería impresionar a los demás Guardias. Siempre se había considerado en forma, pero aquel entrenamiento era muy duro.

Los Fantasmas, incluso los soldados que se habían unido a ellos, parecían mucho más fuertes y en forma. Incluso Dalin, que permanecía cerca para vigilarle, poseía unas reservas de resistencia que Felyx encontraba alarmantes. El rifle láser era un peso muerto en las manos del joven. Sentía que se quedaba rezagado y tropezaba en los ascensos, y se manejaba torpemente en los gateos.

Entonces se cayó.

—No estás muy acostumbrado a hacer esfuerzos, ¿eh? —señaló Didi Gendler mientras lo ayudaba a levantarse.

—Estoy bien.

—Probablemente te resulte demasiado duro después de la vida que has conocido —añadió Gendler. Había malicia en sus ojos.

—Estoy bien —dijo Felyx.

—¿No tienes a ninguna guardaespaldas que te lleve a hombros hoy? —preguntó Gendler.

—Está ocupada.

—Continúa, Gendler —dijo Ludd mientras se acercaba—. O te haré hacer el recorrido de nuevo.

—Sólo intentaba ayudar, señor —respondió éste antes de marcharse corriendo lanzándole una mirada tóxica a Felyx.

—Ve a descansar al banco —le dijo Ludd a Felyx.

—¿Por qué no me dispara? —respondió el joven.

—¿Qué?

—Ya tengo bastante que demostrar, así que no me lo haga más difícil. Piensan que no valgo nada. Que sólo soy un niño mimado.

—No piensan eso —dijo Ludd.

—Qué les den si es así. Voy a continuar, comisario. No quiero ningún trato de favor.

—Yo haré el recorrido con Chass —dijo Dalin acercándose y pasando a Felyx.

—Tú sigue adelante —le dijo Ludd.

—El Coronel-comisario me pidió que lo vigilara —dijo Dalin.

—Continuad entonces, los dos —dijo Ludd.

En los márgenes, observando el último de los ejercicios del día, Hark se detuvo junto a Kolea.

—Está claro que ambos lo adoran —dijo Hark.

—¿Quiénes? —preguntó Kolea.

—Mi chico y el tuyo, Gol. Nahum y Dalin. Mira cómo intentan competir por ser el nuevo mejor amigo de Chass.

—No son idiotas —dijo Kolea—. Estar cerca del hijo del comisario garantiza ascensos rápidos o buenos favores.

—El regimiento no funciona así —dijo Hark.

Kolea lo miró y sonrió. Después le dio al comisario unos golpecitos en el brazo.

—Para ser un tipo listo, a veces eres sorprendentemente ingenuo, Viktor —dijo—. Todos los regimientos funcionan así, incluso los mejores. Esto es la Guardia Imperial.

—Por fin lo encuentro —dijo Luna Fazekiel acercándose a ellos.

—¿Hay algún problema? —preguntó Hark.

—No lo sé. No sé qué pensar todavía.

La mujer le entregó a Hark los papeles doblados que llevaban la firma de Elodie Dutana.

—Quisiera saber qué opina que deberíamos hacer con esto —dijo.

• • • • •

—Ibas a pedirme que me casara contigo pero no lo hiciste —dijo Elodie.

—Eso no es en absoluto así —dijo Daur.

—¿Entonces para qué son estos papeles? ¿Esta solicitud?

—De acuerdo. Sí que es así. Más o menos.

Elodie inspiró profundamente.

—Entonces es por Zhukova —dijo demasiado pronto—. Aparece y tú reavivas vuestro viejo romance, y de repente casarse conmigo ya no parece tan buena idea…

—¡Por el Trono! —dijo Daur—. Escúchame, por favor. Zhukova no significa nada para mí. La conocí hace años, en los días de la Defensa de la Colmena en Verghast. Era increíblemente joven. E increíblemente estúpida. Se enamoraba de todo el mundo.

—¿Incluido tú? —preguntó Elodie.

—Sí, incluido yo. Le gustan… los hombres ambiciosos y de éxito. Los oficiales. Me tuvo en el punto de mira durante un tiempo, pero nunca fue correspondida. Sólo me resultó curioso volverla a ver. Me recordó los viejos tiempos, a viejos amigos que desaparecieron hace tiempo. Sólo estaba siendo amable.

Ella sollozó.

—¿Tan celosa estabas? —preguntó Daur.

—Sí. Y siempre lo estaré.

Él asintió y se encogió de hombros.

—Me siento honrado de ser el objeto de tales celos —dijo.

—¿Y qué hay de la solicitud? —preguntó—. Explica eso.

Él permaneció callado mucho rato.

—Quería pedirte que te casaras conmigo —dijo por fin, tranquilamente—. Organicé todo el papeleo, y lo dejé listo para el permiso por escrito de Gaunt. Después me di cuenta de que no era buen momento. Ya sabes lo que parecería.

—¿A qué te refieres?

—Los Guardias que se casan en vísperas de una guerra sólo lo hacen por un motivo.

—¿Y qué motivo es ese? —preguntó ella.

—Porque dan por hecho que van a morir —respondió Daur—. Quieren asegurarse de que su esposa tiene los papeles para reclamar la pensión de viudedad al Munitorum. Lo hacen para que sus esposas puedan disfrutar de los beneficios. Lo hacen porque no van a volver.

El capitán la miró.

—Yo quiero volver —dijo—. Y no quería que pensaras que no iba a hacerlo.

● ● ● ● ●

Curth no quería utilizar el sistema de comunicaciones de la nave ni enviar un mensaje a través de los canales. Era demasiado impersonal. De modo que acudió a las dependencias de Gaunt y llamó despacio a la escotilla.

Al no obtener respuesta, entró con la intención de dejarle una nota privada pidiéndole que fuese a hablar con ella.

Maddalena estaba justo saliendo del dormitorio. Estaba desnuda. Al ver a Curth, no cogió su ropa ni nada para cubrirse el cuerpo. Cogió su arma y apuntó a la doctora.

Curth lanzó un grito y dio un brinco con las manos levantadas. Gaunt salió enrollándose una sábana alrededor de la cintura.

—Baja eso —le dijo a Maddalena—. Es la doctora Curth.

Maddalena bajó el arma, la dejó a un lado y desapareció, desnuda y con sus largas piernas, hacia la habitación.

—Esto es muy incómodo —dijo Gaunt—. Lo lamento.

—Sí. No debería haber entrado sin permiso.

—Supongo que será importante, Ana.

Ella asintió.

—Por curiosidad, ¿cuánto tiempo lleva durando esto…?

Entonces se detuvo.

—Olvídalo —dijo cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza—. No es asunto mío y no debí preguntar.

Gaunt parecía incómodo. La cicatriz que cruzaba sus abdominales era antigua y pálida.

—Puedes preguntar —respondió—. Nos conocemos desde hace mucho. Empezó después de la conjunción. No sé lo que es. Es sólo sexo.

—Ah, bien —dijo Curth sin ninguna cordialidad.

Gaunt frunció el ceño. Parecía no saber qué decir.

—Sólo un consejo —añadió—, de amiga. Si yo fuera la chica del dormitorio y estuviese escuchando esta conversación, no creo que me gustase mucho oír que es «sólo sexo».

—Si fueras la chica del dormitorio… —empezó Gaunt.

—¿Qué?

—Ana, yo…

—¿Sabes qué, Ibram? Siempre pensé que yo sería la chica del dormitorio algún día. Qué gracioso.

Él dio otro paso hacia ella. El extremo de la sábana se enganchó en el marco de la puerta. Ella levantó una mano y se dio la vuelta.

—No —dijo—. Vístete y ven a verme a la enfermería, por favor. Te esperaré allí. He venido a buscarte porque Dorden se está muriendo. Se nos va. No le queda mucho tiempo, y creo que necesita que estés allí.

La doctora hizo una pausa.

—En realidad, no estoy segura de eso. Creo que está bastante contento. Creo que tú sí necesitas estar allí.

• • • • •

La mayor parte del regimiento había ido a los comedores para la cena. Las campanas del cambio de turno sonaban. Ella regresaba por uno de los pasillos centrales principales medio vacío cuando Blenner la vio.

—Doctora Curth, ¿ha muerto Dorden? —preguntó Blenner acercándose a ella preocupado.

—No, todavía no.

—Pero está llorando.

—Es por la tensión. Es una válvula de escape de la tensión, comisario.

—Estimada señora, ya le he dicho que sé cuando la gente miente —dijo—. Forma

parte de mi trabajo.

—Es la verdad —respondió ella.

—Pero no es toda la verdad.

Ella soltó una carcajada y se secó los ojos.

—Dorden va a morir. No puedo hacer nada al respecto. Forma parte del alma de este regimiento, y ha sido mi mentor y mi amigo y todo lo demás desde que me alisté. No sé que voy a hacer sin él, y acabo de darme cuenta de ello. He sabido que este momento llegaría durante meses, pero sólo ahora acaba de cobrar un horrible sentido. Va a dejarnos y se supone que nosotros debemos continuar.

Blenner asintió y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Y eso, sobre todo lo demás, ha hecho que me dé cuenta que nada ni nadie dura siempre. Nada vive eternamente, por mucho que queramos que así sea. Por mucho que nos esforcemos. Por muy pacientemente que esperemos. Ahora me doy cuenta.

—¿Estaba… esperando algo? —preguntó el comisario.

—Y esperé demasiado tiempo. Nunca va a suceder. Ahora lo sé.

Ella volvió a secarse los ojos y lo miró.

—Tengo que volver a la enfermería para asegurarme de que Dorden está cómodo. Tengo que esperar a Gaunt allí para hablar con él. Después voy a necesitar que alguien me anime de verdad. Voy a cogerme una borrachera importante, comisario Blenner. Y seguro que usted es la clase de persona con la que es divertido emborracharse.

—Mi reputación me precede.

—Necesitaré sacra. ¿Podrá conseguir un poco?

Él asintió.

—Pero creo que es justo que le advierta de que después de un par de bebidas, a veces olvido las formas, doctora Curth —añadió.

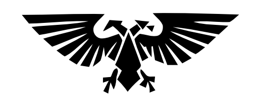
Ella le miró a los ojos.

—Llámame Ana —dijo.



QUINCE

Los márgenes



Las campanas tocaron y después sonó una sirena para alertar a todos a bordo de la inminente traslación.

Hubo una sacudida, un temblor que hizo crujir los huesos de la nave, y entraron sanos y salvos en el espacio real. Nuevas sirenas empezaron a sonar y una voz sintética repetía las palabras «Zona hostil, en pie de guerra» por el sistema de altavoces.

Spika los había llevado al objetivo tres días antes de lo esperado.

—Estamos decelerando hacia los Márgenes de los Mundos Exteriores —le dijo Spika a Gaunt y a Eadwine—. Los sistemas de navegación han confirmado nuestra posición y vector en el espacio real. Dieciséis horas de deceleración hacía el plano gravimétrico de este sistema basura, y después otras cinco mientras nos aproximamos al emplazamiento del objetivo. Desde este punto avanzaremos preparados para la batalla y con los escudos activados; ésta es una fase de silencio en las transmisiones. Sugiero que comiencen sus últimos preparativos. Deberían estar listos para el despliegue en un plazo de tres horas.

—Que sean cinco —dijo Gaunt.

Spika asintió.

—Iré enviando avisos cada media hora hasta entonces —dijo.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Gaunt.

A su lado, el marine espacial se rio entre dientes, como si aquella pregunta hubiese sido un capricho del coronel.

Spika arqueó las cejas y llamó a un oficial de cubierta. Las persianas del espacio real que cubrían los inmensos puentes de mando se abrieron y una débil luz amarilla entró en la sala. No había nada que ver excepto una turbia niebla marrón con un pequeño foco de luz en su esquina inferior derecha, como un reflejo de lente. Unas motas blancas, como granos de arena o copos de nieve pasaban brillando de largo en dirección estribor: un lúgubre vacío en el que la frágil luz disponible parecía estar coloreada con orina.

—¿Lo ves? —preguntó Eadwine.

—No veo nada —respondió Gaunt.

—Exacto —respondió el guardia de plata con tono áspero, divertido.

Spika alargó la mano, ajustó algunos de los diales de su consola de mando y ladró otra instrucción o dos a los oficiales de observación y resolución que se encontraban en los esculturales puestos del cogitador que había por debajo de él.

Una subestructura grande y cuadriculada se extendía desde la repisa de proa hasta cubrir todo el espacio del ventanal. Estaba compuesta de grueso cristal blindado e incrustada con sensores hololíticos y accionadores. La estructura estaba repleta de cables troncales blindados y grupos de pequeñas pantallas de repetición y monitores

secundarios. Se conectó, encendiendo una capa gráfica luminosa a través de la cuadrícula que pronto empezó a seccionar y a analizar. Unas bandas de datos sensoriales codificados por colores inundaron los extremos de la cuadrícula principal y las pantallas de los repetidores. Unas columnas de texto empezaron a extenderse. Spika ajustó los controles, centró las miras verdes principales en el foco de luz y empezó a aumentar el área hasta que la imagen hololítica llenó la cuadrícula y bloqueó la vista real.

Había un poco más de detalle. Ampliado, el foco blanco era una maraña de sólidos que se veía blanca por el brillo reflejado de la estrella local. Seguía estando borrosa y confusa, pero Gaunt veía lo bastante como para saber que no era un planetoide. No tenía una forma geométrica habitual. Era como un nudo, y unas faldas de materia enmarañada se extendían a una larga distancia detrás de él, como si las arrastrara, como el anillo roto de un gigante gaseoso. El efecto de «nieve» era más intenso en esta imagen. Había una gran densidad de copos blancos desplazándose, casi como el ruido estático. La imagen se parecía a algo pálido, descamado y sumergido que se veía bajo el agua, y estaba repleto de sedimentos y microorganismos.

—Eso —dijo Spika—. Es Salvation's Reach.

El marine espacial parecía ligeramente interesado.

—¿Y los copos? —preguntó Gaunt—. ¿Son interferencias?

—Residuos —respondió Spika sacudiendo la cabeza—. El campo de residuos es excepcionalmente denso, y se volverá cada vez más denso conforme nos acerquemos al objetivo. Nuestros escudos soportarán la mayor parte, pero habrá que maniobrar y eso alargará el tiempo de acercamiento.

—Lo que nos hará más vulnerables —dijo Eadwine.

Spika se encogió de hombros.

—Estaremos visibles más tiempo, sí —admitió el capitán—, pero el anillo de residuos también nos ocultará. Si hago bien mi trabajo, podemos acercarnos a la posición principal sin parecer nada más que otro trozo de basura flotante.

—A partir de aquí necesito que alguien vigile esto —dijo Gaunt.

—¿Por qué? —preguntó Eadwine.

—Tengo un mando operativo, hermano sargento. Según progresamos con esta incursión quiero reunir toda la información posible, tanto interior como exterior. Si el capitán identifica una amenaza, no quiero enterarme más tarde.

—La verás tú mismo —dijo Eadwine—. El strategium te ofrecerá bastante…

—Disculpa —dijo Gaunt—, pareces opinar a partir de la equivocada idea de que voy a estar en el puente de mando durante el ataque.

—Por supuesto —dijo Spika—. Dirigiendo la operación. Le he preparado un puesto. ¿Dónde si no iba a estar?

—Estaré dirigiendo el Ataque Beta desde el frente.

—¿Va… a bajar ahí? —preguntó Spika.

Eadwine emitió un sonido que se aproximaba a la risa.

—Siempre lo he hecho así —dijo Gaunt—. No enviaré a mis hombres a hacer algo para lo que yo mismo no estoy preparado.

—No me sorprende que le gustases a Veegum —dijo el marine espacial—. Hay un puesto para ti en el Ataque Alfa a mi lado.

—Se agradece. Pero tú conoces tu trabajo y yo conozco el mío. El mayor Kolea y el mayor Baskevyl dirigirán el regimiento contigo en el Alfa.

—¿Y el Ataque Gamma? —inquirió Eadwine.

—Lo dirigirán la mayor Petrushkevskaya y el capitán Daur —respondió Gaunt. Después se giró en su asiento y señaló la parte superior del puente de mando, al soldado Tanith que esperaba junto a la escotilla de acceso principal.

—Él es mi ayudante de campo, Beltayn. Lo quiero en mi puesto aquí, en el strategium, con acceso a sus sistemas de comunicación.

—Mis encargados de comunicación pueden transmitir todos los datos entre nosotros —dijo Spika.

—No lo dudo, pero le ruego que permita la presencia de Beltayn. Si él le traslada una orden de mi parte, cuenta con toda mi autoridad.

—Entiendo —dijo Spika.

—También debería ordenar a sus soldados que estén preparados —dijo Gaunt.

Spika frunció el ceño.

—De acuerdo. ¿Para un abordaje?

—Sí. Pero también para un contraabordaje. Abriremos canales hacia ese objetivo. Eso significa que si las cosas salen mal, pueden llegar hasta nosotros.

Gaunt se levantó. Los otros dos hicieron lo mismo.

—Preparémonos —dijo Gaunt.

Spika hizo la señal del aquila.

—El Emperador nos proteje —tronó Eadwine.

Gaunt salió del puente de mando con Beltayn detrás de él.

—Tú te quedarás allí —dijo Gaunt—. No es la persona más complaciente del Imperio, pero he dejado bien claro que tiene que cooperar. Tienes acceso. Lo retransmitirás todo. Si intenta enfrentarse a ti, házmelo saber y pásame al altavoz.

Beltayn asintió.

—El mayor Rawne y el mayor Kolea me han pedido que le diga que los preparativos ya han comenzado, señor —dijo—. Nos estamos armando, y los vehículos de asalto se están preparando en los hangares de cubierta listos para la carga. Tiene que aprobar y firmar esto.

El ayudante le entregó una placa de datos.

Gaunt la leyó mientras caminaba.

—Bien, al menos hay algo que celebrar —dijo autorizando el documento con una presión de su sello biométrico.

—El capitán Daur se pregunta… —empezó Beltayn.

—Sacaremos tiempo para ello —dijo Gaunt.

—El comisario Hark desea hablar con usted.

—Iré a verle —respondió Gaunt.

Hark les estaba esperando en la entrada del pasillo central.

—¿Qué sucede, Viktor? —preguntó el Coronel-comisario.

—Hemos descubierto una desgracia —dijo Hark.

El comisario había llevado a Gaunt a sus dependencias, donde Ludd, Fazekiel y Rawne les estaban esperando. Era una reunión privada. La habitación estaba esmeradamente limpia y ordenada, tal y como cabría esperar de un hombre como Viktor Hark.

—No me atrevo a utilizar la palabra «estafa» —dijo Hark—, porque no expresa adecuadamente lo monstruoso que es esto. Es un plan fraudulento ingenioso. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva sucediendo. Probablemente desde antes de que yo me uniese al regimiento. Posiblemente desde la Fundación.

Gaunt leyó los papeles que Hark y Fazekiel habían dispuesto sobre la mesa. Algunos estaban rotos o eran muy antiguos. Varias hojas eran copias recién imprimidas de fuentes de archivo. El Coronel-comisario apretó la mandíbula.

—Lo descubrimos por accidente —dijo Hark—. Y hay que reconocer que el mérito es de Luna. Ella lo descubrió. Es tan insidioso que era casi invisible.

—¿Qué es esto? —preguntó Gaunt sin dejar de estudiar los numerosos documentos.

—Por lo que hemos podido averiguar —dijo Fazekiel—, hay tres áreas principales de fraude, pero se solapan de manera significativa. En primer lugar están las solicitudes fraudulentas de pensiones de viudedad para mujeres que no existen.

—Son todo subvenciones de viudedad rellenadas con los nombres de soldados muertos —dijo Hark.

—En otras palabras, se estaban creando esposas ficticias y papeleo completado de manera retroactiva para que las solicitudes pudiesen hacerse bajo los nombres de los soldados fallecidos —dijo Fazekiel—. Pero también hay reclamaciones de pensiones de viudedad con los nombres de mujeres reales y de compañeros que llevan mucho tiempo muertos. Mujeres que fallecieron en Tanith o en Verghast. Y por último, hay mujeres reales, no casadas, como Elodie Dutana, cuyas identidades están siendo utilizadas como signatarias conyugales, lo cual es aún mejor que usar un nombre inventado.

—Las pagas individuales de viudedad son mínimas —dijo Hark—. Pero juntas, y en tales cantidades, y durante un espacio de tiempo tan largo…

El comisario se detuvo y se frotó el caballete de la nariz con los ojos cerrados.

—Alguien está generando unos torrentes de ingresos importante —dijo—. Están estafando al Munitorum. Es posible que el Munitorum ya esté al tanto del fraude, pero podría llevar años, o incluso décadas, antes de que una investigación dé con los autores.

—Probablemente cuentan con eso —dijo Rawne.

—Alguien está haciendo dinero de los muertos del regimiento —dijo Hark—. De los caídos en combate y de las víctimas civiles. Es una profanación. Es un acto monstruoso. Robar a los cadáveres. Robar de las tumbas.

—¿Sabemos quién está detrás de esto? —preguntó Gaunt con la cara blanca de ira.

—Todavía no estamos seguros de cómo se está reclamando el dinero —dijo Fazekiel— o adónde van a parar los pagos una vez reclamados. Podría estar blanqueándose a través de las cuentas del regimiento de alguna manera. Eso requeriría la confabulación del personal de los bajos escalones del Munitorum. Podrían estar blanqueándolo en timbas ilegales y en el mercado negro durante los períodos en la orilla.

—O podrían tenerlo metido en la bolsa de una gaita debajo de un colchón —dijo Rawne.

—Tenemos un nombre —dijo Hark—. Costin.

—Ese pequeño desgraciado —masculló Gaunt.

—No hay duda de que está involucrado —dijo Fazekiel—. Pero Hark y yo no creemos que lo haya hecho solo. Sospechamos que tiene cómplices. Y uno de ellos podría tener un cargo bastante importante.

—Sería muy difícil llevar esto a cabo sin contar con un amigo oficial que firmase de vez en cuando las tarjetas o las solicitudes —dijo Ludd.

—Hace años —dijo Gaunt— estuve a punto de ejecutar a Costin.

—Aexe Cardinal —asintió Rawne.

—Borracho. Idiota —silbó Gaunt—. Hizo que matasen a algunos hombres. A la mayor parte de la sección de Raglon. Pero me apiadé de él. Maldito sea.

—Tenemos un número de informes que indican que Costin es notablemente rico —dijo Fazekiel—. De permiso, siempre ha tenido dinero para comprar buena bebida y comida y para gastarlo en juego. Consigue amasec de mejor calidad que el de los veteranos.

—No ha podido hacerlo solo —dijo Gaunt—. ¿Con quién suele relacionarse?

—Con Gendler —dijo Hark.

—Y con Meryn —dijo Rawne.

—Pero no tenemos nada contra ninguno de ellos —dijo Fazekiel—. Costin es el único que tiene las manos manchadas, e incluso en su caso es circunstancial. No le hemos interrogado.

—Nada de interrogatorios. Quiero dar la orden de que se ejecute el castigo —dijo Gaunt. Ludd jamás había visto tanta furia contenida en Gaunt.

—No quiero ejecutar a nuestro único gancho —dijo Hark—, aunque sólo sea para que sirva de ejemplo para los demás.

—¿Y necesitamos esa clase de ejemplo unos horas antes de una incursión? —preguntó Fazekiel.

—No se va a librar de esto —dijo Gaunt—. Ninguno de los involucrados va a

escapar a su castigo.

—No estoy diciendo que lo hagan —dijo Hark—, pero creo que deberíamos actuar después del asalto. Si ejecutamos a Costin o esto sale a la luz, la moral general sufriría un duro golpe.

—La única razón para mantener con vida a ese ladrón de tumbas —dijo Rawne tranquilamente— es para poder golpearlo. Con vuestro permiso, yo le sacaré la verdad.

Hark y Gaunt intercambiaron miradas.

—Es la mejor manera —dijo Rawne—, teniendo en cuenta que esto fue todo idea mía.

Alzó la vista, desdeñoso de las miradas de horror de sus rostros.

—Tranquilos —dijo—. No lo hice. Pero fue idea mía. Fue hace años, justo después de dejar Tanith atrás. Recuerdo que me emborraché con Corbec y Larkin una noche y bromeamos sobre cómo podíamos ganar una fortuna con los muertos. Se convirtió en una broma regular, cómo podíamos compensarnos por tener una mierda de existencia reclamando las vidas perdidas en Tanith. Con el tiempo se convirtió en una broma de mal gusto, en humor negro. Nunca pensé que nadie sería tan retorcido como para intentarlo de verdad. No creo que nadie pensara que era capaz de hacerlo, que no es decir poco.

Gaunt se quitó la gorra y se peinó el pelo hacia atrás con los dedos.

—Hazlo —le dijo a Rawne—. Pero hagas lo que hagas, quiero saber con quién se acuesta Costin. ¿Quieres que miremos hacia otro lado, o prefieres contar con nuestra ayuda para sujetarlo?

Rawne sacudió la cabeza.

—Puedo yo solo. Le meteré el temor al Trono en el cuerpo y haré que delate a sus cómplices. Y no tendréis que hacer la vista gorda. Ni siquiera voy a tocarlo. Me bastará con decirle una palabra al oído. Bueno, dos palabras para ser exactos.

—No te preguntaré cuáles son —dijo Fazekiel.

Gaunt cogió uno de los documentos de la mesa.

—La única razón por la que perdoné a Costin en Aexe Cardinal fue porque Dorden me lo rogó —dijo.

El Coronel-comisario le mostró a Rawne el papel.

Era un formulario de solicitud de pensión de viudedad que beneficiaba a la esposa de Dorden, fallecida hacía mucho tiempo en Tanith.

• • • • •

Habían pasado seis horas. Las campanas empezaron a tocar para marcar la media hora. Durante las últimas dos horas había habido una serie regular de ruidos de

golpes sordos y repiqueteos. Los escombros del inmenso cinturón vertedero de Salvation's Reach se estaban volviendo tan densos que rebotaban en los escudos de la *Armaduke*.

El regimiento estaba casi preparado para la batalla. El ambiente estaba cargado de tensión como una carga eléctrica. Gaunt reunió a toda la fuerza en la plataforma de salida principal y ordenó al séquito que se congregase allí también. No había un orden formal por rangos ni escalones de mando. El grupo regimental estaba simplemente reunido frente a Gaunt. Todos los Fantasmas habían detenido sus tareas de preparación para asistir. Algunos llevaban sólo medio equipo, o tenían las manos oscuras de grasa de artillería. Las mujeres y los niños se reunieron alrededor de la atestada cubierta. Gaunt vio a Tona con Dalin y la niña. Curth y Kolding llegaron desde la enfermería con Dorden. El anciano, con la piel cenicienta, insistía en caminar.

—Deberías estar descansando —dijo Gaunt.

—¿Para qué? —preguntó Dorden.

—Sigo pensando…

Dorden sacudió la cabeza.

—Ana me ha administrado un opiáceo muy fuerte, Ibram —dijo—. Puedo levantarme de la cama y dar un paseo. No voy a perderme esto. De hecho, no tengo ninguna intención de perderme nada desde ahora hasta que me haya marchado.

—Podría ordenarte que permanecieras en cama —dijo Gaunt.

—Y yo podría desobedecerte —respondió Dorden—. ¿Qué ibas a hacer? ¿Dispararme?

Gaunt se echó a reír. Curth y Kolding intentaron no sonreír, aunque Gaunt sabía que a Curth la invadía al mismo tiempo la tristeza.

—Sólo quiero decir… —empezó Gaunt.

—Si es adiós —dijo Dorden— no quiero escucharlo.

Parte de la tripulación de la nave, incluidos varios oficiales superiores del puente de mando, estaban presentes también. Gaunt estaba a punto de subirse a una plataforma de carga para dirigirse a la multitud cuando llegaron los marines espaciales.

De pronto se hizo un rotundo silencio. Las tres figuras entraron lenta y pesadamente en el hangar y cruzaron la cubierta como ogros mientras la multitud se dividía para abrirles paso. Los Astartes vestían un blindaje especial que se había transferido a bordo durante la conjunción: armaduras viejas y ornamentadas de abordaje, preciadas reliquias de una antigüedad remota. Cada placa estaba decorada con los colores del Capítulo del portador. Eran obras pulidas y grabadas de los maestros artesanos, desgastadas y brillantes, con gran cantidad de capas y reforzadas para la defensa, góticas, cargadas de emblemas y de sellos de pureza. Cada guerrero portaba un inmenso escudo de abordaje con la forma de una semiaquila. Holofurnace llevaba una larga lanza de energía en la otra mano, Eadwine una espada sierra y Sar Af

tenía su inmensa mano derecha libre para manejar su bólter.

Sus yelmos poseían visores como puertas de rastrillo. Los gigantes se situaron enfrente de Gaunt. Holofurnace sostenía la lanza en posición horizontal a nivel del muslo.

Gaunt los saludó con un gesto de la cabeza y después miró al cuerpo del regimiento. La ciberáguila de dos cabezas se agitaba y aleteaba en su percha cercana.

Gaunt pronunció un discurso corto, sólo unas cuantas palabras. No hacía falta mucho más. Estaban preparados. Habían estado esperando una batalla real desde lago, y ahora iban a librarla.

Cuando terminó le dejó espacio a Zweil. El ayatani bendijo a la asamblea. Sólo por una vez, Zweil se ciñó a lo que tenía que hacer y prácticamente no se desvió del tema.

Al final de la bendición de Zweil, Gaunt hizo un gesto hacia Daur y Elodie y ambos se acercaron al frente. Gaunt leyó la petición, y los votos de matrimonio se juraron con el regimiento como testigo.

—El Emperador nos protege —dijo Gaunt a la pareja. Después miró a la asamblea de nuevo y repitió las palabras. El regimiento aclamó y aplaudió la unión.

Gaunt miró a Wilder.

—Capitán, por favor.

La banda no vestía su uniforme ceremonial. Llevaban sus uniformes de combate, pero habían traído sus instrumentos consigo. A la orden de Wilder, empezaron a tocar un querido himno de batalla del Imperio.

Daur y Elodie avanzaron juntos entre la multitud recibiendo felicitaciones. Cuando llegaron a la capitana Zhukova, Elodie dijo:

—Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó Zhukova realmente confundida.

—Da igual —respondió Daur.

● ● ● ● ●

Gaunt encontró a Sar Af hablando con Dorden. El viejo doctor parecía especialmente frágil junto al inmenso marine espacial que vestía su armadura de abordaje.

—Se está muriendo —le dijo Sar Af a Gaunt, como si fuese algo nuevo y acabase de surgir en la conversación.

—Lo sé —respondió Gaunt.

—Pero no tiene miedo —dijo Sar Af.

—No lo tengo —corroboró Dorden.

El cicatriz blanca asintió sabiamente.

Después miró a Gaunt.

—Y no conocerán el miedo —afirmó.

La banda seguía tocando mientras la multitud empezaba a dispersarse. Los guardias se despedían de los miembros de apoyo y del séquito y se apresuraban a marcharse para terminar con los preparativos. El capitán Daur se despidió de su reciente esposa con un último beso. Ezra caminó hasta el centro de la cámara, levantó el brazo y el águila descendió obedientemente desde la percha hasta su muñeca. Llevándola como si fuese un halconero, salió del hangar siguiendo a los exploradores y a los marines espaciales.

Cerca de una de las salidas, en medio del bullicio, Rawne estiró la mano y arrastró a Costin a un lado.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó Costin.

—Lo saben —dijo Rawne.

—¿El qué?

Rawne señaló con la cabeza hacia Gaunt, que estaba al otro lado de la cámara hablando con Hark y Ludd.

—Lo saben —repitió, con los ojos encapuchados y una malévola sonrisa en el rostro.

Costin parpadeó y empezó a temblar.

—¿Qué quiere decir? ¿De qué demonios está hablando? ¿Qué saben? ¿Qué saben?

La sonrisa de Rawne se extendió.

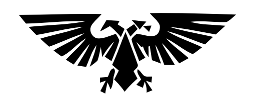
—Lo saben —repitió.

El mayor se dio la vuelta y se marchó, y Costin se quedó mirando cómo se alejaba con los ojos abiertos de par en par.



DIECISÉIS

Cuenta atrás



Las corrientes del espacio real y los caprichos de la disformidad se habían condensado en una inmensa nube de material en el foso de gravedad de los Márgenes de los Mundos Exteriores. Los escasos y pálidos soles parpadeaban como candelas en la profunda zanja de oscuridad y proyectaban su leve luz sobre una ingente capa de desechos.

En el lugar conocido como Salvation's Reach, el cinturón de basura hallaba su punto más espeso: una aglomeración monumental de escombros de casi doscientos mil kilómetros en su lado más grueso. En parte eran restos planetarios: rocas, polvo y otros minerales que formaban masas sólidas como cálculos o bezoares. Otros, en cambio, eran de origen artificial.

Había material tecnológico. Había partes de maquinaria. Estaban los cascos y los esqueletos de vehículos espaciales: naves, barcazas, cargueros, habitáculos de vacío y naves ultrapesadas, como un cementerio de siniestrados. Las naves perdidas que habían vagado durante años habían sido arrastradas hasta Salvation's Reach, y allí se habían reunido y enredado entre sí y, mediante la acción del deterioro y la presión gravítica, se habían fundido en un gran nudo de material que iba aumentando como un arrecife de metal.

Algunas de ellas eran imperiales. Otras no. Algunas eran de fabricación humana o derivadas de humanos. Otras no. Algunos de los restos más antiguos, los restos de naves imperiales perdidas, eran reliquias de la tecnología terrana y no se habían visto desde hacía tanto que ni siquiera el Adeptus Mechanicus las reconocía. Patrones viejos, deformados de un modo irrecuperable, se ocultaban en el silencioso residuo.

Algunos restos estaban tan desgastados y eran tan viejos y extraños que era imposible discernir su fuente o su función original.

El Mechanicus había organizado expediciones durante años, así como misiones de búsqueda inquisitoriales e innumerables iniciativas de búsqueda y rescate.

Pero los Márgenes eran inestables, inhóspitos y remotos, y los secretos que habían naufragado allí eran demasiado difíciles de recuperar.

La *Armaduke*, ajustando su curso mediante un avance suave por el espacio real, reptaba lentamente por aquel medio cada vez más atestado y se dirigía a la pepita de oro sólida y del tamaño de un planeta que había en su centro.

Durante la cruzada original de liberación de la Beata por los Mundos de Sabbat, los Márgenes habían sido el emplazamiento de una importante acción de armadas, un punto decisivo en las fortunas del Imperio que había puesto los intereses de los Mundos Sanguinarios y de su arconte en retirada. La leyenda decía que Salvation's Reach había sido el nombre de la nave insignia imperial, una nave que había defendido su terreno bajo el impresionante fuego enemigo y que pereció con toda la

tripulación, defendiendo la línea el tiempo suficiente como para que la victoria de la Santa fuese alcanzada. La leyenda decía que los escombros acumulados en el cinturón eran los restos de aquella titánica acción de flotas, los residuos del campo de batalla de una de las batallas en el espacio real más grandes del Borde.

Otras historias explicaban que Salvation's Reach era el nombre de un planeta, destruido durante aquella lucha en el vacío. Distintas leyendas decían que era el nombre de la nave ultrapesada enemiga que había sucumbido finalmente apenas minutos antes de fijar el blanco en el crucero de la Santa.

Según Spika, ninguna de las leyendas era más que verdades a medias. El campo de escombros incluía una gran cantidad de restos de guerra espacial, pero eran los residuos acumulados de miles de luchas que por casualidad habían acabado aquí, y no la devastación de una batalla en el lugar. Además, había demasiados tipos de tecnología, demasiadas especies distintas. El análisis del cogitador mostraba enormes diferencias en los años y el deterioro de las muestras de escombros. Algunas de las chatarras tenían sólo cien años. Otras, unos cuantos cientos de miles.

El propio Spika llevaba el timón. No era habitual, pero sus oficiales del puente de mando no lo cuestionaron. La inserción requería la pericia de un capitán. Debían avanzar de prisa y en silencio, pero su velocidad se veía limitada por la maniobrabilidad de la zona de residuos. Los escudos los protegían de la mayor parte, pero algunas piezas eran dos o tres veces el tamaño de la *Armaduke* y tenían que esquivarlas. Destruir los objetivos que se interponían en su camino era sólo una opción de emergencia. Spika no quería llamar la atención y delatar su llegada desintegrando un inmenso obstáculo con el fuego de las baterías.

El capitán también dejaba que el propio impulso de la velocidad les arrastrase siempre que era posible. Con una mano experta, estaba dejando que la *Armaduke* fuese de una medida correctiva a la siguiente, casi hasta el punto en el que la vieja nave había empezado a volcarse. Parecía otro resto mecánico más que vagaba hacia el centro. Era una simulación astuta. Si las fuerzas que moraban en el centro de metal de Salvation's Reach poseían sensores externos o cuadrículas de detección, la llegada de la *Armaduke* no se vería revelada por una trayectoria no balística. Spika mantenía los sistemas de propulsión a baja potencia, listos para pasar a plena potencia de repente para girar la nave o evitar alguna masa giratoria.

El ayudante de campo de Gaunt, Beltayn, había llegado al puente de mando y había ocupado una estación al lado del capitán, con acceso al strategium. Spika apenas le prestaba atención. Parecía un hombre bastante inteligente, pero no era más que otro dispositivo, y Spika estaba seguro de que tendría dificultades para distinguirlo entre una escuadra en un día o dos.

A lo que sí prestaba atención era a los datos que Beltayn había traído y cargado, con la ayuda de los técnicos hololíticos, en la pantalla principal del strategium. Era el plano esquemático más reciente de Salvation's Reach, extraído mediante un sondeo mnemónico de la mente del prisionero de Gaunt. Aquel hombre, aquel etogaur, había

sido sondado, interrogado y escaneado a diario desde su captura.

Según le habían explicado al capitán, el hombre era un desertor. Un desertor triple. No estaba claro, pero parecía ser que el etogaur en su día había sido un Guardia Imperial. Había sido capturado y convertido por las fuerzas del Archienemigo, y reclutado, por su formación y pericia por el terrible equipo del arconte conocido como el Pacto Sangriento. Después, por razones que Spika ni siquiera quería plantearse, el etogaur Mabbon había renunciado a esa alianza y había roto su pacto, y se había unido a los Hijos de Sek, otra fraternidad marcial. Los Hijos, como su nombre indicaba, eran un escalón consanguíneo fiel al magister Anakwanar Sek, aliado y teniente principal del Arconte.

No había duda de que era una alma atormentada, un corazón inquieto. El capitán se preguntaba cómo podía un hombre contener tanto en una sola vida. Formar parte de tres instituciones diferentes en las que generalmente se servía hasta la muerte. Tal vez el condicionamiento imperial original había triunfado al final, haciendo que Mabbon recuperase su lealtad al Emperador a pesar de todo.

De ser eso cierto, aquél sería un tremendo esfuerzo de fortaleza y devoción. De ser falso, se dirigían a su muerte.

Mabbon había llegado al bando imperial con datos cruciales. Sabía que la información que poseía sería lo único que lo mantendría con vida y evitaría una ejecución inmediata. Tenía datos, y tenía los medios para interpretar esos datos. A pesar de los escáneres psiónicos y los sondeos, había mantenido algunas cosas ocultas. Era lo bastante inteligente como para saber que tenía que revelar la información que poseía lentamente. Su vida se volvería superflua en el momento en que la entregase toda. Protegía su mente a través de la determinación condicionada de alguien que había ingresado y abandonado el Pacto Sangriento y a través de una variedad de codificaciones engramáticas. Antes de abandonar el servicio del Archienemigo había grabado en su mente datos relacionados con la instalación de Salvation's Reach utilizando un encriptador cerebral; una información que no podía extraerse sin más, sino que sólo podía recuperarse mediante una meditación metódica y repetida. Desde su captura, había estado recordando lentamente y componiendo una imagen para sus vigilantes del Imperio.

El centro de Salvation's Reach era un inmenso habitáculo de considerable tamaño, transformado para ser utilizado como una instalación y fábrica de desarrollo de artillería. Esta instalación la levantó originalmente el magister Heritor Asphodel bajo la instrucción del entonces Arconte Nadzybar. Era remota y pasaba inadvertida, y permitía la mejora y la prueba de sistemas de artillería, ya fuesen sistemas desarrollados por el genio loco Asphodel, artefactos alienígenas recuperados o presentes de los dementes Dioses del Caos.

Nadzybar había caído en Balhaut. Asphodel había perecido a manos de Gaunt en Verghast. La instalación seguía en pie, heredada por el Anarca Sek. La estaba utilizando para afianzar su posición y desarrollar un refuerzo de artillería para sus

Hijos. Era un arsenal, una reserva, un laboratorio. Según Mabbon, Sek sentía que debería haber heredado el manto del arconte tras Nadzybar. El Anarca estaba resentido por el prestigio conseguido por Gaur y, aunque obligado por la política marcial de los Mundos Sanguinarios a pactar con él, mostró poco respeto por el mando de éste en la campaña desde Balhaut. Sek envidiaba la autoridad de Gaur, y envidiaba su ejército personal disciplinado y revolucionario, el Pacto Sangriento. Reclutó con malas artes a guerreros del Pacto Sangriento como Mabbon para que le ayudaran a crear su propia fuerza, los hijos de Sek, y se dispuso a demostrar que merecía el título de arconte.

Era una reivindicación muy persuasiva. La primera década había demostrado que Urlock Gaur era un líder salvaje, capaz de ejercer una brutalidad extrema, incluso para los Poderes Ruinosos. Su Pacto Sangriento era sin duda sumamente efectivo.

También era descuidado y carecía de visión estratégica. Su estilo brusco y feroz de hacer la guerra le había hecho perder todo lo que había ganado. Lo llevó a retroceder hasta el Grupo Erinyes en una serie de derrotas catastróficas, y sólo allí consiguió resistir al ímpetu de Macaroth.

En cambio, el Marca Sek, un táctico mucho más ingenioso y voluble, se había desenvuelto a la perfección en el segundo frente de la Cruzada, asegurando y defendiendo los Sistemas Cabal frente a los esfuerzos más decididos del Imperio. Era completamente razonable esperar que si, mediante instalaciones como Salvation's Reach, Sek podía demostrar que era mejor líder que Gaur, más capaz, mejor servido y mejor equipado, las tribus de los Mundos Sanguinarios podrían desbancar a Gaur y considerarlo a él para llevar la corona del arconte y acabar con el estancamiento.

Dos consecuencias estaban claras. La ambición de Sek debía detenerse. El Marca era tan capaz que, si finalmente conseguía la autoridad suprema de arconte, haría inviable la prosecución continuada de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. El Imperio se vería obligado a retirarse y quizá a suspender las operaciones por completo.

Y más particularmente, ¿qué mejor resultado podría esperar el Imperio que contar con la frágil fractura entre el arconte y el Marca, y que Gaur y Sek se volvieran el uno contra el otro?

De vez en cuando, Spika miraba al plano esquemático de Salvation's Reach, que rotaba lentamente y que se proyectaba desde la mesa principal de la pantalla del strategium. Conforme se aproximaban, las lecturas reales del detector se superponían y refinaban los planos. Hasta ahora, la información de Mabbon había resultado ser sorprendentemente precisa.

Spika se preguntaba hasta qué punto. ¿Qué podría faltar? ¿Qué podría haber cambiado? Mabbon aseguraba haber estado en la instalación tres veces como parte de la fuerza de los Hijos, y había copiado su engrama memorístico de la estructura de archivos confidenciales en el Palacio del Anarca. Algunos detalles podrían haberse cambiado desde entonces.

El escáner de largo alcance ya había identificado las tres superficies preseleccionadas para los puntos de ataque: Alfa, Beta y Gamma.

El capitán tenía otra pregunta. Era algo que le había estado rondando la cabeza durante días y que había sido reacio a expresar.

La credibilidad de la misión se basaba en la creencia de que Mabbon Etogaur estaba de nuevo del lado de la causa imperial; que después de haber tomado un camino del que no debería haber habido retorno, había redescubierto su lealtad al Imperio y les había entregado, como acto de arrepentimiento y compensación, los medios para detener y desarmar a su mayor enemigo en la actualidad.

¿Y si sólo había vuelto al lado del Pacto Sangriento y estaba ahora manipulando al Imperio para que le hiciera el trabajo sucio a Urlock Gaur acabando con su rival principal?

• • • • •

Gaunt se abrochó el cinturón, comprobó el estado de su pistola bólter y la metió en la pistolera. Terminó de abotonarse la guerrera y después empezó a abrocharse el cinturón de la espada.

Maddalena salió del dormitorio. Se había vestido con una armadura de combate parcial, cara, ligera y adornada.

—Tú no vienes —dijo Gaunt.

—Lo sé, pero si la lucha nos salpica hasta aquí quiero estar preparada.

La guardaespaldas miró la espada de energía de Gaunt. Estaba en su estante, encima del armario, lista para entrar en su vaina: era la espada de energía de Hieronymo Sondar, un emblema de la Colmena Vervun y la gran victoria de Verghast contra los Poderes Ruinosos.

—Deberías enseñarle eso —dijo.

—¿A Felyx?

—Sí. Deberías mostrarle esa espada. Explicarle lo que hiciste para conseguirla.

—Ya lo sabe —dijo Gaunt.

—Claro que lo sabe —dijo ella—, pero eso no significa que no sea importante que te oiga contárselo.

Gaunt cogió la espada, activó su campo brevemente, sintió el latido de su energía, la desactivó y la envainó.

—Lo tendré en cuenta —dijo.

Alguien llamó a la puerta del camarote. A Gaunt había empezado a gustarle cómo Maddalena apuntaba con su arma a la más mínima, dispuesta a luchar y a proteger.

—Ve a la habitación —le dijo.

Ella arqueó las cejas.

—No creo que tengamos tiempo —dijo.

Él se echó a reír, aunque aquél era un momento demasiado serio. Ella se levantó y desapareció.

Gol Kolea estaba esperando en la puerta, con la armadura completa y el arma colgada. Su saludo indicó a Gaunt que se trataba de una visita oficial.

—El regimiento de combate está listo y preparado, señor —dijo—. El Ataque Alfa está reunido en la cubierta de salida principal. El Ataque Beta le espera en la bodega lateral dieciséis. El Ataque Gamma está reunido en la bodega lateral treinta y nueve.

—Gracias, mayor. ¿Tiempo para alcanzar el objetivo?

—Se calcula en cinco horas y dieciséis minutos, señor.

—Informa al capitán de que estamos preparados.

—De acuerdo.

—¿Algo más, Gol?

Kolea negó con la cabeza.

—El estado de ánimo es bueno —dijo—. Teniendo en cuenta las circunstancias, quiero decir: todo el camino hasta aquí y el carácter extremo de la misión. Creo que los Fantasmas llevan alejados de la lucha demasiado tiempo. Para algunos, hace tanto tiempo que creían que jamás volverían a marchar. Necesitamos esto.

—Necesitamos ganar esto —dijo Gaunt.

—Por supuesto, señor. Eso siempre es cierto. En el plano general, necesitamos ganar esta batalla. Pero para nosotros, para el regimiento, necesitamos hacerlo sin más, ganemos o perdamos. Necesitamos derramar sangre de nuevo o no valdremos para nada.

Gaunt asintió.

—Entiendo lo que dices. Creo que estamos preparados para derramar sangre.

Kolea señaló con la mirada la espada de energía de Gaunt.

—Podría mostrársela al chico en algún momento.

Gaunt frunció el ceño enfadado. Kolea levantó las manos de manera pacífica.

—Lo sé, lo sé —dijo—. No soy precisamente la persona más indicada para dar consejos sobre cómo ser buen padre.

—No es eso —dijo Gaunt—. ¿Has estado hablando con alguien?

—No.

—No eres la primera persona que me dice eso.

Kolea se encogió de hombros.

—A los Fantasmas todavía no les gusta mucho el chico, señor —dijo—. Para ser sincero, es un extraño para ellos. Pero creo que acabará gustándoles. Creo que le respetarán porque es suyo. Pero creo que tendrá usted que demostrarles que también le respeta.

Gaunt no respondió. Se puso la gorra y recogió sus guantes.

—Iré contigo e inspeccionaré a los grupos —dijo.

Kolea se volvió hacia el camarote aparentemente vacío y señaló con la barbilla.

—¿No vas a despedirte primero? —preguntó.

Gaunt se vio obligado a esbozar una media sonrisa.

—No se te escapa una, ¿verdad, Gol?

Kolea se echó a reír.

—No lo desapruebo, señor. No es asunto mío. Y es una mujer atractiva.

—También estará aquí cuando regrese —dijo Gaunt.

El Coronel-comisario cerró la puerta del camarote tras él y se alejó por el pasillo con Kolea.

—Eso es lo que me gusta oír —dijo Kolea—. Confianza.

—¿En que estará aquí?

—No —respondió—. En que va a regresar.

• • • • •

La auténtica escala de la masa de escombros se fue volviendo más clara conforme se aproximaban. La *Armaduke* era sólo una mota de polvo entre las billones de motas que rodeaban el vasto bolo de materia. Salvation's Reach era un planetoide, un planeta verdadero, sólo que su masa no era esférica. Era un lingote colosal lleno de bultos que se aplanaba con forma de disco en las extremidades donde la gravedad lo había modelado.

A través de los visores y las teleimágenes exteriores, Spika decidió que su superficie era similar a algunas naves orkas con las que se había topado, sólo que con menos precisión. El capitán vio un revoltijo de material mecánico comprimido, como máquinas destrozadas y entremezcladas por un compactador industrial. Había cañones y desfiladeros, picos afilados y mesetas, profundas fisuras y llanuras casi lisas de estructuras de cascos. Nadando a través del denso enjambre de chatarra, la *Armaduke* se vio a sí misma deslizándose por mareas negras flotantes de prometio y otros líquidos y partículas, sustancias que habían escapado de la masa principal que se había desangrado en el espacio.

Las bodegas laterales dieciséis y treinta y nueve estaban a unos seiscientos sesenta metros de distancia la una de la otra en el lado babor de la *Armaduke*. Ambas tenían grandes escotillas exteriores blindadas equipadas con generadores de campo atmosférico. Antes de partir de Menazoid Sigma, los alrededores de la escotilla de ambas aperturas se había reforzado con collares de amortiguación vulcanizados.

Spika inició el acercamiento final. Aparte de los diques secos orbitales, la *Armaduke* jamás se había posicionado tan cerca de un objeto más grande que ella. A él le resultaba contraintuitivo, aunque todos los sistemas estaban en verde. Ese tipo de naves estaban diseñadas para la libertad del vacío, no para arrimarse a las capas exteriores de una megaestructura como una pulga en el pelaje de un grox. Spika se

había visto obligado a cancelar y silenciar todas las alarmas de proximidad y a ajustar fundamentalmente la estabilidad inercial de la nave para contrarrestar la carga gravimétrica. La propia nave parecía sentir que la maniobra era incorrecta. Al igual que el capitán, la *Armaduke* se mostraba reacia, ya que parecía que iba a estrellarse de manera deliberada contra la superficie de un planeta. La estructura del casco crujía y gruñía con inquietud. Las correcciones pasaron a ser tremendamente sutiles.

Con un ruido sordo y prolongado y un chirrido espeluznante que tembló por toda la nave y que parecía emitirse desde alguna cavidad inmensa y resonante, la *Armaduke* se detuvo contra la piel del Reach.

Spika desconectó los propulsores y las hélices de corrección. Activó las abrazaderas magnéticas y las anclas inerciales.

Después se volvió a Beltayn.

—Informe a su comandante de que puede proceder con la misión —dijo.

• • • • •

En las bodegas laterales dieciséis y treinta y nueve, los equipos de técnicos se dirigieron hacia las puertas exteriores, erigiendo pantallas protectoras y deflectores por lo que sería su espacio de trabajo. Varios de ellos esperaron a que las luces indicadoras de los paneles de control de los generadores de campo atmosférico se pusieran en verde. Para garantizar los resultados, ungieron los paneles y murmuraron las propiciaciones adecuadas. Los procesadores zumbaban y latían. La maquinaria se colocó delante de las escotillas y los cables de energía se desconectaron. Los equipos de servidores avanzaron y se prepararon con mangueras de presión que se alimentaban de las reservas de agua en el interior de la piel de la *Armaduke*, una agua oscura y grumosa a causa del hielo.

Tras las barreras de protección del cuerpo principal de cada bodega, reunidos con sus equipos y artillería, los equipos de ataque esperaban sentados. Algunos charlaban tranquilamente, otros volvían a comprobar sus armas o su equipo especializado, algunos murmuraban bendiciones o fumaban pitillos de lho y otros se echaban una siesta.

Unos cuantos observaban trabajar a los técnicos. Los Fantasmas estaban dudosos. Aquel no era su campo de especialidad. De vez en cuando, algún chillido metálico resonaba por la nave, un chirrido procedente de la superficie sobre la que descansaba el casco del crucero contra la mole del mundo de restos de metal en el que habían atracado. Los Fantasmas se sobresaltaban, hacían la señal del águila y miraban a su alrededor buscando la fuente del estruendo.

Durante veinte largos y nerviosos minutos después de que la *Armaduke* se acurrucase contra el Reach, las luces se volvieron verdes en las bodegas dieciséis y

treinta y nueve casi de manera simultánea. Tras un asentimiento del técnico jefe, Gaunt cogió un auricular del oficial de comunicaciones que estaba esperando y llamó a la mayor Pasha que se encontraba en la bodega lateral treinta y nueve.

—Tenemos luz verde —informó ella.

—Los campos están estabilizados —convino Gaunt—. Da la orden de abrir tu escotilla.

—El emperador nos protege —respondió Petrushkevskaya. Gaunt miró al técnico jefe.

—Abra —dijo.

El hombre asintió, se volvió e hizo una señal a la galería de la plataforma, donde los oficiales de carga activaron los controles de la escotilla.

Se escuchó un leve repiqueteo. Gaunt se giró y vio que el grupo de Ataque Beta se había levantado, en masa, con las armas preparadas.

Sabía muy bien que esa escena casi idéntica estaba teniendo lugar en la bodega treinta y nueve.

Hubo un golpe sordo, un silbido de los pistones del sistema de sellado de compresión, un ronroneo de los motores del reactor y la inmensa escotilla exterior de la bodega empezó a abrirse. De manera efectiva, la pared del casco lateral de la plataforma se deslizó a un lado.

La luz de la bodega revelaba lo que había al otro lado: otra pared, ennegrecida y llena de costras, deteriorada por la edad y erosionada por el vacío, llena de bultos y corroída, fundida y ampollada. Así era la piel exterior del Reach.

Las luces de alarma parpadeaban, advirtiendo de que el campo atmosférico que rodeaba los amortiguadores de acoplamiento estaba luchando por mantener un sello. No había peligro de descompresión explosiva hacia el duro vacío exterior, pero Gaunt sentía la cortante brisa de los escapes lentos: el aire saliendo despedido alrededor del sello inexacto.

—¿Pueden estabilizarla? —preguntó.

Los técnicos ya estaban realizando ajustes a la forma y el tamaño del campo atmosférico mediante la estación de control. Nuevas oraciones de eficacia se ofrecieron a los espíritus máquina. Lentamente, las luces dejaron de parpadear y los escapes de aire cesaron de inmediato.

Silencio. Silencio aparte del muy distante crujido y chirrido del metal contra el metal.

Gaunt pasó las pantallas de protección que había justo enfrente de la piel exterior expuesta del Reach. Era desagradable, como tejido cicatrizado de metal ennegrecido, irregular y retorcido en comparación a las estructuras frías y húmedas pero limpias de la bodega de la *Armaduke*.

Gaunt se quitó el guante, alargó la mano desnuda y tocó el metal extraño. Acababa de empezar a calentarse por el calor ambiental de la atmósfera de la bodega. Gaunt sintió una eternidad de frío vacío, el legado de la oscuridad desprovista de aire.

Sintió los gélidos contornos de amenazas y promesas.

El Coronel-comisario se volvió hacia el técnico jefe.

—Preparaos para cortarlo —ordenó.

El oficial de comunicaciones estaba a su lado. Gaunt transmitió la misma orden a la mayor Pasha y después cambio los canales para hablar con el capitán Spika.

—Aquí puente de mando.

—Capitán, por favor, señalice el despegue del Ataque Alfa. La orden está dada.

—Recibido.

El ingeniero de despegue Goodchild volvió a colocar el cuerno de voz en su gancho, se levantó y se acercó a la plancha de metal de su galería de supervisión. La mesa de control de latón había sido purificada y bendecida, y los sellos votivos, tiras de papel inscritas fijadas con cera y un listón rojo, se habían retirado de las palancas y los diales de control.

Goodchild sólo tuvo que decir una palabra. Sus servidores y técnicos se pusieron en marcha. Unos pistones engrasados empezaron a elevar secciones de la cubierta. Los conductos de escape se abrieron con un castañeteo. Los sistemas de iluminación primaria y secundaria de la plataforma de excursión principal se atenuaron en un color azul frío, y las luces de emergencia amarillas empezaron a parpadear. Hubo un descenso de presión conforme las puertas principales y las puertas exteriores espaciales se abrían como pétalos de una flor. La capa atmosférica se ajustó en consecuencia. La fuerza del campo alcanzó sus niveles máximos. Las voces murmuraban a su alrededor: el zumbido augmético de los servidores que pronunciaban sin pensar una serie de cifras de calibración técnica y la monótona repetición de los adeptos de la tripulación de vuelo repitiendo los catecismos del servicio y el deber.

En la cubierta principal inferior, grupos de ordenanzas, muchos de ellos siervos pseudohumanos creados en masa, recogían las cuerdas de cable y las amarras, enrollándolas alrededor de los tambores bajo cubierta. Los primeros seis botes de la plataforma principal estaban preparados y en espera, con los sistemas de despegue activados. Los elevadores de cubierta estaban levantando ya la siguiente ola de embarcaciones desde el hangar de aparcamiento. Era poco frecuente que naves pequeñas como los cazas Arvus y los atmosféricos Falco fuesen elevados o reposicionados con personal a bordo, pero el capitán le había expresado a Goodchild la importancia de un despegue rápido. Llenas de soldados y equipos de asalto, las naves estaban siendo cargadas en la plataforma de despegue como municiones en un arma.

La primera embarcación se elevó y empezó a acelerar hacia las puertas espaciales. Era la inmensa gigante que Goodchild había visto a bordo en el sol de Tavis, una bestia marcial con los colores de la Guardia de Plata. Era una nave de clase *Caestus*, un ariete de asalto de un antiguo diseño del Adeptus Astartes, una máquina construida para acciones de abordaje. Sus turborreactores traseros se encendieron con

una luz amarilla incandescente mientras se aproximaba a la puerta y después se volvió de un intenso verde al atravesar el neblinoso extremo del campo atmosférico hacia el duro espacio.

A ésta la siguieron los primeros transportes de asalto: naves de clase Arvus, tanto en su variante larga como estándar, seguidas de cuatro botes Falco. Despegaron por parejas, y sus motores producían sonidos más estridentes y agudos comparados con la vibración gutural del *Caestus*. Los sonidos del motor se desvanecieron en cuanto las pequeñas naves abandonaron el campo atmosférico.

La segunda ola de despegue ya estaba deslizándose por la rampa.

Goodchild volvió a acercarse a su estación de comunicación y levantó el cuerno.

—Tenemos condiciones de despegue —informó—. Despegue en progreso.

• • • • •

Con el micrófono de comunicación preparado en la mano, Beltayn observaba al capitán y al resto de oficiales superiores del puente de mando reunidos alrededor de la luminosa consola del strategium. En el hololito, unas pequeñas manchas de luz iban saliendo de la proyectada *Armaduke* y se colocaban en formación alrededor de la grieta de la estructura del Reach. Spika había aumentado la resolución, de modo que no todo el Reach se estaba proyectando. Beltayn veía los pequeños grupos de luces rápidas, como semillas de neón, recorrer la irregular topografía del casco del Reach lejos de la *Armaduke* y volando muy bajo, cerca del terreno para evitar ser detectadas. El ayudante de campo de Rawne advirtió el modo en que Spika golpeteaba con las puntas de los dedos la barandilla del strategium mientras observaba. Había un ligero hedor agrio en el puente de mando, el olor a adrenalina. Y no provenía sólo de la tripulación estresada: conectados biológicamente a los sistemas neurológicos de la nave, los pseudohumanos y los siervos también estaban reaccionando a la tensión.

La nave en sí estaba nerviosa.

—Ataque Alfa a diez minutos del objetivo —anunció uno de los oficiales.

Spika asintió. Seguía golpeteando con las puntas de los dedos.

• • • • •

Al timón del *Caestus*, el piloto servidor Terek-8-10 mantenía un rumbo constante. Sus manos bioquímicas descansaban sobre los controles del timón, aunque dirigía la pesada máquina a través del enlace de impulso neuronal de sus clavijas augméticas. El control manual era sólo para emergencias. Las cámaras de sus corazones

reaccionaban con la potencia de los motores a ambos lados de él. La visión frontal a través de la pequeña ventana de proa estaba restringida. Seguía un curso cerrado a través de la geografía quebrada de la superficie de la zona objetivo que había elaborado el áuspex y que se proyectaba mediante un navegador hololítico. El *Caestus* estaba dirigiendo el vuelo de asalto, desviándose alrededor de pendientes de escombros, ladeándose en postes destrozados, pegándose a los suelos de barrancos y simas de metal e incluso volando por debajo de puentes creados por accidente y afloramientos de maquinaria destruida.

El áuspex trasero mostraba las lanzaderas de los soldados pegadas a él, siguiendo su paso. Terek-8-10 también detectaba señales vitales constantes de los tres individuos sujetos en las abrazaderas de supresión inercial en los compartimentos blindados de los dos salientes del casco que tenía debajo y delante de él.

Las señales eran increíblemente lentas, como si los individuos estuvieran tan tranquilos que casi se hubieran dormido.

Terek-8-10 activó los servidores de artillería y sus frágiles ritmos se encendieron junto a los tres pulsos lentos y pesados.

—Cuatro minutos —anunció el piloto servidor, vocalizando y separando cada palabra.

En la bodega lateral dieciséis, Gaunt observaba a los técnicos colocar la perforadora Hades en posición. Su inmensa cabeza cortante estaba a tan sólo un pelo de la superficie del casco expuesto del Reach. Sobre sus sistemas se estaban realizando las últimas bendiciones.

El técnico jefe miró a Gaunt.

Gaunt levantó tres dedos.

«Faltan tres minutos».

El Arvus se sacudía con fuerza. Una inesperada energía electromagnética inundó los barrancos y los cañones de la piel de metal de Salvation’s Reach. No era el vuelo más agradable que hubiese realizado Gol Kolea.

La bodega de carga de un caza Arvus no ofrecía ninguna visibilidad y era bastante incómoda. La caja de metal desnudo se había extraído para permitir que los soldados listos para el combate se sentasen y para dejar espacio a su equipamiento. Estaban sentados con los cinturones abrochados en filas mirándose de frente, con las espaldas pegadas al casco, sintiendo todas las sacudidas en la columna. No había ventanas, sólo una rendija que daba al minúsculo compartimento del timón. El Arvus era una bestia de carga diseñada para cargar y transportar. Las comodidades y los lujos nunca se habían tenido en cuenta.

Kolea se revolvía en su asiento. Tenía su rifle láser en vertical entre sus rodillas, y el arnés y el respirador abrochados alrededor del cuello. Por cómo se habían distribuido los escudos de abordaje, apenas tenía espacio para los pies.

Estaba justo al lado de la escotilla trasera de desembarco, listo para liderar la salida. Echó un vistazo por la bodega. Los miembros de la Compañía C soportaban

bien el viaje y la mayoría miraba directamente al frente o al suelo: Caober y Wersun; Derin; Neith, Starck y Lyse con su lanzallamas; y Bool y Mkan con las armas de calibre 30.

Enfrente de él, con el hombro apoyado en la escotilla, estaba Rerval, el ayudante de campo de la compañía de Kolea.

—Dos minutos —dijo Rerval—. Ya casi hemos llegado.

—Sí —contestó Kolea—. Las cosas irán mucho mejor cuando nos estén disparando.

El líquido que goteaba de las mangueras preparadas hedía a prometio y a óxido. A Ban Daur aquel olor le recordaba la lluvia que caía sobre el Hass Occidental y sobre las partes superiores de la fortaleza de la Colmena Vervun. Una lluvia ácida, contaminada por las fábricas de metal y las plantas de ingeniería.

El capitán recorrió la longitud de la bodega lateral treinta y nueve revisando a las escuadras del Ataque Gamma. Los Fantasmas estaban formados tras la línea de las barreras protectoras. Había un ambiente de irritabilidad. La mitad de la fuerza reunida era verghastita, los nuevos de la compañía de la mayor Petrushkevskaya. A pesar de sus vínculos y orígenes comunes, estos soldados no habían luchado nunca junto a los Fantasmas y todavía tenían que demostrar que eran dignos de llamarse así.

Saludó con la cabeza a Vivvo, a Noa Vadim, a Pollo y a Nirriam y Vahgner. Después se paró a hablar con Seena y Arilla, con sus armas pesadas de calibre 30. Se detuvo a bromear con Spetnin, el número dos de la mayor Pasha.

Maggs estaba esperando con Haller, Raglon y la primera ola de tiradores: Merrt, Questa y Nessa, que llevaban sus armas láser de largo alcance sobre los hombros. El grupo entero estaba pendiente de Mohr, el ayudante de campo de Daur, que se había arrodillado junto al comunicador, escuchando.

—¿Todo listo? —preguntó Daur.

—Desde hace meses —respondió Haller.

Daur sonrió. Conocía a Haller desde hacía mucho tiempo. Habían servido en la Defensa de la Colmena Vervun juntos. Sin duda, Haller también reconocería el olor a la lluvia del Hass Occidental. Nunca había tenido la determinación y la capacidad de destacar como Daur, pero el capitán sabía lo duro que había estado entrenando durante los últimos meses para asegurase el liderazgo de uno de los equipos de barrido del Ataque Gamma.

La mayor Pasha se unió a ellos, con Hark. El comisario estaba colocándose bien la gorra y se encontraba listo para despegar. Daur vio que la pesada pistolera de cuero de la pistola de plasma de Hark estaba desabrochada.

—Un minuto —anunció Mohr.

La iluminación de los compartimentos del saliente del casco del *Caestus* se volvió roja. Asegurados en sus abrazaderas, Holofurnace, Sar Af y Eadwine apenas advirtieron la notificación.

Pero sus puños cubiertos de acero se cerraron alrededor de las empuñaduras de

sus armas.

El piloto servidor Terek-8-10 comprobó las pantallas. Los últimos segundos de datos las inundaban. Los resultados actuales de detección y los escáneres del áuspex a tiempo real sustituyeron a los datos predichos y a los escáneres menos exactos tomados en la distancia.

El Objetivo de Ingreso Principal se había designado antes de despegar, tras un análisis detallado. Era un lugar que, en las resoluciones distantes, parecía ser una puerta o una escotilla importante, una de las entradas principales a la instalación de Salvation's Reach. Ahora, conforme se aproximaban, los sistemas revelaban que la escotilla era en realidad un conjunto de ruinas muy deterioradas, parte de la arquitectura desechada. Unas señales térmicas y energéticas mostraban una pequeña estructura de entrada, todavía lo bastante grande como para soportar el peso de la nave, que parecía ser la más reciente y de uso regular. Esta segunda puerta estaba más abajo y a la izquierda de lo que, según insistía el plano, debería ser el Objetivo de Ingreso Principal. Los escáneres de densidad mostraban que el Ingreso Principal estaba reforzado y cubierto de morralla y desechos.

Terek-8-10 no tomó una decisión consciente. El piloto servidor procesó los datos revisados y ajustó su perfil de misión para un efecto óptimo. Un ajuste manual hábil, a dieciséis segundos para el contacto, viró al *Caestus* hacia abajo y hacia la izquierda. La entrada secundaria pasó a convertirse en el nuevo objetivo seleccionado y a colocarse en el centro de la mira de las placas de datos y monitores. Parecía la pared de un acantilado, la pared de un acantilado hecha de metal oscuro, manchado y perforado.

Terek-8-10 activó los turborreactores auxiliares.

Los propulsores de fuego corto se encendieron y el *Caestus* salió despedido como si un gigante le hubiese dado una patada por detrás. A ocho segundos de la pared del acantilado, las baterías de misiles instaladas en las alas del *Caestus* descargaron su virulento banco de micromisiles. Al mismo tiempo, el magna-cañón de fusión instalado entre los salientes descargó.

El radiante estallido del cañón de calor arrugó y combó la pared de metal. La estructura de la escotilla de entrada burbujeó y se derritió, escupiendo un géiser de burbujas al rojo vivo hacia el vacío como el cieno del fondo de un estanque cuando se agita. El epicentro del golpe quedó como una herida sangrante de metal al rojo vivo, un cráter brillante que casi penetró la piel reforzada del casco.

Menos de un segundo después, el despliegue de los micromisiles Firefury impactaron; un ataque de saturación que aniquiló la ya comprometida estructura de la puerta.

Se produjo un fogonazo con efecto estroboscópico ultrarrápido por las múltiples detonaciones, y la puerta quedó destrozada: primero voló y después salió despedida cuando la plataforma presurizada detrás de ésta se descomprimió de repente. En los últimos segundos, la *Caestus* se encontró volando en una bola de fuego que se

arremolinaba y escupía una tormenta de escombros que granizó sobre sus escudos de proa y su casco blindado, arañándolo. Terek-8-10 mantuvo el rumbo firme a pesar de las monumentales turbulencias. Visualmente ciego y con los escáneres en blanco por el estallido de energía, Terek-8-10 disparó el cañón de calor dos veces más de todos modos y lanzó una energía devastadora hacia la herida abierta de la plataforma de aterrizaje volada.

Los últimos segundos se agotaron. Su tiempo de vuelo había concluido con menos de un segundo de variación entre la duración del tiempo predicho y el tiempo real que había transcurrido.

El *Caestus* estaba dentro de Salvation's Reach.

Se abrió paso a través de la creciente bola de fuego hacia el interior a máxima velocidad. La plataforma de aterrizaje era un área de tamaño considerable. La descompresión explosiva la había convertido en un caos absoluto. Unos servidores, vehículos y cajas de carga e incluso miembros del personal llegaban rodando hacia ellos dando volteretas, empujados por la fuerza del aire que escapaba. Algunos de ellos estaban en llamas. Una nave pequeña y ligera dio vueltas de campana hacia ellos, derribó el puente de una grúa, se quedó boca abajo y chocó contra el Saliente de estribor del *Caestus* que seguía disparando. El saliente la partió en dos y salió despedida por encima de la sección del impulsor. El bote destrozado rebotó contra el techo, y las alas y los bloques del motor se hicieron añicos y se esparcieron.

Los cañonazos a ciegas de Terek-8-10 habían agujereado el interior de la plataforma y habían derretido otras dos lanzaderas amarradas. Dos o tres de los micromisiles habían entrado en el hangar sin toparse con ningún obstáculo. Detonaron en el interior cuando por fin dieron con objetos sólidos. El *Caestus* atravesó el puente de una grúa y dobló las vigas y la estructura andamiada a su alrededor como una guirnalda. El armazón arrastrado arrancó dos pequeñas lanzaderas de sus amarres en el techo.

El *Caestus* casi se había quedado sin espacio. El extremo de la plataforma de atraque era otra escotilla. Activadas de forma automática, unas puertas a prueba de explosiones se estaban cerrando ante la chamuscada y sucia escotilla.

Terek-8-10 disparó el cañón y lanzó una lanza de energía delante de la *Caestus*. Los turborreactores habían dejado de funcionar, pero el servidor piloto volvió a activarlos utilizando la reserva de combustible, aprovechando un último impulso.

Las puertas interiores no explotaron. Se combaron bajo el fuego de fusión formando pústulas y costras de cromo fundido que soltaban copos de metal como si fuera piel muerta. Todavía dejando trozos de estructura del puente retorcida tras él como serpentinas, el *Caestus* se estrelló contra las puertas interiores.

Esta vez sí que explotaron.

El impacto rompió las puertas. Dobló una horizontalmente y la arrancó del marco. La otra, más debilitada que la anterior por los daños de fusión, se rompió como el papel mojado o el tejido dañado, salpicando al *Caestus* con metal líquido

sobrecalentado.

El *Caestus* entró a través de las puertas del muelle secundario, llevándose con él la mayor parte de ellas. Había perdido una considerable cantidad de impulso. Parte de su ala de babor había sido arrancada en la colisión. La estabilidad se vio perjudicada. Una nueva descompresión explosiva provocó vientos cruzados huracanados que luchaban contra la pesada aeronave. Los escudos de proa que lo habían protegido hasta ahora habían acabado por fallar.

Era más un proyectil que un vehículo. Continuó adelante demolieno, una tras otra, tres lanzaderas más ligeras que estaban suspendidas una al lado de la otra por encima del suelo en unas abrazaderas de amarre. Terek-8-10 vio que las pantallas de los sensores le indicaban que los vastos procesadores atmosféricos del Reach estaban funcionando a niveles hiperactivos en un intento de compensar la catastrófica pérdida de presión. Los generadores de campo luchaban por establecer un cordón contra el duro espacio y sellar la herida abierta y profunda en la integridad ambiental del Reach.

Eso era bueno. El Archienemigo estaba demasiado preocupado en retener su ambiente como para tener en cuenta las consecuencias. La estabilidad atmosférica significaba que los componentes de la Guardia Imperial que seguían al *Caestus* podrían desplegarse directamente.

La *Caestus* apenas tenía espacio en la plataforma secundaria. Terek-8-10 disparó su magna-cañón de fusión de nuevo y ablandó el extremo del compartimento lo suficiente como para atravesarlo con la nave ariete. Los postes atravesaron las placas, la roca que había debajo y la capa interior que revestía el compartimento. Esta vez dejó atrás la mayor parte de su otra ala. Cortado y herido, el blindaje de ceramita ennegrecido por el fuego y por el metal fundido se abrió paso hacia la siguiente cámara, una estación de ingeniería. Había perdido casi todo su impulso efectivo.

Terek-8-10 estabilizó la temblorosa nave golpeándola de lado contra la caja de un procesador enorme en un intento de detenerla. Después tiró de la palanca que hacía bajar las rampas de desembarco.

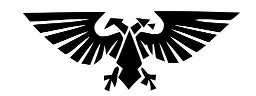
—¡Por el Emperador! —Aulló en un tono monocorde amplificado y augmético—. ¡Matadlos!

Los indicadores de su consola principal mostraban que, en el compartimento de transporte, tres abrazaderas de supresión inercial se habían soltado.



DIECISIETE

Abordaje



—Están dentro —dijo Beltayn por el comunicador—. Han establecido contacto.

—¡Empezad a cortar! —ordenó Gaunt.

Los técnicos cercanos habían estado preparados para la orden. El motor bendecido de una grotesca perforadora Hades cobró vida y la bestia grasienta, como un escarabajo gigante prometeano de las oscuras profundidades bajo la rocosa corteza de ciertos mundos, se impulsó hacía adelante. Sus pesadas orugas traqueteaban sobre las placas de cubierta de la bodega lateral dieciséis.

El Hades era un motor de asedio, un taladro diseñado para cavar trincheras en una guerra. Gaunt había visto a los ingenieros de Krieg desplegando esos dispositivos y conseguir grandes resultados cuando todavía no era más que un cadete. Perforar lo que venía a ser lo mismo que el casco de una nave no era un uso convencional, pero era la manera más rápida y más expeditiva de entrar que los planificadores tácticos habían podido idear. La inmensa cabeza cortadora del Hades, un instrumento de cuatro cuchillas rotatorias con punta diamantina entrecruzadas, estaba instalada en la parte delantera del chasis de un tanque y ajustada por un potente marco de pistones. Las potentes cuchillas mordían de fuera hacia dentro de manera que el material triturado pasaba a las fauces entre éstas por una cinta que llegaba hasta el centro de la máquina, como un tracto digestivo, y se expulsaba como desechos por la parte trasera. Visto de frente, el Hades parecía tener las partes de la boca grotesca y concéntrica de alguna especie de pez succionador de las profundidades marinas, con sus hileras de dientes rodeando una garganta embudo. En el interior de esa garganta, por encima de la cinta, había una cuchilla de fusión posicionada para debilitar y convertir los sólidos del objetivo en desechos consumibles.

El chasis escupía gases negros. Las partes cortadoras giraban a máxima velocidad. El operario activó el sistema de fusión y disparó varios chorros abrasadores contra la piel del Reach.

Esta empezó a combarse y a deformarse, inundando la bodega de un hedor a metal quemado. Después mordieron los silbantes dientes.

El ruido era terriblemente fuerte. Era el chillido de una taladradora a toda velocidad, pero mezclado con el grave latido y rugido de la maquinaria industrial. Los chorros de calor habían ablandado la piel de metal lo suficiente como para que las desgarradoras y chirriantes cabezas perforadoras hicieran presa. El metal aullaba mientras se abrasaba. La chatarra arrancada empezó a salir por el cinturón eyector en forma de virutas casi plateadas pulidas por los dientes rotatorios. Un polvo fino y humo salían de las cuchillas, que ya estaban sobrecalentándose a causa de la fricción. Los miembros de la tripulación que estaban cerca desbloquearon las mangueras de presión y empezaron a lanzar chorros de agua fría a la cabeza. El operario del Hades

seguía aplicando un feroz calor con el sistema de fusión, porque era fundamental que la capa de metal se ablandase lo suficiente para que los dientes la mordieran. Pero también era esencial mantener las cuchillas lo bastante frías como para que no se fundieran y, sobre todo, mojar y emulsionar las nubes de astillas ultrafinas y afiladas producidas por el corte y que formaban nubes de polvo. Si eso penetraba en los ojos o la garganta, si se inhalaba y llegaba a los pulmones, acababa con la vida de un hombre mediante una microlaceración catastrófica. El mineral cocido apestaba. Ocasionalmente, un defecto o una imperfección en la capa de metal hacía que un fragmento grande de escombro se soltase y saliese despedido de entre los dientes rotatorios. Estas piezas golpeaban y agrietaban las pantallas protectoras y los amortiguadores. Gaunt sabía lo que los Fantasmas que había tras él estarían pensando. Sonaba exactamente como el fuego de armas pequeñas golpeando contra las placas de una trinchera.

Uno de los operarios fue golpeado por uno de estos restos voladores. La pieza lo tiró al suelo, pero el hombre volvió a levantarse, herido y conmocionado. Unos segundos después, otro operario recibió el golpe de una astilla afilada que le atravesó la armadura protectora y el torso por encima de la cadera derecha. Sus colegas lo apartaron de allí, pero ya estaba desangrándose cuando llegaron a la puerta de la bodega, donde los equipos médicos estaban esperando.

—¿Qué grosor tiene? —gritó Gaunt por encima del aullido del taladro.

—Los escáneres de densidad indican que sólo tres metros más —respondió el técnico jefe.

—¿Cuánto tiempo?

—A menos que la composición varíe, dieciocho minutos.

• • • • •

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Daur gritando por encima del grito del Hades en la bodega lateral treinta y nueve.

—Veintiocho minutos —respondió el jefe del equipo de ingenieros.

—Al Ataque Beta le han dado un tiempo estimado bastante inferior a ése —dijo la mayor Pasha.

El rostro del ingeniero estaba medio oculto tras una sucia máscara protectora.

—El compuesto de aleación de este lugar es notablemente más duro —explicó—. He comparado los informes de los análisis de la bodega dieciséis. Aquí hay un nueve por ciento más de duracita.

La mayor Pasha miró a Daur.

—Lo atravesaremos cuando lo atravesemos —dijo ella por encima del ruido de la cortadora. Él asintió con abatimiento—. ¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En el Ataque Alfa —respondió Daur.

• • • • •

Salieron del *Caestus* hacia una atmósfera ruinosa e inestable con llamas danzando a su alrededor. Varios incendios considerables ardían desde el centro de la estación de ingeniería y varias secciones de techo se estaban derrumbando a causa de la herida abierta por el ariete al penetrar allí. Una especie de combustible se había derramado de un tanque perforado y cubría el suelo. Estaba en llamas, como un campo de maíz brillante: llamas amarillas y su reflejo en el espejo negro del combustible.

Eadwine, Holofurnace y Sar Af caminaron a través del fuego como si nada. Sus antiguos yelmos crestados les hacían parecer especialmente altos; su adornada y gruesa armadura les daba un aspecto inmenso todavía más antinatural. La luz de las llamas se reflejaba en sus águilas pectorales doradas y en sus máscaras enrejadas, y relucían en sus inmensos escudos de abordaje con la semiaquila. Los tres tenían el bólter en el puño derecho, levantado para que descansara sobre las esquinas en ángulo recto de sus escudos.

Empezaron a disparar conforme avanzaban, ganando velocidad y pasando de un paso rápido a una carrera ligera. Los proyectiles salían despedidos y destruían sensores, unidades de autodefensa y posibles puntos donde el enemigo podría refugiarse. Los casquillos volaban por el aire.

Tras ellos, el *Caestus* estaba liberando el resto de su carga: los servidores de artillería. Dos eran unidades de orugas con soportes multiláser, las otras cuatro eran unidades periambulatorias, bruñidas en plata y cromo, en los colores del capítulo de Eadwine. Tenían lados de plata grabada, forjada con formas de cráneos, o al menos los cráneos de seres angelicales. Sus extremidades superiores eran soportes de artillería: cañones automáticos, bólters pesados y lanzacohetes. Atravesaban los lagos de fuego con tanta indiferencia como los marines espaciales, avanzando como máquinas de siega a través de los altos cultivos y disparando a su paso. Los rayos de energía atravesaban el espacio y unos brillantes tiros trazadores cosían el aire. Los escáneres de dirección de Terek-840 ya habían identificado los tres puntos de acceso en el extremo de la cámara y se los hizo llegar a los marines espaciales a través de sus pantallas visoras.

—No hay señales biológicas humanas en oposición activa —informó Terek-8-10 por el enlace de voz—. Detecto a varios cientos intentando huir de la cámara. Varias decenas más detectadas bajo los escombros y la chatarra, apagándose.

Casi de manera inmediata, como si el piloto servidor hubiese estado tentando al destino, la fuerza de abordaje empezó a recibir fuego. Llovía desde un ángulo elevado y destrozó los escudos de abordaje y el cromo bruñido de los servidores de artillería.

Sar Af recibió un golpe cinético en un lateral del yelmo de un disparo que fue lo bastante fuerte como para hacerle gruñir.

Terek-8-10 estaba consternado.

—El áuspex no detecta señales biológicas humanas en oposición —declaró.

—No tienen por qué ser humanos quienes nos quieren muertos —respondió Eadwine.

El gigante levantó su escudo como un payés y se protegió de la lluvia de puntas. Los otros marines espaciales hicieron lo mismo.

Sar Af observó el contexto de los impactos, las marcas de metralla y los cortes, analizándolos instantáneamente.

—Munición de agujas —dijo.

Buscaron el origen de los disparos con unos ojos posthumanos que recorrieron la oscuridad en busca de estallidos, arriba, en el techo de la cámara y encima de la densa estructura de maquinaria y puentes. Movimiento.

—Loxatis —informó Eadwine. Había visto perfectamente a uno de los largos y serpenteantes reptiles xenos. Los otros marines espaciales no contestaron. Estaban demasiado ocupados intentando matar a las criaturas.

Terek-8-10 ajustó los parámetros de su áuspex para incluir el elemento xenobiológico.

—¡Por el Santo Trono de Terra! —exclamó.

Un gran número de loxatls estaban entrando en la cámara a través de los conductos de ventilación del techo, arrastrándose por las vigas y las columnas verticales mediante sus cuatro extremidades de agarre y sus colas y disparando las agujas letales amarradas a sus vientres.

El áuspex ya mostraba a sesenta y ocho de ellos, y el número iba aumentando a cada segundo que pasaba.

• • • • •

Las naves de asalto del Ataque Alfa habían seguido al *Caestus* hasta el corazón del Reach. La escotilla exterior del reasignado Objetivo Principal se había desintegrado por completo. Los Arvus y Falco tuvieron que acercarse y entrar de uno en uno o de dos en dos para evitar el dentado metal que enmarcaba la boca de la plataforma de atraque destripada.

La descompresión había cesado, de modo que el aire estaba libre de escombros voladores. Los campos del generador se habían restablecido para sellar la entrada de la plataforma y todas las naves de los soldados temblaban mientras atravesaban el extremo del campo y entraban en la atmósfera contenida del duro espacio.

—¡Estado de alerta! —gritó el piloto que iba a la delantera.

La plataforma de atraque principal era un desastre. Parecía como si una repentina inundación la hubiese arrasado, arrastrando los escombros hacia la boca en un profundo sedimento de resaca. Los restos incluían naves y lanzaderas enteras. A la inundación le había seguido una tormenta de fuego que había envuelto la mayor parte del espacio en llamas.

No había manera de aterrizar.

Los pilotos de las Arvus estaban siguiendo la señal de rastreo del *Caestus*. Se había abierto paso hasta la cámara siguiente.

—¡Por el Trono! ¿Ya hemos llegado? —gruñó Rerval.

El muelle interior estaba en mejor estado. Los transportes disminuyeron la velocidad de nuevo y giraron en dirección al otro extremo de la cámara. El *Caestus* había llegado hasta una tercera cámara, pero la brecha era demasiado pequeña y traicioneramente afilada como para que los ligeros de casco más fino se arriesgaran a atravesarla.

—¡Aterrizando! —gritó el piloto por el comunicador.

El primer Arvus desconectó sus hélices de propulsión y ajustó el perfil de las alas para el aterrizaje. Aterrizó con un golpe sordo en la combada cubierta sembrada de escombros.

La escotilla trasera descendió. Kolea, con la cara cubierta por un respirador, dirigió la escuadra al exterior. Portaba su rifle láser y un escudo de abordaje largo y rectangular que parecía la tapa de un ataúd.

Le llevó un momento ubicarse. En el compartimento en el que viajaban habían estado apretados y a oscuras. Ahora había una luz brillante y el espacio a su alrededor era inmenso, una instalación principal de atraque. El aire era casi gélido, pero el calor de los varios incendios monumentales le abrasaba la piel. Los vehículos y los aparejos de carga destruidos por la incursión del *Caestus* formaban una estela de destrucción. Otras naves se aproximaban a través del humo y aterrizaban tras el transporte de Kolea.

Rerval gritó para indicar la fuente de la señal de rastreo del *Caestus*. En lo alto había otro agujero en la pared, como un agujero gigante de bala, por el que el *Caestus* había pasado al siguiente compartimento. Kolea corrió hacia adelante. Bajo sus pies había chatarra en llamas y montones de escombros y de la masa orgánica del personal del muelle reducida a pulpa por la presión del ataque del *Caestus*.

El agujero era grande, pero la parte más baja estaba a cuatro metros del nivel del suelo y los extremos brillaban al rojo vivo. Atravesarlo iba a ser divertido. Kolea buscó una escotilla que pudiesen forzar, una puerta blindada, una entrada…

No había tiempo. No había nada a la vista.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Coged algunos escombros para ascender! ¡Moved el culo! ¡Vivir para siempre no es una opción hoy en día!

Su escuadra se separó, reunió secciones de un puente caído y lo arrastró hasta el agujero. Más secciones estaban llegando hasta ellos traídas por los transportes

siguientes. Baskevyl estaba entre ellos. Kolea vio la preocupación en sus ojos a través de las lentes de su respirador.

—Tenemos un problema —dijo Baskevyl.

—¿La brecha?

—Que le den a la brecha. El aterrizaje. ¡No hay espacio!

Kolea barajó las opciones. Había ahora seis transportes ligeros en la cubierta y espacio para unos tres más. Los Falcos y los vehículos alargados que venían detrás pronto se quedarían sin sitio donde aterrizar.

—Tenemos que sacar de aquí los que ya están vacíos —le gritó Kolea a Baskevyl.

—¡Estoy de acuerdo!

—Transmite el mensaje a los pilotos —ordenó Kolea—. Tienen que dejar espacio una vez hayan descargado a su tripulación, y los que lleguen tendrán que abrirles paso en el aire para dejar que salgan a través del área del muelle.

—No podemos mantenerlos en su puesto —dijo Baskevyl.

—No —convino Kolea—. Menos mal que el plan es quedarse aquí, ¿eh?

Baskevyl regresó a la zona de aterrizaje. Kolea se había unido a su escuadra de asalto en el agujero. Bajo la supervisión de Derin y Caober, secciones de restos de metal se habían colocado en la pared para formar unas rampas de ascenso improvisadas hacia el agujero.

—¿Es seguro? —preguntó Kolea.

Derin sólo se rio.

—Lo sé —dijo el mayor—. Es una pregunta absurda.

Seguidamente levantó su escudo de abordaje y trepó por la estructura tubular agarrándose con los pies y con las manos. Como comandante del asalto, no iba a dejar que nadie le mostrase cómo tenía que hacerlo.

—¡Vamos! —gritó a los hombres detrás de él. La mayoría de ellos parecían especialmente dispuestos a ayudar a sostener la rampa de escombros.

—Ya habéis oído al mayor —gritó la comisaria Fazekiel que llegaba corriendo desde su transporte—. ¡Subid la rampa!

Los Fantasmas empezaron a subir como una marabunta tras Kolea. El mayor llegó a lo alto y miró a través del inmenso desgarrón de la pared del compartimento. Veía los fuegos ardiendo en el espacio de la estación que había al otro lado y sentía la ola de calor. Veía a los marines espaciales de pie en el inmenso suelo y veía a lo que estaban disparando.

—¡Mierda! —dijo.

—¡Las están echando! —exclamó Costin. Su voz sonaba sorda y estúpida dentro de su respirador—. ¡Mirad! ¡Baskevyl acaba de echarlas!

Meryn miró y vio de qué estaba hablando Costin. La Compañía E acababa de empezar a desembarcar de sus Falcos y la zona de aterrizaje estaba más llena de lo conveniente. Veía cómo el mayor Baskevyl y algunos oficiales de la otra compañía indicaban a los transportes vacíos que despegaran y despejaran la cubierta sembrada

de escombros para dejar espacio a otros más.

Eso significaba que si necesitaban una evacuación de emergencia no habría suficientes transportes disponibles.

—Gak, esto es genial —espetó Gendler.

—¡Sí! ¡Fantástico! ¿Verdad? —dijo Costin.

Gendler no respondió. Meryn fingió estar demasiado ocupado gritándoles a algunos rezagados que descendiesen la rampa.

Lo cierto era que Costin no era precisamente su mejor amigo en aquel lugar y en aquel momento. Justo antes de despegar había llegado hasta ellos cagado de miedo por algo que le había dicho Rawne. El patético idiota se lo había soltado, justo en pleno precombate y con el estrés que ello conllevaba. Costin era un lastre. Ya no podía con nada, y menos aún con la bebida. Estaba paranoico y delirante. Seguramente Rawne se había olido de algún modo el negocio que se traían entre manos. Si eso era cierto, era tan inconveniente como una herida en el pecho. No era tan malo como el asalto que estaban realizando pero, a largo plazo, siempre y cuando hubiese un largo plazo, podría ser un gran pero. Si lo sabían, las cosas podían ponerse muy feas para Meryn y sus cómplices.

Tan feas como la cara de Costin.

¿Qué había hecho? ¿Qué había hecho el maldito borracho? ¿Cómo les había delatado? ¿Yéndose de la lengua con el sacra? ¿Se le escaparía sin querer de alguna manera estúpida?

Fuera como fuese, Meryn estaba seguro de una cosa. Tenían a Costin. Rawne no habría ido a por él de no saber seguro que Costin estaba implicado. De otro modo sería como dar palos de ciego. Costin era probablemente lo único que tenían, porque era lo bastante estúpido como para delatarse, pero no tanto como para echarlo todo a perder.

Rawne lo estaba acosando. Contaba con que Costin se asustaría tanto que acabaría haciendo cualquier cosa por salvar el cuello.

Y lo haría. Costin era así.

De modo que sí lograban salir del Reach con vida, Meryn tendría mucho control de daños por hacer.

• • • • •

La lluvia de fuego de los xenos se volvió torrencial. Las agujas detonaban por todas partes contra los marines espaciales que no cesaban de avanzar con cortantes estallidos. Eadwine sentía cómo las astillas ultra afiladas cortaban su armadura. Una llegó a perforar la ceramita. El gigante sintió cómo se le clavaba en la carne del muslo. La velocidad de los disparos y el efecto penetrante de las explosiones de los loxatls

acabarían con ellos. Incluso tres del Adeptus Astartes acabarían de rodillas y muertos bajo ese diluvio.

Todavía tenía el escudo alzado. Apuntando con el bólter, empezó a disparar hacia el techo y a volar estructuras y puentes de grúas. Los escombros llovieron. Vio cómo el cuerpo de uno de los retorcidos reptiles caía y reventaba contra el suelo. Los escáneres indicaban ahora cerca de ciento ochenta loxatls entrando en la cámara. Algunos corrían por las paredes para atacar desde el suelo. Eadwine dirigió los campos de fuego de los servidores de artillería mientras avanzaban en medio del ataque.

Un gran loxati adulto se lanzó desde un puente elevado y cayó sobre Holofurnace con las garras extendidas para atacar. Holofurnace atrapó al animal con su escudo y lo lanzó a un lado. La bestia rebotó en el suelo, rodó y perdió su arnés de disparo de manera que las municiones de agujas se desperdigaron por el suelo. Girando a un lado, Sar Af le atravesó el cráneo al loxati de un solo tiro antes de que pudiera levantarse. Su materia cerebral salpicó la cubierta, y sus inmensos tronco y cola gris azulado empezaron a sacudirse con espasmos.

Otro saltó. Sar Af lo partió en dos en el aire. Un tercero llegó al suelo. Holofurnace había asegurado su bólter y lo había sustituido por la lanza que llevaba a la espalda. Se abalanzó hacia adelante para combatir cuerpo a cuerpo y decapitó al tercer loxati con la hoja de su lanza.

—¡Por Ithaka! —gritó el serpiente de hierro.

El siguiente loxati que se acercó a él perdió sus extremidades delanteras a la altura de la articulación del codo de un corte fluido. El siguiente murió de una herida que lo atravesó. El que vino después, que atacó mientras Holofurnace estaba sacando la lanza del cadáver de su anterior víctima, murió con la espalda rota de un revés con el escudo de abordaje del serpiente de hierro.

Era algo, pero sólo era el principio. Ahora el áuspex indicaba doscientos setenta y un contactos xenos en la cámara. Había tantos descendiendo por las columnas del techo que empujaban a los primeros, obligándolos a caer, con las garras extendidas, hacia los marines espaciales. Sar Af los apartaba del aire con tiros de bólter, volando cráneos y cajas torácicas, cortándoles las colas en forma de látigo y convirtiendo la zona de combate en una lluvia de carne y vísceras. Entonces dos agujas golpearon la hombrera derecha casi simultáneamente y le obligaron a caer sobre una de sus rodillas.

Terek-8-10 elevó la *Caestus* en el aire tras ellos, con las rampas todavía abiertas. Ascendió con la nave dañada unos ocho metros y pasó sobre las cabezas de los marines espaciales, que continuaban avanzando. La masa blindada del *Caestus* formó un fuerte escudo y absorbió la mayor parte del fuego que había estado granizando sobre los Marines Espaciales y sus servidores. A su sombra, Eadwine vio que las placas de cubierta estaban tan agujereadas y rayadas por el fuego de las agujas que parecía una superficie lunar. La cubierta también estaba sembrada de carne alienígena

ensangrentada y de órganos viscosos de color ciruela.

El fuego de las agujas granizaba sobre la *Caestus*. Los loxatls se dejaron caer sobre ella, saltaron sobre los arietes y se agarraron a las alas destrozadas. Algunos cayeron. Otros permanecieron colgados. Inundaron la superficie superior como una marabunta. Terek-8-10 replegó las rampas abiertas pero varios de ellos ya se habían colado dentro, como lagartos saltando por una roca al sol. Oía cómo brincaban y chillaban dentro de los compartimentos vacíos. Olía el hedor a leche rancia y a menta machacada que emanaba de su carne y de su aliento. Otro animal gateó por el carenado del casco justo delante de él y empezó a disparar a quemarropa contra la pequeña ventana blindada de proa delante de la posición del piloto. Tras ocho frenéticos disparos, el cristal blindado empezó a agrietarse.

Terek-8-10 pasó a control manual y empezó a hacer girar a la *Caestus* en círculos. El aumento de impulso absorbió aire por las entradas atmosféricas y el loxati se descolgó del carenado. Pasó por delante de él, arañando con las garras el metal y lanzando un grito inhumano mientras la cola y una de sus patas derechas eran engullidas por la entrada de aire.

Terek-8-10 oía a los loxatls, ya a bordo, atravesar las escotillas del compartimento de su posición. El nauseabundo hedor a leche agria se volvió más intenso. El piloto ajustó la posición del ariete de nuevo, inclinándolo más hacia arriba para intentar apuntar el magna-cañón de fusión contra los puentes superiores.

Consiguió un ángulo bastante decente.

—¡Poneos a cubierto! —dijo por el comunicador.

Debajo del ariete, los marines espaciales retrocedieron con los escudos levantados.

Terek-8-10 tenía suficiente potencia en el cañón de calor para lanzar tres disparos más. Disparó. Parte del puente superior explotó y empezaron a llover gotas de metal fundido. La explosión de fusión redujo a los loxatls a restos ennegrecidos que cayeron chamuscados de los puentes como trozos de papel quemado.

Disparó de nuevo. Una inmensa sección del puente del techo, en llamas y cubierta de loxatis ardiendo, cayó y rozó al ariete en su camino al suelo de la cámara.

Las criaturas a bordo estaban dentro, justo debajo de él. Habían arrancado las escotillas del compartimento. Disparaban hacia el techo de la plataforma estibadora y la afilada metralla de las agujas que estallaban en el suelo de la posición del piloto rajaron las piernas y las ingles de Terek-8-10. El piloto sintió el gélido dolor de minúsculos fragmentos de metal subiendo a gran velocidad por su torso, reventándole los órganos, sajando sus sistemas augméticos y licuando sus vasos sanguíneos. Los sentía en las membranas de sus corazones. Notaba que sus pulmones dejaban de funcionar y la sangre le inundaba la garganta. El loxati justo debajo de su posición, que castañeteaba y chillaba, seguía disparando y lanzaba disparo tras disparo hacia el piloto.

Con su último latido doble, el piloto servidor accionó los turborreactores.

• • • • •

Los ojos de Kolea se abrieron de par en par. Era una de esas imágenes que jamás olvidaría. Había visto muchas cosas durante su vida como hombre de la Guardia, y había visto algunas antes de eso. Pero aquello era algo nuevo en su memoria.

Vio el ariete de abordaje de los marines espaciales, el *Caestus*, dañado y ennegrecido, invadido de loxatls. Vio cómo se ladeaba con el morro hacia arriba y señalaba hacia la enmarañada y compleja estructura del techo de la cámara de la estación, una estructura que estaba cargada de xenos. Los loxatls se extendían por el techo como larvas por la carne podrida.

Kolea estaba en lo alto de la escalera improvisada, en el borde del agujero abierto. Sus hombres estaban detrás de él, gritándole que continuara, que saltase para abrir el paso. Tuvo que estirar la mano para sujetarse. El metal roto del agujero estaba caliente.

—¿Qué ve? —Gritaba Rerval desde el puente detrás de él—. Mayor, ¿qué ve?

Veía el *Caestus* ladeado, con los motores en marcha, con una retorcida masa de loxatls encima del casco superior. Algunos de ellos caían golpeando con sus colas. Veía a los marines espaciales y a sus servidores de artillería en el suelo de la cámara inferior cargar contra los reptiles grises mientras éstos llegaban corriendo desde todas partes.

Olía el hedor a leche rancia y a menta machacada.

—¿Mayor?

Kolea siguió mirando mientras el *Caestus* temblaba. La nave disparó a la bóveda del techo y derribó inmensos trozos de maquinaria en una lluvia de llamas y chispas. Más loxatis envueltos en fuego cayeron como cometas. Disparó de nuevo. Un inmenso pilar cilíndrico se soltó de su soporte en el techo y cayó precipitado, fracturando puentes y aplastando loxatls. La inmensa estructura envuelta en humo y llamas esquivó al *Caestus* por los pelos en su caída. Impactó contra el suelo de la cámara con tanta fuerza que Kolea sintió temblar el puente sobre el que estaba. Estuvo a punto de aplastar también a uno de los marines espaciales, el inmenso guardia de plata Eadwine.

Eadwine se lanzó al suelo en toda su longitud para evitar el impacto. Aterrizó en medio de un grupo de loxatis e inmediatamente tuvo que matarlos para protegerse. El pilar volcó tras el impacto y cayó de lado con un segundo golpe que provocó chispas y una ráfaga de restos ardiendo. Después giró, incendiado.

El *Caestus* estaba casi perdido. Sus retrorreactores se encendieron. Los propulsores rugieron y escupieron un abrasador chorro de calor incandescente. Cargado de loxatis, el ariete aceleró hacia el techo.

Fue entonces cuando llegó la auténtica onda expansiva. Kolea la sintió en los pulmones. Sintió cómo le golpeaba la caja torácica. Sintió cómo golpeaba la cubierta y

las paredes del compartimento. Sintió cómo le golpeaba las piernas.

El *Caestus* se estrelló contra la bóveda formando una inmensa bola de fuego que perforó y destruyó las estructuras del techo. Los macerados loxatls en llamas salían despedidos en todas las direcciones. La creciente bola de fuego rodó por el techo de la cámara y por las paredes. Al caer, Kolea sintió su calor.

Destrozado pero todavía funcional, el *Caestus* volvió a ascender al techo, derribándolo. La energía crepitaba y chisporroteaba como relámpagos alrededor de las secciones de su motor retorcido. Una puerta de la rampa se soltó. El aire estaba lleno de llamas.

Los restos impactaron contra el suelo de la cámara con un estrépito ensordecedor.

Kolea también cayó al suelo. El impacto le había hecho caer del puente hacia la cámara de la estación. Inmediatamente se puso de pie, asombrado, mirando la devastación que tenía delante.

—Mayor. Mayor Kolea. ¡Responda! —gritaba Rerval por el comunicador.

—¡Bajad aquí! —contestó Kolea—. ¡Compañía C, bajad aquí! ¡Ahora mismo!

• • • • •

Levantó su arma y corrió hacia adelante. Tras él, los Fantasmas estaban saltando desde el borde del agujero.

Eadwine se levantó y lanzó los restos del siniestro a un lado. Un loxati se encabritó ante él y el gigante lo mató de un tiro en la cabeza.

—¿Estado? —inquirió por el enlace de su yelmo.

—¡Vivo! —respondió la voz de Sar Af como un crujido.

Holofurnace no contestó, pero Eadwine sabía que era porque el serpiente de hierro siempre tenía algo mejor que hacer. El guardia de plata lo veía a treinta metros de distancia entre la pila de escombros en llamas, luchando cuerpo a cuerpo contra una docena de loxatls que habían sobrevivido. La lanza de Holofurnace giraba y apuñalaba, matándolos uno por uno, dejando arcos de sangre alienígena en el aire tras ella.

Según la pantalla visora de Eadwine, habían perdido a uno de los servidores de artillería, que había quedado aplastado bajo la caída. Era una desgracia, pero una pérdida aceptable. El gigante activó la grabadora de voz de su yelmo.

—Nota para la posteridad —dijo al tiempo que se volvía para despachar a otro par de reptiles que se abalanzaban sobre él—. El desinteresado sacrificio y cumplimiento del deber de…

Eadwine hizo una pausa y disparó en la espalda a un loxati que saltaba hacia él. No recordaba qué viejo piloto servidor había sido designado para pilotar el *Caestus* para la misión. Estaría en los archivos. Completaría la citación más tarde.

El guardia de plata continuó avanzando. Dos agujas golpearon su escudo. El gigante se volvió y lanzó un disparo que le reventó la cabeza a uno de los xenos.

Por delante, al otro lado de los restos esparcidos, vio que el cicatriz blanca había llegado a la salida más alejada de la cámara de la estación. Astuto y sagaz, Sar Af siempre avanzaba, siempre buscaba un camino.

El viejo desgraciado estaba rodeado de loxatls.

Eadwine dio un par de pasos y saltó de un montón de chatarra humeante. A pesar del peso añadido de su venerada armadura de abordaje, el salto recorrió una distancia importante. Al llegar al suelo saltó de nuevo y llegó a una corta distancia tras Sar Af.

Al aterrizar por segunda vez, Eadwine liquidó a tres enemigos con tiros certeros. Sar Af se volvió, derribó a un loxati con su escudo y le pisó el cuello para matarlo.

—Has avanzado —dijo Eadwine—. No podemos cubrirnos entre nosotros si estamos demasiado separados.

—Hay asuntos que atender —respondió Sar Af—. Y no pueden esperar.

—Tendrán que esperar para siempre si estás muerto —respondió Eadwine—. Las criaturas que defienden este lugar están reaccionando con sorprendente celeridad a nuestro ataque.

—Con la garganta abierta —dijo Sar Af—, no importa lo rápido que reacciones. Debemos continuar para cortar esa garganta.

En ocasiones, era imposible discutir con los hermanos de la Quinta Compañía. Holofurnace, todavía enfrascado en combate cuerpo a cuerpo tras ellos, parecía decidido a matar de manera metódica a todos y cada uno de los enemigos de Salvation’s Reach uno a uno. En cambio, el cicatriz blanca parecía contentarse con dejarlos allí siempre y cuando pudiese avanzar y decapitar a los miembros de su cadena de mando.

Ambas éticas de combate eran respetables. Pero eran completamente incompatibles. Es por ello que Eadwine estaba al mando de la misión.

—Avanzaremos —dijo—. Pero permaneceremos unidos.

Sar Af asintió.

Eadwine activó el enlace de su yelmo.

—Delantera del Ataque Alfa a la formación de la Guardia. ¿Habéis aterrizado?

—Confirmado, delantera.

—¿Quién habla?

—El mayor Kolea, de los Primeros de Tanith.

—¿Dónde se encuentra, Kolea?

—Atravesando la brecha, avanzando hacia el compartimento de la estación.

—Tienen que reducir la distancia. Estamos avanzando. Debe saber que hay un número elevado de mercenarios loxatis presentes. ¿Está familiarizado con los loxatis, mayor?

—Sí, delantera. Estamos a tan sólo unos minutos de vosotros y progresamos rápidamente.

—Muy bien. Corto.

Eadwine y Sar Af se volvieron hacia la escotilla de acceso. El cicatriz blanca acababa de aniquilar a dos loxads más. La sangre alienígena salpicaba su armadura de color blanco perla.

Los disparos derribaron la puerta. En una nube de humo azul, Sar Af y Eadwine avanzaron con los escudos levantados, apuntando con los bólters hacia los rincones en ángulo recto. Holofurnace se estaba acercando a ellos.

Llegaron hasta un pasillo, un acceso principal. Había sangre y restos en el suelo donde el personal había huido del ataque del ariete tras sellar la escotilla tras ellos. La estructura y la edad de las paredes y el techo, así como de los componentes mecánicos instalados en ellos, era tal que parecía que el pasillo se hubiese construido a partir de chatarra arrancada de varias naves espaciales diferentes.

Los disparos empezaron a alcanzarles. Holofurnace se había unido a ellos con la lanza al hombro y el bólter de nuevo en el puño. Formaron una línea, una barrera de tres, con los escudos en alto. Convertidos en una pared móvil, fuerte y formidable, avanzaban ocupando el pasillo de lado a lado.

Los disparos impactaban contra sus escudos rígidamente sujetos. No era el fuego exótico de un disparador de agujas. Era fuego láser.

En lo alto, los primeros defensores humanos aparecieron, inundando el humeante pasillo con rifles láser e inferno.

Con los escudos en alto, los marines espaciales se adentraron en el ambiente explosivo. Los disparos sensibles a la masa pasaron de largo y destrozaron el acceso. Unos cuerpos cayeron. Las placas de la pared volaron. Partes del techo se derrumbaron.

El tiroteo se volvió más intenso.

Los marines espaciales no dejaron de avanzar ni por un segundo.

• • • • •

Los Fantasmas del Ataque Alfa se abrieron paso por la estación a través de un revoltijo de escombros en llamas. Zhukova había informado de que su compañía había entablado combate con algunos loxatls y estaba en proceso de someterlos, aunque la mayor parte de fuerza loxati había sido aniquilada por la vanguardia de los marines espaciales.

Kolea se preguntaba si habría más. Se preguntaba qué otros seres despreciables estarían esperando en aquel habitáculo de chatarra.

Oyó las armas pesadas de calibre 30 empezar a disparar. Bool y Mkan cargaban de manera frenética. ¿Qué demonios habían visto?

—¡Hostiles! —gritó Caober por el enlace. El explorador había avanzado hacia el

extremo derecho de la cámara. Kolea levantó su escudo y empezó a correr. Los escudos tenían unas rendijas abiertas en la esquina de la parte superior derecha para que el portador pudiese llevarlos en el brazo izquierdo y apoyar el peso del cañón de su rifle láser en ella. Podía disparar de manera efectiva estando cubierto. El mayor nunca había utilizado un escudo de abordaje en combate, pero habían estado entrenando mucho durante el viaje de camino hasta allí. Y seguía pensando que eran pesados e ineficaces.

Corría hacia adelante con cinco o seis Fantasmas más, esquivando escombros en llamas. Un loxati herido salió de su escondite, se interpuso en su camino y lanzó dos disparos con su lanzador de agujas. El escudo de Kolea detuvo el primero, y el segundo estalló contra el suelo. El escudo de Derin le salvó las piernas y la ingle de las astillas de metralla. Disparando desde detrás de su escudo, el mayor mató al loxati con una ráfaga de disparos.

Su opinión acerca de los escudos de abordaje cambió ligeramente. En el espacio cerrado de una acción de abordaje, el peligro de desvío de los disparos aumentaba considerablemente.

Más fuego se interpuso en su camino. Kolea vio lo que Caober había visto. Unas esclusas se habían abierto al otro extremo de la cámara: unas trampillas pesadas selladas a lo largo de la línea soldada en la que la pared del mamparo se unía al suelo. Los soldados enemigos salían de ellas disparando conforme entraban. Kolea no estaba seguro de si las escotillas se habían diseñado deliberadamente para acciones defensivas o si el enemigo estaba simplemente haciendo un uso inteligente de estos espacios de ingeniería.

De lo único que estaba seguro era de que de repente estaban recibiendo fuego de artillería pesada contra su flanco izquierdo.

Los soldados enemigos eran humanos varones y corpulentos. No vestían uniforme de batalla, pero todos llevaban la misma mezcla general de placas blindadas ornamentadas, pantalones bombachos amarillos y abrigos. Las botas, los guantes, los cinturones y los petos blindados, junto con los demás complementos, estaban confeccionados con cuero oscuro de color marrón cafeína, como la caoba. La piel, especialmente la de los anchos y pesados cinturones estaba entretejida con unas cintas de seda morada y con pespuntes de alambre de plata. El amarillo de la tela de debajo del equipo de cuero era vivo y ácido, como un rayo de fusión. Los guerreros llevaban cascos de metal ajustados y abrochados cubiertos de piel marrón en los que habían incorporado unos visores: unos estrechos marcos alargados de un solo objetivo que les cubrían los dos ojos y emitían un resplandor azul oscuro. Las cintas de los cascos abrochadas en la barbilla, confeccionadas con el mismo cuero marrón oscuro que los cinturones y demás, eran demasiado grandes y estaban diseñadas con la forma de unas manos humanas a tamaño real que cubrían toda la zona de la boca desde debajo de la nariz.

Kolea sabía lo que estaba viendo. Los fieles al despreciable Anarca, cuya voz «calla

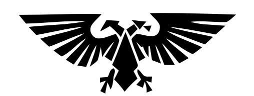
todas las demás», demostraban respeto por su señor cubriéndose la boca.

Estos guerreros eran Hijos de Sek.



DIECIOCHO

El primer corte



El chirrido de la perforadora Hades se estaba volviendo insoportable. Gaunt tenía la sensación de que los dientes se le iban a empezar a hacer pedazos. La atmósfera en la bodega lateral estaba cargada con gases de combustión y el hedor a metal ardiendo y a agua grasienta. Una leve vibración, transmitida a través del suelo por la perforadora, estaba haciendo que todo temblase.

El Coronel-comisario salió al acceso a la bodega para poder escuchar a Beltayn por el comunicador.

—El mayor Baskevyl informa de que seis compañías se han desplegado en la zona principal —dijo el ayudante de campo—. Están llegando más, pero no tienen mucho espacio.

—¿Han derribado la puerta de una patada y han hecho mucho ruido?

—Sí, señor —contestó Beltayn.

—¿Oposición?

—Loxads. Ahora el mayor Kolea informa que han establecido contacto con los que cree que son Hijos de Sek.

Gaunt inspiró hondo. Los loxatis le ponían los pelos de punta, pero los Hijos de Sek eran aún peores. La respuesta del Anarca al Pacto Sangriento de Gaur. Soldados jurados, devotos de los Poderes Ruinosos, pero disciplinados y organizados. Guerreros fanáticos. Gaunt sentía una especie de temor particular cuando el enemigo parecía actuar con un propósito. Su impredecible locura ya era de por sí bastante mala. Pero para el Pacto Sangriento, la Cruzada de los Mundos de Sabbat habría sido procesada y terminada hacía años.

—Mantenme al tanto —dijo.

De repente se dio cuenta de que la perforadora había dejado de hacer ruido.

—Ya estamos dentro —dijo Mkoll.

Gaunt regresó a la bodega. Los equipos de servidores estaban retirando los amortiguadores protectores. La compañía de soldados del Ataque Beta estaba de pie.

Gaunt indicó al equipo de la vanguardia que avanzasen: Mkoll, Domor, Larkin y Zered. Cada uno de ellos llevaba las herramientas de su oficio. Se colocaron los respiradores y ajustaron sus lámparas.

El técnico jefe miraba a Gaunt, esperando.

Gaunt cogió el cuerno de voz del equipo del operador.

—Aquí Ataque Beta —dijo—. Vamos a iniciar la inserción. Hemos atravesado el casco, repito, hemos atravesado el casco.

—El Emperador os proteja —respondió la voz de Spika por el enlace.

Gaunt asintió al técnico jefe. El hombre se volvió y empezó a hacer gestos urgentes con ambas manos. Con un gruñido mecánico, la Hades retrocedió hacia la

bodega de nuevo, con las orugas traqueteando en el suelo. Al retirarse descubrió el agujero que había perforado, un túnel inmenso en el casco del Reach, una entrada de tamaño bastante decente. Los extremos del corte eran de metal plateado brillante, en espiral y escamado como aluminio desmenuzado. Al acercarse, Gaunt vio que el corte tenía menos de cuatro metros de profundidad. Un aire frío y tranquilo llegaba hasta ellos desde la oscuridad interior, como el lento escape de calor de una tumba.

Los técnicos y los servidores estaban ajetreados alrededor del agujero con tanques de sellador.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Gaunt.

—Los extremos serán afilados en algunas partes —respondió el técnico jefe—. Son peligrosos. Nos estamos preparando para sellarlos con…

—No hay tiempo —dijo Gaunt—. Tendremos cuidado.

El equipo de técnicos se retiró.

Mkoll y Domor dirigieron el camino, y Gaunt les seguía con Larkin. Zerek se quedó en la retaguardia, con el lanzallamas encendido.

El Coronel-comisario empuñaba su pistola bólter y Larkin el viejo rifle de proyectiles sólidos con el que había estado entrenando. Su láser de largo alcance estaba en su funda cruzado en su espalda.

Mkoll avanzaba en la penumbra con el rifle láser preparado. Junto a él, Domor ajustaba sus auriculares y extendía la antena de rastreo de su equipo de detección. Gaunt oía el rastreador del pequeño áuspex portátil emitir tics como un medidor de radiación.

Avanzaron por el corte, por el agujero perforado, evitando con cuidado los bordes afilados. La superficie era densa y gruesa. La luz de la bodega parpadeaba en los serrados extremos del túnel.

Al otro lado aguardaban la sombra y el silencio.

Avanzaban despacio. Estaban siendo cautos, incluso para lo que era habitual según los estándares calculados y precavidos de Mkoll. Los ojos de Gaunt empezaron a acostumbrarse lentamente a la oscuridad.

Una media luz grisácea se reveló delante de ellos, una penumbra. Estaban llegando a una cavidad que poseía las dimensiones de una bodega pero ninguna de sus regularidades. El techo se curvaba hacia abajo en uno de los extremos. No era un espacio diseñado, era una cámara que se había ido aplastando parcialmente hasta adoptar su forma actual: el compartimento interno de una de las antiguas naves que se habían fusionado para formar el Reach, deformada poco a poco por la presión gravitacional.

El suelo era irregular. Los ribetes de las placas habían saltado y éstas estaban sueltas como baldosas desplazadas. Los cables, viejos y desprovistos de electricidad, colgaban de las placas del techo reventadas. El ambiente era inquietantemente seco. Gaunt advirtió que el lanzallamas de Zered empezó a chupar con dificultad, y el soldado tuvo que ajustar la velocidad de mezcla para compensar la escasez de oxígeno

de la atmósfera.

Domor se movía constantemente de un lado a otro, pasando su rastreador por las paredes y el techo bajo. Gaunt veía el resplandor azul de la pantalla de su equipo. El tictac era constante.

—¿Ves algo? —preguntó.

—Estoy calibrando —dijo Domor—. El espacio es muy irregular, de modo que hay muchas densidades diferentes y aleaciones entremezcladas.

Gaunt no envidiaba la tarea de Domor. Con sólo echar un vistazo rápido a las paredes y al techo se apreciaban niveles extraordinarios de crasa compactación, con material estructural y mecanismos aplastados, así como circuitos y filamentos de energía fusionados con chatarra. Distinguir algo con el áuspex iba a ser todo un desafío.

—Cuidado —dijo Mkoll.

Los hombres subieron por una viga caída y se agacharon alrededor de un arco de metal fracturado, los restos de alguna puerta gigante, que sobresalía del suelo enmarañado como un diente roto. Mkoll esperó mientras Domor escaneaba las dos cosas y las marcaba con tiza amarilla como artículos a despegar de la ruta. Al otro lado del arco, la unión del compartimento se había abierto como una cicatriz. El metal parecía fundido. A través de la grieta había un acceso de servicio.

Lo atravesaron. El pasillo era largo y sólo estaba ligeramente deformado. Era ancho y lo bastante alto como para conducir un cargo-6 en su interior. Estaba construido para humanoides, pero no por ningún humano. Diseños curiosos a lo largo de las paredes se habían desfigurado y sobreescrito con sellos enemigos.

—Esta área está en uso —dijo Mkoll—. El polvo del suelo muestra marcas de huellas. No son recientes. Diría que de hace seis meses, aunque las condiciones ambientales son tan estables que podrían ser seis años.

—O seiscientos —dijo Larkin.

—Vienen por aquí a menudo. No les gustaba mirar estas marcas —dijo Domor señalando con la cabeza las paredes deformadas—. Las han desfigurado y las han cambiado.

—O las alteraron para dejar sus propias instrucciones —dijo Gaunt—. Como «Largo de aquí». Comprueba el suelo. Los cables. Cualquier cosa.

Mabbon Etogaur había sido bastante específico sobre cómo se protegían los extremos del Reach. No había guardias ni magia disforme, no había dispositivos infernales ni mecanismos demoníacos. Todo eso sería demasiado fácil teniendo en cuenta el estudio sensitivo y el desarrollo que se estaba llevando a cabo en la instalación.

En el Reach, el Archienemigo confiaba más en las buenas bombas trampa, mecánicas y antiguas: minas, explosivos, defensas letales antipersonales.

Domor escaneó hacia adelante, ajustó sus parámetros y después volvió a hacerlo.

—Que nadie se mueva —dijo—. Estoy detectando algo. Las placas del suelo de

delante son huecas. Esperad… sí, feth. Tengo cables, sistemas hidráulicos de fluido activo y una señal eléctrica. Tenemos un accionador de presión. El suelo está cargado.

Mkoll extrajo una mira idéntica a la que estaba en el riel superior del rifle de Larkin. El explorador jefe se la llevó al ojo y Larkin levantó el arma, buscando.

—Hay un cable a ocho metros de distancia, a la izquierda —dijo Domor.

—Lo veo —dijo Mkoll—. ¿Dirías que eso de ahí son tambores de almacenamiento?

—¿En el hueco? —preguntó Larkin mirando por la mira de su rifle—. Sí.

—El rastreador detecta ficelina y gel de prometio —dijo Domor—. Cerca de una tonelada de volumen.

—¡Por el Trono! —exclamó Zerek sinceramente horrorizado.

—¿Y el detonador? —pregunto Gaunt.

—Estoy buscándolo —respondió Mkoll observando con su mira. La había configurado con luz baja—. Lo tengo. Veo el disparador. El cable está clavado en la pared a lo largo del hueco del mamparo. Llega hasta la parte superior del tambor a mano izquierda.

—Sí, lo veo —dijo Larkin apuntando hacia allí.

Gaunt se preguntó si debían retroceder. El objetivo era pequeño y los niveles de luz escasos, pero ocho metros entraban cómodamente en la distancia de tiro de Larkin. Si el disparo fallaba y el dispositivo detonaba, ningún refugio ni cubierta podría salvarles. Una tonelada de compuesto explosivo de ficelina podría crear una explosión de alta presión en el entorno cerrado que escaparía por las estrechas aperturas de los compartimentos y reduciría sus órganos internos a papilla y sus huesos a gelatina, y probablemente haría estallar el sello de atmósfera improvisado entre la *Armaduke* y el Reach. Incluso el resto del Ataque Beta, que esperaba en la bodega anterior, acabaría probablemente muerto por la presión atmosférica concentrada.

Ponerse a cubierto mientras Larkin disparaba podría hacer que se sintieran mejor, pero no tendría ningún valor de seguridad práctico.

—Hagámoslo —dijo Gaunt.

Larkin se agachó sobre una de sus rodillas, estabilizó su postura y sacudió los hombros. Insertó una única bala salina y apuntó. Mkoll, como sargento al mando, se agachó a su lado y activó el láser de su mira, para que el fino rayo de luz indicase el objetivo exacto. Quería asegurarse de que él y Larkin hablaban del mismo punto exacto.

—Lo tengo —dijo Larkin mirando por la mira.

Domor bajó el rastreador y murmuró una silenciosa oración. Zerek enganchó la cabeza del lanzallamas en el cinturón y, para diversión de Gaunt, se tapó los oídos con las manos.

—Ninguno de vosotros tenía pensado vivir eternamente, ¿verdad? —preguntó Larkin.

Y disparó.

• • • • •

Hubo una explosión sorda y distante. Llegó amortiguada, pero era inmensa. Resonó por el grueso y profundo casco de la *Armaduke*.

En la bodega diecisiete, un espacio de carga deprimente, Blenner la escuchó y alzó la vista. Algunos de los Fantasmas a su alrededor también advirtieron el ruido.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Wilder.

Blenner miró a Ree Perday. Llevaba pálida desde que se habían preparado horas antes.

—Ve a preguntar, ¿quieres? —le pidió.

Perday saltó del arco de la rueda del Tauros en el que había estado sentada y corrió hacia la escotilla principal.

Blenner echó un vistazo por la cámara. Tres compañías del regimiento, incluida la banda, habían sido designadas reservas de combate bajo el mando del capitán Obel, con el capitán Wilder como su segundo al mando. Vestidos con el equipo de combate, esperaban en la bodega listos para el despliegue en cuanto fuese necesario. Tenían dieciocho vehículos de asalto de clase Tauros listos y cargados de municiones extra, con más abastecimientos preparados en palés de carga. Si recibían la orden, podrían distribuir municiones por camión por el pasillo principal de la *Armaduke* a cualquiera de las bodegas laterales, e incluso cruzar al Reach a través de los agujeros perforados para apoyar a los Ataques Beta o Gamma. También podrían transportar las municiones a la salida principal para recargar los transportes ligeros Arvus y otras naves de desembarco si el Alfa necesitaba refuerzos o reabastecimiento.

La unidad de reserva estaba tensa, principalmente porque eran la única parte del regimiento que no había desembarcado directamente. Obel estaba amargado, le había tocado quedarse allí a suertes y no estaba nada contento porque había estado esperando dirigir la Compañía J en la incursión Alfa.

Nadie, especialmente Blenner, estaba sorprendido de que la banda hubiese sido designada sección de reserva. En todo caso, Wilder estaba más cabreado que Obel. A la Compañía J le había tocado una misión desafortunada. El grupo de Wilder ni siquiera había entrado en la lotería. Los habían puesto en la reserva, asumiendo que sólo valía la pena que participasen en la lucha si era realmente necesario.

A Blenner le daba igual. Esperar para luchar era su clase de guerra, y no deseaba ver a la compañía de la banda intentando demostrar su valía, aunque estuviera deseosa de hacerlo. Los resultados probablemente serían desastrosos y decepcionantes.

A Blenner tampoco le sorprendió ver que el chico de Gaunt, Chass, se hubiese

quedado en la reserva. Aquella decisión debió de haber sido muy difícil para el Coronel-comisario. No querría mostrar ningún tipo de favor, pero ¿cómo iba a enviar a su hijo a la línea de combate si apenas había recibido entrenamiento? Esa es la carta que Gaunt había jugado al final, justificar su decisión. Felyx todavía no estaba cualificado. Su puesto tenía que estar en la reserva.

Sentado solo en el extremo de la sala, en la barra de remolque de uno de los Tauros, Felyx Chass parecía incluso más disgustado sobre aquello que Wilder. Maddalena permanecía cerca.

Perday regresó.

—¿Ha explotado algo? —preguntó Blenner alegremente.

—Eran las compuertas principales abriéndose en la plataforma de salida —informó Perday—. Los primeros transportes ligeros están regresando para reabastecerse. Quieren que empecemos a enviar municiones para la carga.

Blenner se puso de pie.

—Por fin tenemos trabajo que hacer —gritó—. ¡Démonos prisa!

• • • • •

El tiro de Larkin fue perfecto. La frágil bala salina impactó directamente en el mecanismo disparador, destrozándolo y empapando el circuito con una insensibilizante inundación de agua salina. Fue anticlimático: una pequeña nube de humo y una salpicadura de agua.

Mkoll y Domor avanzaron por la cubierta. Las placas manipuladas se movían y se escuchó un clic, pero el accionador de presión ya no estaba conectado. Los hombres se aproximaron a los tambores apilados, y Domor buscó disparadores secundarios.

Una vez que llegó hasta los tambores, Domor bajó el rastreador, se puso un par de guantes de cuero y desmanteló el mecanismo destrozado, deslizando con cautela el centro hacia arriba y sacándolo de la toma de corriente que había en la parte superior del tambor. Ató todos los cables pelados, los aisló con cinta para evitar la conducción, pulverizó un gel inerte en el interior de la toma de corriente y aisló las clavijas internas con vaselina.

—Es lo más seguro que puedo dejarlo —dijo.

Gaunt asintió. Mkoll marcó los tambores y las placas del suelo de alrededor con tiza roja para indicar que se había asegurado una bomba pero que seguía habiendo peligro. Después avanzaron. Todos ellos se habían quitado los aparatosos respiradores, prefiriendo el hedor mineral de la seca atmósfera del Reach.

El acceso de servicio se volvió más ancho. Los escáneres de Domor detectaron una cavidad delante de ellos. Gaunt sentía el aire frío contra su rostro.

El pasillo terminaba en una escotilla, seguida de una breve sección de algún otro

pasillo que había sido brutalmente aserrado en algún tiempo pasado. Al otro lado, el suelo descendía en una profunda grieta, una sima de metal revestida de chatarra comprimida. Un maltrecho puente de metal con barandillas parciales atravesaba el agujero.

En el otro extremo había un descansillo, y después varios pasillos o túneles.

—Esperad —dijo Domor. Su áuspex chasqueaba cada vez que barría el puente.

Mkoll se agachó y miró.

—Hay una carga grande —informó—. A medio camino, con cables por debajo.

—¿Ves el disparador? —preguntó Larkin.

Mkoll sacó su mira.

—Sí, pero está en un ángulo muy malo. No está en nuestra dirección. Creo que está enganchado en la pasarela del puente. Con detección de movimiento.

—Deja que eche un vistazo —dijo Larkin, que ya había recargado.

Se tumbó sobre su vientre en el extremo de la sima y rodó de costado para mirar por la parte inferior del puente. Tuvo que coger su láser largo y pasarle el arma cargada a Zered porque le molestaba.

—Genial —dijo—. Tenéis suerte de que sea tan bueno.

Empezó a preparar su rifle. Estaba tirado en una posición que parecía incómoda y poco ideal para disparar.

—Deja que te lo señale —dijo Mkoll.

—No te molestes —respondió Larkin—. Agárrame de las piernas para que no me caiga rodando por este saliente de feth.

Mkoll se arrodilló y aseguró físicamente el cuerpo de Larkin. El tirador tuvo que tumbarse casi del todo con el rifle debajo de la barbilla y agarrándolo ligeramente para sujetar el cañón. Era la postura de un contorsionista. Gaunt sintió que el pulso se le aceleraba de nuevo.

El rifle estalló y el sonido del disparo resonó de manera extraña por el abismo que tenían debajo, un pequeño sonido en un vasto espacio. Gaunt vio el impacto, la nube de fragmentos de cristal del casquillo de la bala, la vaporización del agua salina.

—Ya está —dijo Larkin antes de levantarse y expulsar el casquillo. Los estaba coleccionando, guardándoselos en el bolsillo.

Domor se dispuso a atravesar el puente para rastrear al otro lado en busca de disparadores secundarios. Por la expresión de su rostro, la estructura de metal no parecía demasiado segura. El aire frío seguía ascendiendo del foso en ráfagas, como si la vasta y aplastada estructura del Reach estuviese respirando. Cada ráfaga de aire frío convertía sus alientos en vapor.

Domor se tumbó boca abajo, estiró la mano por debajo del puente y desenganchó el disparador que estaba colgando. Estaba húmedo por el disparo. Mientras se levantaba, se le resbaló de entre los dedos y cayó a las profundidades.

Todo el mundo contuvo el aliento.

—Tranquilos —dijo Domor tímidamente—. No lo necesitábamos.

Agachándose de nuevo, chorreó con gel la toma del disparador y los empalmes de cables. Mkoll marcó el puente con tiza roja.

Los hombres cruzaron el puente. Parecía bastante precario, pero Gaunt supuso que probablemente aguantaría un vehículo ligero. Delante de ellos, pasando un revoltijo de chatarra, había tres ramales. Uno daba a otro acceso de servicio, el segundo daba a una cámara fría y húmeda que la acción sísmica había dividido en tres niveles diferentes. La tercera giraba a la derecha y daba a un puente oxidado que cruzaba una cámara hundida llena de máquinas deterioradas que llevaban mucho tiempo muertas.

—Hay cargas en el techo —dijo Mkoll señalando el segundo acceso.

—Desactivadlas —ordenó Gaunt—. Yo voy a volver para ordenar al resto que entre. Si vamos a tomar rutas alternativas necesitaremos una guía.

Empezó a caminar hacia el agujero abierto. Larkin empezó a apuntar al tercer dispositivo.

Gaunt utilizó su enlace para contactar con el Ataque Beta. Las primeras unidades se cruzaron con él en el acceso de servicio.

El primer equipo de barrido en seguirles estaba dirigido por Criid, con Leyr como explorador y sargento al mando, Banda como tiradora y Mklaek como rastreador. Su lanzallamas lo llevaba la ayudante de campo de Domor, Chiria. El segundo estaba dirigido por Mktass, con Preed como explorador, Raess como tirador y Brennan como rastreador. Sairus les apoyaba con un lanzallamas. Gaunt les dio instrucciones de proceder y de establecer conexión con la escuadra de Mkoll antes de dividirse para abrir los puntos de acceso alternativos. El Coronel-comisario subrayó la necesidad de precaución, disciplina y vigilancia constante.

Los hombres le escucharon atentamente y después avanzaron.

El sargento Ewler apareció después, dirigiendo a la primera de las tropas de combate de las Compañías Ay K. Ezra estaba con ellos, junto con Kolding, que llevaba un botiquín médico. Curth, actuando como médico jefe, había insistido en acompañar al despliegue del Ataque Alfa, donde se esperaba el mayor número de víctimas.

Tras ellos llegaron los Reyes Suicidas.

Rawne había permitido que le quitasen todo a Mabbon menos las esposas. Los grilletes de los pies habían desaparecido. Alrededor del pheguth, Varl, Bonin, Brostin y los demás estaban preparados.

—¿Hasta dónde habéis llegado? —preguntó Rawne.

—No muy lejos, y ya hemos desmantelado tres dispositivos —respondió Gaunt.

—Eso está bien —dijo Mabbon.

Los hombres le miraron.

—Es lo que habría esperado —explicó—, lo que sugiere que las cosas no han cambiado demasiado desde la última vez que estuve aquí. También indica que dependen de defensas no tripuladas en estas capas del Reach.

Gaunt asintió. Esto es lo que Mabbon había estado diciendo todo el tiempo. Las principales fuerzas enemigas que protegían Salvation's Reach estaban posicionadas alrededor de las áreas de atraque e instalaciones principales. Los niveles secundarios de la colosal estructura, la mayoría de ellos en desuso y muchos de los cuales ni siquiera aparecían en los planos, se habían minado con bombas trampa y se habían dejado como áreas no vigiladas. El enemigo esperaba que cualquier ataque importante llegase de frente, motivo por el cual Gaunt había enviado al Ataque Alfa a derribar la entrada principal para atraer toda la atención posible.

El Archienemigo no anticipaba particularmente que nadie tuviese la paciencia, la disciplina, la habilidad o la técnica para perforar el casco del Reach e intentar una inserción a través de los niveles minados. Incluso con los niveles necesarios de habilidad y disciplina, semejante tarea seguiría estando destinada a fracasar.

A menos que también poseyeras información del interior. A menos que tuvieses datos prácticos razonablemente certeros que te indicasen dónde cortar, dónde insertar, y qué esperar al hacerlo.

A menos que contases con un etogaur de los Hijos de Sek.

—Avancemos —dijo Gaunt—. Muéstrame el camino que tú tomarías.

Regresaron al interior, pasando al avance de la tropa que esperaba y cruzando el puente. La escuadra de Mkoll ya había empezado a limpiar una distancia importante por el segundo acceso de servicio, neutralizando tres dispositivos más en el tiempo que le había llevado a Gaunt regresar y dirigir al resto hacia allí. El equipo de Criid había empezado a desmantelar bombas en la cámara dividida. El equipo de Mktass estaba atravesando el corroído puente hacia la cámara llena de maquinaria estropeada.

—Creo que tu hombre, Mkoll, va por buen camino —dijo Mabbon.

—Suele hacerlo —respondió Gaunt—. Es un don.

Después se volvió hacia Rawne.

—Nosotros seguiremos al equipo de Mkoll, pero las otras dos rutas podrían ser viables. Dividamos a la tropa aquí y separémonos.

—¿Para maximizar nuestras oportunidades? —preguntó Rawne.

—Para minimizar nuestras pérdidas —respondió Gaunt.

• • • • •

—El Ataque Beta está desplegado —informó Beltayn por el comunicador—. La fuerza al completo está en el interior de la estructura del Reach, aunque avanza despacio.

—Recibido —dijo Daur. Estaba paseándose con frustración. La perforadora estaba tardando eones en abrir el segundo agujero.

»¿No pueden aumentar la velocidad? —le preguntó a la mayor Pasha.

Ella negó con la cabeza.

—Dicen que se quemarían las cuchillas —respondió.

—Lo que se está quemando es mi paciencia.

Ella se echó a reír, pero su expresión era seria.

—Por favor, intente estabilizar su estado de ánimo, capitán —dijo—. Una vez dentro estaremos en un entorno cargado de dispositivos explosivos improvisados, la mayor parte de ellos con dispositivos de presión o vibración. La paciencia será nuestra mejor virtud.

—Lo sé, lo sé —respondió Daur—. Pero si no entramos pronto iremos con mucho retraso. Si el Ataque Beta llega a un punto muerto o se topa con una gran oposición y nosotros no avanzamos como alternativa, esta misión será un fracaso.

—En ocasiones las misiones fracasan —respondió Pasha—. Así es la naturaleza de la guerra.

—Disculpe, pero no —dijo Daur—. No pretendo faltarle al respeto, y entiendo que un oficial digno de su puesto debe mantener una perspectiva filosófica en estos asuntos. Pero usted no ha servido con Gaunt antes. Tiene que ser consciente de lo que espera.

La mayor Pasha frunció el ceño y asintió.

—Y también opino —prosiguió Daur—, que cuando una misión es así de crítica, no puede fracasar.

Cerca, detrás de los amortiguadores y bombardeado por el terrible chirrido y traqueteo de la perforadora, Merrt se frotó el cuello.

—¿Qué sucede? —preguntó Maggs.

—Se está pa… pa… pa… pasando el efecto —dijo Merrt.

Se había inyectado el agente anestésico en la mandíbula cuando la perforadora se había iniciado para estar preparado para inyectarse otra en el momento en que hubiesen pasado. Pero la máquina llevaba trabajando casi cuarenta minutos, y el efecto del adormecimiento estaba empezando a pasarse.

—¿Tienes otro? —preguntó Raglon.

—Un par. Creo que t… t… t… tres.

—No los desperdicies —dijo Maggs.

De repente se escuchó un golpe detrás de ellos.

—¿Qué dem …? —preguntó Merrt.

—Creo que hemos llegado al otro lado —dijo Nessa.

—¿Estás segura? —preguntó Questa.

—¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado! —Gritó Hark haciendo gestos a la fuerza de combate para que adoptasen posiciones—. Estamos listos. ¡Primer equipo preparado!

La mayor Petrushkevskaya dirigiría al primer equipo de barrido. Sus días en la compañía de irregulares le habían enseñado mucho sobre bombas trampa y sobre cómo desactivarlas. Nessa, Zel, Marakof y Raglon avanzaron con ella. Raglon tenía el rastreador preparado. Nessa comprobó su rifle antiguo. Marakof, uno de los nuevos

exploradores verghastitas, inspiró hondo y le guiñó el ojo a la mayor Pasha. Habían servido juntos en la Guerra de Zoica y sabían la manera de trabajar del otro. Zel era otro de los verghastitas nuevos que Pasha había elegido. El hombre corrió hacia ellos con el lanzallamas encendido.

—Listos y a la espera —dijo Pasha a su escuadra de barrido.

Los equipos técnicos estaban retirando los amortiguadores y las pantallas protectoras mientras el equipo de la perforadora se preparaba para extraerla.

—¡Daos prisa! —Gritó Daur—. ¡A vuestros puestos, por favor! Mayor Pasha, usted primero. Pollo, tú les seguirás cuando yo dé la orden.

»Y después Haller y su equipo. Repito, ¡los equipos de barrido primero! Comisario Hark, sé que todos estamos ansiosos, pero si no le importa, aparte a los soldados de nuestro camino. ¡Necesitamos espacio para movernos!

Hark ladró algunas órdenes y después dirigió a las secciones de soldados que esperaban atrás. Haller intercambió choques de nudillos con los miembros de su escuadra.

Daur se volvió para mirar la perforadora.

—¿Por qué están tardando tanto? —le preguntó a Pasha.

—El técnico dice que las cuchillas se han quedado atascadas —dijo—. Están liberándolas.

La perforadora estaba tratando de salir del profundo agujero que había cavado. La cabeza cortadora se había quedado atascada con algo. El motor iba al máximo de revoluciones y tosía bocanadas de humo negro. El operador movía la cabeza cortadora con unas rápidas y sonoras explosiones, hacia adelante y hacia atrás, intentando liberarla para que se pudiera iniciar la inserción.

—¡Venga ya! —exclamó Daur exasperado.

El defecto, la imperfección o la pieza de adamantio o de ceramita ultradura que se hubiese quedado enganchado en la cabeza de la perforadora cedió finalmente de manera abrupta. La Hades retrocedió dando una violenta sacudida y su cabeza cortante chirrió por la superficie interior del agujero. El operario acababa de cambiar el sentido de la rotación de nuevo.

El violento movimiento lanzó al operario al suelo. Las cuchillas segaban a toda velocidad hacia los lados en el borde del agujero y cortaron un trozo grande de metal hiperdenso que redujeron a finas fibras afiladas y astillas, que expulsaron hacia atrás, hacia la bodega lateral treinta y nueve.

Los fragmentos de metal voladores salían despedidos con la fuerza penetrante de una docena de disparadores de agujas loxatis. Ya no había amortiguadores protectores alrededor del lugar de perforación.

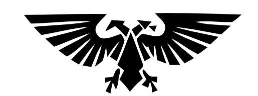
Un fragmento volador decapitó a uno de los ingenieros. Otros dos atravesaron limpiamente el torso de un servidor. Otros silbantes pedazos impactaron contra el suelo y el techo.

El resto se cebó con los equipos de barrido que esperaban para entrar.



DIECINUEVE

SANGRAR



—¡Por el Trono Sagrado! —Exclamó Daur—. ¡Médico!

Los cuerpos cubrían el suelo de la bodega lateral treinta y nueve. Desgarrados y ensangrentados, estaban desparramados como muñecas desechadas. La cubierta estaba salpicada de sangre, como si alguien hubiese vertido de manera indiscriminada latas de pintura escarlata.

Mohr corrió hacia adelante.

—Tiene un corte —dijo.

—¿Qué? —Daur levantó la mano y tocó sangre en su rostro. Un fragmento le había cortado en la sien, justo encima del ojo. Otro había atravesado la manga de Mohr. Su mano derecha estaba empapada en la sangre que brotaba desde debajo de su muñeca.

—Gak, qué desastre —balbuceó Daur.

Lesp era el médico asignado al Ataque Gamma. Estaba ya ocupado atendiendo el volumen de heridas simultáneas, pidiendo a gritos la ayuda de los soldados de la Gamma que hubiesen recibido formación médica militar o que tuviesen cualquier conocimiento de primeros auxilios. Algunos soldados estaban dejando las armas para correr hacia adelante y ayudar. Otros observaban la devastación, horrorizados. La sangre que había salido despedida de las heridas había manchado los rostros de muchos de ellos. Un soldado desafortunado de la primera fila, uno de los nuevos verghastitas llamado Gorgi, había muerto al instante al clavársele un fragmento entre los ojos.

Los tres equipos de barrido se vieron diezmados. Algunos estaban vivos e intentaban levantarse, aturdidos. Otros yacían tumbados, aparentemente muertos. Todos ellos estaban empapados de sangre.

—¡Ataque Gamma! ¡Ataque Gamma! —Gritó Daur quitándole el comunicador a Mohr de las manos—. Tenemos heridos múltiples en la lateral treinta y nueve. ¡Heridos múltiples!

—Repita, capitán —respondió Beltayn—. ¿Les están disparando? ¿Está informando de contacto hostil?

—¡Negativo! Ha sido un accidente con la perforadora. Hay heridos de laceración múltiples. ¡Necesitamos médicos de las enfermerías de la nave ahora mismo!

—Capitán, ¿puede proceder?

—Evaluando. Manténgase a la espera.

Daur miró a su alrededor horrorizado. El equipo de la mayor Pasha, el equipo principal, había sido reducido a pedazos. Lesp estaba intentando atender las heridas de la garganta y el rostro de Pasha mientras que el médico militar Fayner aplicaba compresión en las heridas de los antebrazos y las piernas de Nessa. Ambas mujeres

sangraban de manera profusa. Raglon estaba enroscado, jadeando y ahogándose, aunque apenas tenía cortes. Un fragmento afilado le había atravesado el torso y le había perforado un pulmón. Zel y Marakof habían muerto. La cabeza de Marakof había sido rebanada por la mitad en diagonal, desde la esquina izquierda de la mandíbula hasta la sien derecha, como una especie de muestra biológica inmaculada. La parte que faltaba de su cabeza estaba a unos metros detrás de él, con la parte interior en el suelo, de modo que parecía que una pequeña parte de alguien estaba emergiendo de un charco. El torso de Zel estaba hecho trizas y su brazo izquierdo había sido amputado. Daur avanzó, sin darse cuenta, y apagó el ignitor de su lanzallamas caído.

El segundo equipo, el de Pollo, estaba en malas condiciones. Pollo había sufrido una inmensa herida en el cuero cabelludo que sangraba copiosamente, así como importantes heridas en los brazos. Gotas de sangre rojo brillante cubrían su piel oscura. Questa, la tiradora, presentaba laceraciones en las manos y los muslos. Una astilla de metal de la longitud de un antebrazo humano le atravesaba la cadera. Maggs lloriqueaba de rabia y de frustración mientras se agarraba una herida ensangrentada en el estómago. El rastreador de Pollo, Burone, estaba partido en dos a la altura de la cintura. Nitorri, su lanzallamas, también estaba muerto, y tan cubierto de sangre que era imposible saber cuál de las heridas había resultado ser mortal.

El tercer equipo, el de Haller, estaba cubierto con la sangre de los primeros dos. Haller se estaba mirando el traje de campaña, pasmado al ver la sangre que lo salpicaba y sorprendido de que ninguna de la manchas fuese suya. Merrt tenía un rasguño, pero había corrido a asistir a Nessa. Vahgner, el explorador, estaba prácticamente intacto. Tenía la boca abierta como si no pudiese encontrar nada adecuado que decir. Vadim dejó en el suelo su rastreador y se levantó para ayudar a Raglon, pero cayó al suelo inmediatamente. Uno de los fragmentos voladores le había cortado el tendón de Aquiles. Belloc, un nuevo miembro procedente de la Colmena Vervun que casi siempre estaba alegre, estaba lívido mientras intentaba desabrocharse el lanzallamas para poder ayudar.

—Déjate eso puesto —silbó Vadim.

—¿Qué? —respondió Belloc.

—Tiene razón —dijo Daur—. El equipo tres tendrá que entrar primero. ¿Haller? ¡Haller!

Haller dio un respingo.

—¿Qué? Sí —dijo, perplejo.

—La puerta está abierta —dijo Daur mirando a Pasha. A pesar de sus terribles heridas, consiguió asentir—. Tenemos que entrar antes de que este brazo del ataque fracase por completo. Tenemos que proceder. ¿Haller?

—Sí, de acuerdo —respondió Haller intentando volver en sí, incapacitado por el impacto—. Pero… pero Vadim ha muerto. No tengo rastreador.

Daur respiró profundamente para controlar su respuesta de pánico.

—Necesito un sustituto de rastreador. Un voluntario. ¡De inmediato!

La mayor parte de la fuerza de Ataque Gamma había avanzado para ayudar a los heridos. Los que no podían ayudar se limitaban a observar consternados. Los hombres se miraban los unos a los otros en silencio.

—¡Es una orden! —gritó Hark acercándose a Daur. Un filamento volador le había rajado la mejilla como un corte de afeitado muy desagradable—. ¡El Emperador espera! El Capitán Daur necesita un rastreador. ¡Vamos!

—Uno bueno —añadió Daur, que ya era consciente del problema. Los Ataques Gamma y Beta habían seleccionado a los seis mejores rastreadores bajo el mando de Raglon y Domor. Había otros Fantasmas que tenían conocimientos básicos, pero los operadores más hábiles de la bodega lateral, y los mejor formados, eran los que yacían muertos o heridos en el suelo delante de él.

—Yo puedo hacerlo —dijo Maggs, haciendo una mueca de dolor.

—Cállate y espera a los médicos —contestó Daur.

—Yo lo haré —gruñó Hark—. Sé cómo funcionan.

Haller tosió y se limpió las manchas de sangre ajena de su piel pálida.

—No, tengo que hacerlo yo —dijo—. Yo era el primer reserva de la lista de entrenamiento.

Daur asintió. Haller tenía razón. Cuando habían hecho las selecciones para los equipos de barrido, Haller habría sido rastreador de no haberse esforzado tanto por obtener el mando de un equipo.

—Tienes razón —dijo Daur—. Coge el equipo de Noa. Comprueba que funciona. Yo te guiaré.

Después se volvió a Hark.

—Spetnin y tú tenéis el mando interino aquí, Hark. Intenta reunir un segundo equipo de barrido y envíalo dentro. Después trae a los soldados si doy la señal.

Hark asintió.

—¡Y por el Trono, que vengan más médicos!

—De acuerdo —dijo Hark.

—¡Vamos, Fantasmas, avanzad! —dijo Daur.

El capitán se giró y caminó hacia el agujero abierto. Merrt lo siguió, con Vahgner y Haller. Belloc se abrochó el tanque del lanzallamas y fue tras ellos. El áuspex de Vadim había resultado dañado, de modo que Haller había cogido el de Raglon finalmente. Daur oyó cómo Haller le prometía en voz baja a Raglon que cuidaría de su preciado equipo y que se lo devolvería, aunque probablemente Raglon estaba demasiado ido a causa del dolor y la desorientación como para escucharle.

Daur llegó hasta el agujero. Alzó la vista hacia el desgarrón del borde, el trozo de metal plateado arrancado que había comprometido la efectividad del Ataque Gamma, quizá sin esperanzas de recuperación.

Después encendió sus linternas.

• • • • •

Holofurnace cargó contra los Hijos de Sek. Había asegurado su bólter y, con la lanza y el escudo, estaba arrasándolos. Partes de cuerpos y fragmentos de armas partidas salían volando de su hoja giratoria.

Con los escudos en alto, Sar Af y Eadwine continuaron el avance hacia el fulminante fuego enemigo. Disparando por encima de los escudos, intentaban dividir a los Hijos que defendían la siguiente sección del acceso. Sus escudos de abordaje graznaban y temblaban bajo el diluvio de fuego. La mayor parte de la decoración de la superficie había sido abrasada, tanto marcas como sellos de pureza.

Eadwine recargó y emitió rápidas órdenes por el comunicador que llevó a los servidores de artillería hasta su flanco.

—¿Les meto prisa? —sugirió al cicatriz blanca.

—¿Mientras el serpiente defiende nuestro flanco izquierdo? ¿Por qué no? —respondió Sar Af.

—Necesitamos peso en la retaguardia —dijo Eadwine—. La maldita Guardia es lenta. Un fuego de apoyo adecuado nos permitiría seguir avanzando.

—Ya llegarán cuando se hayan tomado su tiempo —respondió Sar Af.

—Su tiempo no es lo bastante rápido —dijo Eadwine.

• • • • •

Kolea estaba atrapado detrás de una unidad de proceso, aguantando uno de los peores tiroteos de su vida. El fuego aullaba y pasaba a toda velocidad a su alrededor, impactando contra la caja metálica de la unidad, agujereándola y abollándola. Dos Fantasmas ya habían muerto intentando atravesar el espacio de la estación para llegar hasta él. Los Hijos de Sek estaban decididos a contener a la fuerza invasora en los compartimentos exteriores que el *Caestus* había atravesado. Se estaban posicionando para bloquearlos, para rodearlos, y después empujarlos al duro vacío. Kolea tenía a varios efectivos de la compañía detrás de él, pero ninguno estaba en posición de avanzar y de disparar.

En cuanto a los marines espaciales, habían avanzado a pesar de todo. Kolea era físicamente incapaz de prestarles ningún tipo de apoyo. Su naturaleza indómita pronto los llevaría a verse aislados, rodeados y, finalmente, aplastados. Eran la punta del arma, la punta de la espada. Y por muy afilada que estuviese, una espada necesitaba un cuerpo fuerte tras ella.

Kolea no dudaba que los marines espaciales apilarían cuerpo tras cuerpo antes de caer finalmente.

Pero acabarían muriendo.

Las interferencias electromagnéticas provocadas por el fuego torrencial, especialmente por los rifles inferno y las armas de plasma de los Hijos, estaba frustrando toda comunicación por voz. Kolea apenas podía coordinarse con la otra escuadra y los líderes de la compañía. Había perdido a Rerval de vista durante una granizada especialmente feroz y no había obtenido respuesta por parte de Eadwine ni de los otros marines espaciales desde hacía veinte minutos.

El fuego enemigo dejó de centrarse en él, como una tormenta que pasase por encima de su cabeza. Miró a su izquierda, hacia el espacio de destrucción y fuego de la estación destrozada, y vio a la compañía de Ferdy Kolosim siendo dirigida a cubierto tras una fila de inmensos bunkers de acero. Habían dejado a sus muertos en el suelo a sus espaldas.

—¡Kolea! —crepitó su comunicador.

—¡Adelante! —respondió el mayor.

El comunicador emitió algo ininteligible. Miró a su derecha a tiempo de ver cómo un par de misiles ascendían desde las líneas de la Guardia hacia la parte superior de la cámara de la estación. Volaron una fila de bombas del generador y los cuerpos de varios Hijos salieron despedidos por los aires. Un fuego pesado y sostenido, en parte de proyectiles trazadores, salió disparado de armas del calibre 30 y 50. La compañía de Baskevyl, la D, estaba intentando avanzar desde el hangar. No habían atravesado el agujero que había abierto el ariete. Habían forzado las escotillas internas y corrido bajo la protección de los puentes y los pasillos de servicio.

La línea del Archienemigo que estaba recibiendo el fuego de la Compañía D se apagó ligeramente e intentó replegarse. Kolea vio cómo Baskevyl se levantaba y dirigía una descarga hacia algunas máquinas de fabricación pesadas que formaban una fila en el centro de la estación.

El fuego de plasma las golpeó de inmediato. Kolea hizo una mueca, con la cabeza agachada, al ver cómo tres de los Fantasmas eran reducidos. Después los misiles cayeron también, silbando hacia abajo desde lo alto, y la enérgica onda expansiva de la explosión empujó al mayor hacia atrás.

Lo último que vio fue el cuerpo en llamas de Baskevyl volando, decapitado, por los aires.

Parpadeando y confuso a causa de la contusión, Kolea miró a su alrededor. La ira lo invadía, la rabia por las pérdidas y el estado de impotencia de su situación. Vio a Meryn y a algunos otros miembros de su fuerza inmóviles alrededor de otra hilera de procesadores.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! —gritó—. ¡A por esos hijos de feth, capitán!

Meryn no parecía oírle con el rugido del tiroteo. Sus hombres estaban lanzando tiros a ciegas con las cabezas agachadas.

Algo chasqueó.

Sin pensar ya racionalmente, Kolea se levantó. Alzó su escudo y corrió hacia la

posición enemiga, saltando escombros y cuerpos y disparando su rifle láser a través de la ranura del escudo.

De algún modo logró sobrevivir.

Después, no podría explicarlo. Era una historia que contaría durante el resto de su vida tras haber sido persuadido y después de haberse tomado un amasec o dos. Kolea estaba destinado a vivir una vida de soldado, de modo que eso no fue durante mucho tiempo, pero fue el tiempo suficiente como para hacer de ese día, de ese momento, una vieja historia. Otros la contaron también después de su muerte: Kolea, corriendo como un loco, con el escudo levantado y el arma escupiendo fuego. Iba gritando algo conforme avanzaba y, dependiendo de quién contara la historia, lo que gritaba variaba.

Algunos decían que era el grito de combate de la Colmena Vervun, otros el Juramento de la Fundación. Algunos decían que maldecía los nombres de Daur y Rawne, y de todos los demás a los que les había tocado por sorteo las inserciones más fáciles, Gamma y Beta.

Lo cierto es que era probable que estuviese gritando el nombre de su amigo Baskevyl.

Fue un acto salvaje y totalmente indisciplinado, especialmente dado que Kolea era el comandante de la fuerza y debería haber dado un ejemplo medido y sobrio a las filas. Caober dijo que era exactamente el tipo de acto estúpido característico del coronel Corbec.

Ese fue el motivo por el que Caober se levantó y le siguió. Derin también lo hizo, y Lyse, Neith y Starck… y Bewi, Irvin, Veddekin, Wersun y Vanette. Ludd, que debería haber estado dispuesto a reprender a Kolea por esa conducta tan imprudente, se levantó y cargó también.

—¡Hombres de Tanith! —Gritó Ludd—. ¡Plata pura!

La mayor parte de la Compañía C salió corriendo y disparando detrás de su oficial al mando, así como una buena sección de la Compañía D y de la Compañía H de Kolosim. La mayor parte de la compañía de Meryn estaba acorralada, pero una buena porción también salió corriendo detrás de Kolea. Dalin dirigía a estos hombres con la bayoneta preparada.

Algunas versiones de la historia, más tardías, insistían en que ninguno de los Fantasmas que participaron en ese acto glorioso e improvisado, la Carga de Kolea, pereció ni se lastimó. Esto no era cierto. Muchos murieron o fueron mutilados. Los Hijos de Sek no se quedaron tan pasmados como para olvidarse de seguir disparando. La carga dejó casi cuarenta muertos o heridos en el suelo de la estación.

No obstante, golpeó a los Hijos como un maremoto y rompió su línea. Kolea fue el primero en llegar a las barricadas. En su demente precipitación había olvidado extraer su plata, de modo que disparó al enemigo, a quemarropa, lo golpeó con el escudo y lo aporreó con la culata de su arma. Los hombres detrás de él estaban algo más serenos. Llegaron con las bayonetas alzadas, apuñalando y arponeando a los

Hijos de Sek desde detrás de sus escudos picados. Algunos lanzaron granadas hacia la primera fila, hacia los grupos de apoyo, haciendo volar por los aires a aquellas bestias de uniforme amarillo. Un par de lanzallamas emitieron lanzas de fuego líquido contra las filas enemigas. Las figuras se tambaleaban ardiendo como ofrendas de muñecos de paja, se sacudían y caían.

Kolea mató a ocho de los soldados enemigos antes de quedarse sin fuerzas y caer sobre una de sus rodillas, jadeando, asombrado al ser consciente de repente de su propia locura y, más todavía, por el hecho de seguir vivo a pesar de ello. Los Fantasmas a la carga se congregaban alrededor de él, fracturando las masas enemigas y obligándolas a retroceder por la barricada defensiva en ambas direcciones. Kolea había renegociado el mapa del campo de batalla y había roto el punto muerto.

—¿Estás vivo? —preguntó Dalin conforme lo ayudaba a levantarse.

Kolea asintió.

—Quiero decir… señor —añadió Dalin.

Kolea se rio.

—Ha sido una locura —dijo Dalin.

—Ya, bueno, es cosa de familia, así que estás avisado —respondió Kolea.

Los Fantasmas siguieron empujando y ganando terreno, asegurando su posición y disparando contra los Hijos en retirada. Ludd y Kolosim supervisaban el nuevo despliegue gritando órdenes.

—Estás bastante loco —dijo Baskevyl dándole unas palmaditas a Kolea en el brazo —. Aunque probablemente te darán una medalla por esto.

Kolea le miró.

—Tú… —empezó.

—¿Qué?

—Te habían dado. Te vi.

—No era yo —dijo Baskevyl.

—¡Los misiles! Cayeron justo entre la Compañía D. Te vi. Estabas…

Baskevyl hizo una mueca.

—He perdido a ocho hombres. Gedler estaba justo a mi lado. Le volaron la cabeza.

—Pensaba que eras tú.

Baskevyl se echó a reír.

—Maldita sea, Gol. ¿Has cargado contra los Hijos de Sek porque pensabas que había muerto?

—Estaba furioso.

—Seguramente quiere casarse contigo —dijo Kolosim que pasaba corriendo por su lado.

—¡Mayor Kolea! —gritó Ludd—. Necesitamos órdenes aquí.

Kolea corrió hacia Ludd, evaluando la mejor manera de dispersar a los Fantasmas desde las nuevas posiciones que habían adoptado. Aunque en una dura retirada, el enemigo seguía disparando con insistencia.

—Necesitamos encontrar los puntos de salida —le dijo Kolea a Ludd—, para seguir avanzando. Los marines espaciales esperan que los apoyemos y vamos muy atrasados.

Ludd asintió.

—Tal vez deberíamos traer las plumas —sugirió señalando—. Abrir un agujero ahí y ahí, junto a ese silo. Después podríamos avanzar bajo los escudos…

No acabó la frase. Justo delante de ellos, los Hijos de Sek estaban avanzando y rompiendo su formación.

—Que me den por feth —exclamó Ludd—. ¿Van a contraatacamos?

—No —dijo Kolea—. Están… huyendo.

Toda una sección de la línea en retirada del enemigo había echado a correr y se había dispersado hacia la fuerza de Kolea. Los Fantasmas empezaron a liquidarlos, sorprendidos ante la repentina oportunidad. Unas explosiones obligaron a los Hijos a avanzar hacia el campo de fuego de los Tanith. Fue una matanza breve pero sostenida.

—¡Mirad! —gritó Ludd.

El cicatriz blanca, Sar Af, apareció entre el humo aniquilando a los soldados del Archienemigo delante de él. Estaba disparando con el bólter, desbaratando la cohesión de la unidad y empujando a su línea para que se dividiese y desapareciese bajo el fuego de los Fantasmas.

El gigante vio a Kolea.

—¿Qué es lo que os retiene? —bramó Sar Af.

—Estábamos ocupados —gritó Kolea en respuesta.

—¿Con qué?

—Con lo de siempre —gritó Kolea.

Sar Af encogió sus inmensas hombreras. Después se volvió y disparó contra las debilitadas posiciones enemigas a su derecha.

—¡Vamos, si vais a venir! —gritó—. No vamos a esperaros más. Le he dicho a Eadwine que iba a venir a ver si teníais una buena excusa para no avanzar.

—¿Como cuál?

—¡Como estar muertos! ¡Y ahora, vamos, el Emperador os maldiga!

El cicatriz blanca empezó a avanzar hacia las escotillas traseras principales de la estación.

El suelo estaba cubierto de enemigos muertos. El acceso estaba roto y abollado. El humo inundaba el ambiente formando murallas densas y tóxicas.

Kolea se volvió a la fuerza de ataque en progreso.

—¡Paso ligero! —gritó—. ¡Y ponedle empeño! ¡Tenemos una batalla por ganar, y no pienso librarla solo!

—A pesar de dar muestras de lo contrario —dijo Baskevyl.

• • • • •

El profundo interior del Reach era frío y oscuro. El equipo de Daur avanzó a través de unas cámaras húmedas y unos túneles oxidados, recorriendo unos pocos metros cada vez para elegir un camino. El respirador de Merrt se había convertido en un estorbo y se lo había quitado. Poco después, los demás hicieron lo mismo. El aire metálico y gélido era infinitamente preferible al sudor y a la claustrofobia que provocaban las máscaras.

Haller estaba nervioso. Era terriblemente consciente de lo mucho que dependía de que él interpretase bien las señales del rastreador. Movía el artefacto de un lado a otro con sumo cuidado.

—Basta con que lo hagas bien —dijo Daur—. No te esfuerces tanto.

Haller asintió a su amigo, se aflojó el cuello y avanzó.

Unas brisas inquietantes murmuraban por los viejos y retorcidos túneles. La llama piloto del lanzallamas de Belloc saltaba y se agitaba. En algunos lugares estaba tan oscuro que incluso la danzante luz del lanzallamas proyectaba sus sombras en las paredes en deterioro.

—¡Esperad! —dijo Haller de repente. Su equipo había empezado a chasquear. El resto mantuvo la posición mientras movía el rastreador. Merrt insertó rápidamente una carga salina en su viejo rifle. Se había inyectado el relajante muscular en la mandíbula de nuevo y la tenía adormecida, pero la segunda dosis había hecho que le dolieran los músculos del cuello y de la zona lumbar.

—¡Ahí! —señaló Haller estudiando la mira de aumento mientras señalaba—. A la izquierda, cableado.

—A la izquierda, cableado —repitió Vahgner utilizando su mano y activando el láser de luz.

—¡No! ¡Te has pasado! —Le dijo Haller—. Allí. Detrás de ese mamparo.

Tenían las lámparas encendidas. A veinte metros de distancia, cuatro cajas de munición pequeñas y gruesas estaban apiladas detrás de una viga del mamparo. Los cables iban por debajo de la juntura del suelo hasta las placas de presión, que estaban directamente delante de ellos.

—Un paso más habría sido desastroso —dijo Haller.

Daur asintió.

Vahgner estaba moviendo el rayo láser por el espacio.

—Mirad ahí —dijo. Más cerca del dispositivo, un cable del grosor de un cabello estaba extendido de lado a lado del espacio a la altura del tobillo. Si alguien se tropezaba con la trampa de presión le aguardaba una segunda sorpresa. Vahgner volvió a señalar con el láser el disparador atornillado en lo alto de las cajas.

—Veinte coma dieciocho metros —dijo.

Merrt apuntó y centró su mira en el punto que Vahgner estaba señalando. A

veinte coma dieciocho metros. Una brisa les golpeó el rostro con un ligero impulso. Quería tragar, pero tenía la mandíbula y la garganta demasiado adormecidas. Se acurrucó, agarrando el rifle con firmeza pero no demasiado fuerte. Todo en su vida desde aquel momento en la selva de Monthax, todo había sido para llegar a aquel momento, a aquel disparo. Sintió náuseas.

—Bien —dijo Daur—. Buen disparo, Rhen.

Merrt parpadeó. Un hilo de humo ascendía desde la boca de su rifle. Había disparado. Estaba tan concentrado que ni siquiera se había dado cuenta.

—Perfecto —dijo Vahgner mientras lo comprobaba a través de su mira de aumento—. Ha alcanzado justo el disparador correcto.

Haller avanzó. El detonador de la placa del suelo estaba inactivo. Desenganchó el cable del suelo, extrajo el detonador y pulverizó gel inerte en el dispositivo. Después dibujó unas advertencias con tiza roja.

—¿Crees que podrás hacerlo de nuevo? —le preguntó Daur a Merrt.

Merrt hizo un gesto afirmativo. Quería gritar de satisfacción, pero tenía la mandíbula demasiado dormida.

—Apresurémonos.

—¡Tengo otro aquí! —gritó Haller peinando la juntura que tenían delante.

Merrt insertó una bala nueva.

• • • • •

—Esto debería aliviar el dolor un poco mientras te llevamos hasta la enfermería —le dijo Dorden a Nessa. Ella asintió e intentó sonreírle mientras él le ponía la inyección. Sus múltiples cortes habían sido atendidos. Las manchas de sangre todavía asomaban a través de los vendajes.

—No deberías estar aquí —dijo Hark.

Dorden se levantó del lado de su paciente y perdió el equilibrio por un momento. Después miró al comisario y señaló la escena que tenían alrededor en la bodega lateral treinta y nueve.

—Los muertos y los moribundos nos rodean, Viktor, y los médicos apenas pueden con todo. ¿De qué manera podría invertir mejor mi tiempo?

—Ya sabes lo que quiero decir —respondió Hark.

—No, en serio —continuó Dorden—. ¿Debería ir a sentarme tranquilamente en algún lugar y a esperar a la muerte para no convertirme en un estorbo? ¿O puedo emplear el poco tiempo y la habilidad que me quedan en ayudar al regimiento?

Hark sacudió la cabeza. Se estaba realizando una clasificación de enfermos y de tipos de cirugía. Lesp estaba luchando por salvar la vida de Raglon. Los médicos del equipo de Spika estaban trabajando con Maggs y Vadim.

—Estaba sentado en la enfermería, Viktor —dijo Dorden—. Pero oí la alerta de heridos. Viejos hábitos.

—Apreciamos tus esfuerzos —dijo Hark.

—Dejadle trabajar —dijo Zweil—. Me pone de muy mala leche cuando no tiene nada que hacer.

El ayatani se agachó para susurrarle la extremaunción a Marakof.

—¿Vais a entrar? —preguntó Dorden.

Hark se encogió de hombros.

—Ya vamos con mucho retraso por todo este desastre —respondió—. El capitán Daur se ha llevado a un equipo de barrido con él. Estamos esperando a que nos indique que le sigamos.

Hark echó un vistazo hacia Mohr y el capitán Spetnin. Ambos negaron con la cabeza.

Dorden se echó mano a su bolsa médica para sacar algunas gasas para la mayor Pasha.

—Esperar es la peor parte, ¿verdad? —dijo.

Hark asintió, pero tenía la desagradable sensación de que sabía a lo que el viejo médico del regimiento se estaba refiriendo en realidad.

• • • • •

Merrt disparó por cuarta vez en quince minutos. La bala salina cortó el disparador de encima del tanque suspendido de explosivos. Perfecto. Cuatro de cuatro.

Haller avanzó para asegurar el dispositivo y marcarlo.

—Hay un túnel grande más adelante —dijo Vahgner.

—Hemos despejado un buen trecho —dijo Belloc.

Daur asintió. Tal vez habían compensando un poco el retraso provocado por el desastroso comienzo.

—Voy a indicarles que nos sigan —dijo, y ajustó su enlace—. Daur a Gamma. Daur a Gamma.

—Aquí Gamma, capitán —respondió Mohr.

—Ordena a Hark y a Spetnin que dirijan a la tropa de ataque al interior —dijo Daur—. Que sigan la ruta marcada y que vayan despacio.

—Recibido.

Daur miró a los demás.

—Despejemos un poco más de camino, ¿os parece? —dijo.

• • • • •

—¡Ataque Gamma! —Gritó Spetnin con su fuerte acento verghastita—. ¡Levantaos y preparaos para el despliegue!

—¡Vamos a entrar! —anunció Hark recorriendo la línea mientras los Fantasmas se formaban—. Formación de escuadra. ¡Preparaos!

—El Emperador vaya con vosotros —graznó la mayor Pasha a Hark, con la garganta vendada. El comisario asintió.

—¡Vamos! —gritó Spetnin.

—¿Adónde vas? —le preguntó Hark a Dorden.

—¿Pretendéis avanzar sin un médico? —preguntó este.

—Por el Trono… Venga, doctor, no tengo tiempo para esto.

—Lesp no puede abandonar a su paciente —se apresuró a responder Dorden—. Tiene las manos ocupadas. Lo formé bien, de modo que no va a marcharse en medio de una cirugía. Soy vuestra única opción. Y el libro de reglas dice…

—No me nombres las normas a mí, doctor —dijo Hark—. No eres lo bastante fuerte, y no estás lo bastante en forma.

—¡Por supuesto que no lo está! —saltó Zweil—. Se está muriendo, capullo presuntuoso. Mírale, es un despojo humano. Casi se puede ver a través de él, no es más que piel y huesos. Deja que haga esto, feth.

—Padre… —empezó Hark.

—¿Es que no lo entiendes? —Preguntó Zweil—. No quiere morir ocioso, y no quiere morir solo.

—¡Muéstrele algo de respeto, padre! —gruñó Hark.

—En realidad, ni yo mismo podría haberlo dicho mejor —dijo Dorden—. Es de lo único que tengo miedo, Viktor. De morir en una cama pensando que habría podido hacer un poco más.

Dorden miró al comisario.

A Hark le costaba mirarle a los ojos, pálidos y brillantes.

—Juré —dijo el médico—, en los Campos de la Fundación de Tanith Magna, servir a la Guardia Imperial y al Primero de Tanith durante el resto de mis días. ¿De verdad tú, un comisario imperial de feth, vas a impedirme cumplir ese juramento? Porque sí es así, es una sorprendente ironía.

—Coge tus cosas —dijo Hark.

Dorden miró a Zweil.

—El Emperador nos protege —dijo el ayatani—. Incluso a los viejos testarudos.

—Esa es la razón por la que nunca me preocupo por ti —dijo Dorden—. Oye… Te veré más tarde.

—Por supuesto que sí —respondió el viejo sacerdote.

• • • • •

—¡Médico! —gritó Kolea.

Curth corrió hacia adelante a cubierto, con la cabeza agachada en una postura instintiva que cualquiera que pasase tiempo en el campo de batalla aprendía a adoptar rápidamente. Llegó junto a él. Un fuego bastante continuo volaba por encima de sus cabezas desde las posiciones de los Hijos de Sek en la cámara que había más adelante. Las armas disparadas a ambos lados de ellos traqueteaban devolviendo el fuego. Los lanzallamas rugían.

—¿Le han dado? —preguntó.

—A mí no —respondió Kolea, y señaló a Fazekiel, que estaba a su lado. Tenía un tiro en el hombro y la cara salpicada de sangre.

—No es nada —dijo Fazekiel.

—Es leve, pero está sangrando mucho —dijo Curth inclinándose para atender la herida—. No le sirves de nada a Gol si te desmayas por la pérdida de sangre.

—Eso es justo lo que le he dicho —dijo Kolea mientras volvía a mirar por el objetivo.

—Sí, bueno, por lo que tengo entendido no es que tú estés demostrando el comportamiento más racional del mundo hoy —dijo Curth. La médico abrió una bolsa de gasas.

—¿Te has enterado? —preguntó Kolea.

—Ha sido lo más fascinante que he visto en mi vida —dijo Fazekiel haciendo gestos de dolor mientras Curth le curaba el hombro—. Pretendo dispararle por ello después.

—¿Estamos ganando ya? —preguntó Curth mientras trabajaba.

Kolea se encogió de hombros. Después del ataque había restablecido el contacto con la ofensiva de los marines espaciales. El Ataque Alfa había avanzado bastante, atravesando una serie de amplios compartimentos internos más allá de la plataforma del hangar y la estación de ingeniería. Aquellas cámaras eran espacios altísimos, como el interior de las fábricas. Inmensas máquinas llenaban sus cavidades. Kolea suponía que estarían relacionadas con la atmósfera o los sistemas gravíticos.

El enemigo había retrocedido para esconderse aquí. Los Hijos de Sek y algunos loxatls, junto con soldados del culto y servidores armados, defendían la línea desde tres cámaras y hostigaban el decidido asalto imperial mediante redes de conductos y esclusas. Los loxatls también estaban utilizando los espacios y los conductos del techo para adoptar posiciones de tiro ventajosas.

La respuesta de Kolea fue minar o quemar sistemáticamente todos los conductos y las escotillas mientras avanzaban, peinar las bóvedas del techo y las tuberías con los lanzallamas. Esto hacía que avanzasen algo más lento, pero merecía la pena.

Pero era costoso. La Compañía H, bajo el mando de Eklan, estaba ocupada transportando los reabastecimientos de munición a través de la línea que llegaba desde los hangares, donde los transportes y los transportes ligeros que habían llevado a los soldados para el asalto estaban regresando con cargas de munición, tanques de

lanzallamas, cargas y misiles. Algunos de los transportes ligeros estaban dando la vuelta para hacer el tercer viaje del día.

Jan Sloman corrió a refugiarse.

—El hermano sargento quiere que sepas que él y sus hermanos están a punto de lanzar otra ofensiva —dijo Sioman.

—Me lo podría haber dicho por el enlace —dijo Kolea.

—Lo ha intentado, pero las interferencias son aún peores aquí.

Kolea sabía que aquello era cierto. Tenía que enviar a Sloman de vuelta por la estación para mantener la conexión abierta con la *Armaduke* y los demás grupos de ataque. Rerval había formado un grupo de mensajeros para mantener el flujo de mensajes.

—¿Tenía alguna idea de en cuánto tiempo iban a hacerlo? —preguntó Kolea a Sioman.

Un intenso rugido de fuego de cañón se escuchó desde la parte izquierda de su posición. Kolea se arrodilló para mirar por detrás de su escudo y vio a los tres marines espaciales avanzando hacia la parte más densa de la línea enemiga. Sus servidores de artillería iban con ellos y disparaban sus armas. El fuego constante llovía sobre las filas de los Hijos.

—Eso responde a la pregunta —dijo Kolea. Después agarró su rifle láser.

—¡Cuatro! ¡Nueve! ¡Doce! ¡Trece! ¡Preparaos a mi izquierda! —gritó—. ¡Ocho! ¡Quince! ¡Vanette, tú también! ¡Levantaos y preparaos! ¡Fuego de supresión cuando dé la orden! ¡Misiles! ¡El objetivo es ese supresor!

—¡Ya habéis oído al mayor! —Gritó Fazekiel levantándose y abrochándose el abrigo—. ¡El Emperador os observa! Nos observa a todos. ¡Y hoy confía en vosotros, de modo que no le decepcionéis! Pelotón, numerados, en posición. ¡Cargad y preparaos!

—¡Por Tanith! ¡Por Verghast! ¡Y por la furia de Belladon! —Aulló Kolea—. ¡A por ellos!



VEINTE
SALVATION'S REACH



—Espera —susurró Mkoll—. Espera.

—Ha sido un tiro limpio —protestó Larkin al tiempo que bajaba el rifle.

—Sí —convino Mkoll conforme ajustaba su rayo láser—. Le has dado al disparador, pero mira.

El rayo del objetivo del jefe de exploradores iluminó un cable grueso envuelto en cinta aislante que salía desde el lateral del dispositivo que Larkin acababa de destrozar.

—Es el segundo detonador —dijo.

—¡Feth! —masculló Larkin.

—¿A qué está conectado? —preguntó Gaunt.

Domor estaba ocupado con el áuspex.

—Estoy detectando una especie de saco debajo de las placas del suelo, ahí. A la derecha. Creo que es una bolsa de compresión. Si la pisas, el aire o el fluido salen a presión hacia el cable del detonador. Trono, casi se me pasa.

—Los detonadores secundarios indican que hay mayor seguridad —dijo Gaunt.

—Nos hemos adentrado alrededor de kilómetro y medio —dijo Mkoll—. Si los planes y los recuerdos de nuestro amigo son correctos, estamos cerca.

Larkin había recargado.

—Puedo partir el cable. El disparador está parcialmente oculto.

—Hazlo encima del detonador —dijo Domor—. Incluso si sólo cortas parte del cable, la presión se impulsará hacia atrás, hacia la fisura. Y si lo haces por debajo, la fuerza del disparo podría verter fluido o aire en el detonador de todos modos.

—Gracias por el consejo —dijo Larkin apuntando.

—Debería funcionar —dijo Domor.

—¿«Debería»? —dijo Zered.

—Me gusta dejar espacio para la variabilidad circunstancial —explicó Domor.

—¿Ah, sí? Pues que te den por feth —dijo Larkin apuntando. Mkoll llamó a Gaunt a un lado.

—Larkin está cansado —dijo en voz baja—. Tiene las manos inestables.

—No pasa nada —dijo Gaunt—. Nació inestable.

El rifle estalló. Se escuchó un fuerte golpe de agua cristal.

—Y… seguimos con vida —dijo Larkin.

—Ha desactivado dieciocho dispositivos hasta ahora —dijo Mkoll—. El estrés constante le está pasando factura.

—Todos hemos entrenado para esto —respondió Gaunt.

—Y parte de ese entrenamiento y esa planificación incluía un acuerdo de sustituir a los tiradores y rastreadores si empezaban a mostrar signos de fatiga.

—¿Sustituirlos por quién? —Preguntó Gaunt—. Ya has oído lo que le ha pasado al Ataque Gamma. Pylar y Curo eran los dos reservas que teníamos y han tenido que ir a apoyar a Daur.

—Tenemos otros tiradores.

—Ninguno tan entrenado. Ninguno tan bueno. Por eso hicimos tantas pruebas durante la preparación —dijo Gaunt.

Mkoll marcó el dispositivo con tiza roja. Empezaron a avanzar de nuevo por la cámara oxidada. Las paredes estaban tan corroídas que parecían estar rezumando una sustancia verde y blanca. Apenas habían avanzado cuarenta metros cuando Domor avisó de otra carga escondida. Larkin empezó a apuntar.

Gaunt indicó a la fuerza principal que avanzaba a cierta distancia por detrás de ellos que se detuviese y esperase.

—Raess entonces, o Banda —dijo Mkoll en voz baja—. Dile a Criid o a Mktass que se dividan y que se reagrupen con nosotros.

—Raess y Banda han disparado ya una docena de veces o así cada uno —respondió Gaunt—. No están menos cansados que Larks. Estamos comprometidos y nos hemos quedado sin opciones.

Mkoll bufó.

—Como quieras. Pero no creo que a Larkin le queden más de tres o cuatro tiros certeros en los dedos.

Mkoll volvió para ayudar a Larkin a apuntar. Gaunt regresó con la fuerza principal.

—El pheguth dice que estamos cerca —dijo Rawne.

—¿Cómo de cerca? —preguntó Gaunt.

—Reconoce esta corrosión. Dice que dos o tres cámaras más adelante llegaremos a una escotilla que da al complejo.

Gaunt miró al etogaur. Mabbon estaba escoltado por Brostin y Varl. El resto del destacamento de la Compañía S estaba cerca. A Mabbon se le había permitido hacer anotaciones en una placa de datos y le mostró a Gaunt el plano que había trazado.

—¿Ves? —dijo Mabbon—. Estamos muy cerca. Deberías ordenar a los soldados que se preparen.

Gaunt se mordió el labio.

—¿Hasta qué punto estás seguro?

—En un noventa por ciento —dijo Mabbon—. Esta estructura es enorme, y mis recuerdos no son perfectos. Pero pasé años aquí, y todo en esta ruta me ha resultado familiar. Era lo que yo esperaba, sin sorpresas.

—¿Un noventa por ciento? —preguntó Gaunt.

—Sí.

—Si los disparos de Larkin fuesen certeros sólo en un noventa por ciento —dijo Gaunt—, ya estaríamos todos muertos.

—Entonces es una suerte que no sea yo el que está disparando a los detonadores

—respondió Mabbon.

Hubo otro estallido ligero detrás de ellos, otra bala salina. El mundo no se había disuelto en luz y conmoción. Habían sobrevivido un paso más.

Gaunt se llevó el comunicador a la boca.

—Aquí Ataque Beta, Ataque Beta. Quiero un transporte preparado para nosotros dentro. La ruta está marcada, no os desviéis. Esperad mis órdenes.

—Recibido —respondió Beltayn—. Avisaré al capitán Obel.

Gaunt se volvió hacia la larga línea de Fantasmas en espera que formaba su fuerza de combate.

—Preparaos, plata pura —dijo—. Parece que la cosa va a empezar.

Los Fantasmas instalaron los puñales en su sitio.

• • • • •

En la bodega de preparación número siete de la *Armaduke*, los reservas estaban esperando junto a las unidades de Tauros cuando recibieron la llamada. Obel escuchó el mensaje, asintió unas cuantas veces y le devolvió el cuerno al operador.

—Descargad las municiones —ordenó—. Cargad estos ocho vehículos con jaulas vacías. Un conductor y un observador en cada uno de ellos. ¡Vamos!

Blenner se acercó a él.

—¿Cuáles son las órdenes?

—El Ataque Beta ha solicitado transporte. Están a punto de llegar a lo que estamos buscando.

Blenner asintió.

—Yo dirigiré esto, entonces —dijo.

Obel frunció el ceño.

—Llevo todo el día esperando la oportunidad de… —empezó.

—Lo sé. Pero se trata de una misión de transporte. Entrar y salir, llevar mercancías. Mi tipo de trabajo. Emplearé a los músicos que puedan conducir una unidad.

—Me… me gustaría expresar mi objeción —dijo Obel.

—Le escucho, de verdad —dijo Blenner—. Pero yo tengo un cargo superior en esta circunstancia. Escuche, Obel, en cualquier momento podríamos recibir el aviso de enviar reservas activas a la plataforma de excursión para apoyar al Ataque Alfa. Un despliegue de hombres de combate. Ese es su tipo de trabajo. Deje que me lleve a la banda para conducir la carga. Es un trabajo insignificante. No pierda el tiempo con él. Espere aquí a tener la oportunidad de hacer lo que hacen los héroes de verdad.

Obel se dispuso a responder, pero se detuvo.

—Acabo de hacerle un cumplido, capitán —dijo Blenner. Obel sacudió la cabeza y

se echó a reír.

—Buena suerte, señor —dijo.

—No la necesitaré —respondió Blenner.

El comisario se acercó hasta Wilder. Su corazón latía demasiado de prisa.

—Ha llegado el momento de ponerse a trabajar, capitán —dijo. Wilder le miró.

—¿De verdad? ¿Otro reabastecimiento de municiones?

—No, algo mucho más estimulante. Vamos a ir a apoyar a Gaunt. Seleccione a ocho conductores y a cinco observadores.

—¿Cinco? —preguntó Wilder.

—Los demás seremos usted, yo y ese chico de ahí.

—¡Venga ya, comisario! —silbó Wilder—. ¿El hijo de Gaunt? ¿De verdad?

—Necesita hacer algo antes de que pierda la confianza en sí mismo por completo —dijo Blenner.

—¡Vamos! —Gritó a los miembros de la banda—. Que parezca que sabemos lo que estamos haciendo. Perday, tú serás mi conductora.

Felyx se acercó a él.

—¿Me quiere a mí para esto?

—Es sólo un viajecito. Te gustará. Te dará algo que hacer, Emérito.

—Yo también voy —dijo Maddalena.

—No hay espacio, de modo que no puedes. Lo siento y todas esas cosas. Lo traeré de vuelta entero. Lo prometo.

—No —dijo Maddalena.

—¡Sí! —exclamó Felyx.

—Te obliga la ley imperial —le dijo Blenner—. Era una condición básica para dejarte permanecer con este regimiento. Lo sé perfectamente. De modo que tengo autoridad sobre ti y la estoy ejerciendo. Márchate. Deja que el chico haga algo hoy para que cuando todo haya terminado pueda mirar a su padre a la cara sin sentir vergüenza.

Maddalena Darebeloved lo miró con la mandíbula apretada.

—No me gustas, Vaynom Blenner —dijo.

—Todo el mundo dice eso al principio —respondió devolviéndole la mirada—. Mi querida señora, si me preocupase de todo aquello a lo que no le gusto en esta galaxia de feth, nunca me levantaría de la cama por la mañana.

Después se volvió.

—¿Nos vamos? —preguntó.

• • • • •

Criid encendió su lámpara hacia la oscuridad superior. Su equipo de barrido había

entrado en una inmensa caverna que parecía ser de formación natural ya que el tiempo y la compresión habían arrugado sobremanera las paredes y el techo. Las micas y las aleaciones brillaban y se arrugaban como la roca. La cubierta bajo sus pies eran unas placas oxidadas que formaban un camino por la superficie grasienta de rococemento.

—¡Alto! —gritó Mklaek mientras ajustaba los diales de su rastreador—. Está minado —dijo—. Bajo las placas del suelo.

Banda se secó el sudor de la frente.

—Genial —dijo—. ¿Cómo disparo al detonador entonces?

—¿No podemos levantar las placas —preguntó Leyr— para desactivar las minas manualmente?

—Eso es una idea enormemente mala —replicó Criid.

—Las sortearemos entonces —dijo Leyr—. Saldremos del camino e iremos por el rococemento.

Mklaek sacudió la cabeza.

—No detecto nada en absoluto en el rococemento. Es demasiado denso como para obtener una señal clara. Podría haber cargas de filamentos o detonadores remotos que no detecto.

Criid inspiró hondo.

—Entonces tenemos que buscar otra vía —dijo Chiria descargando el peso de su equipo de lanzallamas—. Volveremos a la última bifurcación y tomaremos el otro camino.

Banda dejó su rifle y se apoyó contra la pared de la caverna. Estaba intentando controlar su estrés.

—Escuchad —dijo—, nadie mina una zona que no puede desarmar. Es una regla básica de la compañía de irregulares.

—Eso no siempre es cierto —respondió Leyr.

Banda se encogió de hombros.

—De acuerdo. Puede que no en un mundo abierto en el que cuentas con el lujo del espacio. Espacio para moverte. Espacio para detonar desde cierta distancia. Pero no aquí.

Después miró a Criid.

—Piénsalo, Tona —dijo—. No minarían una ruta principal como ésta si no pudiesen desactivaría después. Por si necesitasen hacerlo. Es pura lógica. No podrían desactivaría de forma segura para despejarla. La explosión arrasaría los túneles.

Criid lo meditó.

—Eso significa —dijo Banda— que estas cargas deben poder desactivarse. Podemos levantar las placas.

Mklaek asintió con entusiasmo.

—Porque no estaremos haciendo presión —dijo—. No detonarán al quitarles peso de encima. Sólo al aplicarles peso.

—¿Sabes hacerlo? —preguntó Criid.

Mklaek asintió de nuevo.

—Será mejor que lanzar tiros al azar —dijo Banda.

Criid miró a Chiria.

—Vuelve con el apoyo de los soldados y diles que retrocedan al menos cincuenta metros —ordenó.

—Eso no servirá de nada si esto revienta —objetó Chiria.

—Hará que se sientan mejor —respondió Criid. Después miró a Banda y a Mklaek—. Os toca.

Estos se pusieron los guantes y caminaron a cuatro patas. Mklaek pasó el equipo rastreador por su lado mientras gateaban, vigilando la unidad del áuspex.

—Este es el primero —dijo, deteniéndose.

Criid y Leyr permanecían de pie y observaban atentamente.

Banda extrajo su puñal e insertó la punta de la hoja debajo del extremo de la placa corroída del suelo.

—Cuidado —dijo Mklaek.

—¿En serio? —Respondió Banda—. Pensaba lanzarla por los aires.

Mklaek se agachó del todo, con el lateral de la cabeza pegado al suelo. En el momento en que la placa se levantó, aunque sólo fuese un dedo o menos, pudo ver debajo de ella.

—Hazlo —dijo.

Banda empezó a levantar el borde de la placa. Era gruesa y muy pesada, y la hoja del cuchillo estaba tan pulida que parecía que en cualquier momento la placa fuese a resbalarse. Levantó el borde unos dos centímetros, y en seguida puso tres dedos debajo antes de que cayese sobre el detonador de presión.

—¡Por el Trono Sagrado! —Susurró Leyr a Criid—. No lo soporto.

Banda tragó saliva, agarró bien la placa y sacó el cuchillo. Mklaek todavía tenía la cabeza pegada al suelo.

—¿Listo? —preguntó ella.

Él asintió.

Banda empezó a levantar la placa. Era pesada. No podría sostenerla por mucho tiempo.

—Para —ordenó Mklaek.

—¿Qué pasa? —preguntó Banda. Apenas había levantado tres centímetros del lado que estaba sujetando.

—No la levantes más —dijo Mklaek.

—Sí, hombre. ¿Qué quieres? ¿Qué me quede así? ¿Sujetándola?

—La parte de abajo está cableada —respondió Mklaek—. Tiene un cable enganchado al detonador. Si lo levantas se disparará.

—Y me lo dices ahora —se quejó Banda.

• • • • •

Raess bebió un sorbo de agua de su petaca. Tenía la garganta tan seca como Jago. Sentía un dolor en el brazo derecho que no le gustaba.

—¿Listo? —preguntó Mktass.

—Me las apañaré —dijo Raess. Cerró la botella, la dejó a un lado y se levantó—. ¿Dónde está?

El equipo de Mktass había avanzado hasta otra sala de máquinas, una gigante caja de metal oxidada llena de maquinaria de metal oxidada. Era la tercera que habían encontrado a su paso. Preed especuló que todas formaban parte de una nave, de una nave con capacidad de disformidad, que se había compactado en la masa de Salvation's Reach hacía siglos. Les recordaba a los corroídos cascos improvisados que utilizaban los pieles verdes. Todas las superficies tenían una capa de óxido escamado de tonos otoñales apagados.

Estaban saliendo a un pórtico a medio camino de la altura de la cámara. El pórtico se convirtió en un puente de metal que se extendía hasta una escotilla en el otro extremo. Los soportes eran unas barras de metal que descendían del techo. Eran una subida y una bajada muy largas.

Brennan había peinado la cámara y había localizado una fuente de electricidad en el puente, a mitad de camino. El espacio central estaba conectado a unas placas de presión que había debajo del espacio del acceso. Una carga mayor acechaba bajo el puente, asegurada en un barril de combustible y revestida con envolturas de tela encerada.

Raess insertó una bala. Había perdido la cuenta de cuántas veces había disparado aquel día.

—Apúntame —le dijo a Preed.

El explorador sacó su mira y apuntó con el láser al mecanismo disparador, que sobresalía del bloque que había debajo del puente como un grifo.

—¿Lo tienes? —preguntó Preed.

—Sí —contestó Raess ajustando la mira de su rifle.

Mktass esperaba tras ellos con Sairus. Sairus había ajustado su lanzallamas a la velocidad más reducida. Mktass se giró hacia la compañía, que aguardaba cien metros por detrás en el pasillo. El sargento de los belladonitas, Gorlander, a la cabeza de la columna, animó a Mktass asintiendo levemente con la cabeza.

Brennan se dirigió hacia adelante, junto al equipo de tiradores, y rastreó de nuevo. Su peso y su movimiento en el pórtico hicieron que éste vibrara y crujiera.

—¡Feth! —exclamó Mktass.

Pequeñas costras de óxido cayeron desde los pernos que sostenían las barras de la estructura. La mayoría de ellas se alejaron como las hojas muertas. Preed cogió una de las más grandes antes de que aterrizase sobre la parte cableada del puente. Estaba

seguro de que habría sido demasiado ligera como para activar la placa de presión, pero era mejor no tentar a la suerte.

—Dispara, por favor —dijo Mktass.

Raess apuntó.

—Esperad —dijo Brennan. Su mira le estaba mostrando algo más—. Hay una segunda carga al otro extremo del puente. Está conectada a las mismas placas de presión que la primera.

—Feth —susurró Raess.

—¿Qué hacemos? —preguntó Preed.

Brennan inspiró hondo, pensando.

—Eliminar la primera, tal y como ibas a hacer —respondió—. Recargar rápido y eliminar la segunda. Y entre una y otra, rezar para que el impacto de la primera bala no active el segundo detonador.

Raess extrajo una segunda bala salina y la dejó en su base de metal junto a su rodilla.

—Apunta a ambos objetivos antes —le dijo a Preed—. Introduciremos ambos parámetros de tiro en las miras para que pueda disparar, cargar y cambiar al segundo.

Preed asintió.

A Raess le sudaban las palmas de las manos.

• • • • •

La escotilla blindada estaba deteriorada y cubierta de polvo, pero resistía. Mkoll tocó la manivela y levantó el arma mientras la puerta se abría. Silencio.

Dio un paso hacia adelante sin dejar de apuntar con el arma. Bonin y Ezra estaban a su lado, con Brostin justo detrás de ellos.

Mkoll sintió calor en su rostro. Aire caliente en circulación; una bomba atmosférica. Había luces colgantes en unas pantallas de alambre que pendían del techo de acero rayado del acceso. Algunas estaban encendidas. Otras fundidas.

Atravesó la escotilla. El acceso era estriado. Las planchas de la pared, viejas hojas de metal aplastado cortadas a mano, habían sido pintadas con símbolos amarillos grotescos que le hacían sentir inquieto. Percibía el fétido hedor a desechos biológicos, a grasa y a metal calentado. Oía el traqueteo de un generador no muy lejos de allí, y otros sonidos más profundos de máquinas importantes en funcionamiento. Unas partes del suelo estaban quemadas, como si se hubiesen encendido hogueras y se hubiese dejado que se extinguieran. Pilas de chatarra desechada y fragmentos no identificables de goma y de metal se amontonaban en los rincones.

Bonin se dirigió a la primera bifurcación. Ezra comprobó las puertas más cercanas. Las puertas batientes de metal daban a unas celdas de piedra, como una

cárcel pero sin candados. Dependencias para dormir, monacalmente sencillas y vacías. Había una docena de ellas, y otras más sobre estas, a las que se accedía por una escalera de metal improvisada, y otras encima de ellas; un panal de celdas que se extendía hacia la oscuridad del techo.

Avanzaron un poco más. Gaunt iba detrás de ellos, seguido de Rawne, Varl y el pheguth.

Gaunt lanzó una mirada a Mabbon. El etogaur asintió y señaló hacia adelante.

El Coronel-comisario enfundó la pistola y extrajo la espada. Hizo el gesto que indicaba «acercamiento sigiloso». Los Fantasmas colgaron sus rifles sobre sus hombros y sacaron sus hojas.

Dos figuras emergieron desde una escotilla por delante de ellos. Eran soldados vestidos con accesorios de piel marrón y chaquetas amarillas. Los Hijos de Sek. Hicieron una pausa para murmurarse algo el uno al otro. Se giraron para dirigirse en direcciones diferentes. Mkoll derribó a uno de ellos con su cuchillo y sostuvo el cuerpo hasta dejarlo en el suelo. Ezra atravesó con un virote de su balista la columna del otro.

Gaunt se acercó y observó los cuerpos mientras Bonin comprobaba la escotilla por la que habían salido los soldados enemigos.

Los Hijos eran grandes y musculosos gracias a unos regímenes de entrenamiento muy severos. Hedían a especias y a polvo. Sus uniformes eran el excedente de la Guardia decolorado, remendado y teñido de amarillo. Los cinturones y los complementos de cuero que llevaban tenían un trabajo muy elaborado. Sus armas eran rifles láser recién sellados, probablemente de algún envío secuestrado procedente de algún mundo forja y que se dirigía al frente.

Las máscaras eran curiosas: las correas del casco eran elaboradamente anchas para cubrir la boca con una imitación de mano humana a tamaño real.

Gaunt miró de nuevo, más de cerca. La mano de piel tenía uñas. No era una imitación. Las botas, los cinturones, las correas y demás prendas de cuero que vestían los Hijos eran de piel curtida y curada de víctimas o enemigos.

Gaunt se levantó y continuaron. Las cámaras parecían criptas. La pintura de la pared se estaba desconchando, y sólo la mitad de las fuentes de iluminación funcionaban. Había chatarra desparramada y signos de quemaduras por todas partes. Por alguna razón, Gaunt había imaginado algo más organizado, algo que pareciera menos una chabola o un habitáculo de colmena abandonado y ocupado por vagabundos.

Todas las superficies de metal estaban cubiertas de costras de óxido marrones, negras y amarillas. Unos viejos braseros colgantes se agitaban con fuegos abiertos. Los cables pendían desde la estructura de metal galvanizado del techo.

Atravesaron una zona amplia, como un patio abierto, en la que había montones de máscaras de respiración viejas, gastadas, descoloridas y desechadas que llegaban casi hasta las rodillas. Las rendijas para los ojos parecían mirarles. Después pasaron

otro grupo de celdas monásticas que ascendían como la cara de un acantilado hacia la bóveda de chatarra enmarañada de la cámara. Una escotilla daba a otra sala. El espacio estaba cargado de tinas de zinc, pilas y jarras de cristal e instrumentos de cocina de metal. Estaban colocados uno junto al otro en el suelo, como si alguien los hubiese colocado para recoger el agua que caía de un techo con goteras. Todos los recipientes, grandes o pequeños, estaban llenos en mayor o menor medida de sangre. El hedor era horrible. Gran parte de la sangre era vieja y estaba podrida, coagulada con trozos de moho y descomposición. Alguna parecía fresca.

Más adelante había más celdas monásticas.

En cabeza, Bonin, Mkoll y Eszrah habían silenciado a dos Hijos más, junto con alguna especie de oficial vestido con túnicas como un hierofante. La figura pálida y malnutrida de esta criatura repleta de tatuajes estaba envuelta en una rudimentaria armadura de alambre y metal bajo su túnica, un armazón que parecía diseñado bien para sostenerlo o para torturarlo. Tenía las articulaciones irritadas y cortes en la carne. El armazón le recordaba a Gaunt un poco a los lobos metálicos de Gereon.

Gaunt miró a Mabbon con expresión inquisitiva.

«Un forjador de armas», escribió Mabbon en su placa de datos. Mabbon le había explicado a Gaunt que los forjadores de armas eran una fraternidad de adeptos técnicos que operaban las manufacturas del Reach y que habían servido al maligno Heredero, Asphodel. Ahora servirían al nuevo Heredero, permitiéndole actuar como el principal proveedor de armas de Sek. Su trabajo era similar al de los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus, aunque ellos dependían mucho menos de las modificaciones corporales augméticas y mucho más de costumbres esotéricas y prohibidas.

Gaunt asintió. Miró a sus espaldas. La compañía estaba avanzando hacia la sección activa siguiéndoles de cerca. Mkoll se había asegurado de que los cuerpos de las víctimas de los Fantasmas se retiraran fuera de la vista y se lanzasen a las celdas.

Mkoll hizo una señal. Él y los exploradores se desplegaron en abanico.

—Estas celdas son donde los forjadores de armas descansan y meditan —susurró Mabbon a Gaunt—. Estamos bastante cerca de uno de los principales gremios. Los «gremios del legado».

—¿Las manufacturas? —susurró Gaunt en respuesta.

—Sí, pero son más parecidas a laboratorios —dijo Mabbon. Mkoll regresó.

—Hay un grupo de cámaras más adelante —informó—. Un complejo extenso. Hay mala iluminación, una luz extraña. Hay personas trabajando, hombres como el de la túnica. También hay servidores, pero no se parecen a nada que haya visto antes. Hay material. Mesas de trabajo, estanterías, hornacinas. He visto artefactos, libros, gráficas y placas de datos.

—Ese es el objetivo —respondió Gaunt—. Decide la orden de ataque. Tenemos que ser discretos.

—No podremos hacerlo de manera sigilosa —dijo Mkoll.

—Entonces en silencio, y rápido. —Después miró a Mabbon—: ¿Dónde estarán las defensas? ¿Hay algo que nos pueda traer problemas?

Mabbon sacudió la cabeza.

—Algunas de las cosas que elaboran los forjadores son tan volátiles que tienen que permanecer inertes por temor a la interreacción. La defensa principal del Reach siempre ha sido su inaccesibilidad.

Gaunt miró a Mkoll. El jefe de exploradores había terminado de dirigirse a los hombres y asintió hacia Gaunt.

Gaunt dio la señal de ejecución.

Tres filas se encaminaban hacia adelante, de prisa y en silencio. Mkoll dirigía a una de ellas, Rawne a la segunda y Bonin a la tercera. Corrían por un acceso largo y pavimentado con altas paredes de color barro y bajo la vidriera rota que formaba la cúpula de una cámara circular que podía rivalizar con muchos templos. El suelo estaba salpicado de quemaduras y de basura ennegrecida. Esta zona del Reach se había diseñado y construido de manera deliberada. Las paredes de los compartimentos y las habitaciones se habían revestido con piedra y los suelos se habían pavimentado o cubierto de hierro. En las paredes había pintados unos murales raros: unas imágenes extrañas que apenas se entendían y que resultaban curiosamente perturbadoras. Parecían imágenes de paisajes extraños o de ceremonias rituales macabras. Gaunt tenía la sensación de que estaban invadiendo una catedral, una catedral que olía como una biblioteca, una tienda de maquinaria y una letrina y que había sido enterrada a gran profundidad bajo el suelo, iluminada por el rojizo resplandor de la lava bullente.

El gremio del legado era un trío de largas y altas salas conectadas en los extremos con una serie de capillas y anexos secundarios a ambos lados. El suelo era de cobre batido y las paredes eran de marquetería de marfil tallado con hilos de plata y mecanismos bioorgánicos. En las hornacinas o en las mesas de trabajo se encontraban unos objetos extraños. Había estanterías de libros y de placas de datos. Algunas de ellas estaban cerradas con cadenas o soldadas. Un inmenso casillero de madera elaboradamente tallado que ocupaba lo ancho de una pared contenía millones de rollos de papel numerados a mano. Unos dispositivos más grandes, algunos parcialmente desmontados, yacían en espacios y talleres secundarios, protegidos por pantallas de espejos y doseles de seda. El suelo de cobre estaba cubierto de escombros y chatarra, y parecía un vertedero de basura.

Los Fantasmas se apresuraron a recorrer el área, entrando desde tres flancos. Un forjador de armas, con la cabeza sujeta y fijada de forma dolorosamente recta en un marco de alambre y latón, levantó la mirada del cogitador que estaba desmontando en una mesa y los miró. Le habían amputado los dedos y le habían implantado herramientas en su lugar. De la comisura de su boca chorreaba aceite lubricante para máquinas.

—*¿Voi shetjadhoj'k?* —preguntó, perplejo ante la aparición de personas que no

conocía.

Mkoll le atravesó el corazón con su puñal.

Otros forjadores de armas cercanos que habían dejado sus estudios o su delicada manufactura murieron asesinados rápidamente con las hojas. Otros se levantaron e hicieron ademán de echar a correr o de gritar. Entonces se dispararon los primeros tiros: rápidas ráfagas de láser que liquidaron a las figuras togadas. Bonin le dio a una que cayó volando sobre su mesa de trabajo. Los delicados instrumentos de alambre, cristal y metal cayeron creando un estrépito en el suelo de cobre. Los acólitos y servidores que asistían a los forjadores eran angustiantes confecciones de esqueletos mecánicos y carne humana injertada fundidos mediante una amalgama de sistemas augméticos y tejido artificial. Los Fantasmas les dispararon también. Murieron lanzando gritos agudos y estridentes. Algunos intentaron escabullirse o dar la voz de alarma. Huían en todas las direcciones posibles a través de las largas y extrañas salas del gremio.

El Ataque Beta trabajaba a conciencia.

Varios Hijos de Sek aparecieron en el lejano extremo de la primera sala, alertados por los gritos. Varl mató a uno y Cardass disparó y después remató a un segundo antes de que comenzase un tiroteo serio. Un tercero corrió a cubierto y empezó a devolver el fuego. Su cabeza explotó formando una neblina rosada.

Larkin había disparado desde la entrada principal. Ni siquiera había tenido tiempo de sacar su láser de largo alcance y de guardar su rifle. Simplemente había insertado una bala dura en la ranura del arma antigua. A cuarenta y tres metros, había acertado a un objetivo que se desplazaba a un escondite parcial.

—¿Quién dice que estoy cansado? —masculló.

En cinco minutos, los Fantasmas tenían el área del gremio asegurada.

—Ahora sabrán que estamos aquí —dijo Mabbon.

—Por supuesto —respondió Gaunt.

—Simplemente por el cese de actividad y de datos procesados —añadió Mabbon —. Pero tras la primera incursión, yo diría que tenemos una media hora antes de que se den cuenta de que se les presenta un segundo problema.

—Pues empecemos a trabajar —ordenó Gaunt—. Mkoll, trae los transportes lo más cerca que puedan llegar. Trae las jaulas vacías. Dos escuadras. Rawne, establece el perímetro. Etogaur, dinos qué coger y cómo debería manejarse. El resto lo quemaremos. Después nos largaremos de aquí.

—¿Vamos a quemarlo? —preguntó Brostin.

Gaunt asintió.

—Sólo preguntaba —dijo Brostin.

Los ocho vehículos Tauros entraron a gran velocidad en la bodega lateral dieciséis y atravesaron el agujero abierto en el Reach.

Dentro, el avance era más lento. Estaban siguiendo la ruta que Mkoll había marcado, buscando las marcas de tiza con las lámparas que llevaban en la cabeza. Los

técnicos de la nave habían entrado después de los soldados y habían despejado algunas áreas, pero el espacio seguía siendo estrecho en algunas partes. Donde los dispositivos habían sido asegurados, los conductores tenían que tener un cuidado extra de no pisar ni alterar los explosivos.

Blenner iba en el primer Tauros. Sentía el sudor de su espalda, olía el aire frío y los gases de combustión. Era en momentos como ese, pensó para sí mismo, en los que un frasco de placebos de azúcar no servía para nada. ¿Dónde estaba la agradable doctora Curth cuando se la necesitaba?

—Despacio, despacio —dijo Perday. Agarraba con fuerza el volante, y tenía los ojos abiertos de par en par por la concentración y la tensión.

Dos vehículos por detrás, Felyx se aferraba a la jaula con una mano y sujetaba su rifle láser con la otra. Las jaulas vacías traqueteaban en la parte trasera del vehículo.

De verdad estaba haciendo algo, por primera vez en su vida. Estaba participando en una actividad que podría acabar de cualquier manera y que su madre no podía controlar con su poder y su dinero.

Y ahora que por fin estaba sucediendo, no estaba del todo seguro de qué es lo que sentía al respecto.

• • • • •

—Mi brazo es demasiado grande —dijo Mklaek.

—Estupendo —respondió Banda con los dientes apretados. El sudor estaba empapando su rostro. Los brazos empezaban a temblarle de la tensión—. No voy a poder sujetarla mucho más, y no puedo levantarla más alto.

—No puedo meter el brazo debajo de la placa lo bastante rápido como para alcanzar el cable —explicó Mklaek. Después miró a Criid con pánico en los ojos.

Criid se arrodilló junto a Banda, se quitó los guantes y se arremangó el brazo izquierdo. Sus brazos eran más finos que los de Mklaek. Y tenía más probabilidades de lograrlo que Leyr o Chiria.

—¿Qué hago? —preguntó deslizando la mano por debajo de la pesada placa de metal.

—Busca los cables —dijo Mldaek—, sin tirar de ellos. Con suavidad. Tenía las manos fuertemente unidas y con los dedos entrelazados, como si estuviese rogando todo el tiempo mientras la observaba.

—Hazlo muy despacio —le imploró.

—Lo estoy haciendo muy despacio —respondió Criid estirando un poco más la mano.

—No demasiado despacio —gruñó Banda—. No puedo aguantar mucho más.

—Por feth —le dijo Leyr a Chiria.

—No puedo mirar —respondió esta.

—¡Los tengo! ¡Tengo los cables! —exclamó Criid. No había manera de asomarse y ver lo que estaba haciendo al mismo tiempo. Estaba tanteando a ciegas debajo del metal.

—Muy bien —dijo Mklaek asintiendo—. Síguelos hacia arriba hasta la losa. Hacia arriba. Hazlo muy suavemente para no tirar de nada por accidente.

—De acuerdo —dijo Criid. La sargento se mordió el labio inferior concentrada.

—No sigas los cables hacia atrás, hacia el detonador —dijo Mklaek—. Hacia arriba.

—¡Sí, sé lo que significa «arriba»! —respondió Criid.

—¿Y sabéis alguno de los dos los que significa «rápido»? —jadeó Banda.

—Tengo el cable —dijo Criid—. He llegado arriba, donde se encuentra con la placa.

—¿Está soldado? —preguntó Mklaek.

—No, está atado a una especie de terminal de metal.

—Vale. Bien. Pues, sin tirar, suelta el cable y desconéctalo.

Mirando al suelo, con el brazo en el agujero, Criid hizo una mueca.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. No puedo llegar al extremo.

—He decidido que cuando hayamos terminado aquí —masculló Banda—, voy a matar a todo el mundo.

—Si no hacemos esto bien —respondió Mklaek—, eso no será necesario.

—Lo tengo —explicó Criid—. Lo he soltado. Espera. Espera…

La sargento les miró.

—Desconectado —dijo.

—¿Hay algún otro cable? —preguntó Mldaek.

—¿Qué? —gritó Banda.

Criid palpó con cuidado.

—No —exclamó—. No, hay… Espera. No. No hay ningún otro cable.

—Entonces podemos levantarla —dijo Mldaek.

Criid sacó el brazo. Ella y Mklaek metieron los dedos debajo de la placa junto a Banda.

—A la de tres —dijo Criid.

—Tres —repitió Banda.

Al levantar la placa, ésta reveló una mina antitanque de color gris apagado sepultada en tierra. Un cable salía desde la espoleta de la parte superior.

Dejaron la placa en el suelo, en el camino que había junto al agujero.

—Tengo que asegurarla —dijo Mklaek sacando un par de alicates y arrodillándose junto a la mina.

—No quiero tener que volver a hacer eso —replicó Criid.

• • • • •

Raess disparó. El tiro fue perfecto. La carga salina voló el montaje del disparador y lo sacó del dispositivo que estaba debajo del puente.

Pero el retroceso también hizo que el pórtico temblase de manera desagradable.

Preed apuntó con el láser al segundo detonador rápidamente. Raess cogió la bala que había dejado preparada en el suelo junto a él y recargó el arma.

Reajustó la mira y apuntó al punto que señalaba Preed. El dedo se enroscó alrededor del gatillo, listo para apretar.

Unas pequeñas escamas de metal oxidado cayeron desde lo alto, movidas por el retroceso. Mktass cogió una antes de que llegase al suelo.

Una segunda, no más grande que un pétalo de rosa, aterrizó en la primera sección del puente.

—Mierd… —empezó Mktass.

El interruptor de presión chasqueó. La segunda carga, en el otro extremo del puente, estalló.

La fuerza de la detonación destruyó al instante toda la longitud del puente reduciéndola a partículas de polvo y activó la primera carga. La explosión combinada incendió la cámara como una supernova.

Mktass, Preed, Sairus, Brennan y Raess fueron atomizados sin más.

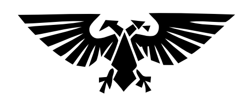
La presión de la conmoción dividió las paredes de la cámara y lanzó una titánica onda expansiva por el túnel de acceso. El estallido de presión liquidó al sargento Gorlander y a la compañía que esperaba en el pasillo detrás de ellos.

La fulgurante bola de fuego que arrasó el túnel incineró la pulpa restante un milisegundo después.



Veintiuno

Salvación perdida



El convoy de vehículos Tauros había llegado hasta la escotilla interior que daba a la sección ocupada del Reach. Blenner, Wilder y su equipo hacían guardia junto a ellos. Gaunt había enviado a algunos soldados de vuelta desde el gremio para recoger las jaulas vacías e iniciar la extracción de materiales sensibles.

Wilder paseaba de un lado a otro.

—Cálmate —le dijo Blenner, pero sólo porque su paseo lo estaba poniendo a él más tenso. Estaban expuestos, literalmente, en la entrada del espacio enemigo. Los asquerosos olores a descomposición y a putrefacción que emanaban de la escotilla eran horribles.

El comisario miró a Felyx. El chico estaba de pie junto a la puerta trasera de su vehículo y observaba las oscuras cavidades que les rodeaban en busca de movimiento. Sostenía su arma con demasiada firmeza.

Blenner intentó pensar en algo alentador que decir, pero había agotado todas sus bromas con Perday en el camino hasta allí.

El estallido les hizo saltar. El suelo tembló. La ola de presión les destapó los oídos de una manera tan violenta que muchos de ellos gritaron y soltaron sus armas.

Un segundo después sintieron una ráfaga de aire caliente en su dirección por el túnel y percibieron el olor a gravilla y ficelina.

—Maldita sea —dijo Blenner—. ¿Qué ha pasado?

• • • • •

Merrt se estaba preparando para disparar cuando el suelo tembló. Todos lo sintieron. Trozos de chatarra cayeron del techo. La explosión distante llegó un segundo después y, entonces, como un suspiro febril, la ráfaga de aire quemado.

Los miembros del equipo se miraron entre ellos.

—Feth —dijo Vahgner.

—A alguien se le ha acabado la suerte —indicó Daur.

Fue como la explosión de una granada tras ellos. Un temblor violento recorrió el suelo y una ola de sonido, calor y aire presurizado corrió violentamente por la cámara y hacia ellos. Criid, Banda y Leyr cayeron al suelo. De algún modo, Chiria consiguió mantenerse en pie.

Todos sabían lo que era. Lo supieron al instante. Uno de los otros equipos de barrido había hecho estallar algo. Y había sido cerca. ¿Quién habría sido? ¿El grupo de Mktass? ¿El de Mkoll?

Era el sonido, el instante de aniquilación, lo que habían estado temiendo todo el día, aquello para lo cual se habían preparado, aquello que habían estado deseando que no sucediese.

No les había pasado a ellos. Algún otro había sido el desafortunado. No les había pasado a ellos.

Pero podría haber sido así.

Mklaek había estado en proceso de retirar la espoleta de la mina del suelo que por fin habían logrado descubrir. Con la mano lo más quieta posible, había levantado el disparador que había desatornillado de la clavija, lenta y limpiamente, asegurándose de que no hubiese ningún otro cable conectado. Criid estaba bajándose la manga de nuevo y poniéndose los guantes. Banda estaba intentando recuperar la vida de sus dedos y brazos después de haber estado sujetando la placa del suelo.

Habían estado a un milímetro o dos de despejarla por completo cuando la onda expansiva los golpeó.

—¿Mklaek? —gritó Criid mientras se levantaba.

Mklaek estaba boca abajo en el suelo, con la cara sobre la mina antitanque, con la mano sobre la espoleta, sujetándola todavía. El impacto le había hecho tocar la caja. No se atrevía a moverse. No se atrevía a romper el contacto.

—¿Mklaek? —repitió Criid. Ella y los demás avanzaron hacia él.

—No os acerquéis —silbó intentando no moverse—. No os acerquéis más. Corred. Marchaos.

—Y una feth —dijo Banda.

—¡No estoy de broma! —susurró Mklaek con los ojos abiertos de par en par—. ¡Corred, idiotas desgraciados! Largaos. ¡Creo que esto se ha activado! ¡Creo que se ha activado y no puedo sostenerlo eternamente! ¡Corred!

—No vamos a… —empezó Criid.

—¡Corred! —rugió Mklaek casi como un aullido de desesperación. El resto se miraron entre ellos.

—No podemos… —comenzó Criid.

Leyr y Banda la agarraron y la llevaron a cuestas hacia el pasillo que había tras ellos. Empezaron a correr. Chiria también, luchando con el peso del tanque del lanzallamas. El destacamento de soldados los vieron venir y no necesitaron que les dijeran nada para darse la vuelta y echar a correr también. Huyeron por el túnel, a toda velocidad. Leyr y Banda tuvieron prácticamente que arrastrar a Criid.

Mklaek aguantó todo lo que pudo. Cuando sus dedos finalmente empezaron a ceder, levantó el interruptor de la caja.

Nada.

—El Emperador nos protege —murmuró, con lágrimas de alivio en los ojos.

La mina antitanque explotó.

• • • • •

Más que oírla sintieron la detonación. El suelo de cobre de la sala del gremio tembló. Las lámparas se sacudían y se agitaban.

Gaunt se volvió para mirar a Mkoll y, mientras lo hacía, ambos sintieron el cambio de presión de aire que atravesaba la cámara. Gaunt percibía el calor y el seco hedor de los explosivos.

—Menuda explosión —dijo.

Mkoll no respondió. Sabía que acababan de perder a alguien. A mucha gente probablemente. Tal vez aquél había sido el sonido de la pérdida de la batalla, del fracaso de la misión y de todo lo que habían venido a hacer.

Bonin se acercó.

—Procedía de los túneles —dijo—. Uno de los equipos de desactivación ha cometido un error.

—¿Cuál? —preguntó Rawne.

Bonin negó con la cabeza.

—Si lo hemos sentido aquí… —dijo Gaunt.

—¿Señor?

Gaunt se volvió. Con Varl vigilándole, Mabbon se había acercado a uno de los paneles de control conectados a la pared de la cámara del gremio. Detrás de un sucio panel de cristal, una tira de papel manchado estaba saliendo a través de un registrador gráfico, con seis varillas con forma de garra con resortes que dejaban unas líneas rasgadas en el gráfico.

—Es un registrador de movimiento —dijo Mabbon—. Son bastante comunes. Los magirs y los etogaurs de la instalación lo habrán detectado ya.

Sintieron otro golpe más pequeño pero inconfundible a través del suelo. Los brazos que dibujaban la gráfica registraron una pronunciada curva repentina.

—¿Otra? —dijo Gaunt.

—El tiempo disponible acaba de reducirse de manera considerable —dijo Mabbon —. No importa lo que esté sucediendo en el acceso principal, vuestro enemigo estará ya enviando unidades para investigar.

Gaunt se dirigió a Rawne y Mkoll.

—Reforzad el perímetro —ordenó—. Quiero saber en qué momento exacto llegan.

Los miembros del destacamento estaban trayendo la primera de las cajas.

—Vamos a llenarlas. De prisa —dijo Gaunt. Después volvió a mirar a Mabbon.

—Coged todo lo que podáis —indicó el prisionero—. Papeles, libros, archivadores, tubos de documentos, placas de datos. Usad guantes. Y sellad las cajas cuando estén llenas.

—No clasifiquéis —dijo Gaunt—. De hecho, ni siquiera miréis lo que estáis

cogiendo. Que se preocupe la Inquisición de descodificarlo y comprenderlo todo. Nosotros sólo tenemos que entregárselo. Recogedlo, cargadlo y pasad a la siguiente jaula. Si no estáis seguros de coger alguna cosa, dejadla o preguntadme.

—Vamos —ordenó Domor dando una palmada—. A cargar.

Gaunt miró la caja vacía, se acercó a unas estanterías sucias de metal y empezó a recoger los panfletos y los libros que había en ella. Los libros olían a moho y a humedad. Algunos de los extremos de las páginas se habían pegado al metal. Cogió todo lo que pudo y lo guardó en la caja, llenándola ordenada y eficientemente, tal y como su padre le había enseñado a llenar un baúl con sus pertenencias.

Jamás habría imaginado que tocaría esa clase de material. Sin duda sería su imaginación, pero sentía un hormigueo en la piel a pesar de llevar puestos los guantes. ¿Qué estaban tocando? ¿Con qué se estaban contaminando? Aquellos objetos tenían poder. Aquel conocimiento, aquel aprendizaje, tenía una potencia propia. Los libros, las tapas, Los materiales que utilizaban, las propias palabras dictadas a través de la disformidad por voces ceceantes, alegres e inhumanas. En cualquier otra circunstancia, lo habrían quemado todo.

Pasó a otro estante cargado de rollos de papel. Los tubos estaban compuestos de la misma piel brillante color marrón avellana que los cinturones y las correas de los Hijos de Sek. Sabía lo que era, pero siguió recogiendo cosas de todos modos.

La caja estaba repleta. Cerró la tapa, la aseguró con correas y la entregó para cambiarla por otra.

Felyx Chass le estaba ofreciendo la caja vacía.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Gaunt intentando controlar su inquietud y consiguiendo mantener la voz baja.

—Sigo órdenes, señor —contestó Felyx.

—¿Qué órdenes?

—Misión de transporte, señor —respondió Felyx, Tenía el rostro pálido.

—Lleva esta caja de vuelta a los transportes. Cárgala con cuidado y vuelve a por otra —dijo Gaunt.

—Sí, señor.

—¿Estás bien?

Felyx asintió.

—En el deber nos sentimos plenamente realizados, señor.

—Eso es de Ravenor —dijo Gaunt.

—Me tomé la libertad de leer algo de él —dijo Felyx.

Gaunt le entregó la caja sellada.

—Vamos —dijo—. Tenemos que actuar de prisa.

Felyx corrió hacia la salida con la caja. Gaunt recogió la otra que le había dejado allí.

—Pareces preocupado —dijo Mabbon. Gaunt se volvió. Mabbon se acercó a él. Varl y los demás Reyes Suicidas estaban ocupados empaquetando las cajas y vigilando

las salidas exteriores.

—Esta es una situación precaria —dijo Gaunt—. Nos hemos estado preparando durante mucho tiempo, hemos invertido mucho esfuerzo, y ahora que estamos aquí… No estoy seguro de que valga la pena. Estamos robando secretos que no queremos conocer, y echando la culpa a otro.

—Entiendo —dijo Mabbon—. Pensaba que estarías preocupado por tu hijo.

A Gaunt se le endureció el semblante.

—Déjalo en paz.

Mabbon levantó las muñecas encadenadas.

—No estoy en posición de hacerle nada a nadie.

—¿Cómo lo has sabido?

El rostro de Mabbon era impasible.

—Oigo cosas. No tengo más oportunidad que la de escuchar. No se me considera humano, Coronel-comisario. La gente habla a mi alrededor como si no estuviera. Cotillean para pasar el rato mientras me custodian. Podría decirte toda clase de cosas sobre tus Fantasmas. Pero elijo no hacerlo porque sería impertinente e inapropiado, y no deseo estropear la frágil relación que nos une. En esta ocasión, sólo estaba expresando preocupación por ti porque te respeto.

Gaunt no dijo nada. Después asintió y empezó a llenar la segunda caja.

—Me preocupa que nos estemos contaminando. Tratando este material y llevándolo hasta la *Armaduke*…

—Eso no es más que simple paranoia, señor —dijo Mabbon—. Perfectamente comprensible. Como he explicado antes, el material del gremio es inerte. Son sólo datos. Parte de él es bastante desagradable, registros de abominaciones y atrocidades, pero no es tóxico en sí. Puede manipularse y extraerse de forma bastante segura.

Gaunt empezó a meter grupos de viejas placas de datos en la caja.

—¿Quieres que ayude? —preguntó Mabbon.

—Preferiría que no tocaras nada.

Mabbon asintió.

—Hay —dijo— otras áreas, criptas y sótanos no muy lejos de los gremios del legado, pero están apartadas. Allí es donde acecha el verdadero mal. Contienen artefactos. Dispositivos. Libros que no necesitan ser encadenados y que sólo pueden leerse con ojos quirúrgicamente adaptados. Esas son las cosas que tenéis que evitar. Incluso los forjadores de armas y los sirvientes del Heredero los tratan con cuidado. La disformidad mora en ellos. Pero el Imperio tiene tanto miedo a la influencia de los Poderes Ruinosos que prefiere ignorar inmensas cantidades de datos como estos, datos que son completamente lógicos y fiables, y de este modo está siempre ligado a su enemigo.

—Entiendo la instrucción —dijo Gaunt—. Por eso apoyé la proposición. Por eso presenté a mi regimiento como voluntario. La extracción y revisión de este material nos aportará información sobre las operaciones del enemigo que probablemente

cambiará el curso de la Cruzada. Si paralizamos esta instalación, también privamos al enemigo de un recurso vital.

—Incluso esas dos buenas razones son secundarias para nuestro objetivo —respondió Mabbon.

—¡Señor!

Gaunt miró a su alrededor. El sargento Ewler había encontrado algo. Gaunt y Mabbon fueron hacia él. Ewler y otros dos Fantasmas, todos ellos con cajas a medio llenar, estaban de pie en la entrada de uno de los anexos de la sala, una habitación pequeña y circular repleta de estanterías de madera. Había una vitrina de metal y una consola de análisis en el centro del suelo.

—Esto no son libros, señor —dijo Ewler—. ¿Nos los llevamos también?

Gaunt miró por las estanterías. Había unos objetos pequeños por todas partes, guardados de manera individual en marcos de madera o en frascos de especímenes, como artículos catalogados de un museo: pequeños ikonos, pedazos de aparatos, ídolos, figuritas, amuletos, objetos extraños de joyería, athames rituales, varitas y recipientes, naipes, muestras de polvos y compuestos, fragmentos de hueso y fósiles y tarros de líquido. Gaunt vio algunas viejas medallas imperiales, una águila rota, una escarapela inquisitorial y algunos fragmentos de tecnología augmética imperial que no pudo identificar. Vio objetos que parecían inequívocamente de origen eldar, y los dientes romos y otros fetiches de los pieles verdes.

—¿Nos llevamos esto? —le preguntó al prisionero.

—Coged todo lo que se pueda llevar —dijo Mabbon—. Gran parte del material que hay aquí procede de operaciones de recuperación en el Reach. Los forjadores de armas saquean el campo de escombros y recogen material de miles de culturas y de un billón de años. Hay muchas cámaras secundarias como esta. Vaciadlas todas, junto con el material escrito.

—Hacedlo —dijo Gaunt.

Ewler y sus hombres empezaron a despejar las estanterías. Mabbon había cruzado hasta la vitrina central.

—Mirad esto —dijo.

Gaunt se acercó hasta él.

En la caja con cubierta de cristal había ocho tablillas de piedra deterioradas. Todas tenían el tamaño de una placa de datos y habían sido talladas a partir de una roca roja pesada y reluciente. Todas las tablillas estaban desportilladas, y a una le faltaba un pedazo importante. Estaban cubiertas con símbolos inscritos en un lenguaje que Gaunt nunca había visto antes.

—Esto es importante —dijo Mabbon—. Tenemos que llevárnoslas.

—¿Por qué?

—Recuerdo cuando las trajeron, hace años. Las encontraron en otro lugar. En uno de los Mundos de Khan, creo. Es escritura xenos, muy antigua. A los forjadores les fascinaban. Las consideraban algo importante. Las describían como la Gliptoteca, una

biblioteca de piedra.

—Entonces nos las llevaremos para que las analicen los eruditos imperiales —dijo Gaunt.

—Bien —respondió Mabbon—. Mira dónde están.

—¿Te refieres a esa vitrina?

—Las están estudiando. ¿Ves? Los dispositivos de análisis. El transcriptor. Este espacio era el taller de un forjador de armas superior. Un magir hapteka. Estaba concentrando sus estudios en esto.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Piénsalo. Estos objetos llegaron aquí hace años, y se los consideraba importantes entonces. Hoy en día todavía los están examinando minuciosamente. Son importantes.

Mabbon miró a Gaunt con una mirada feroz.

—Vuestro Emperador debe de estar de nuestro lado hoy. Vuestro Emperador o vuestra Beata. En el acto de llevar a cabo esta misión, nos ha llevado a un descubrimiento de un valor singular.

—Tal vez —dijo Gaunt—. No estoy convencido, pero nos las llevaremos también.

El Coronel-comisario hizo un gesto de asentimiento a Ewler, que abrió la vitrina y guardó las piedras en su caja una por una. Gaunt observó un momento y después se acercó a la consola de análisis. Era un cogitador imperial, maltrecho pero reconocible. Gaunt extrajo su placa de datos, la conectó en la ranura de memoria de la consola y empezó a exportar los datos archivados en esta. La pantalla de la placa parpadeaba mientras la información fluía hacia ella.

Casi había terminado cuando los primeros disparos sonaron en el extremo opuesto del recinto del gremio. Unos pocos estallidos independientes al principio, y después fuego sostenido.

Mkoll apareció en la entrada del anexo.

—Hijos de Sek. Una orden completa, ocho compañías avanzando en esta dirección para asegurar el gremio —informó.

Gaunt extrajo la pistola bólter.

—Impedidles el acceso —dijo.

• • • • •

Baskevyl lanzó una granada por la escotilla y se apartó.

Hubo un fuerte estallido y dos combatientes del culto fueron lanzados por los aires en una explosión de escombros y humo.

El mayor volvió a asomarse a la entrada y disparó su rifle láser hacia el humo. Localizó a otros dos enemigos, aturdidos y ensangrentados por la granada, y los

abatió antes de que pudieran reaccionar.

En el lado más alejado de la escotilla había una sala de máquinas y una rampa de carga. Baskevyl mató a otro combatiente que la estaba descendiendo y después se vio bajo el fuego de un grupo de Hijos.

La escuadra de Gansky avanzaba hacia su izquierda. Desviaron al grupo con fuego de rifle y lo obligaron a retroceder desde detrás de una fila de bidones de combustible agujereados y abollados. Baskevyl quiso echar mano de otra granada y se dio cuenta de que acababa de gastar la última que le quedaba.

—¡Lanzallamas! —gritó.

—Estoy esperando a tanques de repuesto, señor —gritó Karsk en respuesta.

—Mierda —masculló Baskevyl.

Habían avanzado de forma inflexible detrás del ataque de los marines espaciales, pero las fuerzas del Archienemigo conocían al dedillo la disposición de la instalación y seguían cargando contra ellos desde los flancos, trazando su camino por el complejo y la abarrotada geografía de las estaciones y los espacios de ingeniería. Los Hijos de Sek habían plagado Salvation's Reach de esclusas, de paredes falsas, de escotillas que no daban a ninguna parte y de callejones sin salida artificiales. La arquitectura de chatarra del destartalado lugar estaba actuando en beneficio del enemigo, permitiéndoles esquivarlos, volver sobre sus pasos y tenderles emboscadas.

Aquello les estaba costando hombres a los Primeros de Tanith, y el gasto de municiones era inmenso. Baskevyl jamás habría imaginado que descargarían tanto fuego en un espacio tan corto de tiempo. Los transportes ligeros acababan de regresar con un segundo reabastecimiento de munición.

El equipo de tiradores de los Hijos había encontrado un nuevo sitio donde ponerse a cubierto y estaba disparando a un ritmo constante. Baskevyl esperaba que no tuviesen granadas ni ningún tipo de armas que se pudieran lanzar.

Un repentino estallido de fuego láser dividió el aire desde lo alto. Baskevyl alzó la vista y vio que la escuadra de Dalin había encontrado un modo de subirse a un pórtico elevado. Tenían casi una vista perfecta de la posición de los Hijos y estaban sacándole el máximo partido. Nueve de los Hijos de Sek murieron donde estaban. Dos más echaron a correr y la escuadra de Baskevyl los abatió.

En la media distancia, una serie de fuertes explosiones estallaron por el compartimento, derribando varios pórticos de carga. El hermano sargento Eadwine y sus servidores de artillería habían destruido por fin un grotesco artefacto de guerra, algo que correteaba por el suelo con un cable negro, como un arácnido, mientras disparaba los cañones láser que tenía abrochados en el vientre. Baskevyl había oído a algunos de los originales de la Colmena Vervun llamarlo «máquina de aflicción». No era la primera que veían aquel día, y los de la Colmena Vervun aseguraban que era como una versión reducida de los artefactos contra los que habían luchado durante la Guerra de Zoica.

Unas inmensas llamas salieron hacia arriba desde la máquina moribunda,

quemando el techo del compartimento. Eadwine ya estaba avanzando. Desde su posición, Baskevyl todavía podía ver al cicatriz blanca abriéndose paso hacia adelante, pero le había perdido el rastro al serpiente de hierro.

La compañía de Kolea empezó a avanzar a su lado. Habían traído más misiles y granadas consigo, y al menos cuatro lanzallamas recargados.

Alguien gritó. Dos máquinas de aflicción más habían aparecido acompañadas de unos tanques de asedio ligeros y un destacamento de Hijos de Sek. Habían entrado por la escotilla grande de un hangar abandonado y estaban obligando a los Fantasmas a retroceder con la velocidad de su ataque.

Kolea y Baskevyl llamaron a sus lanzamisiles y empezaron a avanzar a través del espacio revuelto del taller de maquinaria para conseguir un ángulo mejor desde el cual disparar contra los artefactos letales. Baskevyl oía el traqueteante estallido de su artillería pesada. Algo estaba ardiendo y generaba una cortina de humo denso y negro. La escuadra de Dalin se volvió para encargarse de un francotirador enemigo que estaba disparando a capricho desde lo alto de la línea de avance.

Kolea y Baskevyl llegaron a un acceso abovedado y esperaban poder disparar mejor a las máquinas de aflicción desde allí, pero el sonido de la artillería pesada había cesado. No se escuchaba a las pesadas máquinas ni su fuego de apoyo.

—¿Adónde han ido? —preguntó Kolea.

Entonces llegaron varios mensajeros que traían información sobre una importante disminución de la resistencia enemiga. Las unidades de los Hijos de Sek habían empezado a retirarse.

—¿Por qué iban a retirarse deliberadamente? —Preguntó Baskevyl—. ¿Las habrán redirigido?

Kolea le miró. No le gustaba lo que Bask estaba queriendo decir.

—Creo que es posible que hayan descubierto que tienen un problema más importante que resolver —dijo Baskevyl encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo iban a saberlo? —preguntó Kolea.

—¿Por sensores? ¿Detectores? O por simple mala suerte —sugirió Baskevyl—. Tal vez las fuerzas de Gaunt hayan llegado al interior y hayan desatado todo. Es imposible saberlo.

—Si saben lo que estamos haciendo —masculló Kolea—, saben que nosotros sólo estábamos entreteniéndoles. Sabrán qué es lo que de verdad está en peligro.

El mayor llamó al mensajero más cercano.

—Busca un comunicador —dijo—. Contacta con la *Armaduke*. Diles: «Es posible que el enemigo haya descubierto las fuerzas de ataque secundarias. El Ataque Beta y el Ataque Gamma deben, repito, deben prepararse para un asalto importante. El enemigo sabe cuál es el objetivo». ¿Lo tienes?

—Sí, mayor.

—Pues corre.

• • • • •

Los Hijos de Sek se lanzaron hacia el gremio del legado. Llegaban en escuadras de doce hombres, armados con rifles láser e inferno. Los oficiales portaban espadas largas y curvadas. Avanzaron saliendo del laberinto de túneles interiores y de cámaras que conformaban la instalación del Reach y disparaban granadas de rifle hacia las puertas y ventanas del gremio para derribar a la fuerza imperial. Las vidrieras explotaron en brillantes fragmentos. El fuego se apoderó de las viejas mesas y estanterías. Las lámparas se agitaban y se fundían.

Bajo las ordenes de Gaunt, el destacamento del Ataque Beta usaba lo que podía para ponerse a cubierto: los mamparos y las estanterías, los anexos, las mesas más pesadas de metal y de madera y ráfagas de fuego de resistencia.

Los oficiales de los Hijos, gritando con un acento enérgico y brusco, enviaban a los aullantes combatientes del culto hacia adelante, hacia las tropas de combate, para que absorbieran el fuego. Los cuerpos de estos pobres desdichados empezaron a amontonarse alrededor de los escalones y los accesos exteriores del recinto del gremio. Atrás, retirado de la línea de fuego, Mabbon observaba con gravedad.

Eran justo las tácticas que él habría empleado.

—¿Cuánto más? —le preguntó Gaunt a Blenner.

Su viejo amigo hizo una pausa mientras cargaba una caja que estaba llevando de vuelta a los transportes.

—¿Cuánto tiempo dura una cruzada imperial? —respondió—. Hemos despejado un poco en la mitad de las salas. Hay mucho material. Si recogemos mucho más tendremos que mandar traer más transportes.

—De momento continúa —dijo Gaunt—. Coge todo lo que puedas.

—Puede que falten unas dos docenas de cajas o así para llenar el último Tauros —dijo Wilder.

—Bien. Hazlo —dijo Gaunt.

—¿No podríamos irnos? —Pregunto Blenner—. Marcharnos sanos y salvos me parece un movimiento táctico inteligente.

—¿Como el de traer a mi hijo aquí? —preguntó Gaunt.

Blenner resopló y empezó a vaciar otra estantería en una caja vacía.

Gaunt avanzó hacia la parte del gremio en la que la lucha se había intensificado. Pasó a Kolding, que estaba ayudando a tres Fantasmas que se habían quedado atrapados en el tiroteo.

El Coronel-comisario vio a Eszrah du Nocte.

—Salus —dijo Gaunt—. Vela por mi hijo.

Eszrah asintió y se fundió en las sombras.

Gaunt oyó unos alarmantes sonidos animales por encima del fuego intenso por delante de él y se agachó junto a Varl.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Feth sabe —respondió Varl insertando una célula nueva—. Están trayendo cosas. Animales. Como manadas de perros con cadenas, pero…

—Pero ¿qué?

—Creo que los han creado ellos, señor. Creo que han confeccionado esas cosas cosiendo partes de criaturas distintas. Y de humanos.

Mabbon había mencionado la fascinación que sentían algunos de los forjadores de armas del Reach por la experimentación quirúrgica y genética.

Algo estaba rascando y golpeando las puertas y las escotillas. Gaunt oía garras y pezuñas. Oía voces aullantes y gruñidos vibrantes. Oía voces humanas emitiendo sonidos lastimeros de animales.

Parte de la pared explotó. Los Hijos de Sek cargaron contra ellos a través del humo, trepando sobre los escombros para tratar de sacar partido al agujero que habían abierto.

Gaunt se levantó para recibirlos. Segó con su espada de energía y le cortó a uno la cabeza. Derribó a otro de los Hijos de un tiro que pintó los escombros y el techo con sangre. Varl estaba junto a él, disparando a quemarropa y apuñalándole con su bayoneta. En un segundo otros dos Reyes Suicidas, Cardass y Nomis, llegaron hasta ellos lanzando disparos independientes a objetivos seleccionados. Gaunt atacó con su espada, abriéndose paso a través de los soldados para enfrentarse al oficial, una bestia inmensa que portaba una hacha de energía.

—¡Obligadles a retroceder! ¡Tapadles el agujero! —gritó Gaunt. Varl estaba demasiado ocupado disparándoles a la cabeza como para emitir una respuesta sarcástica.

Gaunt llegó hasta el oficial. La bestia cargó con su hacha, pero él la bloqueó con la espada y obligó al guerrero enemigo a retroceder un paso o dos. Gaunt tuvo que agacharse para lanzar su siguiente ataque. Golpeó con la espada y le abrió al oficial el muslo izquierdo. Entonces, mientras éste se inclinaba hacia adelante por el dolor que le provocaba la herida, le partió el torso con un inmenso corte ascendente.

A veinte metros de distancia, a través del humo, Ezra agarró a Felyx Chass y lo apartó de la brecha. El chico intentó librarse del misterioso pagano. Veía a su padre, el famoso Héroe del Pueblo, el hombre del que había escuchado tantas historias desde que tenía la edad suficiente como para entenderlas. Lo veía luchar, superado en número, convertido en un borrón de determinación con una espada brillante y rociando las paredes de sangre, cortando y rebanando.

Felyx observó por un segundo con los ojos como platos. Se dio cuenta de que, cuando todo hubiese terminado, había poca diferencia entre ser un héroe para la gente del Imperio y ser una máquina de matar brutal y despiadada. Para ser lo primero, uno debía aceptar también el papel del segundo.

—Ven, amicus —susurró Ezra.

—Tengo que ayudar —empezó Felyx apartándose e intentando coger el rifle láser

que llevaba al hombro.

Ezra no respondió. Levantó a Felyx como si fuera una de las cajas lista para el traslado y se dirigió a paso ligero hacia la salida.

Varl cambió su arma a modo automático y mandó a dos de los Hijos y a dos combatientes del culto de vuelta por la brecha. Sus cuerpos cayeron sobre los polvorientos escombros. Cardass lanzó una granada por el agujero que explotó entre las escuadras enemigas que todavía intentaban entrar por él. Gaunt se unió a Varl y a Nomis en lo alto de los escombros disparando hacia el humo y la oscuridad. Con la bayoneta ensangrentada, Rawne se reunió con ellos.

—Nuestras opciones son limitadas —dijo—. Nuestra posición aquí es limitada, sólo el área de la sala. Ellos vienen desde tres puntos diferentes. No podemos malgastar el fuego o colocar nada para proteger el flanco derecho.

—¿Esas ventanas? —preguntó Gaunt.

—Demasiado altas —respondió Rawne.

—Preparaos para retirarnos entonces —dijo Gaunt—. No creo que podamos permanecer aquí mucho más tiempo.

—Si nos quedamos mucho más tiempo será permanente —dijo Rawne.

De repente se escuchó un grito desde fuera de la pared del gremio. Una inmensa fuerza de Hijos cargaron con bayonetas contra la escotilla principal y disparaban mientras avanzaban. Los Fantasmas atrincherados en la puerta principal y en los anexos laterales se vieron forzados a retroceder agachados. Una tormenta de rayos láser atravesó el acceso y destrozó mesas y consolas. Gaunt vio cómo dos Fantasmas eran abatidos y maldijo.

La lucha en el recinto del gremio, débil en un principio, había cambiado por completo. Los Hijos de Sek estaban tan encima de ellos que era imposible retirarse.

• • • • •

Vahgner les hizo señas para que avanzaran. La red de túneles por la que el equipo de barrido de Daur había penetrado era un revoltijo de mampostería y de metal oxidado.

—¿Oís eso? —preguntó Vahgner.

Los demás se detuvieron a escuchar con las armas preparadas.

—Lu… lu… lu… lucha —dijo Merrt.

Daur asintió. A través del grosor de la piedra y del vacío de chatarra comprimida se escuchaban los sonidos de un tiroteo importante. Salvas de fuego, armas láser y explosiones de granadas.

—Creo que alguien se nos ha adelantado —dijo Haller. Después sonrió—. ¿Vamos a echarles una mano?

Daur se pasó la mano por la boca, meditando. Hark y el destacamento todavía no

habían alcanzado a su equipo. ¿Qué bien podían hacer ellos cinco solos, aunque llevasen un lanzallamas?

«Más vale eso que nada —decidió—. Tal vez sea justo lo que les hace falta». A menudo el menor de los márgenes decidía la mayor de las batallas. Acudirían. Hark no debía de estar demasiado atrasado.

Vahgner levantó su rifle. Algo se movía delante de ellos. Algo corría y se escondía rápidamente entre los amasijos de chatarra que inundaban su camino. Se estaba acercando.

Algo se puso ante su vista. Saltó hacia ellos dando largos pasos. Era un perro, una especie de sabueso grande. Tenía el pelaje canela afeitado muy corto y llevaba un collar grueso y con puntas. El animal se detuvo y los miró.

Empezó a olisquear mientras la baba le caía de los labios negros y sueltos.

No es que tuviera el pelaje corto. No tenía pelo. Ahora que lo veían bien se dieron cuenta de que era sólo piel desnuda. Tenía marcas de sutura en la zona de la columna y en algunos de los grupos musculares más importantes. Su esqueleto era canino, pero tenía un cráneo humano, con un rostro incorporado que le habían injertado en su grueso cuello.

Tenía los ojos blancos y muertos. La abominación aulló.

Vahgner la mató.

—Por feth, ¿qué demonios era eso? —preguntó Daur.

La sangre de Vahgner salpicó la cara de Daur. El explorador cayó de espaldas, muerto, con la cabeza destrozada por un tiro láser.

Los Hijos de Sek salieron de la oscuridad y pasaron sobre el cuerpo de su criatura muerta. Había una docena de ellos disparando sus rifles y pistolas.

Haller soltó el rastreador y se dispuso a coger el rifle. Un disparo le dio en el hombro y lo lanzó contra la pared. Daur devolvió el fuego, derribando a dos de los atacantes con una feroz descarga. Merrt disparó casi por instinto e hirió a uno de los Hijos con una carga salina que tenía en la recámara. Un segundo después sintió un dolor abrasador. Un martillazo de energía cinética le golpeó el pecho y lo derribó.

—¡Atrás! —Gritó Belloc—. ¡Llevadlo atrás!

Su lanzallamas escupió una lanza de fuego por el pasillo hacia uno de los Hijos. El hombre empezó a arder y corrió, consumido por llamas blancas, contra la pared del pasillo. Belloc disparó de nuevo, inundando el acceso con una luz naranja incandescente. Un disparo le voló la garganta dejando un chorro de sangre. El lanzallamas se tambaleó hacia atrás y otra bala le atravesó el pecho, otra la cadera y una última el ojo. Cayó de espaldas, con el lanzallamas jadeando y lanzando bocanadas de fuego.

Haller se levantó, sangrando y disparando su pistola láser.

—¡Coged a Merrt! —gritó Daur—. ¡Coged a Merrt! ¡Sacadlo a rastras!

Merrt estaba mirando al techo, con los ojos abiertos de par en par y su mandíbula augmética abriéndose y cerrándose inútilmente. Tenía el pecho hecho un desastre

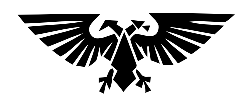
sanguinolento.

—¡Cogedlo! —gritó Daur. El capitán se volvió para disparar de nuevo, y un tiro láser le alcanzó también.



VEINTIDÓS

PARTIDAS



—¡Ban! ¡Ban! —gritó Haller mientras disparaba frenéticamente. Ni siquiera podía llegar hasta Daur. A su amigo le habían dado y estaba malherido. No se movía.

Haller también sabía que no podría acabar solo con los Hijos de Sek de aquel asalto sin otra cosa que una pistola.

El enemigo cargaba contra él. Un perforador rayo de arma láser voló a su oficial. El fuego láser llovió sobre ellos y redujo a varios de los otros. Los disparos procedían de detrás de Haller. El hombre se agachó. El fuego láser y de plasma voló sobre su cabeza, castigó a los Hijos y los obligó a retroceder por el túnel.

Hark apareció, pistola de plasma en mano. El resto del destacamento del Ataque Gamma llegó tras él.

—Por el Emperador, Haller —dijo Hark mirando con consternación a los hombres caídos—. Habéis decidido empezar sin nosotros, ¿verdad?

—Se nos han echado encima —respondió Haller.

—¡Médico! —gritó Hark. Dorden se acercó. Gruñó con tristeza al ver la escena que le recibía y se arrodilló para examinar a Daur y a Merrt. Vahgner y Belloc no tenían salvación.

—Se escucha una batalla más adelante —le dijo Haller a Hark—. El capitán Daur estaba seguro de que el Ataque Alfa había entablado combate. Parece que están en el centro del meollo.

—Iremos para brindar apoyo —dijo Hark. Después miró a Dorden—. ¿Cuánto tiempo vas a tardar, doctor?

—Adelantaos —respondió Dorden—. Estoy ocupado.

—No voy a dejarte aquí —repuso Hark.

—Bueno, yo también preferiría que no te llevaras a dos hombres heridos de gravedad a luchar contigo. Deja que los atienda. Si dejas a Haller conmigo los llevaremos de vuelta por el túnel en cuanto estén estables.

Hark miró a Haller.

—¿Tú estás de acuerdo?

Haller asintió.

—Ponlos a salvo —dijo Hark. Después se acercó a Haller—: A los tres, ¿de acuerdo? —susurró.

Después se apartó.

—Bien hecho —dijo—. Nos habéis abierto el camino. Ataque Gamma, preparad las armas. ¡De prisa! Estamos avanzando contra los hostiles.

Hubo un traqueteo de armas.

—¡Adelante! —ordenó Hark. Los soldados empezaron a desfilar. Hark se volvió de nuevo hacia Haller.

—Termina aquí y vuelve. Te veré en el otro lado.

—Buena suerte, comisario —respondió Haller.

—El Emperador nos protege.

Haller vio cómo Hark desaparecía de su vista y después se acercó hasta Dorden.

—¿Podemos moverlos? —preguntó.

—¿Qué te pasa en el hombro, Haller? —preguntó Dorden.

—Me han disparado. No es nada. ¿Podemos moverlos?

—Todavía no. Puede que pronto.

—¿Puedes salvarlos?

Dorden miró a Haller. En la escasa y parpadeante luz que emitía el lanzallamas caído de Belloc, sus ojos parecían insondables. Estaba agotado. No podía fingir más.

—No lo sé, Haller. Ni siquiera puedo salvarme a mí mismo. La herida del pecho de Merrt es grave. Tiene el corazón dañado. Daur está… ¿a quién quiero engañar? Daur también está grave. Tendrán más posibilidades de sobrevivir en la enfermería. En la enfermería y con un médico mejor.

—Tú eres el mejor médico que…

Dorden negó con la cabeza.

—Cállate, Haller. Apenas puedo caminar. Mis manos son débiles y torpes. Estoy tan cansado y confundido por los analgésicos que se me olvidan las técnicas básicas. El ridículo sentimiento de afecto de hombres como Gaunt y Hark me ha permitido continuar sirviendo demasiado para mi competencia. No debería estar aquí, Haller. Hark debería haber solicitado un médico de la tripulación de la nave. Estaba concediéndome los últimos deseos de un viejo estúpido y moribundo.

—Eso no es cierto —respondió Haller.

—Créeme, Haller. Insistí en participar porque quería ser válido por última vez. Soy un anciano y debería haber pensado que…

—Cierra la boca. Sabes lo que haces. Todo este tiempo que has estado autocompadeciéndote has estado trabajando. Sabes lo que estás haciendo. Dime qué puedo hacer. Si tengo que apretar, o algo. Ayudémosles y saquémosles de aquí. Ya.

• • • • •

—¡No podremos retenerlos mucho más! —gritó Mkoll disparando hacia fuera del acceso principal del gremio.

—Eso ya lo veo —respondió Gaunt insertando otro cartucho de munición en su pistola.

Rawne apareció junto a ellos, de pie contra la esquina de la pared, disparando su rifle. Los tiros láser los pasaban aullando o abrían agujeros cromados en el metal oxidado.

—Esto ha salido muy bien —masculló.

—Si podemos interrumpir su ataque, aunque sea sólo por unos minutos, podremos retirarnos —dijo Gaunt.

—¿Has visto cuántos hay ahí fuera? —Replicó Rawne—. ¡Es como si todo el habitáculo de feth entero estuviese intentando matarnos!

—Rawne tiene razón —dijo Mkoll—. Si nos retiramos, algunos de nosotros tendrán que quedarse aquí para cubrir al resto.

—No —dijo Gaunt.

—Un acto desesperado —dijo Mkoll.

—Los Reyes Suicidas —dijo Rawne.

—No. A los dos —respondió Gaunt con brusquedad.

—Entonces esta misión va a fracasar —dijo Rawne.

Los Hijos de Sek se abalanzaron hacia el recinto del gremio con furia renovada. Habían traído consigo misiles y artillería más pesada. Gaunt intentó calcular el número a través del humo. Todo estaba a punto de acabar, y muy de prisa.

—¡Recordad Tanith! —tronó una voz desde el otro lado de la concurrencia, fuera del acceso al gremio.

Gaunt observó con desconcierto mientras el fuego concentrado de armas pequeñas impactaba contra el despliegue de los Hijos desde la derecha. A pesar de su superioridad numérica, los Hijos parecían contrariados por el contraataque. La mitad de sus posiciones de avance se vieron de repente expuestas por un lado.

—¡Es el Ataque Gamma! —gritó Varl.

—¿Daur? —preguntó Gaunt.

—No le veo —dijo Domor—. Veo al comisario Hark. Están saliendo de esos conductos de ventilación.

—¡Seguid disparando! —Gritó el Coronel-comisario—. ¡Aprovechad la situación! ¡Atacad con fuerza mientras se tambalean!

—Sí, señor —dijo Rawne.

Gaunt retrocedió desde el acceso y se dirigió a Blenner y a Wilder.

—El último de los transportes está cargado —dijo Wilder—. Es todo lo que podemos llevarnos.

—Apresuraos. Regresad a la nave. Nosotros os seguiremos a pie.

Wilder asintió. Él y Blenner se volvieron.

—Avisa a la *Armaduke* —le gritó Gaunt a Blenner—. Que inicien la retirada ahora mismo.

—De acuerdo —dijo Blenner.

Dalin llegó corriendo a través de un campo de escombros hasta el lugar en el que Kolea y Fazekiel estaban a cubierto.

—Estamos listos para el siguiente avance —dijo Kolea. Después señaló—. Por esas escotillas de allí, hacia los espacios que hay al otro lado y…

—No, señor —dijo Dalin, y le pasó un trozo de papel—. Acabo de recibir esto de

Rerval. Hemos recibido la orden de retirarnos.

Kolea estudió el trozo de papel y se lo entregó a Fazekiel.

—Es auténtico —dijo la comisario.

—De acuerdo —respondió Kolea—. Ponte en contacto con toda la sección y con los líderes de la compañía. La orden es que se retiren y retrocedan. De manera sistemática, tal y como lo habíamos ensayado. Retirada por unidad y fuego de cobertura. Sin riesgos innecesarios. Que nadie tenga prisa por llegar a los transportes. Usad bien las granadas, los explosivos y las cargas que queden. Derribad el lugar a vuestras espaldas si podéis.

Dalin y Fazekiel asintieron.

—Corred la voz rápido —dijo Kolea.

Baskevyl lanzó un par de tiros a unos combatientes del culto atrincherados por delante de su posición.

—¡Hemos recibido la orden, Bask! —Gritó Kolosim—. ¡Retirada!

—¿Porque nos vemos obligados a hacerlo o porque hemos terminado? —preguntó Baskevyl.

—Esperemos que por lo segundo —gritó Kolosim.

—Hora de irse —dijo Gendler:

Meryn inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un profundo suspiro.

—¿Estás seguro? —preguntó Costin.

Gendler hizo como que no lo había oído.

—¿Estás seguro? —preguntó Meryn.

—Acaba de correr la voz por la línea —dijo Gendler—. Nos largamos de este maldito lugar.

—Me alegro —dijo Meryn. En la última media hora, la fuerza enemiga había menguado un poco. La cosa no era tan horrible como justo después del despliegue, pero la situación seguía bastante mal. Una lluvia de fuego constante iba en su dirección, y Kolea había ordenado a su compañía que ocupase una zona de almacenamiento particularmente inaccesible.

Meryn percibía el olor a miel agria y a menta machacada. No tenía intención de ocupar ninguna zona de almacenamiento. La Compañía E se había sentado sobre sus traseros y se había atrincherado durante los últimos diez minutos con la excusa de estar esperando el reabastecimiento antes de proceder con la orden de atacar.

—Las órdenes decían algo sobre una retirada sistemática y fuego de cobertura —dijo Gendler. Después miró a Meryn. Ambos se echaron a reír. Costin intentó participar también, fingiendo una carcajada.

—Cierra la boca —dijo Meryn.

Empezaron a retroceder, gateando por los restos en llamas y los montones de escombros en dirección a las plataformas del hangar y el lugar del despliegue.

Merrt podía caminar, muy despacio, apoyado en Dorden y usando el rifle automático como bastón. Tenía la piel cetrina por la pérdida de sangre. Cada paso

que daba le suponía un tremendo esfuerzo. Daur seguía inconsciente y Haller se había visto obligado a cargarlo. Cada diez minutos más o menos, Haller dejaba a su amigo en el suelo para descansar los brazos.

—Quizá deberíamos esperar a que la escuadra de Hark regrese por aquí y nos ayude —dijo Dorden.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó Haller con los dientes apretados—. Ya has oído el enfrentamiento. Era como la Muralla Occidental de la Colmena Vervun.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Dorden. El médico estaba detrás de Haller, de modo que éste no podía ver lo enfermo que estaba o lo mucho que se tambaleaba. Ya cansado y abatido, el esfuerzo de aguantar a Merrt estaba absorbiendo las últimas gotas de fuerza de Dorden.

Merrt también estaba débil y de repente se desplomó contra la pared del pasillo y dejó caer su rifle. Dorden intentó ayudarle a deslizarse hasta el suelo sin dañarse más a sí mismo. La sangre brotaba por el labio de su mandíbula augmética.

—No… no… no… no puedo —susurró Merrt.

—Claro que puedes —dijo Dorden—. Puedes, Rhen.

Merrt negó con la cabeza.

—¡Levántalo, doctor! —le instó Haller.

—Necesita un momento para descansar —respondió Dorden—. Y yo también —añadió por lo bajo.

Haller espetó una maldición y dejó a Daur en el suelo también. Después se sentó y se frotó los brazos.

—¿Cuánto crees que falta? —preguntó. Ya habían pasado media docena de dispositivos que Merrt y Haller habían desmantelado y marcado con tiza roja.

—No mucho —respondió Dorden.

El médico se inyectó en el muslo que nadie podía ver una inmensa y desesperada dosis de analgésicos.

—Demasiado —susurró Merrt, sentado con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados—. Dime la ver.… ver.… ver., verdad, doctor. Estoy muerto, ¿verdad? Me estoy desangrando por dentro. El corazón… Me siento re… re… re… reventado.

—Estás bien —dijo Dorden. El médico no pudo evitar la mirada de Haller. Él sabía que estaba mintiendo. El viejo doctor ya no tenía fuerzas para fingir y transmitir confianza a sus pacientes.

—Dejadme aquí —dijo Merrt—. Iréis mu… mu… mu… mucho más rápido sin mí.

—No vamos a dejarte —dijo Haller.

—No, no vamos a hacerlo —convino Dorden. Después miró a Merrt.

Más sangre escapaba a través de las vendas de su pecho. Lenta y dolorosamente. Dorden se levantó y se acercó hasta Haller.

—Continúa tú —dijo en voz baja.

—No, doctor.

—Si. Yo continuaré con Merrt cuando haya recuperado el aliento. Por favor, Haller. Lleva a Daur de vuelta a la nave.

—No voy a dejar atrás a nadie —insistió Haller torciendo el gesto.

—Haller, Ban es amigo tuyo. Un buen amigo. Le conoces desde hace años, antes incluso de formar parte de los Fantasmas. Acaba de casarse y su esposa le está esperando. Es una chica muy dulce. Necesita que le lleves a Ban de vuelta. Una buena cirugía en la nave le salvará la vida. ¿Entiendes lo que quiero decir, Haller?

—Os llevaré —dijo Haller con lágrimas en los ojos.

—¿A todos nosotros? —Dorden sonrió—: Daur no puede caminar. Y Merrt tampoco. Y yo no puedo cargar con Merrt. Apenas puedo levantarme, Haller. Vamos. Haz esto por mí. Coge a Ban y llévalo a casa.

—¿Y qué pasa con vosotros? —preguntó Haller.

—Yo te seguiré, con Merrt. En cuanto ambos nos hayamos calmado y hayamos descansado un poco, ¿de acuerdo?

De repente se escuchó un ruido en el túnel tras ellos. Algo se movió desprendiendo algunos escombros.

—¡Es el comisario Hark! ¡Viene hacia aquí! —gritó Haller dando saltos.

Merrt había abierto los ojos.

—No es Hark —dijo, y echó mano al rifle que se le había caído al suelo al lado de él. Su pulso era inestable. Le llevó mucho tiempo agarrarlo.

—Haller —dijo Dorden—. Tienes que marcharte ya.

● ● ● ● ●

—¡Todos los transportes están preparados! —le gritó Domor a Gaunt. El Coronel-comisario asintió.

—Preparaos para seguirlos —gritó en respuesta. Después miró a Mkoll y a Rawne —. Necesitamos descargar todo lo que nos queda contra esa línea de ahí para darle a Hark el tiempo necesario para que sus hombres entren en el gremio y podamos salir.

—Va a ser difícil —masculló Rawne—. ¿No podemos dejarlos aquí? De un tiempo a esta parte siento antipatía por el comisario.

—Eso es mentira —dijo Gaunt.

Rawne se encogió de hombros.

—Tiene razón. Me cae fatal desde el primer día.

—¿De dónde diablos salen esos disparos? —preguntó Bonin.

Todos se volvieron a mirar. Una segunda capa de disparos estaba lloviendo sobre los Hijos de Sek. Venía desde un ángulo completamente diferente, cruzándose con los esfuerzos de los hombres de Gaunt y el destacamento de Hark como un patrón de interferencia.

—¡Es Criid! —gritó Varl gritando de júbilo.

—¡Que me den por feth! —dijo Rawne—. Va a resultar que el Emperador existe.

La fuerza de combate de Criid, más reducida que la de Hark pero capaz de asestar un buen golpe, estaba emergiendo desde los túneles y conductos de ventilación del otro extremo de la concurrencia. Chiria estaba asando con su lanzallamas a los Hijos de Sek, obligándolos a salir de su posición, y la línea delantera de tiradores de Hark estaban sacándole el máximo partido a sus disparos. En menos de cinco minutos de fuego intenso, los tres dientes de la posición imperial habían obligado a las unidades del Archienemigo a perder un terreno considerable.

—No estarán ahí demasiado rato —dijo Mkoll—. Solicitarán refuerzos y…

—Tendremos tiempo suficiente —dijo Gaunt—. Vamos. Indica a Criid y a Hark que traigan a sus hombres hasta aquí.

El grupo de Criid fue el primero en entrar en la ruinosa y tiroteada sala del gremio. Estaban todos sucios por la caminata y muchos presentaban heridas leves.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Gaunt.

—Una mina antitanque —dijo Criid—. Hemos perdido a algunos hombres. No ha sido agradable. Pero hubo un lado positivo. La onda expansiva nos despejó el camino. Abrió todos esos viejos conductos de ventilación que nos han traído hasta aquí. Seguimos los sonidos de una última resistencia.

—Tan oportuna como siempre, Criid —dijo Gaunt—. Vamos. Domor, muéstrales el camino de salida. A paso ligero, Fantasmas. ¡Vamos!

Hark y su fuerza empezaron a entrar por las escotillas delanteras.

—¿Qué diablos es este lugar? —preguntó el comisario mirando a su alrededor.

—Ya leerás el informe después —dijo Gaunt—. Saca a tus hombres de aquí. Seguid a Criid. Lo más rápido que puedas, Viktor.

La fuerza de los Fantasmas estaba evacuando rápido. Los exploradores defendían las escotillas delanteras lanzando disparos constantes para disuadir a los Hijos de intentar otro ataque. Los equipos de artillería estaban desmontando las armas tripuladas y llevándoselas. Cuando Gaunt dio la señal, Domor empezó a colocar las cargas que todos los miembros del Ataque Beta habían traído.

—Quemad el resto —le dijo Gaunt a Brostin.

Brostin sonrió.

—Es demasiado bueno conmigo, señor —dijo.

Brostin volvió su fuego incendiario hacia los anexos primero. Las llamas ascendían, encendiendo las salas del gremio. La pintura se descascarillaba como piel seca u hojas muertas. Los objetos atrapados en el fuego estallaban o crujían. Gaunt observó las llamas durante un rato, deleitándose con el calor. El fuego era purificante. Marcaba un final, un bautismo, una reentrada en la guerra. Y, sobre todo, parecía marcar un logro que esperaba que fuese realmente significativo.

Los Fantasmas habían pagado un precio por hacer que sucediese, un precio que todavía no había contado.

El Coronel-comisario se volvió y vio a Mabbon Etogaur observando las llamas.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo—. Esperemos que sea suficiente.

Mabbon asintió.

—El capitán Spika habrá estado emitiendo las transmisiones preparadas durante la última media hora. Continuará haciéndolo mientras abandonamos el sistema. Se prepararon siguiendo los códigos y el lenguaje que tú proporcionaste. Cuando el Anarca, ajeno a todo esto, venga a buscar entre las ruinas de lo que dejamos aquí y reproduzca las transmisiones capturadas durante el ataque, parecerá que su instalación fue asaltada por el Pacto Sangriento y que sus tesoros fueron confiscados para evitar que se extralimitase.

—Habéis encendido una mecha —respondió Mabbon—. El Gaur, el Anarca. Ninguno responderá ante las acusaciones que seguirán a este ataque.

—Si hemos contribuido en mayor o menor medida a provocar una guerra de aniquilación mutua entre los Señores Sanguinarios, el esfuerzo invertido habrá merecido la pena.

Gaunt miró a Mabbon.

—Es hora de marcharse.

Mabbon parecía confundido.

—¿En serio? —preguntó.

—Por supuesto.

—Pensaba… —empezó el preso.

—¿Qué?

—Suponía que me dejarías aquí. Para que ardiera. Pensaba que había cumplido con mi propósito.

—Yo decidiré cuándo termina tu misión —dijo Gaunt.

Mabbon asintió.

—¡Mayor Rawne! —Gritó Gaunt—. Que tus Reyes Suicidas escolten al prisionero de nuevo a la nave. ¡Mkoll! Preparaos. Es hora de irnos. ¡Brostin! Creo que ya es suficiente.

• • • • •

—¿Qué estáis haciendo? —Gritó Ludd—. Nos estamos retirando hacia los ascensores. ¡Se ha dado la orden!

Los marines espaciales se volvieron para mirarle. Sus viejas armaduras estaban repletas de abolladuras y rasguños y empapadas de sangre ajena. Holofurnace había perdido su escudo. Sar Af estaba disparando hacia otra estructura mientras los demás extraían munición utilizable del último de los servidores de artillería operativos en caer.

—Este es el siguiente objetivo —dijo Eadwine—. El asalto continuará. Id a vuestra nave.

—El mayor Kolea me ha enviado a encontraros personalmente —dijo Ludd—. La orden de retirada la ha dado el comandante de la operación.

—Nosotros no aceptamos órdenes de la Guardia Imperial —respondió Sar Af.

—Ya me he dado cuenta —dijo Ludd—. Pero nosotros tenemos que saltar ante las vuestras.

—Me temo que acabas de describir un principio del Imperio —dijo Sar Af.

—La orden es de retirada —dijo Ludd—. Por favor, cumplidla.

Los gigantes le dieron la espalda.

—¿Qué? ¿Ya está? ¿Vais a continuar? ¿Y se supone que tenemos que esperaros?

—Dejadnos —dijo Eadwine sin mirar a su alrededor—. Esperábamos esto. Nuestros comandantes esperaban esto cuando autorizaron nuestra colaboración en este esfuerzo. La Guardia puede marcharse cuando lo desee. Nosotros continuaremos hasta que este lugar esté destruido por completo.

—¿Ah, sí? Y después, ¿qué? —preguntó Ludd.

—Si hemos sobrevivido hasta ese punto, aguantaremos en el campo de escombros hasta que una nave de paso detecte nuestra señal.

—Podrían pasar años —dijo Ludd.

—Somos más pacientes que tú —respondió Eadwine.

—Marchaos —ordenó Sar Af.

—No —replicó Ludd—. Soy un oficial del Comisariado, responsable de la disciplina y la corrección. No queremos que este lugar quede destruido. Precisamente de eso se trata. Queremos que queden rastros. Queremos dejar pistas. Queremos que el enemigo lo sepa. Si continuáis, desharéis y minaréis todo el propósito de esta misión. Estaréis incumpliendo órdenes y desobedeciendo la autoridad del Imperio. Estaréis incumpliendo vuestro deber y vuestro juramento, y…

—Silencio —dijo Holofurnace. Después miró a sus hermanos. La sangre de sus enemigos chorreaba desde los accesorios dorados y abollados de su yelmo.

»El chico tiene razón —prosiguió—. La lógica es sólida. Continuar sería contraproducente.

Los otros dos asintieron. Los tres se volvieron y se marcharon, con sus inmensas botas crujiendo sobre los escombros desperdigados. Formando una línea, empezaron a dirigirse con paso pesado a las lejanas plataformas del hangar.

Sar Af se volvió y miró a Ludd.

—Venga, date prisa —dijo.

• • • • •

Los transportes llegaban lo más rápido que podían. Los problemas de espacio que habían afectado al despliegue original continuaban. Sólo unos pocos podían aterrizar a la vez, y la mayoría tenían que descargar su carga de municiones una vez llegaban. Todos habían estado realizando misiones de reabastecimiento cuando las órdenes habían cambiado.

Baskevyl y Kolea estaban supervisando la evacuación y metiendo a todos los soldados posibles en cada Arvus y en cada Falco.

Kolea vio a Dalin.

—¿Dónde está Meryn? —preguntó—. ¿Dónde está el resto de la Compañía E?

—Ya vienen —respondió Dalin.

—Por lo que parece, Meryn se ha retirado demasiado de prisa —dijo Baskevyl comprobando la pantalla táctica del comunicador de Rerval—. Ha permitido que las unidades enemigas lo sigan de cerca. Están saliendo de la estación bajo fuego enemigo. No es la extracción más limpia que haya visto en mi vida.

—Meryn tampoco es que sea el más limpio de los soldados —dijo Kolea.

El mayor miró la gráfica.

—Si forzamos estas escotillas, los suyos podrán salir sin tener que atravesar el agujero.

—Tiene lógica. Vamos.

—Continúa con la evacuación, Bask —dijo Kolea—. Yo me encargo.

Kolea se llevó una escuadra con él hasta el extremo de la estación de ingeniería en la que el *Caestus* había descansado finalmente. Los últimos grupos de las compañías F y H estaban realizando una sólida y digna retirada a través de las inmensas heridas que el ariete había abierto en las puertas de la estación.

La escuadra de Kolea oía el fuego al otro lado de las puertas. El aullido de los láseres y el ruido sordo de los lanzadores de agujas. La compañía de Meryn estaba en un buen apuro.

—¡Vamos! —Gritó Kolea—. ¡Por aquí!

El mayor dirigió a su unidad hacia las escotillas de pasajeros instaladas en el extremo más alejado de la inmensa persiana de la estación. Tardaron unos instantes en localizar el mecanismo de cierre y en cortarlo con un soplete de plasma.

Kolea abrió la escotilla.

—¡Meryn! ¡Meryn! ¡Busca mi señal y avanza hacia aquí! —dijo por el comunicador—. Os hemos abierto una salida. ¡Vamos!

—Recibido, Kolea. Buen trabajo.

Los soldados de Meryn no tardaron en aparecer corriendo hacia la escotilla por el suelo cubierto de chatarra de la estación. Algunos se giraban y disparaban sus armas desde la cadera mientras corrían. El fuego enemigo les alcanzaba.

La escuadra de Kolea lanzó un poco de fuego de cobertura y después se retiró conforme los hombres de Meryn empezaron a llegar a la puerta.

—Pasad. ¡Vamos! —gritaba Meryn.

Sus hombres corrían a través de la escotilla de dos en dos y de tres en tres. El fuego de las armas salpicó la persiana. Meryn se quedó fuera para ver pasar a sus hombres y le gritó a Kolea:

—¡Llévalos a la zona de despegue! ¡Yo saldré con los últimos!

Kolea asintió y se marchó.

—¡Vamos! —bramó Meryn a los rezagados—. ¡Este lugar no es el más agradable!

Lanzó unos cuantos disparos. Algunos Hijos de Sek aparecieron en la distancia y percibió de nuevo el olor a menta y a leche cortada. Gendler llegó hasta él, agotado, con la cara roja y sin aliento.

—Ahí llegan los últimos de nosotros —jadeó.

Meryn echó un vistazo. Los últimos cuatro o cinco. Eklan. Mkgain. Fozol. Rozzi. Costin.

Meryn se secó la boca con la manga.

—No, Didi —dijo—. ¿Sabes qué? Creo que ya estamos todos.

Los dos salieron por la escotilla.

—¡Capitán! —gritó Eklan, que estaba más cerca y corría lo más rápido que podía para llegar hasta la puerta.

—¿Qué estáis haciendo? —Gritó Meryn—. ¿Qué feth estáis haciendo?

—Tienes razón —le dijo Gendler a Meryn—. Parece que no falta nadie.

Meryn y Gendler cerraron la escotilla y corrieron los cerrojos manuales.

Los últimos miembros de la Compañía E llegaron a la escotilla y empezaron a golpearla con los puños.

—¿Qué estáis haciendo? —Aulló Costin—. ¿Qué feth estáis haciendo? ¡Abrid la escotilla! ¡Abridla! ¡Abrid la escotilla, desgraciados!

En el lado de Meryn, los golpes de los puños apenas hacían ruido. Costin se tambaleó hacia atrás y se alejó de la rígida puerta. Estaba tan asustado que vomitó. Eklan y los demás eran presa de la incredulidad y el pánico.

—Cabrones. ¡Cabrones! —gritó Costin a la puerta con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo.

Se volvió lentamente. Los loxatls les habían alcanzado. Oyó sus castañeteos alienígenas. Percibió su hedor a leche y menta y vomitó de nuevo. Rozzi aulló de terror. Eklan disparó a los monstruos xenos.

Los reptiles se les echaban encima desde todos los lados, castañeteando los dientes, deslizándose por el suelo y con los espolones extendidos. No tenían necesidad de malgastar disparos con aquellas víctimas. Costin empezó un grito que no pudo terminar.

Los Hijos de Sek se estaban acercando. Merrt podía oír cómo se aproximaban por el túnel.

—Po… po… po… ponte detrás de mí, doctor —murmuró. Dorden tardó un poco en contestar.

—No seas bobo, Rhen —dijo con la voz tan fina como la atmósfera superior—.

Levántate. Puedes caminar. Ve tras Haller y déjame aquí.

—Sé cuando mientes, doctor —dijo Merrt—. Sé sincero. Esta he… he… he… herida que tengo no es una de las que uno sale con vida, ¿verdad?

Dorden le miró y sacudió la cabeza.

—No —admitió.

—Entonces voy a que… que… que… quedarme aquí contigo, ¿vale? —dijo Merrt, y estiró su mano ensangrentada para girar la cabeza del médico y mirarle a los ojos—. Tranquilo. Sé que es imposible distinguirlo, pero estoy sonriendo.

Los primeros Hijos habían aparecido. Las luces de sus lámparas se movían mientras se acercaban. Había decenas de ellos.

Merrt extrajo la bala salina del viejo rifle y cargó una bala dura en su lugar. Empujó a Dorden contra la pared que tenía detrás y se sentó derecho, apuntando con su rifle a los soldados enemigos que se aproximaban.

—Sólo tienes un disparo, Rhen —murmuró Dorden.

—Lo… lo… lo… lo sé —dijo Merrt con un chorro de sangre brotándole del labio de metal—. Y he agotado la última de las inyecciones mu… mu… mu… musculares también. No puedo disparar bien ahora.

—Sólo asegúrate de que lo empleas bien —dijo Dorden. El médico estaba agarrando un aro de cuentas votivas que Zweil le había dado.

Merrt apuntó. Los Hijos levantaron sus armas.

—¡Eh! —Gritó agarrando bien el rifle—. ¡Eh! ¡Cabrones! ¿Sabéis qué? Yo solía ser un gran ti… ti… ti… tirador. Me dieron una maldita condecoración. Pero ahora ya no. Hoy en día, cuando disparo a algo, siempre fallo. ¿Me entendéis? ¡No disparo bi… bi… bi… bien!

Merrt disparó. La bala pasó a través de los Hijos de Sek sin darle ni a uno de ellos. Ni siquiera impactó contra el detonador de la inmensa carga que había a veinte metros tras ellos. Falló por medio dedo e impactó en un lateral del barril, justo sobre las marcas de tiza roja que Haller había hecho cuando la habían desarmado.

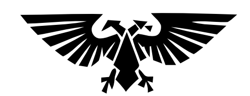
La bala perforó la superficie de metal del contenedor.

Hubo una chispa.



Veintitrés

Fuera del Reach



El capitán Spika indicó a su timonel la instrucción de proceder. Con una chirriante sacudida, la *Alteza Real Armaduke* se apartó de la maltrecha superficie de Salvation's Reach. Todos los transportes ligeros y lanzaderas estaban a bordo, y las escotillas de las bodegas laterales se habían cerrado. La partida de la nave rompió los sellos atmosféricos alrededor de los agujeros realizados por las perforadoras Hades. Una descompresión explosiva arrasó las cavidades inferiores e inexploradas del Reach, vaciando los vacíos y derrumbando los compartimentos como si fueran cáscaras de huevo.

Partes de la colosal estructura ya estaban en llamas donde unas inmensas explosiones las habían devastado; detonaciones de cargas cuidadosamente colocadas o municiones desechadas encendidas por las lanzaderas al despegar.

Parte del daño era el resultado de las bombas trampa de las profundidades interiores que detonaban de manera espontánea.

Pequeñas cavidades del Reach brillaban desde dentro como el calor dentro de una ascua. Las explosiones y las tormentas de fuego continuaron retumbando por el habitáculo durante varios días.

Con los escudos activos, la *Armaduke* se alejó a toda potencia de la zona del objetivo y trazó una línea de aceleración lenta a través de los densos campos de chatarra, hacia el punto Mandeville viable más cercano. Continuó emitiendo las cadenas de acusaciones e insultos del código de batalla del Pacto Sangriento hasta el momento en que realizó la traslación.

A doscientos mil kilómetros detrás de ella, envuelta y escondida en el campo de escombros del Reach, la monstruosa nave demoníaca, negra como la noche, observaba partir a la *Armaduke*. Escuchaba los mensajes de voz que la nave imperial había dejado a su paso.

La nave activó sus armas y sus propulsores y avanzó a toda velocidad para seguir a su presa.

Mientras avanzaba susurraba su nombre con un crujido sónico, como una maldición murmurada.

«¡*Tormaggedon Manstrum Rex*!»

• • • • •

—Haré todo lo que pueda —dijo Curth—. El pronóstico es bueno. Haller lo trajo a la enfermería a tiempo.

Elodie asintió.

—Gracias —dijo.

Todas las camas de la enfermería estaban ocupadas. Había tantos heridos que algunas de las instalaciones de enfermería de la tripulación habían sido ocupadas por los Fantasmas también.

Sólo una cama preocupaba a Elodie. Se sentó junto al catre de Daur y sostuvo su mano. Estaba pálido en contraste con la vieja y escasa calidad de las sábanas. Él no se movió.

—Con descanso y con buenos cuidados se recuperará —dijo Curth. La doctora se sentía cansada y vacía por dentro, pero permaneció con Elodie hasta que la mujer pareció más tranquila.

Curth regresó a los despachos médicos. La mesa de Dorden estaba tal y como él la había dejado, con sus instrumentos dispuestos como a él le gustaba. Los había colocado Lesp, como todas las mañanas. La familiaridad del área de trabajo resultaba casi insoportable.

Se sentó en la silla que había pertenecido a Dorden desde que habían embarcado para la misión. En la mesa, en un marco viejo y gastado había una fotografía descolorida de un joven y su hermosa y joven mujer. Estaba embarazada. Él acababa de titularse como médico. Detrás de la sonriente pareja, el sol brillaba a través de una arboleda de robustos árboles de nal.

Curth se secó las lágrimas de los ojos.

La puerta se abrió. Blenner entró, cerró la puerta tras él y la miró.

—No sé qué hacer ahora —dijo.

—Entonces tendremos que pensar en algo —respondió él.

—Viejo loco —dijo—. No podía morirse en una cama, ¿verdad? En la cama, con cuidados, donde tenía que estar.

—No creo que fuese ahí donde tenía que estar, ¿no te parece? —dijo Blenner.

El comisario golpeó la mesa con una botella de sacra y dos vasos pequeños, abrió la botella y sirvió dos tragos.

Le dio uno a ella y se bebió el otro él mismo.

—No se me da bien esto —dijo ella.

—¿Beber? —preguntó él—. Por el Trono, mujer, la otra noche demostraste que eso no es verdad.

—Decir adiós —dijo.

—Ah —asintió Blenner. Después alzó su vaso—. Por los mejores de entre nosotros, que nos dejan demasiado pronto. Y por los peores, que se quedan más de lo debido.

• • • • •

—Pareces triste —dijo Felyx.

Gaunt no respondió. Lentamente, con cuidado, limpió y engrasó la hoja de su espada de energía.

—Pensaba que habíamos… ganado. Hemos ganado, ¿no? —preguntó Felyx.

—Hemos cumplido la misión —respondió Gaunt tranquilamente—. Y hay muchas probabilidades de que hayamos conseguido algo de valor perdurable.

—Entonces, ¿por qué estás triste? —preguntó Felyx.

—He perdido hombres. Muchos hombres. Dieron sus vidas para convertirse en Fantasmas. Y ésa es siempre una carga dolorosa para un comandante, incluso a pesar de la victoria. Y a algunos de ellos… a uno en especial… le tenía mucho aprecio.

Gaunt miró a Felyx. Las dependencias de Gaunt estaban en silencio. Maddalena estaba sentada en la sala exterior, leyendo. Parecía estar estudiando la copia de Gaunt de *Las esferas del anhelo*. Gaunt la observó pasar una página.

—Hay un motivo para que te guste —dijo Felyx.

—Estoy seguro de que lo hay —respondió Gaunt.

—Las guardaespaldas más valiosas de la Casa Chass reciben una modificación física muy sofisticada. El rostro y la voz de Maddalena fueron diseñados para parecerse a los de mi madre. La intención de la similaridad era darme confianza y reconfortarme. Imagino que tiene un efecto en ti también.

—Supongo que sí.

—¿Esa es la espada de Hieronymo Sondar? —preguntó Felyx.

—Sí. ¿Quieres que te cuente cómo llegó a mis manos?

Felyx negó con la cabeza.

—Te he visto usarla hoy —dijo—. Es cuanto necesito saber.

• • • • •

Rawne comprobó que los grilletes de Mabbon estaban en su sitio y sujetos al suelo. Lanzó una última mirada al prisionero y avanzó hacia la puerta de la celda.

—Hoy ha sido un buen día de trabajo, pheguth —dijo, y cerró la escotilla.

Bajo la luz de la única lámpara que se le permitía tener, Mabbon se recostó en su silla y permitió que la tensión abandonase sus músculos. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió.

• • • • •

Vestido con el uniforme de gala y con la espada de energía sujeta a su cadera, Gaunt

entró en la cubierta de salida. El lugar estaba callado. Las filas estaban firmes. El séquito del regimiento observaba, quieto y en silencio. Fuera, el espacio disforme arañaba el casco, pero dentro había un silencio solemne.

La banda, también con sus uniformes de gala, estaba de pie y preparada para tocar la marcha conmemorativa del Imperio.

Gaunt subió al podio. Zweil ya estaba allí, preparado para celebrar el servicio formal. El ayatani parecía viejo, cansado y triste.

Gaunt tenía una lista en el bolsillo, pero no la necesitaba. Se la sabía de memoria. Miró al regimiento y a los tres marines espaciales situados delante, impasibles. Habían devuelto sus maltrechas armaduras de abordaje a los baúles de almacenaje y se habían puesto la servoarmadura que habían llevado la primera vez que se encontraron. Plata, serpiente y cicatriz.

—Estamos aquí reunidos para conmemorar el fin de esta misión —dijo Gaunt con una voz fuerte y clara—, y para reconocer las aportaciones y los sacrificios realizados. He estimado oportuno recomendar varias condecoraciones. Algunas de ellas se otorgan a título póstumo.

El Coronel-comisario se quitó la gorra y empezó a anunciar la lista de nombres. Los Fantasmas inclinaron la cabeza. Holofurnace levantó su lanza a modo de saludo a los caídos.

En lo alto, mirando hacia abajo desde su percha en un pórtico de carga, la ciberaquila escuchaba la lista de honor.

Formando una águila perfecta, el ave extendió sus alas.